

KARL MARX

ariel 
quincenal



KARL KORSCH

KARL MARX

Traducción castellana de
MANUEL SACRISTÁN

de la edición preparada por
GÖTZ LANGKAU
para el Instituto Internacional de Historia Social

EDITORIAL ARIEL
Esplugues de Llobregat
BARCELONA

Título original alemán:

KARL MARX

Cubierta: Alberto Corazón

© 1967: Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main

© 1975 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Ariel, S. A., Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Depósito legal: B. 15.193 - 1975

ISBN: 84 344 0767 1

Impreso en España

1975. — Ariel, S. A., Av. J. Antonio, 134
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

SOBRE EL TEXTO DE ESTA EDICIÓN

I

El Instituto Internacional de Historia Social y el director de esta edición tienen que agradecer ante todo a la doctora Hedda Korsch el haber cedido al instituto los escritos póstumos de su marido y el haber posibilitado la presente edición. Así resulta accesible al público el texto original alemán del *Karl Marx* de Karl Korsch, trabajo que en su versión inglesa ¹ fue durante muchos años casi inencontrable en Alemania y prácticamente desconocido.

La ruptura que significó la dictadura nacionalsocialista en la discusión alemana sobre Marx y el marxismo se manifiesta también biográficamente en la emigración de Korsch. Cuando el director de esta edición empezó los trabajos preparatorios de la misma pensó salvar esa ruptura en una introducción que situara el libro de Korsch sobre Marx en un contexto más amplio.

Para eso se podía, por ejemplo, determinar el lugar que ocupa el libro de Korsch en la historia de la teoría socialista orientada por Marx. Pero también se podía emprender el intento de situar el libro en una relación más sistemática con la interpretación académica de Marx predominante sobre todo en Alemania occidental luego de

1. Karl Korsch, *Karl Marx*, Londres, 1938; reimpresión fotográfica, Nueva York, 1963; existe una traducción japonesa, por Osamu Nomura, Tokio, 1967.

la segunda guerra mundial. Por último —y entre otras cosas para evitar precipitadas anexiones o clasificaciones—, también se podía presentar el desarrollo evolutivo de la interpretación de Marx por Korsch como parte y comienzo de una «biografía intelectual».

Esto último ha hecho ya Erich Gerlach en su introducción a la nueva edición de *Marxismus und Philosophie*.² Los estadios esenciales también para la comprensión del libro sobre Marx están expuestos en esa introducción de un modo que hace ociosa toda repetición.

Mas la realización de cualquiera de las otras dos posibilidades habría equivalido a situar el libro de Korsch sobre Marx en un contexto al mismo tiempo rebasado por él. Pues, en última instancia, Korsch ha roto el marco de la tradición de la teoría marxista en el momento en que ha emprendido la «aplicación de la concepción materialista de la historia ... a la misma concepción materialista de la historia».³ Con eso se rompe la identidad, siempre presupuesta por aquella tradición, de un modo u otro, entre la adecuada consciencia proletaria de clase y la teoría marxiana. La relación entre la teoría y el movimiento de la clase se convierte en objeto del análisis histórico, y el mismo pensamiento de Marx en obje-

2. Karl Korsch, *Marxismus und Philosophie*, edición e introducción de E. Gerlach, Frankfurt-Viena, 1966. Sobre la biografía de Korsch y su evolución teórica, cf. principalmente: E. Gerlach, «Karl Korsch und der Marxismus», en *Neue Kritik*, n.º 18, 1963, pp. 16-21, y «Karl Korsch's Undogmatic Marxism», en *International Socialism*, n.º 19, 1964-1965, pp. 22-27; P. Mattick, «Karl Korsch. His Contribution to Revolutionary Marxism», en *Controversy*, I, n.º 1, 1962, pp. 11-21 (publicado también en francés en *Études de marxologie*, 7, *Cahiers de l'ISEA*, suplemento n.º 140, 1963, pp. 159-180, y «The Marxism of Karl Korsch», en *Survey*, n.º 53, 1964, pp. 86-97. Tratan aspectos parciales los trabajos siguientes: S. Bahne, «Zwischen 'Luxemburgismus' und 'Stalinismus'. Die 'ultralinke' Opposition in der KPD», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, IX, 1961, pp. 359-383; P. von Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*, Düsseldorf, 1963, en especial pp. 242 ss.; Wolfdierrich Rasch, «Bertolt Brechts marxistischer Lehrer», en *Merkur*, XVII, 1963, pp. 988-1003.

3. K. Korsch, *Marxismus und Philosophie*, 1966, pp. 34 s.

to de una crítica ideológica entendida en sentido materialista.

Con esa objetivación, los análisis del libro de Korsch sobre Marx se acercan ocasionalmente y en apariencia a la interpretación académica de Marx. Pero hay que entender como una recusación anticipada de Korsch su crítica de la literatura biográfica sobre Marx de hace treinta años, a la que reprocha el tratar el marxismo «con las mismas reglas académicas que cualquier otro material histórico-filológico».⁴ Pues el objeto Marx no es nunca para Korsch un objeto cualquiera, por amplios que sean los ámbitos de su pensamiento que someta a la crítica ideológica y, por lo tanto, relativice históricamente. Marx tiene una importancia que es siempre más que la relativa e histórica de cualquier autor, por ser uno de los puntos de partida históricos de la teoría que se entiende a sí misma como trabajo científico previo de la fase siguiente de la lucha de la clase obrera, sólo en apariencia —piensa Korsch— inmovilizada.

Por eso una introducción que quisiera presentar adecuadamente a Korsch en esa tensión entre objetivación y *engagement* no podía elegir ninguno de los dos procedimientos antes propuestos. Tenía que establecer la relación con los dos contextos y habría desbordado entonces claramente los límites de una introducción.

O también podía, como al final ha ocurrido aquí, aludir al problema capital desde el punto de vista del editor y confiar para lo demás en que precisamente el peculiar planteamiento de Korsch ha permitido que su libro siga teniendo más interés que el de anticuario. El editor cree que no se limita a ofrecer un documento de la historia del marxismo y una contribución, consiguientemente, a la autocomprensión de los hombres de izquierda. El *Karl Marx* de Korsch le parece al mismo tiempo una

4. K. Korsch, «Neuere marxbiographische Literatur», inédito, manuscrito póstumo (Fondo Korsch del Instituto de Amsterdam), p. 4.

aportación a una discusión de Marx y del marxismo no histórica, sino presente, como una aportación no caduca por obra de los resultados posteriores.

II

En 1934 Morris Ginsberg y Alexander Farquharson, directores de la colección «Modern Sociologists»,⁵ encargaron a Korsch el volumen sobre Marx. Un boceto de plan del otoño de aquel año⁶ permite ver que la primera idea de Korsch fue escribir una amplia exposición y crítica del marxismo en su desarrollo histórico. Korsch podía apelar para esta tarea al método de examen crítico de la tradición para separar lo «vivo» de lo «muerto», que había utilizado en los últimos años antes del exilio en sus conferencias berlinesas.⁷

Pero, al reanudar su trabajo en el libro a finales del verano de 1935, Korsch se decidió por otro método de exposición que se puede describir como un procedimiento de interpretación por selección. Él mismo describe su intención de exponer «en unos cuarenta párrafos libremente reunidos y sin mucha polémica lo que hoy me parece más valioso del marxismo».⁸ Y una vez terminado

5. En esta colección aparecieron también los volúmenes: R. R. Marett, *Tylor*; F. Borkenau, *Pareto*; F. S. Marvin, *Comte. The Founder of Sociology*; J. A. Hobson, *Veblen* (todos en Londres, 1936).

6. Korsch a J. Rumney, 28-IX-1934 (apéndice I); Rumney era el jefe de redacción de la serie; esta carta y las que se citan más adelante se encuentran en original o en fotocopia en el Fondo Korsch del Instituto de Amsterdam.

7. Cf. el programa de invierno de 1932-1933, «Lebendiges und Totes im Marxismus» de su «Studienzirkel Kritischer Marxismus», reimpresso en *Alternative*, VIII, n.º 41, abril 1965, p. 92.

8. Korsch a P. Mattick, 29-VIII-1935. Paul Mattick, nacido en 1904, miembro en 1918 de la Juventud Socialista Libre y de la Liga espartaquista y luego del Partido Comunista Independiente de Alemania, se trasladó en 1926 a los Estados Unidos; allí editó sucesivamente, entre 1934 y 1943, las revistas *International Council Correspondence*, *Living Marxism* y *New Essays*. Esta última fue una de las

el trabajo, contesta a una objeción diciendo que ciertas dificultades de la exposición se deben a que en el libro no ha querido «hablar directamente e inequívocamente *contra* Marx, su teoría y su política». ⁹

El proceso del trabajo realizado durante el año siguiente, que Korsch pasó principalmente en Skovbostrand, el lugar danés de exilio de Brecht, se puede reconstruir bastante bien gracias a la correspondencia y a una serie de trabajos previos que se han hallado entre los póstumos. Es un proceso de progresiva eliminación de todos los elementos de crítica explícita de la teoría marxiana, por una parte, y de creciente limitación a Marx mismo, mientras que el desarrollo del marxismo después de Marx no es sino ocasión de algunas ocasionales «perspectivas» históricas.

Eso quedará muy claro para el lector que compare este libro con los anteriores de Karl Korsch, en los cuales precisamente el desarrollo histórico del marxismo ocupa el primer plano. Por lo que hace al proceso de eliminación de crítica explícita, será útil que reproduzcamos una serie de trabajos previos, ¹⁰ dedicados todos ellos a la cuestión, entonces vital para Korsch, de la eficacia práctico-social de la teoría marxiana en su forma (económica) tradicional. En ellos se aprecia claramente cómo en la formulación de la respuesta a esa pregunta la concepción de Korsch va pasando de lo que la teoría no da de sí, o no da aún de sí, o no puede ofrecer, hacia la exposición de lo que se consigue con ella.

Otro conjunto de temas ha sufrido las consecuencias no de ese cambio de orientación metódica de Korsch, sino de la falta de tiempo y de espacio en que éste se

pocas posibilidades de publicación con que contó Korsch en el período norteamericano de su exilio.

9. Korsch a P. Mattick, 7-XII-1938.

10. Véase apéndices II-V.

encontró en 1936. En un esquema de finales de 1935,¹¹ en el que ya se percibe claramente la forma luego realizada, se prevé un tratamiento por separado del problema «Sobreestructura» en la segunda parte, inmediatamente detrás de la «Economía». Hasta la terminación del manuscrito no ha abandonado prácticamente Korsch esa intención.¹² Probablemente fue la perspectiva de poder publicar un segundo volumen¹³ lo que hizo que Korsch siguiera el consejo de un amigo y considerara concluido el libro aunque «la teoría socialista corra el peligro de no saber nunca lo que tienes que decir sobre la teoría del estado y la doctrina de las ideologías».¹⁴ Pero como luego no hubo segundo volumen y como, tras la emigración a Norteamérica, en diciembre de 1936, el interés de Korsch se dirigió más intensamente hacia otros temas, no hay más que un texto seguido (de diciembre de 1935) que alude a la dirección en la cual quería tratar Korsch la «doctrina de las ideologías».¹⁵ No se ha encontrado ningún texto que tenga utilidad análoga por lo que hace a la «teoría del estado».

Dentro del marco dicho, es evidente que en octubre de 1936 el trabajo estaba tan adelantado que Korsch pudo pensar en cerrar el manuscrito. Por lo menos, consta que preguntó a Partos sobre posibilidades técnicas de traducir el libro al inglés en París. La respuesta afirmativa¹⁶ de Partos motivó que Korsch se trasladara a París a finales de octubre de aquel año. Cuando dejó la

11. Esquema II del fondo póstumo. Cf. S. Korsch a P. Mattick, 5-II-1936 (Sibylle Korsch es la hija mayor del autor).

12. Partos a Korsch, 22-VI-1936, y respuesta de Korsch del 26-VI-1936. Paul Partos, nacido en Hungría, muerto en 1964 en Londres, discípulo y amigo de Korsch, a cuyos cursos de Berlín asistió. Políticamente estaba muy próximo al anarquismo, emigró en 1933 y trabajó durante la guerra civil española, entre otras cosas, para el Comité Peninsular de la Federación Anarquista Ibérica.

13. Korsch a Partos, 26-VI-1936.

14. Partos a Korsch, 22-VI-1936.

15. Véase apéndice VI.

16. Partos a Korsch, 8-X-1936.

ciudad a mediados de diciembre había terminado el trabajo sobre el texto alemán y pensaba en su reproducción para distribuir entre los amigos.¹⁷ Había tenido por lo menos «largas conversaciones» con la traductora inglesa,¹⁸ y es incluso posible que estuviera ya listo un borrador de la traducción.¹⁹

Pero la primera versión terminada del libro no ha servido sino indirectamente de base a la edición inglesa de 1938. Pues, cuando en 1937 Korsch recibió las galeadas para su corrección, consideró tan insatisfactoria la traducción que sus correcciones equivalen a una reelaboración del libro.²⁰ Además procedió a trasposiciones y complementaciones que ya a primera vista se aprecian al comparar el texto alemán aquí publicado [traducido] con el texto inglés que finalmente apareció. Más tarde Korsch consideró «lingüísticamente defectuosa» también aquella reelaboración²¹ y ha explicado a Brecht del modo siguiente los defectos de su libro: «Cuando lo traduje, intenté utilizar sólo expresiones corrientes del habla norteamericana, esto es, intenté reproducir los cultivados pensamientos de Marx, Hegel, etc., en una forma en la que realmente no se pueden reproducir».²²

Unos diez años más tarde, en el otoño de 1947, Korsch se ocupó de nuevo intensamente del texto alemán. Él mismo ha hablado a Partos de la ocasión que lo motivó:

17. Cf. cartas de Partos a Korsch del 17 y el 21-XII-1936, y del 13-I-1937.

18. Korsch a B. Hoselitz, 1-V-1952. Korsch estaba en correspondencia con Bert F. Hoselitz, entonces profesor de la Universidad de Chicago, a propósito de un proyecto editorial que no llegó a realizarse.

19. Partos ha recordado más tarde entre los papeles que perdió en París durante la segunda guerra mundial «el manuscrito [mecnografiado] de la traducción inglesa, muy anotado por Karl y en algunos lugares por mí también». Partos a Hedda Korsch, 23-V-1962.

20. Korsch a B. Hoselitz, 1-V-1952, e información escrita de H. Korsch a S. Bahne, 15-V-1962.

21. Korsch a B. Hoselitz, 1-V-1952.

22. Korsch a B. Brecht, 13-XI-1942.

Como sabes, visité a Brecht durante algún tiempo antes del viaje a México, y trabajamos en su hermosa versificación del *Manifiesto comunista*. Su entusiasmo por la idea, junto con el hecho de que Kati me recibió de un modo sorprendente y conmovedor con un ejemplar completo de la versión alemana (parisiense) de mi libro sobre Marx, me movieron a tomar la decisión de publicar sin ninguna alteración el texto alemán, porque hoy lo escribiría de un modo enteramente distinto.²³

Pero, aunque Korsch hable de editar sin ninguna alteración, no se debe entender por ello más que la conservación íntegra del esquema de 1936. En el detalle ha reelaborado a fondo el texto, como lo prueba la comparación de los manuscritos. Aparte de un gran número de correcciones estilísticas, hay trasposiciones que adaptan parcialmente la sucesión de los textos a la de la edición inglesa.²⁴ Por último, abandonó enteramente algunos pasos.²⁵ Brecht trajo en 1947, en su vuelta a Europa, un ejemplar de esta segunda versión alemana («versión norteamericana») para buscarle editor europeo.

Cuando en abril del año siguiente Brecht informó a Korsch del fracaso de sus gestiones en Suiza,²⁶ los intereses de Korsch se habían reorientado tan en otro sentido que contestó: «Mientras tanto y por otras razones enteramente positivas me he decidido a no publicar el manuscrito. De modo que suspenda usted tranqui-

23. Korsch a Partos, 4-VI-1948. El viaje a México fue en 1947. Kati Horner era la anterior mujer de Partos y vivía allí. Sobre la «versificación del *Manifiesto comunista*», cf. H. Bunge, «Das Manifest von Bertolt Brecht...», en *Sinn und Form*, XV, 1963, pp. 184-203, y las cartas reproducidas en *Alternative*, VIII, n.º 41, pp. 45, 54-57.

24. Así, por ejemplo, en la primera parte la reunión de los anteriores §§ 7 y 8 en uno solo, que trata la «teoría revolucionaria» y que, en analogía con la ordenación del libro inglés, va a continuación de los anteriores §§ 9-11, reunidos bajo el título «crítica revolucionaria».

25. Así, por ejemplo, en la primera parte el § 4 de la versión parisiense.

26. Brecht a Korsch, IV-1948.

lamente las negociaciones al respecto».²⁷ Durante los años siguientes Korsch ha introducido todavía ocasionalmente apuntes y alteraciones en su manuscrito. Pero es evidente que no volvió a planear la edición del texto alemán.

III

Como textos base para nuestra edición disponíamos de las dos versiones principales del manuscrito alemán.

1. *La versión parisiense, que llamamos P en el aparato de variantes.** Es una copia mecanográfica de 270 páginas, hecha a finales de otoño de 1936 en París.²⁸ El ejemplar disponible es el de Paul Partos, que Korsch recibió en México en 1947 de manos de K. Horner. Se ha identificado por las correcciones manuscritas de Partos, sobre las cuales mantuvieron correspondencia éste y Korsch.²⁹ Es de suponer que este ejemplar fuera el destinado a la reproducción para los amigos planeada en 1936, pero no realizada.

Las citadas correcciones de Partos lo son de erratas manifiestas, y principalmente dan también complementaciones del aparato de notas. No era necesario tenerlas en cuenta al dar las variantes. Más numerosas son las correcciones que practicó el mismo Korsch en el otoño de 1947 y sus apuntes en la portada del manuscrito, de aquella misma época. En general, esos apuntes y correcciones llevan directamente a la segunda versión principal, sobre todo cuando se trata de cambios estilísticos. Cuando hay

27. Korsch a Brecht, 12-V-1948.

* El aparato de variantes no se reproduce en esta versión castellana (N. del t.)

28. El original de esa copia —llamado en las cartas «ejemplar principal»— se lo llevó Korsch a Norteamérica (Partos a Korsch, 17-XII-1936) y se ha perdido. Otro ejemplar fue a manos del editor Morris Ginsberg (Partos a Korsch, 13-I-1937).

29. Por ejemplo, P, III parte, p. 66, y Partos a Korsch 21-XII-1936.

diferencias de contenido, se indican en el aparato de variantes con el signo *Pc*.

2. *La versión americana, designada por A en el aparato de variantes.* Disponíamos del original, *A-1*, y de una copia al papel carbón, *A-2*, de la reelaboración de 1947, con una extensión de 235 páginas mecanografiadas cada ejemplar. En cuanto al ejemplar que Bertolt Brecht se trajo a Europa, *A-3*, sólo se ha encontrado en el Archivo Brecht el § 7 de la primera parte y el § 9 de la tercera.³⁰

En todos los ejemplares de *A* hay copiosas correcciones. Un primer estadio de la corrección coincide en todos los ejemplares. Eso parece indicar que estas correcciones han sido practicadas inmediatamente después de terminada la versión.³¹ Este estadio de la corrección —que designamos en el aparato por *A-1/2c*— se puede, pues, considerar como la versión que Korsch quería utilizar en 1947 para una edición alemana de su libro. Además, en *A-1* hay una serie de modificaciones de contenido y glosas marginales. A tenor de los apuntes de Korsch, proceden de los años 1948-1950. En el aparato de variantes las designamos por *A-1c*.

Hubo, pues, cinco estadios de elaboración³² que difieren estilística y materialmente. Era impensable una comunicación indiscriminada de todas esas variantes; ello habría perjudicado considerablemente a la legibilidad del texto hasta ahora inédito sin dar más que información de interés filológico. Por otra parte, había que tener en cuenta que esta edición de una pieza del fondo póstumo tenía que hacer accesible al lector no sólo una obra sobre Marx hasta ahora inencontrable, sino también perspec-

30. BA, 977/64-78 [BA = Archivo Brecht. — *N. del t.*]; Brecht recibió estos párrafos después del resto del texto, cf. carta de Korsch a Brecht, 12-V-1948.

31. O, por lo menos, antes de la marcha de Brecht; en la carta del 12-V-1948 Korsch escribe que conserva «aquí un ejemplar exactamente idéntico».

32. *P, Pc, A, A-1/2c, A-1c.*

tiva sobre la evolución de la actitud de Korsch respecto de Marx y del marxismo.

Por eso se ofrecía la posibilidad de tomar una de las dos versiones³³ destinadas por Korsch mismo a un círculo de lectores amplio y utilizarla como punto de partida de la construcción del texto. En este caso había que mantener estrictamente el texto de la versión elegida, sin tener en cuenta soluciones estilísticamente mejores que se dieran en otras versiones. Las variantes del texto inglés no se debían tener en cuenta más que en los casos en que Korsch mismo alude a ellas en sus anotaciones.³⁴

Aceptados esos presupuestos, se ha elegido como texto básico la versión americana, posterior y más elaborada estilísticamente, A-1/2c. Sólo nos hemos apartado de ese texto sin indicarlo explícitamente en los siguientes casos:

Hemos corregido las erratas evidentes. Hemos comprobado las citas y rectificado errores sin importancia material en el modo de citar o en la cita misma. Hemos indicado³⁵ las exclusiones y los añadidos cuando no lo había hecho el mismo Korsch. Por último, hemos renunciado al título de la versión americana,³⁶ que alude claramente a la coincidencia entre la edición planeada y el centenario de la aparición del *Manifiesto comunista*. Pese a su casual utilizabilidad también en este año, se ha mantenido el título primero, que es también el del libro inglés.

.

33. P y A-1/2c.

34. Esta solución es aún más plausible por el hecho de que el libro, muy difícil de encontrar durante años, ha reaparecido ahora en reimpresión: Karl Korsch, *Karl Marx*, Nueva York, 1963. Estas variantes se designan en el aparato por E.

35. Las cursivas de las citas, que se deben casi todas a Korsch, se han mantenido sin más, esto es, sin indicarlas.

36. *Hundert Jahre Marx: Eine geschichtliche und kritische Darstellung seines Werks* [Marx a los cien años: Exposición histórica y crítica de su obra].

Igualmente hemos tenido que renunciar, por razones de legibilidad, a comunicar variantes de las notas a pie de página. En la introducción al libro inglés Korsch había expresado su intención de dar al lector, mediante la formulación de las notas, «an immediate supply of all necessary information on the historical circumstances of each quotation».³⁷ Por eso, aunque hemos considerado útil unificar bibliográficamente las notas, hemos tenido cuidado de que las informaciones de Korsch sobre la época de redacción del texto citado, su primera edición, etc., se mantuvieran todas. Como gran parte de los textos de Marx y Engels son hoy de difícil acceso en la forma citada por Korsch, se ha remitido además —en la medida de lo posible— a la edición más completa que existe hoy de las obras de Marx y Engels.³⁸

Para terminar, unas palabras de agradecimiento: debo a los señores F. Nouvertné y F. Hilgendorf la traducción de los apuntes taquigráficos de Korsch. Mis colegas F. Tichelman y H. P. Harstick me han ayudado con consejos y comprensiva crítica. Y debo a Ursula Langkau-Alex algo más que la colaboración en las correcciones y la confección del índice de nombres.

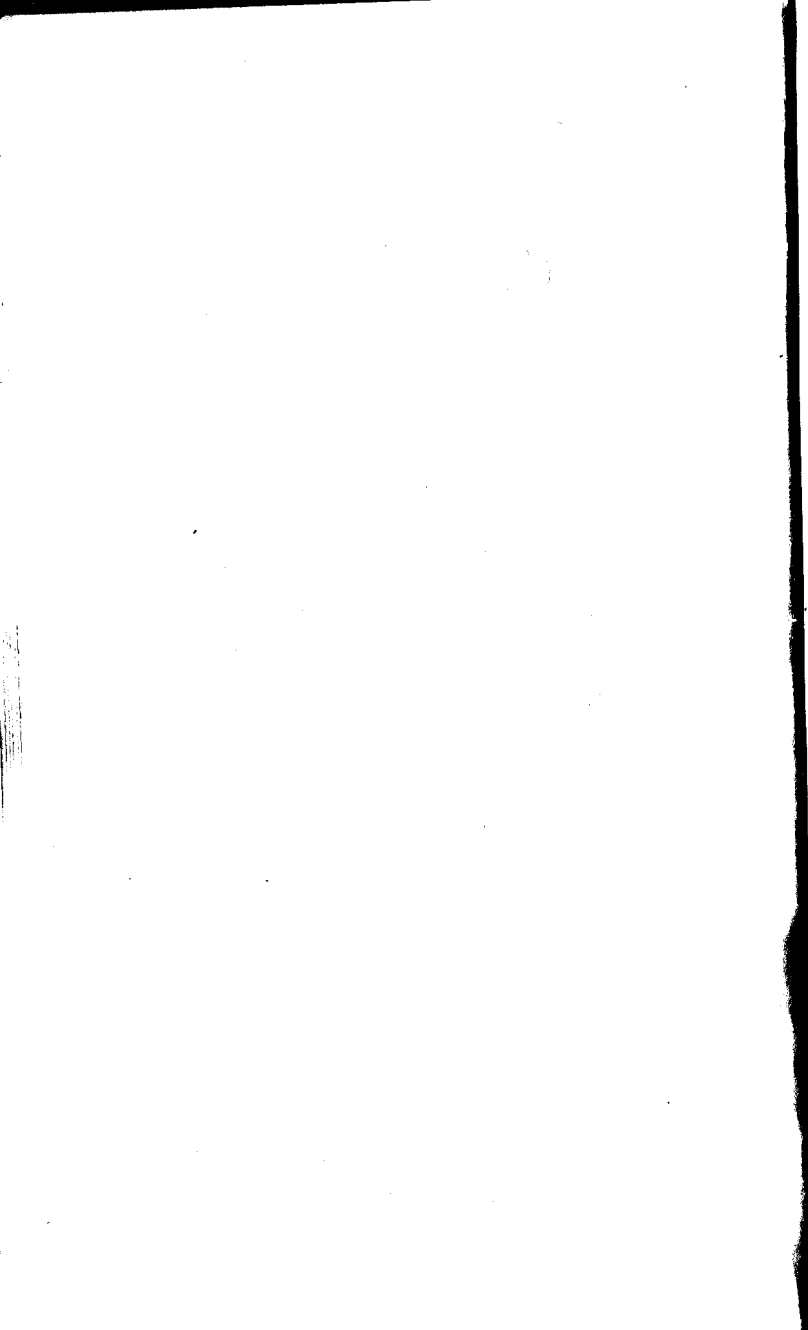
GÖTZ LANGKAU

Amsterdam, septiembre de 1967.

37. *Op. cit.*, p. 13 [«directamente toda la información necesaria sobre las circunstancias históricas de cada cita»].

38. Marx-Engels, *Werke*, vols. 1 ss., Berlín, 1957 ss. [citado en adelante con la sigla MEW].

I. SOCIEDAD BURGUESA



1. MARXISMO Y SOCIOLOGÍA

¿En qué relación está el marxismo con la moderna ciencia sociológica? Si se piensa en la «sociología» que empieza con Comte y que éste bautizó con ese nombre, como especialidad propia en el sistema de las ciencias constituidas, la relación es de extrañeza y contraposición. Marx y Engels no han recogido ni el nombre ni la cosa nombrada por él. Y cuando, finalmente, obligado por «el mucho ruido que arman los ingleses y los franceses por cuenta de él», Marx conoció el *Cours de philosophie positive*, treinta años después de su publicación, habló del «positivismo» y del «comtismo» como de una cosa respecto de la cual adoptaba «como hombre de partido una actitud plenamente hostil» y añadió que «como hombre de ciencia le merecía muy baja opinión».¹ La recusación está bien fundamentada teórica e históricamente. La teoría marxiana no tiene nada que ver con esa «sociología» de los siglos XIX y XX fundada por Comte y difundida por Mill y Spencer. Más acertado es entender,

1. Véase la carta a Engels del 7-VII-1866, *MEGA*, III, 3, p. 345 (*MEW*, vol. 31, p. 234); a Beesly del 12-VI-1871 (*MEW*, vol. 33, páginas 228 ss.), y sobre «Spencer, Herbert», carta a Engels del 23-V-1868, *MEGA*, III, 4, p. 58 (*MEW*, vol. 32, p. 91). Véase también la recusación irónica de «la receta de Comte para la fonda del futuro» en la respuesta de Marx al crítico del *Capital* en la *Revue Positiviste* de París (epílogo a la segunda edición, 1872-1873; *MEW*, vol. 23, p. 25) y la carta de Engels a Tönnies del 24-I-1895, comunicada en la biografía de Engels por Gustav Mayer (*Friedrich Engels. Eine Biographie*, 2.ª ed., La Haya, 1934, vol. II, p. 552).

por el contrario, la «sociología» como una oposición al socialismo moderno. Sólo sobre esa base es posible entender cómo fenómeno unitario las múltiples tendencias teóricas y prácticas que en estos cien años han dejado su poso en esta ciencia. Al igual que ya para Comte tras su ruptura con Saint-Simon, también para los «sociólogos» posteriores hasta el día de hoy se trata de enfrentarse a la teoría y, por lo tanto, también a la práctica del socialismo con otra forma de elaboración teórica y práctica de los problemas que el socialismo fue el primero en plantear. El marxismo tiene con esas cuestiones, puestas al orden del día por la evolución moderna, una relación mucho más originaria y directa que toda la llamada «sociología» de Comte, Spencer y sus sucesores.

Entre la doctrina social de Marx y esta moderna ciencia burguesa de la sociedad no hay, pues, en el fondo ninguna relación teórica. Los burgueses consideran la teoría socialista revolucionaria del proletariado como una mezcla «acientífica» de teoría y política. Los socialistas, por su parte, consideran mera «ideología» toda la ciencia social burguesa.

Muy distinta es la relación que media entre la teoría marxiana y la investigación social del período de desarrollo revolucionario de las burguesías francesa e inglesa de los siglos XVII y XVIII, en el que no se inventó la palabra «sociología», pero se descubrió la «sociedad» como campo peculiar e independiente del saber y de la acción y se le reconoció toda su importancia.

→ Según la información que da el propio Marx en 1859,² empezó el desarrollo de su teoría materialista de la sociedad dieciséis años antes con una «revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho». En aquella época, durante su actividad práctica de redactor de la *Rheinische*

2. Véase Prólogo a *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, 1859 [en lo que sigue citado con la designación «Prólogo 1859»] (MEW, vol. 13, pp. 7-11).

Zeitung en 1842-1843, se había visto obligado por vez primera «a hablar de lo que suele llamarse intereses materiales». Había empezado a ocuparse de «cuestiones económicas» y había trabado cierto conocimiento, todavía vago, con las ideas del «socialismo y comunismo franceses». Su análisis de Hegel le llevó al resultado de que:

Las relaciones jurídicas y las formas estatales no se pueden comprender por sí mismas, ni sobre la base de la llamada evolución general del espíritu humano, sino que arraigan en las circunstancias y relaciones materiales de la vida, cuya totalidad reúne Hegel, siguiendo a los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de «sociedad civil», y, además, que la anatomía de la sociedad civil se tiene que buscar en la economía política.

Se apreciará la importancia decisiva que ha adquirido para Marx —que en ese período pasaba del idealismo hegeliano a su propia teoría materialista— el concepto de «sociedad civil». Marx basa su penetrante crítica del idealismo estatalista hegeliano en las mismas afirmaciones que ha encontrado en Hegel —afirmaciones de un realismo sorprendente en un filósofo idealista— sobre la naturaleza de la sociedad civil,³ y así a través de Hegel Marx enlaza con aquellos grandes «enquirers into the social nature of man» * que en los siglos anteriores y en lucha contra el anticuado orden económico y estatal burgués lanzaron primero como consigna revolucionaria el nuevo concepto de *sociedad civil* y analizaron en la «nueva ciencia» de la *economía política* también el fundamento material, algo así como el esqueleto de esta nueva forma burguesa de sociedad.⁴

3. Véase el manuscrito ahora publicado de los póstumos de Marx que critica los §§ 261-313 de la *Philosophie des Rechts* de Hegel, MEGA, I, 1, 1, pp. 401-553 (MEW, vol. 1, pp. 203-233).

* «investigadores de la naturaleza social del hombre.»

4. Véase, por ejemplo, Adam Ferguson, *An Essay on the History of*

Hegel no había obtenido autónomamente de la experiencia del desarrollo alemán, entonces sumamente atrasado, aquellos realistas conocimientos que distinguen tan acusadamente la parte de su filosofía del derecho dedicada a la «sociedad civil» de las demás partes del texto.⁵ Ha tomado ya listos el nombre y el contenido de su «sociedad civil» de los filósofos sociales, políticos y economistas franceses e ingleses. Detrás de Hegel están, como dice Marx, «los ingleses y los franceses del siglo XVIII», con su nueva comprensión de la estructura y el movimiento de la sociedad. Esta comprensión refleja a su vez la evolución histórica real que tiene su culminación en la «revolución industrial» en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII y en la gran revolución francesa entre 1789 y 1815.

En el desarrollo de su nueva ciencia social socialista y proletaria Marx ha enlazado con esta teoría social burguesa (que por de pronto le trasmite Hegel) de la época revolucionaria de la burguesía. Ante todo ha desarrollado con plena consciencia metodológica la economía burguesa (desde Petty y Boisguillebert, pasando por Quesnay y Smith, hasta Ricardo) como aquello que más o menos conscientemente era ya en los grandes investigadores burgueses: la anatomía de la sociedad burguesa. Precisamente la rotundidad con que siempre acentúa que la economía burguesa de tiempos posteriores (la que el llama «economía vulgar») no ha rebasado en ningún punto esencial a Ricardo, sino que en muchos se queda por detrás de él,⁶ y la energía con que ante fenómenos como el «positivismo» comtiano subraya lo «lamentable» que re-

Civil Society, Edimburgo, 1767, y Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, 1776.

5. G. W. F. Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts* (1820), citado a partir de ahora con la designación *Rechtsphilosophie*, según *Werke*, vol. VIII, Berlín, 1833, parte 3.^a, sección 2.^a, especialmente §§ 188 ss. (Sistema de las necesidades), §§ 230 ss. (Policía.)

6. *Theorien über den Mehrwert*, III, Stuttgart, 1910, pp. 571-576.

multa esa nueva síntesis científico-social en su conjunto ante el resultado «infinitamente mayor» de Hegel⁷ muestran de nuevo la gran importancia que han tenido siempre para la teoría marxiana los resultados de aquella temprana fase del pensamiento económico y social de la clase burguesa, incluso cuando, de acuerdo con los nuevos resultados y objetivos de la clase proletaria ya presente autónomamente, rebasa con gran amplitud aquellos logros. La clase obrera dirigida por la teoría de Marx no es pues, sólo, como ha dicho Engels, «la heredera de la filosofía clásica alemana».⁸ Es también la heredera de la economía y de la investigación social burguesas clásicas. Como tal ha desarrollado, de acuerdo con la cambiada situación histórica, la teoría recibida de los clásicos burgueses.

Marx no considera ya la sociedad burguesa desde el punto de vista de su primera fase de desarrollo y contraposición con la sociedad feudal de la Edad Media. No le interesan sólo las leyes de su existencia. Trata la sociedad burguesa como una organización histórica en todos sus rasgos y, por lo tanto, también históricamente precedera. Estudia todo el proceso histórico de su génesis y su desarrollo y las tendencias que contiene y desarrolla en el sentido de su subversión revolucionaria. Halla esas tendencias de dos modos: objetivamente en el fundamento económico de la sociedad burguesa y subjetivamente en la nueva contraposición entre las clases sociales, debida precisamente a aquel fundamento econó-

7. Carta a Engels del 7-VII-1866, *MEGA*, III, 3, p. 345 (*MEW*, vol. 31, p. 234).

8. Frase final de *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, Stuttgart, 1888, p. 69 (*MEW*, vol. 21, p. 307). Análogamente se expresa Engels, aunque con una alusión complementaria a las «situaciones económicas y políticas desarrolladas de Inglaterra y Francia», no menos importantes para el marxismo, en el prólogo a la edición alemana de *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, Hottingen-Zurich, 1882 (*MEW*, vol. 19, pp. 181-228).

mico, y no, por ejemplo, a la política, el derecho o la moral. Con eso el todo de la sociedad burguesa civil, antes unitario y contrapuesto sólo al feudalismo, se desgarró ahora en dos «partidos» contrapuestos. Marx concibe la supuesta «civil society» como «bourgeois society» como una sociedad basada en la contraposición de clases y en la que el burgués ejerce el dominio económico, y con él también el político y el cultural, sobre otras clases sociales. Así entra al final «la classe la plus laborieuse et la plus misérable» en el panorama ampliado del conocimiento social. La teoría marxiana entiende la lucha de clase de los trabajadores asalariados, oprimidos y explotados en la sociedad presente, como una lucha por la abolición y superación de la sociedad burguesa. Como ciencia materialista de la presente evolución de la sociedad burguesa, la teoría de Marx es al mismo tiempo una instrucción práctica para la lucha del proletariado por la realización de la sociedad proletaria.

El posterior y artificial encapsulamiento de una disciplina especializada, que fecha su origen científico en Comte y que no reconoce sino, a lo sumo, como «precursores» a los grandes pensadores auténticos que en un período anterior realizaron en este campo el trabajo realmente productivo no es más que una huida ante las tareas prácticas —y, por lo tanto, también teóricas— de la presente época histórica. La nueva ciencia socialista y proletaria de Marx, que desarrolla la teoría revolucionaria de los fundadores clásicos de la teoría de la sociedad de un modo adecuado a la nueva situación histórica, es la auténtica ciencia social de nuestra época.

2. ESPECIFICACIÓN HISTÓRICA

El primer principio básico de la nueva ciencia revolucionaria de la sociedad es el principio de la especificación histórica de todas las relaciones y circunstancias sociales. Marx concibe todas las instituciones, relaciones y circunstancias de la sociedad burguesa en su particularidad histórica. Critica todas las categorías de la teoría social burguesa en las que se desdibuja ese específico carácter histórico. En este sentido ha destacado ya en su primera obra económica, contra Ricardo, autor al que en general aprecia altamente, que Ricardo aplica la idea específicamente burguesa de renta de la tierra (*rent*) «a la propiedad inmobiliaria de todos los tiempos y de todos los países. Éste es el error de todos los economistas que presentan como eternas las relaciones y circunstancias de la producción burguesa».¹

I

Ese ejemplo muestra con particular claridad el alcance del principio de la especificación histórica. La *propiedad de la tierra* ha tenido caracteres muy diferentes en las varias épocas históricas de la formación social económica y ha ocupado también posiciones diferentes. Ya la

1. *Misère de la philosophie*, París-Bruselas, 1847, MEGA, I, 6, p. 127 (MEW, vol. 4, p. 170).



distinta forma de disolución de la arcaica propiedad colectiva de la tierra fue determinante para el vario desarrollo de la sociedad basada en la propiedad privada.² Todavía en la Edad Media la propiedad de la tierra, vinculada a la agricultura, constituye según Marx la categoría central de la producción, que domina todas las demás como en la sociedad burguesa lo hace el capital.³ Los varios modos como en los distintos países, con la victoria del modo de producción capitalista, la propiedad feudal de la tierra queda sometida al capital, la renta de la tierra se convierte en un elemento de la plusvalía capitalista y la agricultura se transforma en una industria, son importantes para toda la posterior evolución del capitalismo así producido e incluso para la forma del movimiento obrero que se le contrapone y para la transición al modo de producción socialista de la sociedad proletaria. Por esa razón precisamente Marx ha estudiado con suma atención en sus últimos años la historia de la propiedad de la tierra y de la renta en los Estados Unidos, por un lado, y en Rusia, por otro, y análogamente ha estudiado Lenin a finales del siglo XIX en su obra económica sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia* la forma histórica específica de la transición.⁴ Pero la amplia investigación de las distintas formas históricas no es para Marx ni para Lenin más que el fundamento de la explicitación del carácter específico de la *renta capitalista de la tierra* en la *sociedad burguesa* desarrollada.

En el amplio análisis marxiano del presente modo de producción capitalista que es *El capital*, la categoría

2. *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1859, p. 10, nota 1 (NEW, vol. 13, p. 21).

3. Véase el manuscrito reproducido en *Neue Zeit* (XXI, n.º 1, 1903, pp. 710 ss.) de una «Introducción a la crítica de la economía política» fechada el 25-VIII-1857. A partir de ahora se citará con la mención «Introducción 1857» (MEW, vol. 13, pp. 615 ss.).

4. El libro está escrito durante el destierro siberiano, a partir de 1896, y apareció en primera edición rusa en 1899, la segunda edición en 1907. [Hay trad. cast.: Ariel, Barcelona, 1974.]

«renta de la tierra» no aparece como tal en la parte primera y básica, dedicada al proceso de producción propiamente dicho (el libro primero). En él se discute, además de la significación general de la tierra para el proceso del trabajo mismo,⁵ sólo las consecuencias de la transición al modo de producción capitalista moderno sobre el proletariado rural, los diversos fenómenos en que esas consecuencias se manifiestan en los países de capitalismo desarrollado,⁶ en los que han quedado atrasados en el proceso de industrialización, como Irlanda,⁷ y en los países propiamente coloniales.⁸ Según el plan de conjunto de la obra, el lugar adecuado para estudiar la «renta de la tierra» es la sección del tercer libro del *Capital* en la que se analizan las particulares formas de la *distribución* capitalista, nacidas de la particular forma histórica de la producción capitalista.⁹ Ni siquiera en esa sección se reserva espacio alguno para una descripción sustantiva de anteriores formas históricas. Sólo algunas observaciones dispersas sirven para iluminar brevísimamente el contraste entre la forma moderna burguesa de la propiedad de la tierra y sus formas históricamente anteriores, mientras que sólo un último capítulo añadido está dedicado —y aún sólo en parte, si se atiende con cuidado al texto— a la «*génesis* histórica de la renta capitalista de la tierra».¹⁰ Al comienzo de esa sección de

5. Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, edición íntegra según la segunda edición de 1872 [editada por K. Korsch], Berlín, 1932 [citado a partir de ahora con la indicación *Kapital*, I (ed. Korsch)], cap. 5, subsección 1 a, pp. 180 ss. (MEW, vol. 23, pp. 192 ss.).

6. *Ibid.*, cap. 23, 5 e (MEW, vol. 23, pp. 701 ss.).

7. *Ibid.*, cap. 23, 5 f (MEW, vol. 23, pp. 726 ss.).

8. Véase todo el capítulo 24, sobre «La llamada acumulación originaria», y el subsiguiente capítulo final, 25, sobre «El moderno sistema colonial» (MEW, vol. 23, pp. 741-802).

9. Karl Marx, *Das Kapital...*, vol. III, 2 partes, 4.^a ed. de F. Engels, Hamburgo, 1919 [a partir de ahora citado como *Kapital*, III, 1 o 2]; III, 2, pp. 153-348 (MEW, vol. 25, pp. 627-810).

10. *Ibid.*, pp. 315-348 (MEW, vol. 25, pp. 790-810).

su obra, Marx declara que sólo se va a ocupar de la «forma histórica específica» como se han *alterado* la propiedad feudal de la tierra y la agricultura de los pequeños campesinos, basada en una propiedad reducida, por la acción del capital y del modo de producción capitalista. «El análisis de la renta de la tierra en sus diferentes formas históricas queda fuera de los límites de esta obra.»¹¹

II

Otro ejemplo de aplicación del principio de la especificación histórica es el modo como en *El capital* se tratan las diferentes formas históricas del capital mismo. Igual que en la época presente de pleno desarrollo de la producción capitalista de mercancías el *capital industrial* tiene una función preponderante, así también en las épocas anteriores y aún en las primeras fases de la naciente sociedad capitalista han ocupado posiciones propias autónomas, y a veces incluso predominantes, el «*capital mercantil*» y su hermano gemelo, el «*capital a interés*» («capital usurario») en sus diversas formas que Marx distingue cuidadosamente como capital mercantil en mercancías, en dinero, capital destinado propiamente al préstamo. También en la actual economía capitalista plenamente desarrollada tienen que cumplir una función en conjunto más o menos importante, al lado del empresario capitalista propiamente dicho, el comerciante y el banquero, razón por la cual se destina a ellos partes considerables de la «plusvalía total» a disposición de la entera clase de los propietarios de capital y de tierra: son el «beneficio comercial» y el «interés». Análogamente se desvía hacia los propietarios de la tierra, tampoco activos en la producción misma, otra parte del beneficio total de cada período de producción: la «renta de la tie-

11. *Ibid.*, pp. 153 (MEW, vol. 25, p. 627).

rra». El capital monetario tiene incluso —en su nueva forma de manifestación como elemento del «capital financiero», modernamente concentrado por la fusión del capital privado y estatalizado bancario y el industrial de los *trusts* y de las empresas del estado— una función importante en el presente estadio de desarrollo del capitalismo monopolista, aunque no haya recuperado la posición decisiva que han creído ver algunos marxistas.¹²

El hecho histórico de que «el capital aparece siempre frente a la propiedad de la tierra en forma de dinero, como riqueza monetaria, como capital mercantil y capital usurario» aparece en el análisis teórico como un presupuesto de la moderna producción capitalista: «Todo nuevo capital aparece por primera vez en escena, esto es, en el mercado, de mercancías, de trabajo o del dinero, siempre como dinero, dinero que mediante determinados procesos se ha de transformar en capital».¹³ Pero el «misterio» de «cómo produce el capital» y también de «cómo es producido el capital», o, dicho más enérgicamente, «*el misterio de la fabricación de un plus*»¹⁴ no se puede aclarar en absoluto —ni por tanto se puede descubrir el camino que lleva a la eliminación del hecho práctico de la explotación y de la esclavitud salarial, vinculado a ese «misterio»— mediante un análisis, por prolongado que sea, de las funciones cumplidas por esas formas «adicionales» del capital en la esfera de la circulación y de los ingresos que obtienen los capitalistas que intervienen con ellos como compensación por los «servicios» prestados en esta esfera. Dice Marx:

Por eso se entiende que en nuestro análisis de la forma básica del capital, de la forma en la cual el capital determina la organización de la sociedad mo-

12. Hilferding, *Das Finanzkapital*, Viena, 1910, y Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1917.

13. *Kapital*, I (ed. Korsch), p. 149 (MEW, vol. 23, p. 161).

14. *Ibid.*, p. 177 (MEW, vol. 23, p. 189).

derna, hayamos pasado completamente por alto al principio [esto es, en el análisis del proceso de producción propiamente dicho, en el libro I. — K. K.] sus formas más populares y, por así decirlo, antediluvianas, el capital comercial y el usurario.¹⁵

Aunque los considera en el análisis de los procesos capitalistas de circulación y distribución en los libros segundo y tercero del *Capital*, Marx no trata como tema principal su desarrollo histórico, sino sólo las formas específicas en las cuales aquellas formas antiguas del capital han sido *transformadas* en las condiciones del presente modo de producción capitalista desarrollado por la aparición del moderno capital industrial.¹⁶ También aquí, como en el caso de la renta de la tierra, los análisis históricos que atraviesan toda la obra de Marx y los capítulos finales de ambas secciones, «Observaciones históricas sobre el capital mercantil» y «Datos precapitalistas sobre el capital usurario»,¹⁷ tienen exclusivamente por objeto iluminar el gran proceso histórico por el cual, a lo largo de siglos y milenios, el *comercio* y el *comercio con dinero* han ido perdiendo su anterior posición dominante hasta ocupar su actual posición de meras «formas de existencia independizadas y unilateralmente desarrolladas de las diferentes formas funcionales que el capital industrial toma unas veces y abandona otras en la esfera de la circulación».¹⁸

III

Sólo desde un punto de vista se podía tratar como tema principal la renta de la tierra y el capital mercantil

15. *Ibid.*, pp. 165, 170 ss. (MEW, vol. 23, pp. 178 y 183 ss.).

16. Karl Marx, *Das Kapital...*, vol. II, 2.^a ed. de F. Engels, Hamburgo, 1893 [citado a partir de ahora como *Kapital*, II], caps. 1-4; *Kapital*, III, caps. 16-19, 21-35.

17. *Kapital*, III, caps. 20 y 36.

18. *Kapital*, II, p. 29 (MEW, vol. 24, p. 61).

y monetario en el análisis marxiano del moderno modo de producción capitalista y de las formaciones económicas basadas en él. Según el plan primitivo, que Marx ha ido reduciendo cada vez más y al final ni siquiera ha podido realizar plenamente en su forma reducida, habría habido que tratar en *El capital*, luego de las cuestiones económicas en sentido estricto de la producción, la distribución y la circulación, las clases sociales, etc., también cuestiones económicas de orden superior como la relación entre «*la ciudad y el campo*», y «*el aspecto internacional de la producción*».¹⁹ En estas últimas investigaciones habría alcanzado el análisis de Marx el punto en el cual la diversa posición histórica tanto de la *propiedad de la tierra* cuanto del *capital mercantil y monetario* respecto del *capital industrial* penetra todavía en la sociedad presente: la primera como relación entre la agricultura y la industria urbana y como relación internacional entre países puramente agrícolas y países principalmente industriales: los últimos como relación de las ciudades puramente comerciales con las ciudades fabriles, y a escala internacional como relación entre estados mercantiles y estados industriales.

IV

Del mismo modo que la propiedad de la tierra y que las diferentes formas del capital entiende Marx todas las demás categorías en la configuración específica y en el contexto específico en que aparecen en la moderna sociedad burguesa. Marx no trata los conceptos económicos como

19. «Introducción 1857», pp. 778-779 (MEW, vol. 13, p. 639) y *Kapital*, I (ed. Korsch), p. 338 (MEW, vol. 23, p. 373) donde Marx dice explícitamente que no va «a profundizar más» en la separación de la ciudad y el campo, en la que «se condensa toda la historia económica de la sociedad». Sobre las ulteriores alteraciones del plan del *Capital* véase la exposición detallada en el prólogo a mi edición, Berlín, 1932, pp. 8 ss.

categorías generales de validez atemporal. Su tema no es la evolución histórica del dinero, del tráfico mercantil, del trabajo asalariado, ni la de la cooperación y la división del trabajo, etc., cosas todas que han existido en otras formas específicas y en otra relación con el todo del modo de producción dominante en otras épocas históricas. Marx discute estos temas históricos sólo en la medida en que resulta necesario para su tema principal, que es el análisis de las formas específicas que toman esas categorías en la moderna sociedad burguesa.²⁰

El contraste que existe desde este punto de vista entre Marx y sus predecesores aparece claramente en la comparación. Mientras que la obra del último representante de la economía clásica burguesa, David Ricardo, está dedicada a los *Principios de la economía política*, Marx indica explícitamente como tema de su investigación económica la «moderna producción burguesa».²¹ Por esta razón, luego de haber pensado durante mucho tiempo que su principal obra teórica aparecería con el título de *Aportación a la crítica de la economía política*, al final se decidió por el sencillo y tajante *El capital*.²² Mientras que Ricardo empieza su sistema con el concepto general de «valor», Marx comienza su investigación crítica de la teoría y la realidad de la presente economía burguesa con el análisis de un objeto externo, de una cosa tangible, la «mercancía». Mientras que Ricardo depura el concepto económico tradicional de valor de las últimas impurezas terrenales que aún tenía en manos de sus predecesores, para Marx hasta la *mercancía* aislada, tal como también puede presentarse en relaciones de producción diferentes de las presentes burguesas, es un obje-

20. «Introducción 1857», pp. 774 ss. (MEW, vol. 13, pp. 633 ss.).

21. *Ibid.*, pp. 711 s. (MEW, vol. 13, pp. 616 s.).

22. Cf. la primera y única entrega del manuscrito *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, 1859, y el libro I del *Kapital*, 1867, que aparece como continuación de aquella pero en realidad la contiene en forma nueva.

to demasiado abstracto, y lo determina específicamente como el elemento de «la riqueza burguesa»,²³ o de la «riqueza de las sociedades en que domina el modo de producción capitalista».²⁴ Sólo con esta especificación constituye la «mercancía» un objeto de su investigación, y sólo como propiedades de tales mercancías le interesan a continuación los conceptos de «valor de uso» y «valor de cambio» y los demás conceptos derivados del sistema económico. En la segunda parte de este libro veremos las amplias consecuencias de esta diferencia, aparentemente pequeña, entre los conceptos económicos de Marx y los de los economistas burgueses clásicos. Aquí nos limitaremos a registrar la consecuencia práctica principal de que para Marx el concepto de «mercancía» en su específica determinación en la presente producción general de mercancía o producción capitalista, incluye también una mercancía de naturaleza tan notable como es la *mercancía fuerza de trabajo*, materializada en la carne y la sangre, en las manos y la cabeza de los asalariados. «Estos trabajadores que han de venderse por trozos son una mercancía como cualquier otro objeto del tráfico, y por eso están expuestos igualmente a todos los azares de la competencia, a todas las oscilaciones del mercado.»²⁵ Aún más: los vendedores de esa peculiar mercancía se encuentran en la negociación de las condiciones de la venta en la situación que consiste en que «no pueden vivir más que mientras encuentren trabajo, y no encuentran trabajo más que mientras su trabajo aumente el capital».²⁶

Incluso en el concepto más general de «valor», distinguido del «valor de cambio»²⁷ como forma exterior de

23. *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1859, p. 3 (MEW, vol. 13, p. 15).

24. *Kapital*, I (ed. Korsch), p. 49 (MEW, vol. 23, p. 49).

25. *Kommunistisches Manifest*, 1848, MEGA, I, 6, p. 532 (MEW, vol. 4, p. 468).

26. *Ibid.*

27. Karl Marx, *Das Kapital*, vol. I, 4.ª ed. de F. Engels, Ham-

manifestación suya (concepto más general de valor que algunos intérpretes benévolos —esto es, superficiales— de Marx querrían escamotear de la teoría económica de Marx por considerar que es un concepto que sabe a escolástica, realismo en la disputa de los universales, idealismo hegeliano y no se qué más, todo ello de poca reputación para la ciencia «materialista») tenemos, exactamente igual que con la mercancía, la mercancía fuerza de trabajo, dinero, capital, etc., algo efectiva, tangible, empíricamente verificable en concreta conexión con otras determinaciones de la realidad social histórica que constituya la materia de toda investigación económica.²⁸

Como en toda ciencia social histórica hay que tener siempre presente en el funcionamiento de las categorías económicas que el sujeto está dado igual en la realidad que en la cabeza; el sujeto es aquí la moderna sociedad burguesa, y las categorías expresan formas de existencia, determinaciones de la existencia, a menudo sólo aspectos aislados de esa determinada sociedad, de ese sujeto.²⁹

burgo, 1890 [a partir de ahora citado con la designación *Kapital*, I], pp. 2-5 (MEW, vol. 23, pp. 49-53).

28. En carta a Engels del 2-IV-1858 Marx dice del valor así definido que «aunque abstracción, es *abstracción histórica*, que no se podía practicar sino sobre la base de un determinado desarrollo económico de la sociedad», MEGA, III, 2, p. 309 (MEW, vol. 29, página 315).

29. «Introducción 1857», p. 777 (MEW, vol. 13, p. 637).

3. ESPECIFICACIÓN HISTÓRICA

(Continuación)

El principio de especificación histórica tiene, además de su importancia teórica para la investigación económica y social, otra muy importante. El principio refuerza la posición del atacante en la discusión política entre una tendencia *apologética*, esto es, defensora de las circunstancias existentes, y una tendencia crítico-social, *revolucionaria*. Vamos a mostrar ese uso polémico del nuevo principio teórico de Marx con la ayuda de una serie de ejemplos tomados esta vez principalmente no de la economía, sino de otros terrenos de la vida social, utilizando las respuestas que da el *Manifiesto comunista* de 1848 a las «objeciones de la burguesía contra el comunismo».¹

La forma básica de esas respuestas consiste en contestar a las acusaciones de que los comunistas quieren abolir la propiedad, la personalidad, la libertad, la educación, el derecho, la familia, la patria, etc. diciendo que en esta lucha no se trata *en ninguno de los dos bandos* de los fundamentos generales de toda vida social, sino sólo de su particular forma histórica en la actual sociedad burguesa. Así se enuncian todas las determinaciones económicas, clasistas y de otra naturaleza que son específicas y en las cuales estriba ese particular carácter histórico de las relaciones y circunstancias burguesas. Todas esas formas de *especificación* histórica se utilizan

1. MEGA, I, 6, pp. 538-544, 528 (MEW, vol. 4, pp. 474-481, 464 s.).

en la discusión, siempre con el resultado de que los sedicentes defensores de unos fundamentos universales y naturales de todo orden social entran en su papel de defensores interesados de las particulares circunstancias de la existente sociedad burguesa, cortadas a medida de sus deseos.

La primera objeción de la burguesía contra el comunismo dice que los comunistas quieren abolir la *propiedad*. El *Manifiesto comunista* contesta a eso:

La abolición de relaciones de propiedad existentes no es nada que caracterice peculiarmente al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un constante cambio histórico, a una constante alteración histórica.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en beneficio de la burguesa. Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la moderna propiedad privada burguesa es la expresión última y más perfecta de la producción y apropiación de productos basadas en las contraposiciones de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en la frase «abolición de la propiedad privada».

Luego el *Manifiesto* expone que esa «propiedad personalmente ganada, labrada por uno mismo» que, según las representaciones ideológicas de los portavoces teóricos de la burguesía, constituye «el fundamento de toda libertad, actividad e independencia personales», fue en realidad la propiedad «pequeño-burguesa y de los pequeños campesinos» anterior a la moderna propiedad burguesa. Los comunistas no tienen necesidad de abolirla. «El desarrollo de la industria la ha abolido y la está aboliendo cotidianamente.» En su configuración presente,

la propiedad «se mueve en la contraposición de capital y trabajo asalariado». Tiene sentidos específicamente diversos para las dos clases que se enfrentan en la moderna sociedad burguesa, la burguesía y el proletariado. «Ser capitalista significa ocupar en la producción una posición no sólo personal, sino también social.» El trabajo asalariado, el trabajo del proletario, no le procura ninguna propiedad personal. Crea el capital, esto es, la fuerza social que explota el trabajo asalariado. Con la «abolición de la propiedad» no se trata, pues, de transformar «propiedad personal en propiedad social». «Sólo se transforma el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.»

La segunda objeción de la burguesía dice que los comunistas quieren abolir la *personalidad* y la *libertad*. El comunismo contesta que se trata de abolir «la personalidad, la independencia y la libertad del burgués» tal como son en la presente sociedad burguesa:

Se entiende por libertad en el marco de las actuales relaciones de producción burguesas la libertad de comercio, la libre compraventa. Pero cuando deja de haber usurero, deja de haber también usurero libre. Los discursos sobre el usurero libre y todas las demás bravatas de nuestra burguesía sobre la libertad tienen sólo sentido frente al usurero no libre de la Edad Media, frente al ciudadano oprimido de la Edad Media, pero no a propósito de la abolición comunista de la usura, de las relaciones de producción burguesas y de la burguesía misma.

Del mismo modo que el burgués llama «abolición de la propiedad» la abolición de la propiedad privada que en la sociedad burguesa existe para su clase precisamente porque no existe para la enorme mayoría de los individuos de la sociedad, así también declara que «la persona ha sido abolida» en cuanto que el trabajo no se puede transformar en capital, dinero, renta de la tierra, o, dicho

brevemente, en un poder social monopolizable. Con eso confiesa que «por persona entiende sólo el burgués, el propietario burgués. Y efectivamente se trata de abolir esa persona».

Análogamente confunde la burguesía el *trabajo* y la *actividad* en general con la particular forma burguesa del trabajo asalariado, del trabajo forzado de los trabajadores asalariados sin propiedad que han de trabajar para los propietarios, no trabajadores, del capital. Al temor de la burguesía de que «con la abolición de la propiedad privada se terminará toda actividad y se difundirá una pereza universal» el *Manifiesto* contesta:

Según eso hace mucho tiempo que la sociedad debería haber sucumbido por causa de la pereza; pues los que en ella trabajan no ganan nada y los que en ella ganan no trabajan. Toda esta objeción se reduce a la tautología de que deja de haber trabajo asalariado cuando deja de haber capital.

Luego, se lamenta la burguesía de que el comunismo amenaza con una pérdida de la «cultura» o *educación*. También a este lamento contesta específicamente Marx:

Igual que para él el final de la propiedad de clase significa el final de la producción misma, para el burgués el final de la cultura de clase es el final de toda cultura.

La educación cuya pérdida lamenta es para la enorme mayoría la educación para ser máquina.

Como ocurre en los casos de la persona, la libertad y la educación, tampoco en el de la amenaza comunista al *estado* y al *derecho* se trata de suprimir las funciones de coordinación unitaria de la sociedad realizadas coactivamente en la presente época por el estado y el derecho y cada vez más defectuosamente a medida que avanza el proceso. Se trata de la específica forma burguesa del

presente poder estatal, que es sólo «una comisión que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa». Y se trata también del moderno orden jurídico burgués, que es «sólo la voluntad ... de la clase [burguesa] elevada a la categoría de ley, y cuyo contenido está dado en las condiciones materiales de vida [de esa] clase».

«¡Abolición de la *familia*! Hasta los más radicales se escandalizan de esta vergonzosa intención de los comunistas.» El *Manifiesto* replica también específicamente a esta objeción:

¿En qué se basa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en la ganancia privada. En su desarrollo completo no existe más que para la burguesía; pero tiene su complemento en la impuesta falta de familia del proletario y en la prostitución pública.

Los comunistas reconocen que «quieren abolir la explotación de los niños por sus padres».

Contestan a la inmortal necedad de que quieren introducir la comunidad de las mujeres diciendo que el actual matrimonio burgués es «en realidad la comunidad de las mujeres casadas».² Se entiende sin más que «con la abolición de las actuales relaciones de producción desaparece también la comunidad de mujeres que nace de ella, esto es, la prostitución oficial y la no oficial».

Al reproche de los nacionalistas de que los comunistas quieren «abolir ... la *patria*» contesta el *Manifiesto* que en la presente sociedad burguesa «los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen».³

2. Cf. la frase, comunicada por Hume, de un embajador turco a Voltaire, diciéndole que «los cristianos» mantienen su harén a costa ajena y en las casas de sus amigos. (*Essays...*, ed. Green y Grose, Londres, 1875, vol. I, p. 234) y la parecida caracterización del sistema matrimonial de su época por los hermanos Goncourt.

3. La doctrina de que la gran masa del pueblo «no tiene patria»,

En cambio, la arcaica propiedad colectiva de la tierra por todos los hombres libres era «realmente una 'tierra patria', una posesión común heredada y libre». ⁴

La posición del proletariado de cada país respecto de los llamados intereses nacionales depende del estadio específico de desarrollo de su movimiento revolucionario, que empieza a escala nacional pero ha de concluirse a escala internacional:

En la medida en que es abolida la explotación de un individuo por otro, queda abolida la explotación de una nación por otra.

Con la contraposición de las clases en el interior de las naciones desaparece también la actitud hostil de las naciones las unas contra las otras.

Análogamente responde el comunismo a «las acusaciones ... enunciadas desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos» con la remisión sumaria al carácter específicamente histórico de todas las *ideas* humanas:

¿Qué prueba la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma junto con la material? Las ideas dominantes de una época fueron siempre simplemente las ideas de la clase dominante.

.....
Cuando el mundo antiguo estaba en trance de muerte, las religiones antiguas fueron derrotadas por la

pues «sin propiedad no puede tener patria, sin patria todos están contra ella y ella misma tiene que estar armada contra todos» fue enunciada ya por el revolucionario burgués Brissot en sus *Observations d'un républicain sur les différents systèmes d'administration provinciales*, 1787 (cf. los extractos de Marx, *MEGA*, I, 6, pp. 616-617). Brissot pronunció también por vez primera la tesis luego repetida por Proudhon: «La propriété c'est le vol», como consigna revolucionaria burguesa.

4. Engels, «Die Mark» (apéndice a la edición alemana de *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, 1882, p. 50 (*MEW*, vol. 19, p. 317.).

religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas retrocedieron ante las de la Ilustración, la sociedad feudal estaba librando su lucha a muerte con la burguesía entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y libertad de religión expresaban simplemente el dominio de la libre concurrencia en el terreno de la conciencia.

Una parte de la burguesía reconoce que en el curso de la historia se han modificado las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., pero reprocha al comunismo el querer abolir las *verdades eternas* comunes a todos los estadios sociales, que quiere suprimir *la* religión y *la* moral en vez de darles nueva forma. El comunismo contesta que, incluso en esa forma general, las ideas tradicionales siguen teniendo un rasgo específico histórico. No están ya relacionadas con la forma determinada que las contraposiciones de clase han tomado en una determinada época del desarrollo social. Pero sí lo están con el hecho de las contraposiciones de clase, presente bajo formas diversas en todas esas épocas:

Cualquiera que sea la forma que haya adoptado, la explotación de una parte de la sociedad por otra es un hecho común a todos los siglos pasados. No puede sorprender, pues, que la conciencia social de todos los siglos, pese a toda su multiplicidad y variedad, se mueva dentro de ciertas formas comunes, formas, formas de conciencia que sólo se disipan completamente con la total desaparición de la contraposición de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad heredadas; no puede sorprender el que en su desarrollo se rompa del modo más radical con las ideas heredadas.

4. TEORÍAS DEL DESARROLLO I: PSEUDODESARROLLO

La ciencia social burguesa se ocupa de la existente sociedad burguesa, cuyas relaciones y circunstancias toma, más o menos tranquilamente, como leyes naturales inviolables de toda vida social. Cuando los teóricos burgueses de la sociedad parecen hablar de otras formas sociales, su verdadero objeto sigue siendo la particular forma histórica de la sociedad burguesa, cuyos rasgos empíricamente captados vuelven a hallar en esas otras formaciones sociales. Y cuando hablan de la «sociedad» en general, en el rostro de esa sociedad general aparecen, con ligeros retoques, sólo los rasgos habituales de la presente sociedad burguesa. Entre los grandes fundadores de la teoría social burguesa de los siglos XVII y XVIII y en la filosofía idealista alemana de Kant a Hegel esto ocurre aún de una manera ingenua, utilizando el término «sociedad civil» o «sociedad burguesa» como concepto atemporal de sociedad.¹

También cuando los investigadores sociales burgueses hablan de un desarrollo o una «evolución» suelen quedarse dentro del círculo mágico de la sociedad burguesa. Consideran las anteriores formaciones sociales como «estadios previos» de la forma hoy día más o menos plenamente desarrollada. Aplican sin más los conceptos tomados del presente estadio social a las formas sociales históricamente precedentes. Hasta el siglo XIX han estado

1. Marx-Engels, *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5, pp. 25-26 (MEW, vol. 3, p. 36).

llamando «prehistoria» la historia primigenia de la humanidad, que no se puede captar con las categorías de la actual sociedad burguesa, como la propiedad, el estado o la familia. Pese al mucho hablar de «historia universal» (que para el intacto espíritu burgués de esta época significa sólo una ampliación de la sociedad burguesa a todo el mundo), sólo muy casualmente se encuentra un barrunto siquiera de la concepción realmente universal que incluye como elementos plenamente válidos de la historia de la humanidad, junto con las épocas preburguesas, también los estadios sociales completamente ajenos al mundo burgués, separados de él espacial y temporalmente. Los informes del célebre viajero C. F. Volney,² escritos antes de la revolución francesa y durante ella, son un primer avance en este sentido. Y ya algunas décadas antes un hombre menos viajero, pero no menos agudo, y de penetrante mirada escribió en su diario: «¡Cuántas épocas habrán pasado antes de las que podemos conocer o imaginar! ¿La fenicia?, ¿o la egipcia?, ¿la china?, ¿la arábiga?, ¿la etiópica? O quizás nada de todo eso, de modo que con nuestro Moisés estemos en lo justo».³

La teoría social burguesa queda ligada a las categorías burguesas no sólo hacia el pasado, sino también hacia el futuro, en su análisis de las presentes tendencias del desarrollo social. No puede imaginarse las transformaciones futuras más que como un desarrollo «evolutivo», sin ruptura radical con los principios básicos del presente orden social burgués. Considera las revoluciones sociales como interrupciones patológicas del desarrollo social «normal», y espera que una vez discurrido todo el «ciclo» revolucionario se restituya la situación social prerrevolucionaria, del mismo modo que la restauración restituyó

2. *Voyage en Syrie et en Egipte pendant les années 1783-1785...*, París, 1787, y *Les ruines ou méditation sur les révolutions des empires*, París, 1791.

3. J. G. Herder, *Journal meiner Reise*, 1769, *Werke*, ed. Heinrich Düntzer, vol. 24, Berlín [1879], p. 405.

la situación política prerrevolucionaria. Por eso considera que todas las tendencias socialistas o comunistas revolucionarias son en su actuación perturbaciones del sano progreso social y en su forma teórica fantasía acientífica.

La teoría socialista de Marx se contrapone en todo punto a esas ideas recibidas de la ciencia social burguesa. Pero la contraposición no es tan simple que se pueda reconducir a la fórmula bíblica: sea vuestra manera de hablar sí, sí, no, no. Y así, para empezar con lo principal, sería completamente erróneo creer que, puesto que la teoría social burguesa es la doctrina de la «sociedad burguesa», la teoría socialista de Marx haya de ser la doctrina de la «sociedad socialista». La verdad es que la teoría del socialismo científico no se ocupa en absoluto de describir un futuro estadio social. Marx deja esa tarea en manos de los viejos y nuevos fundadores de doctrinarias sectas socialistas. Él, de acuerdo con su principio materialista, estudia la única forma real hoy y aquí: la sociedad burguesa. En el rigor con que observa empíricamente este estadio social dado rebasa incluso a los teóricos burgueses, siempre inclinados a «generalizar» de un modo u otro los hechos «descubiertos», y en este punto se acerca más al procedimiento de los historiadores burgueses (de los que, por otra parte, se diferencia mucho por el riguroso mantenimiento de la forma científica teórica).

También Marx ha reunido las formas históricas de las sociedades «asiática», «antigua» y «feudal» para formar una serie de «*épocas progresivas de la formación social económica*», para concluir con la presente «sociedad burguesa», no la historia, como lo hacen los teóricos burgueses, pero sí la «prehistoria» de la sociedad humana.⁴ Tampoco se ha opuesto en principio a la aplicación de conceptos obtenidos en el estudio de la presente sociedad burguesa a las relaciones de épocas históricas anteriores.

4. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, p. 9).

Él mismo ha admitido como punto de partida que en las categorías de la sociedad burguesa, por ser ésta «la forma histórica más desarrollada y varia de organización de la producción», hay una clave para la comprensión de las épocas anteriores de la formación social económica.⁵ También ha aceptado, al menos en sus comienzos, la «acertada idea» que subyace a «aquella corriente ficción del siglo XVIII según la cual el estado de naturaleza es el verdadero estado de la naturaleza humana».⁶ Y mientras que la investigación burguesa abandona totalmente esa idea revolucionaria del siglo XVIII que aún renació en el primer gran período de descubrimientos de la investigación protohistórica, la investigación marxiana, como veremos, la recoge en forma críticamente depurada y la hace objeto de una nueva y fecunda aplicación. Tampoco el concepto burgués de «evolución» está simplemente tachado en la teoría marxista revolucionaria del desarrollo, sino sólo modificado: del mismo modo que desde el pasado histórico y protohistórico hay, con todas las revoluciones intermedias y precisamente gracias a ellas, un *desarrollo* progresivo que conduce hasta la presente forma social burguesa, así también la futura sociedad socialista y comunista que nacerá de la revolución social de la clase proletaria será al mismo tiempo una forma desarrollada de modo determinado de la sociedad burguesa (de un modo que implica la ruptura con el principio social burgués).

5. «Introducción 1857», p. 776 (MEW, vol. 13, p. 636).

6. «Das philosophische Manifest der historischen Rechtsschule», en *Rheinische Zeitung*, suplemento n.º 221, 1842, MEGA, I, 1, 1, p. 251 (MEW, vol. 1, p. 78): «Todas esas excentricidades tienen en su fondo la acertada idea de que las situaciones *rudas* son ingenuos cuadros flamencos de las situaciones *verdaderas*».

5. TEORÍAS DEL DESARROLLO II: TRASFORMACIÓN REAL

La teoría marxiana del desarrollo social se funda en el conocimiento crítico del carácter ilusorio de ese «supuesto desarrollo histórico ... que se basa en que la última forma contemple las pasadas como estadios hacia ella misma ... y siempre unilateralmente».¹ Precisamente en el lugar en el que Marx parece aceptar esa ingenua metafísica pseudodarwinista de la evolución en la que luego cayeron de bruces marxistas ortodoxos como Karl Kautsky² y por reacción a la cual marxistas heterodoxos como Georges Sorel³ rechazaron toda aplicación del principio evolutivo en una sociología científica, precisamente en ese lugar ha invertido literalmente su estructura intelectual y ha eliminado así su carácter metafísico. Mientras que los teóricos burgueses de la evolución, con Spencer en cabeza, se imaginan poder explicar la compleja organización de las especies animales (y de las formas sociales) superiores mediante la organización, más simple, de las especies y formas sociales más sencillas, inferiores, Marx destruye esa ilusión con la proposición paradójica: «*La anatomía del hombre es una clave de la anatomía del mono*».⁴

1. «Introducción 1857», pp. 776-777 (MEW, vol. 13, pp. 636-637).

2. Cf. mi libro *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, Leipzig, 1929 [citado desde ahora: *Auseinandersetzung mit Kautsky*], pp. 32 ss.

3. G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne*, París, 1911, Prefacio; *Les illusions du progrès*, 3.^a ed., París, 1921, pp. 239-244.

4. «Introducción 1857», p. 776 (MEW, vol. 13, p. 636).

Con esa consciencia crítica se elimina todo el encanto de la ingenua metafísica evolucionista y el «desarrollo» se convierte de axioma válido *a priori* en un principio de investigación que en cada caso se tiene que verificar empíricamente. El que la sociedad burguesa dé la «clave» de la sociedad antigua no implica en modo alguno que categorías como las de mercancía, dinero, estado, derecho hayan de tener para la sociedad antigua y su modo de producción la misma importancia y significación que tienen para la moderna producción capitalista de mercancías y para la sociedad burguesa basada en ella. Y al romperse el apriorismo del axioma evolucionista se abre el campo a la investigación *empírica*. Marx declara explícitamente que la validez de las categorías de la sociedad burguesa para las demás formas sociales «se tiene que tomar *cum grano salis*». La sociedad burguesa puede contener las relaciones y circunstancias de anteriores formas sociales. Pero puede contenerlas desarrolladas ulteriormente o degeneradas, mutiladas, disfrazadas (como se conservaba en el *Mir* ruso la propiedad colectiva de los primeros tiempos).⁵ Pero también contiene ya en sí las tendencias a un ulterior desarrollo de la presente forma social, lo que no significa su plena determinación previa.

Mientras que el erróneo y metafísico concepto de evolución de los teóricos burgueses de la sociedad está *cerrado* por delante y por detrás y en todas las formas sociales pasadas y futuras no reconoce en el fondo más que a sí mismo, el concepto de evolución o desarrollo de Marx está *abierto* en los dos sentidos, por ser crítico y materialista. Marx no trata como meros «estadios previos» las pasadas épocas históricas de la formación social económica, la sociedad asiática, la antigua, la feudal, y aún menos la sociedad originaria anterior a la historia escrita. Consideradas en su totalidad, son formaciones sustantivas que se tienen que entender por sus propias cate-

5. «Introducción 1857», p. 776 (*MEW*, vol. 13, p. 636).

gorías.⁶ Análogamente define Marx la sociedad socialista y comunista producida por la revolución proletaria no sólo como forma ulteriormente desarrollada de la sociedad burguesa, sino también como nuevo tipo social no conceptuable con las categorías burguesas. Lo que Marx combate del *socialismo utópico* no es, como muchos se imaginan, la idea de una situación completamente diferente de la presente sociedad burguesa. El defecto del socialismo doctrinario y utópico consiste en que, en el intento de pintar con todos los colores un estadio socialista *futuro*, recoge inconscientemente una imagen simplificada de la presente y real sociedad, imagen que, de concretarse y realizarse, reproduce inevitablemente la vieja forma social burguesa.⁷ Marx mismo ha tenido en cuenta en su teoría materialista de la presente sociedad burguesa todo el ulterior desarrollo, desde la fase de transición iniciada por la revolución proletaria hasta la «sociedad comunista» plenamente desarrollada. Mientras que en su «primera fase», cuando nace tras doloroso parto de la sociedad burguesa, la sociedad comunista está aún muy determinada por los principios burgueses, en su «segunda fase», cuando ya se ha desarrollado sobre su propio fundamento, se encuentra a una distancia tan grande de la presente sociedad burguesa como ésta de la sociedad sin clases ni estado del comunismo primitivo. La sociedad comunista plenamente desarrollada ha rebasado totalmente el horizonte burgués y realiza la divisa que en forma abstracta proclamaron en el umbral del siglo XIX sus vanguardias «utopistas»: «De cada cual según sus capacidades. A cada cual según sus necesidades».⁸

6. Y no, naturalmente, por sus *ideologías*. Sobre esto ver por de pronto *Kapital*, I, p. 48 (MEW, vol. 23, p. 96), nota 33. En la parte 3.^a de este libro se tendrá una discusión más detallada de la cuestión.

7. *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, Hamburgo, n.º 3, 1850, pp. 33 s. (*Die Klassenkämpfe in Frankreich...*, MEW, vol. 7, p. 89).

8. Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», 1875, en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, 1891, p. 567 (MEW, vol. 23, página 28).

Marx ha criticado siempre la dialéctica filosófica de Hegel —a la que por lo demás considera forma perfecta de exposición evolucionista de la sociedad— por el hecho de que, en la «forma mistificada» con que aparece en la obra de aquel filósofo y se convirtió en «moda alemana», «parecía glorificar lo existente». En cambio, en la nueva «forma racional» con que aparece en la investigación histórica marxiana, es «escándalo y horror para la burguesía y sus portavoces doctrinales, porque en la comprensión positiva de lo existente incluye también la comprensión de su negación, de su ruina inevitable, y ve toda forma cuajada en el flujo del movimiento, busca también su aspecto percedero, no se deja asustar por nada y es en su esencia crítica y revolucionaria».⁹

Efectivamente es posible reconocer antes de todo análisis teórico preciso la enorme diferencia que hay a este respecto entre Marx y Hegel. Hegel, glorificador de las instituciones existentes y del progreso moderado en el estrecho marco del estado prusiano de su época,¹⁰ ha limitado explícitamente la validez de su principio dialéctico al desarrollo *pasado* de la sociedad y ha dejado el proceso futuro, de un modo conscientemente irracional, «al topo que sigue hurgando en el interior».¹¹ Pese a toda su crítica de la llamada «hipótesis del encapsulamiento», según la cual todas las formas futuras están ya contenidas en las anteriores, Hegel ha subrayado «el elemento correcto de esa hipótesis», elemento que consiste en su opinión en que el desarrollo social en su proceso «queda en sí mismo ... y no se pone *nada nuevo* en cuanto al contenido, sino que sólo se produce una alteración de forma». Por eso el desarrollo «se tiene que

9. Marx, «Zur 2. Auflage des *Kapital*» [citado a partir de ahora «Epílogo 1873»] (*MEW*, vol. 23, p. 28).

10. Palabras de Hegel a sus oyentes al empezar sus lecciones en Berlín el 22 de octubre de 1818, *Werke*, vol. VI, Berlín, 1840, páginas xxxv ss.

11. Palabras finales del curso de Hegel sobre historia de la filosofía (1817-1830), *Werke*, vol. XV, Berlín, 1836, pp. 684 ss.

considerar como un juego, por así decirlo: lo diferente puesto por él no es en realidad Otro». ¹² Se entiende sin más que desde ese punto de vista, que en su tajante formulación hegeliana parece casi una crítica involuntaria del principio evolucionista aplicado por los investigadores burgueses de la sociedad, no queda espacio alguno para la consciente acción humano-social que subvierte y trasforma radicalmente el orden social existente. Frente a algunos de sus discípulos que más tarde intentarían efectivamente utilizar su método dialéctico como instrumento de una subversión revolucionaria, Hegel ha visto como tarea práctica de su filosofía el «restablecer» la convicción de que parte «toda consciencia sin prejuicios»: «*Lo que es racional es real, y lo que es real es racional*», produciendo así la «reconciliación» final entre la «Razón como Espíritu autoconsciente» y la «Razón como realidad presente». ¹³ Marx y Engels, por el contrario, han elaborado y explicitado el principio crítico y revolucionario que estaba ya formalmente contenido en la dialéctica de Hegel y lo han aplicado a la investigación de todas las relaciones y circunstancias de la sociedad burguesa y a la lucha teórica y práctica del proletariado en formas determinadas.

La principal consecuencia de la destrucción de la metafísica burguesa de la evolución por la ciencia crítica de Marx consiste en el pleno reconocimiento de la realidad de la *transformación* histórica, del cambio. Marx trata todas las relaciones y circunstancias de la sociedad burguesa como entidades en alteración o, más precisamente, como entidades alteradas por acciones humanas. Así concibe al mismo tiempo todas las categorías de la ciencia social, incluso las más generales, como categorías

12. Hegel, *Encyclopädie der philosophischen Wissenschaften...*, parte I, *Die Logik* [a partir de ahora se citará, *Encyclopädie*, I], *Werke*, vol. VI, Berlín, 1840, § 161.

13. Hegel, Discurso preliminar de la *Rechtsphilosophie* [Filosofía del derecho] de 1820 (*loc. cit.*, p. 17).

mudables y que han de ser transformadas. Marx critica todas las categorías de los teóricos sociales e historiadores burgueses que sustraen a ese constante fluir de las cosas la presente forma de la sociedad, ya porque traten las actuales relaciones y circunstancias burguesas como «lo natural», lo que siempre ha existido, ya sea, por el contrario, que abran un abismo insalvable entre los pasados estadios de la sociedad y el presente, ya sea que no reconozcan verdadero cambio más que para la historia anterior y cierren la entera historia de la sociedad humana con la situación burguesa presentemente alcanzada. La sociedad burguesa no es ya en ningún sentido una esencia universal que pueda justificarse por algún título que no sea meramente su historicidad. Es simplemente el estadio de un movimiento histórico que se ha alcanzado en la presente época, válido transitoriamente para ella y destinado a ser sustituido por otro. Es sólo el resultado presente de una fase anterior y el punto de partida de una nueva fase de la lucha de clases que desemboca en una revolución social.

6. CRÍTICA REVOLUCIONARIA

La exposición de todas las relaciones de la existente sociedad burguesa como relaciones particulares de una determinada época histórica de desarrollo contiene el fundamento de la *crítica científica* de esa particular formación social y de su *subversión práctica*. Toda crítica de la sociedad existente que no parta de ese fundamento es teóricamente doctrinaria y prácticamente utópica. A la inversa, los conatos de autocrítica histórica que aparecen en el posterior desarrollo de la ciencia social burguesa no pueden desplegarse plenamente ni realizarse consecuentemente sino por la nueva clase social producida por la burguesía misma.

I

Si prescindimos de los casos singulares en los cuales ya en los comienzos de la época burguesa algún pensador aislado anticipó la crítica de los principios burgueses, en realidad todavía no impuestos (del mismo modo que también en la historia real a cada gran movimiento burgués del pasado acompaña como corriente subterránea alguna agitación propia de la clase que era la precursora más o menos desarrollada del proletariado), la comprensión histórica y la correspondiente autocrítica se pueden considerar iniciadas en la sociedad burguesa tras la victoria definitiva del principio burgués por la

gran revolución francesa y la plena explicitación de la nueva situación burguesa a comienzos del siglo XIX.

Thomas Hobbes no estaba haciendo ninguna crítica en el siglo XVII cuando describía la situación de la sociedad burguesa (de la sociedad en general, de acuerdo con la ilusión común entonces a los pensadores burgueses) como un *bellum omnes contra omnes*, sólo pacificado, pero definitivamente, por la férrea dictadura del estado; ni tampoco pensaban estar criticando nada los posteriores cantores de la «libre concurrencia» al intentar basar esa idea con una fórmula darwiniana mal entendida que es a su vez una injustificada trasposición de la situación de la sociedad burguesa a la naturaleza. Y Mandeville glorificaba en el siglo XVIII la sociedad burguesa cuando describía una estructura dispuesta finalísticamente por una providencia juguetona según la fórmula: «*Private Vices - Public Benefits*». No menos glorificador fue, poco antes del final de esa época, el descubrimiento por Immanuel Kant del «*antagonismo de la socialidad asocial*» que subyace a la sociedad burguesa y por el cual se imponen al hombre «los primeros verdaderos pasos desde el salvajismo hacia la cultura» y con el tiempo se le «arranca patológicamente» «la adhesión a una sociedad». «Toda cultura y arte que adorne a la humanidad, el más hermoso orden social, son fruto de la asocialidad que por sí misma se ve obligada a disciplinarse y, mediante un arte impuesto, desarrollar plenamente los gérmenes naturales.»¹

Por lo que hace especialmente a la relación entre la lucha concurrencial burguesa y la «lucha por la existencia» darwiniana, Darwin mismo ha dicho: «Ésta es la doctrina de Malthus aplicada a todo el reino animal y vegetal».² Más correcto sería decir que la particular forma

1. Hobbes, *Leviathan*, 1651; Mandeville, *The Fable of the Bees: Private Vices - Public Benefits*, 1706; Kant, *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, 1784.

2. Darwin, *On the Origin of Species*, 2.^a ed., Londres, 1860, p. 5: «This is the doctrine of Malthus, applied to the whole animal and vege-

de división del trabajo producida en la sociedad burguesa por la concurrencia de los varios productores de mercancías es, en comparación con la consciente regulación de la división del trabajo en el comunismo, una forma animal inconsciente de autoconservación social. Ya Hegel ha llamado a la sociedad burguesa «reino animal espiritual».³ En ese sentido escribe Marx en *El capital*:

la división social del trabajo [en la sociedad burguesa] enfrenta a productores independientes de mercancías que no reconocen más autoridad que la concurrencia, la constricción que ejerce sobre ellos la presión de sus respectivos intereses del mismo modo que en el reino animal la «lucha de todos contra todos» mantiene más o menos las condiciones de existencia de todas las especies.⁴

Aún mejor sería renunciar a esas comparaciones que nunca son plenamente satisfactorias. En cualquier caso, la trasposición darwiniana de la lucha concurrencial burguesa a la naturaleza como ley absoluta de la «lucha por la existencia» y la proclamación por Kropotkin del principio opuesto de la sociedad comunista como universal «ley de la ayuda recíproca en el mundo animal y humano» no son del mismo calibre que la trasposición, recientemente intentada por uno que en otro tiempo fue un marxista ortodoxo, de un principio evolutivo pacifista de «equilibrio natural», generalizado de la presente sociedad, en la que no rige, a todo el mundo animal y vegetal, en el que tampoco es válido.⁵

table kingdoms», citado por Marx en *Theorien über den Mehrwert*, II, 1, p. 315.

3. G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes* [desde ahora citada por *Phänomenologie*] [Fenomenología del Espíritu], *Werke*, vol. II, Berlín, 1832: «El reino animal espiritual y el engaño, o la cosa misma», pp. 295-314.

4. *Kapital*, I (ed. Korsch), pp. 341-342 (*MEW*, vol. 23, p. 377).

5. Sobre toda esta cuestión véase la carta de Engels a F. A. Lange del 29-III-1865 (*MEW*, vol. 31, pp. 465-468) y la carta de Marx

El defecto fundamental de todas las exposiciones importantes de la sociedad en esta época (incluidas la doctrina de Rousseau, la novela burguesa de Robinson y toda la ciencia entonces naciente de la «*economía política*» burguesa) consiste en el modo ahistórico como tratan las particulares relaciones y circunstancias de la sociedad burguesa, de su modo de producción, de su estado y de su derecho, concebidos como la forma finalmente alcanzada, inmutable, aunque susceptible de perfeccionamiento indefinido, de un orden social natural y racional. Marx, que critica la utilización de este procedimiento por los economistas burgueses en su «séptima y última observación» contra Proudhon, expresa la debilidad de toda esta tendencia con la punzante frase: «Con eso se tiene que ha habido historia, pero ya no la hay».⁶

Este procedimiento verdaderamente bárbaro con el cual los teóricos burgueses consideran todas las anteriores formas sociales como estadios previos «bárbaros» de su propia sociedad, finalmente civilizada y fundamentada era, según Marx, inevitable mientras la tarea principal de aquellos teóricos fuera oponerse a las formas sociales feudales. Mientras lo animó una chispa revolucionaria, fue prácticamente progresivo en la sociedad burguesa todavía no totalmente constituida y estuvo, por lo tanto, justificado también teóricamente, tanto al menos cuanto aquellas formas más ingenuas con que durante la guerra de los campesinos y durante la revolución inglesa se oponía, con falsedad teórica, pero con acierto político, la «prehistoria de la humanidad» expuesta en la Biblia al orden feudal, presentando aquélla como una *situación social verdaderamente civil*, es decir, burguesa. Eran consignas revolucionarias de la nueva clase burguesa contra

a Kugelmann del 27-VI-1870 (MEW, vol. 32, pp. 685 s.) así como mi *Auseinandersetzung mit Kautsky*, pp. 40 ss.

6. *Misère de la philosophie*, MEGA, I, 6, p. 188 (MEW, vol. 4, p. 139).

la feudalidad: «¿Dónde estaba el caballero noble cuando Adán cavaba y Eva hilaba?»

El procedimiento ahistórico de la teoría social burguesa se hizo prácticamente reaccionario y científicamente involutivo en un momento en que la victoria del principio burgués sobre el feudalismo estaba ya adquirida definitivamente, y los teóricos de la burguesía triunfante tenían que transformarse de atacantes revolucionarios opuestos a un estadio social arcaico en defensores de la situación existente contra las tendencias evolutivas que seguían empujando más allá. En este contexto es característica, por ejemplo, la siguiente observación que se encuentra en una obra del fundador científico de la «ideología» burguesa, Destutt de Tracy, aparecida luego de concluirse victoriosamente la revolución francesa. Destutt dice que «entre los antiguos», o sea, en todas las épocas anteriores a la «ère française» que ahora empieza, «l'art social ne s'est jamais assez perfectionné pour donner à leur empire cet état de civilisation supérieure et cette organisation solide qui assure l'existence des *nations réellement policées*».⁷ Como también es característico el programa de aquellos historiadores burgueses del período de la restauración francesa que en el siglo XIX se propusieron explícitamente escribir la historia universal como *historia de la clase burguesa*.

En esta fase el progreso real de la ciencia social no consiste ya en un desarrollo positivo de los principios burgueses, sino en su *crítica*. Pero mucho antes de que esta crítica se aplicara desde fuera a las ideas burguesas, como crítica socialista, la crítica misma es anticipada en una medida sorprendente y de una forma insuperable en su claridad y su audacia por los dos últimos grandes representantes del período clásico —ya cerca de su fin— de

70. A. Destutt de Tracy, *Éléments d'idéologie*, 2.^a ed., París, 1817-1818, vol. II, pp. 5-6.

la economía política (Ricardo) y de su aplicada discípula, la filosofía idealista alemana.

II

El sistema de Hegel no es sólo, en su condición de último sistema de la filosofía clásica alemana, resumen y recapitulación de todas las fases anteriores de la teoría social burguesa. Al igual que, en el terreno de la economía, el último sistema clásico, el de Ricardo, el de Hegel contiene ya una acusada consciencia de las contradicciones de esa sociedad. Todas aquellas peligrosas tensiones de la estructura de la sociedad capitalista que ya habían visto más o menos claramente Mandeville, Ferguson, Adam Smith, Kant, etc., pero que ellos habían superado siempre al final en una unidad «superior» o «más profunda», se desarrollan ahora hasta ser contraposiciones inconciliables. Tampoco Hegel ha rebasado nunca el horizonte burgués. Pero esta «sociedad civil» con sus grandes contradicciones, nunca salvadas en la realidad, tal como la representan ahora económicamente Ricardo y filosóficamente Hegel es ya muy diferente de aquel «mundo el mejor entre todos los posibles» en que todavía había podido trasfigurarla la anterior generación de pensadores burgueses. La sociedad burguesa alcanza en el sistema económico de Ricardo y en la filosofía hegeliana el grado más elevado de autoconocimiento crítico de que era capaz sin rebasar sus propios principios. Esto ocurre en un momento en el cual se le enfrentaba ya en los países más desarrollados en sentido capitalista —Inglaterra y Francia— la crítica ejercida teórica y prácticamente «desde fuera» por el proletariado. Del mismo modo que frente al último economista clásico burgués se presenta ya, en la persona de Sismondi, un crítico conscientemente socialista de la economía burguesa, así también Hegel (en parte por influencia directa de Ricardo) ha registrado en

su exposición filosófica de la «sociedad civil» la conmoción subterránea producida en los fundamentos de la sociedad burguesa por la nueva «clase» de los *trabajadores asalariados, «vinculados» al trabajo en la moderna «industria»*. Hegel ha representado a esta clase con realismo, como una clase que vive «en dependencia y miseria», está excluida de todos los «beneficios de la sociedad civil», como una «gran masa» que se hunde en un «modo de subsistencia» inferior al imprescindible para disfrutar de los derechos sociales, como una clase que, a consecuencia de un desarrollo inevitable, producido por los principios mismos de la sociedad civil, se va hundiendo cada vez más en un «exceso de pobreza» a medida que aumenta el «exceso de riqueza».⁸

Hegel ha expuesto ya con claridad que esta pobreza no es la «pobreza» en sí, tal como ha existido inevitablemente en otras épocas por la escasez de la naturaleza, sino cuestión social propia de la sociedad moderna y que ella tiene que resolver, una «cuestión social» literalmente:

Ningún hombre puede afirmar ningún derecho contra la naturaleza, pero en el estado de la sociedad la escasez cobra inmediatamente la forma de una injusticia cometida con tal o cual clase. La importante cuestión de cómo evitar la pobreza es una de las que más mueven y torturan a las sociedades modernas.⁹

El filósofo ha caracterizado también el «estado de ánimo» ocasionado por esa pobreza socialmente condicionada de la gran masa de los trabajadores industriales: una «íntima indignación contra los ricos, contra la sociedad, el gobierno, etc.».¹⁰

El límite que no puede salvar Hegel, como tampoco

8. *Rechtstphilosophie*, §§ 243-245.

9. *Ibid.*, acotación al § 244.

10. *Ibid.*

ningún otro conocimiento burgués de la sociedad, consiste en que entiende esa nueva clase social sólo negativamente, como «populacho», y no también positivamente, como «proletariado»; consiste en que no ve «en la miseria más que la miseria, sin ver en ella el aspecto revolucionario que lanzará por la borda la vieja sociedad».¹¹

El elemento crítico aparece aún más claramente en el método de la filosofía hegeliana que en su contenido. El *método dialéctico* es para Hegel el poderoso instrumento con el cual, en vez de dejar las contradicciones nacidas en la sociedad burguesa presentes las unas junto a las otras (como todavía ha hecho Ricardo), las consigue reunir —con numerosas imprecisiones, groserías y arbitrariedades teóricas, pero con una sistematicidad de todos modos genial de mediaciones lógicas «en la Idea»— en una «unidad de las contradicciones» entendida como proceso vivo, aunque al mismo tiempo, de acuerdo con las necesidades de una clase que está reclamando el final del movimiento revolucionario y la «restauración», lo recubra todo con una «restitución» aparentemente completa de toda la vieja metafísica ya superada por el materialismo burgués temprano, incluyendo la misma dogmática cristiana en una metafísica «absoluta».¹² Este

11. *Misère de la philosophie*, MEGA, I, 6, p. 191 (MEW, vol. 14, p. 143). El reproche de no comprender el proletariado como clase revolucionaria, dirigido en ese texto principalmente contra los socialistas y comunistas utópicos (ante todo contra Proudhon) y en esta aplicación no plenamente justo, es el mismo que algunos años antes (*Die heilige Familie*, MEGA, I, 3, pp. 204-208; MEW, vol. 2, pp. 35-39) Marx había dirigido, esta vez con más razón, contra sus antiguos compañeros de camino de la izquierda hegeliana; con ese mismo concepto había defendido entonces la concepción revolucionaria de Proudhon contra los ataques de la «crítica crítica», que se mantenía en terreno burgués. Materialmente, esas palabras dibujan de forma clásica la separación entre revolución burguesa y revolución proletaria.

12. Sobre la forma «restauradora» de la filosofía hegeliana cf. el apunte de Marx (MEGA, I, 1, 1, pp. LXXIV-LXXV) del año 1843, y, para más detalle, mis tesis sobre «Hegel und die Revolution», publicadas con ocasión del centenario de la muerte del filósofo en revistas alemanas y francesas (*Gegner*, n.º 3, 5 febrero 1932, pp. 11 s.).

método tan tremendamente devorador de contradicciones se podía considerar —con sólo admitir que su «prematuro» cierre por Hegel con la sociedad burguesa, su estado, su filosofía, su religión y su arte es una violación del método revolucionario por el sistematizador conservador— como *abierto* para recibir un contenido nuevo y tan plenamente contradictorio como es el movimiento de la clase y la revolución proletarias. Lassalle y, durante algún tiempo, Proudhon creyeron seriamente que el método podía dar de sí semejante tarea.

Marx y Engels vieron claro que los viejos odres de la dialéctica idealista burguesa no valían ya para el nuevo vino del materialismo proletario. Han conservado ciertamente, para los varios principios metódicos que han desarrollado en su investigación científica social el nombre genérico de «dialéctica» (materialista), y también han «coqueteado»¹³ a veces con la forma externa de expresión de la filosofía hegeliana. Pero materialmente han roto del todo con la filosofía idealista de Hegel. Han puesto la dialéctica sobre una base materialista en vez de idealista. Y en esa «inversión» materialista del método de Hegel han extirpado también de su forma todo lo que correspondía a su carácter de filosofía de la restauración y que Marx, ya en su primer estudio detallado de la dialéctica hegeliana, cuando ésta era la moda del día, había criticado como «aspecto mistificador» de esa dialéctica.¹⁴ La teoría del nuevo movimiento revolucionario del siglo XIX no necesita ya, como la filosofía hegeliana de la restauración, moverse artificialmente atrás y adelante para presentar su nuevo contenido como restauración del viejo. Tiene que dejar que «los muertos

13. «Epílogo 1873» (MEW, vol. 23, p. 27).

14. Cf. MEGA, I, 1, 1, pp. 401-553 (MEW, vol. I, pp. 203-333), el extenso manuscrito de la crítica de la filosofía del derecho hegeliana, 1843, y la posterior cita de Marx mismo remitiendo a ese trabajo en «Epílogo 1873».

entierren a sus muertos y llegar finalmente a su propio contenido».¹⁵ Como teoría proletaria, y ya no burguesa, tiene incluso formalmente un carácter ya no filosófico, sino rigurosamente científico. Marx y Engels desarrollaron, partiendo de la dialéctica de Hegel invertida en sentido materialista y liberada de su mistificación, los métodos específicos de su ciencia materialista de la sociedad

III

Marx ha adoptado una actitud muy diferente de la tomada respecto de Ricardo y Hegel cuando se ha tratado de otra tendencia crítica formada en contraposición con la ciencia social burguesa clásica y posclásica, la llamada «escuela histórica». Marx ha visto claro desde el primer momento la naturaleza de aquella tendencia histriadora romántica que, tras el final de la gran revolución francesa, junto con los socialistas y en parte antes que ellos, lanzó el primer ataque teórico contra los victoriosos principios burgueses. En su artículo «El manifiesto filosófico de la escuela histórica del derecho» y en el análisis hoy —precisamente hoy— todavía actual del «socialismo reaccionario» en el *Manifiesto comunista*, Marx ha desvelado el carácter radicalmente burgués de esta tendencia aparentemente «antiburguesa» y anticapitalista que reprocha a la burguesía más el producir un proletariado revolucionario que el producir proletariado en general.¹⁶

También ha comprendido como lo que realmente es el método «puramente histórico» de la escuela histórica en su lucha contra la investigación social anterior, principalmente teórica. Esa lucha no iba dirigida contra los *pre-*

15. Marx, «Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte», 1852 (MEW, vol. 8, pp. 111-194).

16. MEGA, I, 6, p. 547 (MEW, vol. 4, p. 483).

supuestos burgueses contenidos en las abstracciones formalmente perfectas de los teóricos burgueses clásicos, no conscientes de ellos (y, en cambio, ya conscientemente utilizados para fines apoloéticos en las abstracciones menos fundamentales de sus herederos). Los críticos «históricos» compartían plenamente la convicción de los teóricos burgueses respecto de aquellos presupuestos. Su lucha se dirigía contra la aplicación consecuente de aquellos principios teóricos a la situación presente, produciendo las *consecuencias críticas y «revolucionarias»* ya claramente enunciadas por economistas como Ricardo y por filósofos como Hegel. Estas «peligrosas ideas», contenidas en sustancia ya en las teorías de los grandes investigadores burgueses de la sociedad de los siglos XVII y XVIII y que habían probado ya su fuerza «negativa» y «destructora» en el derrocamiento terrorista de un orden social, podían, según la ingenua manera de pensar de estos «historiadores» aún no curados del miedo a la gran revolución francesa, convertirse de nuevo en terrorísticas. En este sentido podemos repetir ahora las palabras del *Manifiesto comunista* sobre el socialismo reaccionario, que reprocha a la burguesía «producir el proletariado»; con la correspondiente variación podemos decir en qué consiste la hostilidad de la escuela histórica a toda «teoría» social: esta escuela reprocha a la investigación social burguesa clásica sobre todo el haber producido una teoría peligrosa para la ulterior existencia del orden burgués, más que el producir teoría no histórica.

Pese a su tajante recusación de los principios teóricos y políticos de la escuela histórica, Marx ha visto también el progreso teórico que en cierto sentido ha representado la aparición de esta nueva tendencia. Gracias a su dedicación intensa primero a la sociedad medieval y luego también al estudio de estadios sociales más antiguos, arcaicos, de los llamados «comienzos» de la cultura, del arte, de la economía, etc., la escuela histórica ha ampliado el campo de la investigación social. Aunque

en 1842 Marx ha escrito, burlándose del apasionamiento de la escuela, que ésta «supone que el batelero va a navegar no río abajo, sino hacia la fuente»,¹⁷ en su época posterior ha visto no sólo el progreso teórico, sino también el crítico, con futuro, contenido en esa tendencia a volverse hacia las épocas históricas y protohistóricas pasadas: «La primera reacción contra la revolución francesa y contra la Ilustración, relacionada con ella», escribe el 25 de marzo de 1868 a Engels, «fue, naturalmente, verlo todo medieval, romántico, y ni siquiera personas como Grimm están libres de ello. La segunda reacción —que corresponde a la tendencia socialista, aunque estos científicos no tienen idea de ello— consiste en mirar más allá de la Edad Media, a la protohistoria de cada pueblo. Entonces les sorprende encontrar lo más nuevo en lo más antiguo, y hasta *egalitarians to a degree* del que se asustaría el mismo Proudhon».¹⁸

Esa frase, a la que podrían añadirse cien parecidas de los escritos de Marx y Engels, permite ver el motivo principal de la especial importancia que ha tenido para la formación de la ciencia social revolucionaria del marxismo la *investigación prehistórica*, que entonces se encontraba en el estadio de sus primeros descubrimientos. El hecho de que en esta época se hicieran finalmente accesibles al conocimiento aquellas situaciones tan abismáticamente distintas de las de la sociedad moderna y que hasta entonces no habían podido ser objeto más que de la leyenda y la poesía fue para Marx y Engels señal de que esta sociedad burguesa contiene en su presente estadio de desarrollo las tendencias a una transformación más radical que todas las anteriores revoluciones de los tiempos históricos. En cambio, el paralelismo enunciado aquí medio en broma por Marx entre la situación «igualitaria» de la sociedad primitiva y la futura sociedad comunista

17. MEGA, I, 1, 1, p. 251 (MEW, vol. 1, p. 78).

18. MEGA, III, 4, p. 33 (MEW, vol. 32, p. 51).

tiene muy escasa importancia para el conjunto de la concepción materialista de la sociedad. La idea de que Marx y Engels hayan visto en aquel estado social «originario» una anticipación real de una situación futura, y en la futura sociedad comunista la restauración de un estadio remoto, es incompatible con el principio materialista de la concepción marxiana de la historia. Marx expone la historia de la sociedad humana como un desarrollo de las fuerzas productivas materiales que procede de formas de organización inferiores a formas de organización superiores. Ve en el moderno modo de producción capitalista, con su gigantesco despliegue de fuerzas productivas, que rebasa ampliamente todas las épocas anteriores, el fundamento material imprescindible de la transición a la sociedad socialista y comunista, transición iniciada por la revolución social de la moderna clase de los trabajadores industriales.

Marx y Engels, rompiendo con la unilateral idea corriente de progreso, han mostrado en las formas lejanas, «salvajes» y «bárbaras» de vida social que han precedido a la moderna sociedad civilizada burguesa, junto a su miseria, oscuridad y atraso, también formas que se diferencian ventajosamente de las actuales condiciones «civilizadas»; así han continuado la «*crítica de la civilización*» con la que ya antes que ellos los primeros grandes socialistas utópicos, ante todo Charles Fourier, empezaron el ataque a la satisfecha seguridad de la autoconsciencia burguesa.¹⁹ Marx y Engels vieron en la investigación de la protohistoria un fundamento imprescindible de su investigación materialista de la sociedad presente. Han subrayado que algunas formas básicas de las actuales cir-

19. Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, Hottingen-Zurich, 1884, p. 145 (MEW, vol. 21, p. 172). En nota a pie de página Engels aduce sumariamente las profundas ideas de Fourier sobre la contraposición entre la sociedad civilizada y las formas de vida protohistóricas. Véase también el prólogo a la 4.^a ed., 1891 (MEW, vol. 21, pp. 473-483).

cunstancias sociales no se pueden iluminar científicamente más que por el estudio cuidadoso de la sociedad arcaica, de su desarrollo y disolución y de las diversas formas de su transición a los sistemas sociales posteriores basados en la propiedad privada y la contraposición de clases. Por ejemplo, para explicar científicamente los restos de la propiedad colectiva y de los varios tipos originales de la propiedad privada griega, romana, celta, eslava que aún se conservan en edad histórica, hay que remontarse a las varias formas arcaicas de propiedad colectiva y a los diversos modos de su disolución. Pero, ante todo, el conocimiento de aquellas formas no burguesas de la sociedad protohistórica permite al investigador moderno imaginarse un desarrollo de la sociedad moderna que conduzca más allá del actual estadio burgués no sólo, evolutivamente, en tal o cual punto, sino, revolucionariamente, a una situación general futura igualmente no-burguesa. En cuanto a lejanía respecto del presente estadio social, los resultados de esa transformación corresponderán no ya simplemente a la Edad Media o a la Antigüedad, sino a un pasado más lejano, sin punto de contacto alguno con el presente mundo burgués. Esta afirmación cumple dos funciones importantes en el marco de la teoría marxiana. Combate la ilusión de que la plena revolución proletaria se pueda conseguir mañana mismo y, en suma, con escaso gasto en luchas y destrucciones. Y pone la sociedad comunista de un modo ya visible, sin duda como una época lejana, pero ya determinada, fechada, por así decirlo, del desarrollo futuro de la humanidad, del mismo modo que aquellos estadios primitivos anteriores a todas las formas burguesas de vida están, sin duda, muy lejanos en el tiempo, pero no se encuentran más allá de la historia real de la humanidad. Pero, aparte de eso, la *sociedad comunista del futuro* no tiene por qué tener ni el menor parecido con aquellas situaciones protohistóricas. Del mismo modo que, desde otro punto de vista, se puede decir que la situación «pri-

mitiva» de los actuales «pueblos salvajes» o las conexiones reveladas por Freud entre la presente parte «inconsciente» de la estructura psíquica del hombre moderno burgués y motivos de los estadios primitivos no tienen por qué presentar la menor coincidencia ni con aquellos estados primitivos ni con la sociedad futura. El contenido real y las formas reales de la futura sociedad comunista no se pueden determinar por ninguna analogía, sino, como cualquier otra realidad, sólo empíricamente, lo cual, en este caso, quiere decir por el desarrollo histórico y la acción humana social.

7. TEORÍA REVOLUCIONARIA

Antes de atender a los principales problemas de contenido de la ciencia social marxiana (la crítica materialista de la economía política, la llamada concepción materialista de la historia y la teoría de la lucha de clases) hemos de tratar aún en esta parte de nuestra exposición dos cuestiones más generales: por una parte, el nuevo tipo de concepción desarrollado por Marx para captar procesos sociales revolucionarios de un modo científicamente plausible; por otra, la consciente vinculación de todos los enunciados teóricos de la ciencia de Marx con la práctica del movimiento revolucionario proletario. Marx critica el procedimiento superficial y arbitrario con el cual los teóricos burgueses de la sociedad subsumen bajo unos mismos *conceptos generales abstractos* las relaciones y circunstancias específicamente diversas de diversos estadios evolutivos históricos, y así deslizan «bajo cuerda las relaciones y circunstancias *burguesas* como leyes naturales inviolables de la sociedad *in abstracto*».¹ También critica la renuncia a toda concepción teórica que se presenta como ideal a la «escuela histórica» y a otros irracionistas.

En este punto hay una conexión particularmente estrecha, histórica y teórica, entre la investigación social marxiana y la dialéctica filosófica de Hegel. Ya Hegel había criticado el corriente procedimiento de abstracción

1. «Introducción 1857», p. 713 (MEW, vol. 13, pp. 618-619).

de los teóricos (por el llamado «metafísico») y el procedimiento «aconceptual» de los historiadores, contraponiendo a unos y otros la figura de lo «verdaderamente universal».² Había enunciado también la identidad «dialéctica» de esa verdadera universalidad con lo particular y lo singular en la proposición paradójica de que «*la verdad es concreta*». Ya en esta forma filosófica en la cual se expresa la contraposición al corriente procedimiento abstractivo de la teoría social burguesa, la contraposición de Hegel conserva valor, al menos como principio crítico, para la crítica social revolucionaria de Marx. Del mismo modo que Marx ataca las abstracciones cristalizadas, convertidas en cadenas del conocimiento científico en la ciencia burguesa de la sociedad confrontándolas con su contenido histórico específico, así también para Hegel la marcha del desarrollo dialéctico había consistido en contraponer a la tesis «abstracta» del estadio en cada caso alcanzado la antítesis del contenido «concreto» presentemente contenido en ella. Así como Hegel había negado cada concepto dado en el movimiento inflexible de su método dialéctico y lo había «abolido y superado» en un nuevo concepto superior, así también la marcha de la crítica marxista consiste en arrebatar a la presente sociedad burguesa su falsa absolutización, y abolir y superar su forma de existencia así negada en el contenido en devenir del nuevo ser proletario. Una de las tendencias «materialistas» de la nueva ciencia social revolucionaria marxiana estriba precisamente en la contraposición del *contenido* «concreto», esto es, real, social, económico, clasista, de las existentes relaciones y circunstancias sociales y su *forma* «abstracta», así como en la contraposición del contenido todavía en su mayor parte *informe* del devenir proletario y el contenido ya plenamente *deformado* del ser burgués.

Cuando la ciencia burguesa entiende la *riqueza* de la

2. *Encyclopädie*, I, § 163, y *Rechtsphilosophie*, § 24.

sociedad existente como «riqueza de la nación»³ o «riqueza general»,⁴ y el *estado* como forma necesaria de la unidad de una sociedad, el marxismo no niega la verdad «abstracta» de esas determinaciones. Pero añade que en las condiciones «concretas» hoy dadas la riqueza de una nación es el *capital* de la clase dominante burguesa, y así mismo el actual estado burgués *la forma política de dominio de la clase burguesa* sobre la clase proletaria. Tampoco niega Marx la «abstracta» necesidad de que «todo trabajo inmediatamente social o colectivo en gran escala ... [cuenta] con un grado mayor o menor de *dirección* por cuya mediación se obtenga la armonía de las actividades individuales y que cumpla las funciones generales dimanantes del movimiento del cuerpo total productivo, a diferencia del movimiento de sus órganos independientes».⁵ Pero frente a esa afirmación, verdadera en abstracto, Marx remite al carácter explotador por su contenido y despótico por su forma que en las «concretas» condiciones de la presente organización social tiene la *dirección capitalista del proceso social del trabajo* para los asalariados afectados por ella. Los apologistas burgueses comparan la posición y la función de la dirección de la moderna empresa capitalista con las del director de una orquesta; Marx compara las formas concretas como se ejerce en el taller en condiciones de capitalismo desarrollado la dirección de la conjunta masa de trabajadores, a través de toda una jerarquía de *managers, foremen, overlookers, contremâtres*, etc. con el ejercicio del mando en un ejército a través de la jerarquía de oficiales y suboficiales. Desde el punto de vista so-

3. Recuérdese, por ejemplo, el título de la obra económica de Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*.

4. Hegel, *Encyclopädie...*, parte III, *Die Philosophie des Geistes* [Filosofía del Espíritu], [a partir de ahora citada con la designación *Encyclopädie*, III], *Werke*, vol. VII, 2, Berlín, 1845, § 524 y *Rechtsphilosophie*, §§ 199-200 («Allgemeines Vermögen»).

5. *Kapital*, I, p. 295 (MEW, vol. 23, p. 350).

cial y pese a la aparente «libertad» del contrato de trabajo, no hay una voluntaria subordinación del ejército de los trabajadores a una dirección imprescindible por el interés de todos.

El capitalista no es capitalista por el hecho de ser director de la industria, sino que es jefe industrial por el hecho de ser capitalista. El mando en la industria es atributo del capital, del mismo modo que en los tiempos feudales el mando en la guerra y el poder jurisdiccional son atributos de la propiedad de la tierra.

La reglamentación unitaria del mando existe en la concreta realidad de la sociedad burguesa sólo dentro de las empresas individuales, en el marco de una producción sin regular en su totalidad, sino sólo equilibrada precaria y posteriormente por la lucha de los varios productores de mercancías en concurrencia. Autoridad y arbitrariedad, plan y falta de plan conviven así contradictoriamente, y parece como si estuviera vigente la regla general de que la autoridad ejercida en la empresa sobre el trabajo social y la ejercida sobre el conjunto de la sociedad capitalista estén en razón inversa, y que precisamente los que más enérgicamente exigen el sometimiento incondicional del trabajador parcial al capital como forma de «organización del trabajo» que promueve la producción rechacen con no menor energía todo control, toda regulación consciente social del proceso de producción en su conjunto como intromisión en los intangibles derechos de propiedad, en la libertad y en la «genialidad» espontánea del capitalista individual. «Es muy característico que los apologistas entusiastas del sistema fabril no encuentren nada más grave que decir contra toda organización general del trabajo social que esa organización convertiría la sociedad entera en una fábrica.»⁷ La

6. *Ibid.*, p. 297 (MEW, vol. 23, p. 352).

7. *Ibid.*, p. 321 (MEW, vol. 23, p. 377).

conclusión natural de esta contraposición crítica de los conceptos abstractos de «estado» y «autoridad» y la forma concreta de las relaciones de dominio y servidumbre que brota directamente de la presente forma de la producción capitalista, así como la forma estatal específica basada en ella, constituye la transición conceptual hacia la nueva forma de producción que se encuentra en gestación, la producción socialista: mientras que en la sociedad burguesa el trabajo muerto del pasado domina como capital el trabajo vivo presente, en la sociedad comunista desarrollada el trabajo acumulado de las generaciones anteriores no será más que un medio para ampliar el proceso vital de los trabajadores, enriquecerlo y promoverlo.⁸ El postulado de Hegel de que la verdad es concreta es teóricamente exagerado y prácticamente irrealizable en el terreno positivo. Por eso Marx lo desarrolla hasta obtener un nuevo principio de conceptualización en la ciencia social, principio que mantiene el carácter histórico específico de todas las relaciones sociales y la realidad de la transformación histórica sin abandonar la generalización y en ella misma.

Como ya hemos dicho, Marx ha expuesto en su análisis teórico de la moderna sociedad burguesa todas las relaciones de esa sociedad y todas las fases de su desarro-

8. *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 540 (MEW, vol. 4, p. 476). Y sobre toda esta cuestión Marx, *Misère de la philosophie*, MEGA, I, 6, pp. 198 ss. (MEW, vol. 4, pp. 155 ss.); *Kapital*, I, pp. 294 ss., 321 ss. (MEW, vol. 23, pp. 349 ss., 377 ss.); *Kapital*, III, 2, pp. 324 s., 418 (MEW, vol. 25, pp. 799 s., 888 s.).

Engels, «Dell'Autorità», publicado en el *Almanacco Repubblicano per l'anno 1874*, Lodi, 1873; en alemán «Über das Autoritätsprinzip», en *Neue Zeit*, XXXII, n.º 1, pp. 37 ss. (MEW, vol. 18, pp. 305-308).

Lenin, *Staat und Revolution* [El estado y la revolución] (agosto-septiembre 1917), *Sämtliche Werke* [Obras completas], vol. XXI, Viena-Berlín, 1931, pp. 463 ss., y «Die nächsten Aufgaben der Sowjetmacht» [Las próximas tareas del poder soviético] (informe en la sesión del comité central ejecutivo panruso de los diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos del 29 abril 1918), *ibid.*, vol. XXII, Moscú-Leningrado, 1934, pp. 535 ss.

llo como particulares e históricas. El punto de vista específico se mantiene siempre, incluso cuando pasa de la forma determinada de la *sociedad burguesa* a la consideración general de una serie de «*épocas progresivas de la formación social económica*» sucesivas (pasadas, presentes, futuras). El interés capital no está en el concepto general de «formación social económica» en sí, sino en los rasgos específicos por los cuales se *diferencia* cada determinada sociedad histórica de la nota común a toda sociedad en general, y en los que, por lo tanto, consiste su desarrollo.⁹ Del mismo modo la estructura material subyacente a cada una de esas fases del desarrollo de la sociedad se considera no como una «economía» en general, sino como particular estadio histórico de la producción material, lo mismo que la conexión entre la base material y la superestructura política, jurídica e ideológica se tiene en cuenta para cada una de aquellas formas.

Mientras que con el corriente procedimiento de abstracción con que se forman los llamados conceptos «generales» de los teóricos sociales burgueses no es posible conceptualizar ningún estadio real del desarrollo, Marx consigue con su transformación racional del principio dialéctico de la filosofía hegeliana la única forma de *generalización* posible en una ciencia social practicada como ciencia rigurosa según el modelo de las ciencias de la naturaleza más desarrolladas. Los investigadores burgueses de la sociedad, que aparentemente estudian la sociedad en general, quedan presos en las categorías particulares de la sociedad burguesa. Marx analiza la particular forma histórica de la sociedad burguesa y llega así a un conocimiento más general del desarrollo social, conocimiento que rebasa realmente dicha forma histórica burguesa.

Mientras que los teóricos burgueses pretenden llegar a un concepto general abstracto de «la sociedad» partien-

9. «Introducción 1857», p. 712 (MEW, vol. 13, pp. 616-617).

do de los datos empíricamente (históricamente) dados y mediante el abandono sucesivo de cada vez más determinaciones concretas, para quedarse a menudo inconscientemente (o por finalidades apologéticas) con las determinaciones más singulares y particulares de la sociedad burguesa, dándolas por generales, Marx no ve más posibilidad de conocimiento de la ley general de una forma dada de sociedad que la investigación de su real alteración histórica.

La moderna ciencia de la naturaleza no generaliza *cualquiera* rasgos de un objeto empíricamente dado, a la vieja manera aristotélico-escolástica, pasando, por ejemplo, de la piedra que cae a la ley general de caída de las piedras, sino que parte del análisis del caso singular en toda su particularidad, o bien procede del experimento singular realizado bajo condiciones bien precisadas a la formulación de la ley de la gravitación universal (la cual, con condiciones variadas y con un resultado que variará consecuentemente, vale para la piedra que cae igual que para la que está quieta, y también para otras clases de objetos, como globos de gas, planetas y cometas). Análogamente, una ciencia social rigurosa no puede proceder por simple abstracción de unas notas y conservación de otras más o menos arbitrariamente escogidas para hacerse un concepto de la forma históricamente dada de sociedad. Tiene que llegar al conocimiento de lo general contenido en esa forma de sociedad mediante una investigación cuidadosa y exacta de la génesis histórica de esta forma particular a partir de otra no menos particular y, de ser posible, también a partir de la alteración de su forma presente producida en circunstancias conocidas con precisión. Sólo así llega a ser la investigación de la sociedad una ciencia exacta basada en el experimento y en la observación.

Al igual que para la ciencia moderna de la naturaleza la ley general existe sólo en la entera clase de los casos particulares que ella domina, así también en la ciencia

de la sociedad la ley general existe sólo en el desarrollo que lleva de un determinado estadio particular del pasado al presente particular estado de la sociedad, y de éste a las nuevas formaciones nacidas de su transformación. Las únicas leyes auténticas en la ciencia de la sociedad son pues las leyes de desarrollo. El crítico ruso del *Capital*¹⁰ cuyo trabajo cita fragmentariamente Marx, aprobándolo, en el epílogo a la segunda edición, ha caracterizado muy acertadamente este rasgo básico realista de la moderna investigación marxiana de la sociedad. Ha mostrado que, pese a la forma filosófico-idealista en el «sentido alemán, esto es, en el mal sentido», de su exposición, Marx es «de hecho ... infinitamente más realista que todos sus predecesores en cuestiones de crítica económica». Mientras que en la corriente manera de exposición filosófico-idealista (y lo mismo en la corriente manera abstracta científica) los hechos de un específico estadio social se comparan con alguna «idea», la crítica de Marx, sigue diciendo el autor de la reseña, se limita a comparar un hecho dado «no con la idea, sino con otro hecho», y mediante una investigación lo más exacta posible de ambos hechos, expone uno y otro como «momentos diferentes evolutivos». Mientras que los antiguos economistas formulan leyes generales abstractas de la vida económica supuestamente aplicables al presente, al pasado y al futuro, según el principio marxiano del desarrollo histórico tales leyes no existen.

En su opinión, por el contrario, cada período histórico posee sus propias leyes ... En cuanto que la vida ha rebasado un determinado período del desarrollo y pasa de un estadio a otro, empieza a ser regida por leyes diferentes ... Es más, un mismo fenómeno obedece a leyes completamente distintas como consecuencia de la diversidad de estructura global de los

10. I. I. Kaufman en el número de mayo del Correo de Petersburgo del año 1872 (*Vestnik Evropy*, VII, n.º 3, 1872, pp. 427 ss.).

organismos sociales que se suceden en el desarrollo histórico, de la diferencia de las condiciones en las cuales funcione, etc. Marx niega, por ejemplo, que la ley de la población sea la misma en todo tiempo y lugar. Asegura, por el contrario, que cada estadio de desarrollo tiene su propia ley de la población ... Con el diferente desarrollo de la fuerza productiva se alteran también las relaciones y las leyes que las gobiernan. Al ponerse como objetivo la investigación y la explicación del orden económico capitalista desde ese punto de vista, Marx no hace sino formular con rigor científico el objetivo que ha de ser propio de toda investigación exacta de la vida económica... El valor científico de este tipo de investigaciones es la aclaración que den de las leyes particulares que rigen la génesis, la existencia, el desarrollo, la muerte de un organismo social dado y su sustitución por otro. Éste es el valor que tiene realmente el libro de Marx.¹¹

11. Marx, «Epílogo 1873» (MEW, vol. 23, pp. 25-27).

8. PRÁCTICA REVOLUCIONARIA

La relación con un movimiento práctico social no es nada que caracterice especialmente al marxismo. También la teoría burguesa de la sociedad ha estado en todas las fases de su desarrollo al servicio de una tendencia práctica. En su primer gran período fue al mismo tiempo expresión y palanca del triunfo revolucionario de la «sociedad civil». Tras la victoria del principio burgués se ha convertido, por una parte, en una ciencia supuestamente «pura» y «sin presupuestos», y con ese disfraz defiende el dominio de la clase burguesa contra el ataque de la clase proletaria; y, por otra parte —y en relación, entre otras cosas, con una tendencia ya presente en Comte—, se ha puesto al servicio de una programa contrarrevolucionario más o menos consciente cuya realización práctica intentan desde finales de la primera guerra mundial movimientos como el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán.

Lo característico de la teoría marxiana es que representa los intereses de *otra* clase y que es consciente racionalmente (no mediante una mitología, como el fascismo y el nacionalsocialismo) de esa circunstancia y la afirma. «Las proposiciones teóricas de los comunistas ... son sólo expresiones generales de un movimiento histórico que procede ante nuestra mirada.»¹ Eso no implica la

1. *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 538 (MEW, vol. 4, p. 475).

menor renuncia a la pretensión de verdad teórica de las proposiciones de la ciencia marxista. La ingenuidad con que han supuesto hasta hace poco lo contrario los representantes de la ciencia burguesa liberal y democrática recuerda el procedimiento de los teólogos que consideran invención de los hombres toda religión que no sea la suya, y ésta como una revelación divina. En realidad, la crítica materialista que define todas las verdades teóricas como «formas de consciencia sociales» condicionadas histórica y clasísticamente relativiza histórica y socialmente el concepto de verdad absoluto de la ciencia burguesa. Con el paso al concepto materialista de verdad no disminuyen, sino que aumentan los requisitos formales exigibles a una proposición verdadera desde el punto de vista de la ciencia rigurosa.

Estamos ante una repetición del mismo proceso con el que en los comienzos de la sociedad burguesa la lucha, primero, del pensamiento laico contra el sistema metafísico teológico de la Edad Media y luego la del empirismo contra toda metafísica, nació la actual ciencia «burguesa». En el umbral de la nueva era Bacon ha proclamado el carácter histórico de toda ciencia en su *Novum organum*, escrito para ayudar a la entonces naciente ciencia burguesa a conseguir su triunfo completo: «Recte enim veritas temporis filia dicitur non auctoritatis».² En la suprema autoridad del *tiempo* fundamentaba Bacon la superioridad de la nueva ciencia empírica burguesa frente a la ciencia dogmática de la Edad Media.

Lo que ocurre es que ahora se trata de una transformación más amplia de las formas de consciencia recibidas históricamente. No sólo la teología y la metafísica, sino también la filosofía y todas las verdades históricas y sociales, pierden su imaginaria independencia y se suman en el flujo común de las cosas y la lucha. La cismundaneidad, la historicidad y el clasismo incondicio-

nales se convierten en atributo no sólo del contenido conocido, sino también de la forma misma del conocimiento. La teoría marxiana, que entiende todas las relaciones e ideas, sin excepción, de la presente sociedad en su conexión real con una determinada época histórica y con la forma social característica de ésta, se sabe ella misma producto histórico, en conexión real con un determinado estadio del desarrollo de la sociedad y con una determinada clase social. Sólo con eso se consume el concepto de lo que Marx y Engels han llamado carácter «crítico y materialista» de su ciencia. La nueva ciencia del proletariado rompe con la limitación «ideológica» por la cual los investigadores burgueses definen su ciencia, liberada de las específicas cadenas de la dogmática y la metafísica medievales, como ciencia «libre» de una vez para siempre e independiente de toda pugna entre intereses prácticos. La teoría materialista del desarrollo histórico de la sociedad constituye, como forma particular de la consciencia social de la época presente, ella misma un elemento de este desarrollo histórico. La teoría materialista de la lucha de las clases sociales es ella misma lucha de clase social. La teoría materialista de la revolución social de la clase proletaria es ella misma expresión y palanca de la revolución social de la clase proletaria.

Con este complemento cobran una significación diferente todos los ejemplos con que hemos ilustrado antes la función crítica y revolucionaria de la teoría marxiana. Cuando la ciencia social materialista trata objetos aparentemente tan por encima de las clases como son los conceptos de *estado* y *derecho* haciendo de ellos el estado de la clase burguesa y el derecho de la clase burguesa, esto es, el estado y el derecho de la burguesía contra el proletariado, no enuncia simplemente unas proposiciones que por puro azar resulten adecuadas para fundamentar los ataques del proletariado a las instituciones burguesas. Lo mismo vale de la *riqueza* social, tratada por la ciencia

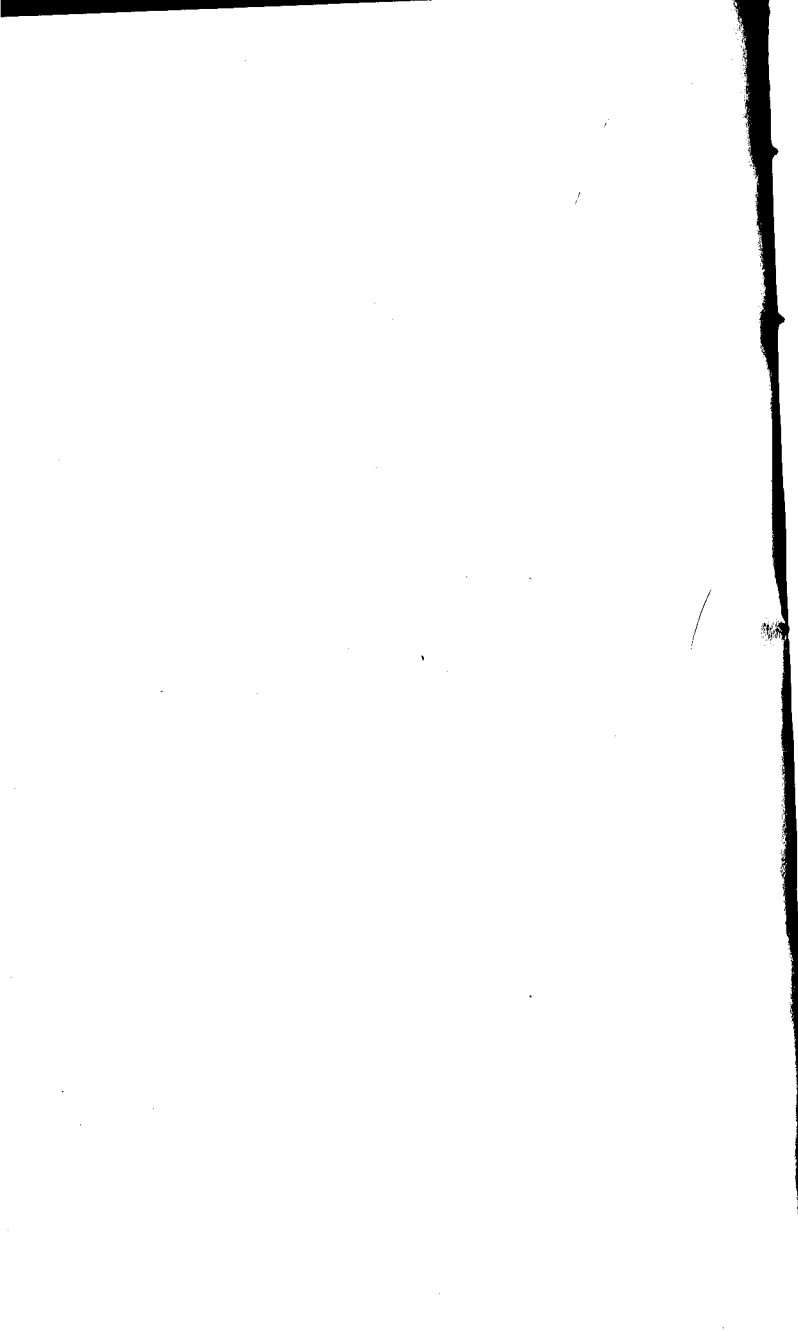
marxista de la sociedad en su forma específica de «riqueza burguesa», esto es, como una masa de «mercancías», no producidas por su utilidad, sino por el valor y la plusvalía que contienen, esto es, por el beneficio, y así esa riqueza resulta ser la riqueza de la clase capitalista, de la cual está excluido el proletariado, la abundancia capitalista que significa miseria para el proletariado, la propiedad capitalista que, según una acertada expresión de Lassalle, es «ajeneidad» del proletariado. Y la *producción material* estudiada por la economía política se investiga ahora en su específica determinación de «producción capitalista de mercancías», o como producción de valor y plusvalía, y así, al mismo tiempo, como un aparente proceso de autovalorización del capital en aumento constante, y como proceso oculto y real de explotación de los verdaderos productores por los poseedores monopolistas de los medios sociales de producción. Y así toda la serie de categorías económicas, políticas, jurídicas, culturales y otras del mundo burgués. También hay algo más que un progreso del conocimiento teórico cuando la teoría materialista concibe todas las relaciones sociales existentes en el fluir de su cambio y resuelve todas las representaciones estáticas de las cosas en procesos dinámicos y en una lucha práctica de clases. Con todas estas especificaciones históricas de las instituciones burguesas dadas y con la prueba de sus tendencias evolutivas a partir de su presente configuración perecedera, la ciencia materialista hace a su modo teórico lo mismo que de otro modo lleva a cabo el simultáneo movimiento histórico real de la clase proletaria. La investigación social materialista asume con plena consciencia teórica la función parcial que le incumbe dentro de un movimiento orientado en su totalidad a la transformación de la sociedad existente. Así se constituye como ciencia crítica y revolucionaria vinculada a la acción de la moderna clase trabajadora.

Las clases dominantes niegan al marxismo cientifi-

cidad por su carácter clasista. El marxismo fundamenta la más amplia y más profunda verdad de sus proposiciones en su carácter proletario de clase.

De acuerdo con su carácter general aquí expuesto, la teoría de Marx es una nueva ciencia de la sociedad burguesa. Esta nueva ciencia aparece en el momento en que a la clase burguesa, dominante en esta sociedad, en su estado, en su ciencia, se enfrenta el movimiento independiente de una nueva clase social. La ciencia marxista representa frente a los principios burgueses las nuevas concepciones y aspiraciones de esta clase oprimida en la sociedad burguesa. En este sentido no es una ciencia positiva, sino una ciencia crítica. Especifica la sociedad burguesa y estudia las tendencias visibles en su desarrollo presente y el camino de su futura subversión práctica. En este sentido es, al mismo tiempo que teoría de la sociedad burguesa, teoría de la revolución proletaria.

II. ECONOMÍA POLÍTICA



1. MARXISMO Y ECONOMÍA POLÍTICA

Marx ha reconocido una importancia cardinal a la economía política para el estudio de la sociedad burguesa, desde el principio, apenas pasó del general idealismo revolucionario de su juventud a una determinación más precisa de su tarea teórica y práctica. Mientras que pocas semanas antes había escrito a su amigo demócrata-burgués Ruge las características palabras de que el crítico puede «arrancar de cualquier forma de la consciencia teórica y práctica», y que especialmente «el estado político ... dentro de su forma [expresa] *sub specie rei publicae* todas las luchas, las necesidades y las verdades sociales»,¹ su cambio de opinión en el sentido del materialismo le lleva enseguida al resultado de que «la anatomía de la sociedad burguesa se tiene que buscar en la economía política».² Con ese paso teórico a la «economía política» Marx pasaba prácticamente de la revolución jacobina burguesa, que pretende resolver las cuestiones sociales y satisfacer las necesidades de la clase trabajadora *sub specie rei publicae* a la acción autónoma del proletariado moderno, resuelto a buscar las raíces particulares de su opresión y el camino preciso de su liberación en el terreno de la economía política, tratando todas las demás formas de acción social, incluida la política, sólo como medios subordinados de su acción económica.³

1. MEGA, I, 1, 1, p. 574.

2. «Prólogo 1859», p. iv (MEW, vol. 13, p. 8).

3. El primer conato, todavía formalmente filosófico, de este nuevo

Pero este programa económico del joven Marx —el buscar la anatomía de la sociedad burguesa en la economía política— no significaba en modo alguno la recepción simple de los resultados obtenidos hasta entonces por la ciencia económica. Una vez separados radicalmente del movimiento revolucionario burgués de su época, Marx y Engels no se aferraron a la ilusión de que aquella nueva ciencia de la economía política que la burguesía había producido en su lucha revolucionaria contra el feudalismo pudiera suministrar ahora otra vez, en una nueva época histórica, por medio de una simple ulterior «evolución» de sus principios, el punto de apoyo teórico de la lucha de una nueva clase social contra la clase burguesa dominante económica y políticamente. El terreno de la economía política era en este sentido, por de pronto, exactamente igual que el del estado —o más radicalmente todavía, desde el punto de vista materialista—, territorio enemigo. Ni siquiera perdía ese carácter por el hecho de que una parte de su extensión empezara a estar ocupada por las vanguardias teóricas del proletariado. Desde este punto de vista, la tarea de la investigación económica era para los representantes de la nueva clase conseguir antes que nada claridad acerca del contrincante.

Hasta el final de su vida ha estado luchando Marx contra la malcomprensión de sus investigaciones sobre el *valor* que ve en ellas algo diferente del estudio de las relaciones burguesas.⁴ Su mismo desarrollo de la teoría

conocimiento está en en «Einleitung zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», *MEGA*, I, 1, 1, pp. 619 ss. (*MEW*, vol. 1, p. 378) y el motivo aparece plenamente en «Kritische Randglossen zu dem Artikel: 'Der König von Preussen und die Sozialreform...'», *MEGA*, I, 3, pp. 17 ss., particularmente pp. 21-23 (*MEW*, vol. I, pp. 392 ss., particularmente pp. 407-409); la formulación más madura se encuentra en los *Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores*, redactados por Marx, 1864. «... la emancipación económica de la clase obrera es el gran objetivo final al que tiene que subordinarse como medio todo movimiento político ...» (*MEW*, vol. 16, p. 14).

4. Por ejemplo, *Misère de la philosophie*, 1847, *MEGA*, I, 6, páginas 149-157 (*MEW*, vol. 4, pp. 98-105); *Zur Kritik der politischen*

del valor en teoría del *valor* y de la *plusvalía* no ha hecho más que concentrar unitariamente una formación conceptual casi presente ya, en cuanto al contenido, en la economía burguesa clásica.⁵ Friedrich Engels ha dicho inmediatamente después de la muerte de Marx, argumentándolo con toda claridad,⁶ lo mismo que más tarde han probado hasta la saciedad los tres tomos póstumos de las *Teorías sobre la plusvalía*,⁷ a saber, que en ningún momento han tenido Marx y Engels la superficial idea de que el nuevo contenido de su teoría socialista y comunista se pudiera deducir como mera consecuencia lógica de la teoría troncalmente burguesa de los Quesnay, Smith y Ricardo. Cuando han tropezado con esa opinión (entre los primeros ricardianos socialistas de 1820-1830, en la polémica económica del comunismo de Owen y en el pensamiento de Proudhon, Rodbertus y Lassalle) han dicho que se trata de una «teoría económicamente falsa», de una idealista «aplicación de la moral a la economía» y de una «utopía» reaccionaria en sus consecuencias prácticas.⁸ Han indicado el hecho de que el ideal de la igualdad, que se ha formado en la época de la producción burguesa de mercancías y se expresa

Ökonomie, 1859, p. 45, nota 1 (MEW, vol. 23, p. 52) y «Randglossen zu Adolf Wagners *Lehrbuch der politischen Ökonomie*» [Acotaciones al *Tratado de economía política* de Adolf Wagner], publicadas por el Instituto Marx-Engels-Lenin como apéndice a *Das Kapital*, vol. I, Viena-Berlín, 1932, pp. 841 ss. (MEW, vol. 19, pp. 355 ss.).

5. *Kapital*, III, 2, p. 366 (MEW, vol. 25, pp. 838 s.). Y las cartas de Marx a Engels del 24-VIII-1867 y 8-I-1868, MEGA, III, 3, p. 410, y III, 4, p. 6 (MEW, vol. 31, p. 326, y vol. 32, pp. 11 s.):

6. Prólogo a la edición alemana de *Misère de la philosophie*, 1884, y prólogo al vol. II del *Kapital*, 1885 (MEW, vol. 4, pp. 558 ss., y vol. 24, pp. 13 ss.).

7. Publicados por Kautsky, 1904-1910, sobre la base de la parte no publicada del manuscrito original de *Zur Kritik der politischen Ökonomie*.

8. Engels, Prólogo a la edición alemana de *Misère de la philosophie*, 1884, pp. VI ss. (MEW, vol. 4, pp. 558 ss.) y Marx, *Theorien über den Mehrwert*, vol. III, parte 3.^a.

económicamente en la «ley del valor» de los clásicos burgueses, tiene todavía como tal un carácter burgués, razón por la cual sólo es incompatible ideológicamente, pero no realmente, con la explotación de la clase trabajadora por el capital. Mientras que los ricardianos socialistas se imaginaban que podían combatir a los economistas «en su mismo terreno y con sus mismas armas» y pretendían basarse en el principio de que «sólo el trabajo produce valor» para transformar a todos los hombres en trabajadores que intercambian entre ellos las mismas cantidades de trabajo, Marx advierte a uno de los mejores de entre ellos (Bray) que

ce rapport égalitaire, cet idéal correctif qu'il voudrait appliquer au monde, n'est lui-même que le reflet du monde actuel, et qu'il est par conséquent totalement impossible de reconstituer la société sur une base qui n'en est qu'une ombre embellie. A mesure que l'ombre redevient corps, on s'aperçoit que ce corps, loin d'en être la transfiguration rêvée, est le corps actuel de la société.⁹

En vez de deducir de modo idealista y utópico las reivindicaciones del socialismo y del comunismo partiendo de las leyes de la economía burguesa, Marx y Engels han enunciado el descubrimiento materialista de que «según las leyes de la economía burguesa ... la parte mayor del producto *no* [pertenece] a los trabajadores que lo han producido».¹⁰ Por eso, para terminar con esa situación lo que hace falta no es interpretar de otro modo la economía, sino provocar, mediante una transformación real de la sociedad, una situación en la cual dejen de dominar esas leyes de la economía burguesa, con lo que la ciencia burguesa de la *economía* quedaría sin objeto.

9. *Misère de la philosophie*, MEGA, I, 6, p. 157 (MEW, vol. 14, p. 105).

10. Engels, *loc. cit.*, p. x (MEW, vol. 4, p. 561).

El que a pesar de ello la economía política cobre una importancia enorme y fundamental para la nueva teoría materialista marxiana de la sociedad y la conserve a lo largo de todos los desarrollos de dicha teoría, muestra con particular claridad la superioridad del punto de vista materialista frente a la superficialidad con la que, igual entonces que ahora, más de un teórico «revolucionario» se imagina que, con sus descubrimientos teóricos o en sustancia con mera buena voluntad y un poco de esfuerzo, es posible pasar por alto hechos objetivos como son los fundamentos materiales de las relaciones sociales existentes, estudiados por la ciencia económica. Del mismo modo que el movimiento social autónomo de la moderna clase trabajadora se apoya en los resultados del movimiento revolucionario burgués que le ha precedido y, al mismo tiempo, reconoce en esa burguesía y en el nuevo modo económico producido por ella, en su estado y en todas sus demás instituciones, al enemigo del que tiene que separarse totalmente en su propia acción y al que al final tiene que superar en una lucha decisiva, así también en el desarrollo de su propia *teoría*, de la teoría revolucionaria adecuada para sus fines, el proletariado tiene que empezar con los resultados de la investigación económica burguesa. El proletariado no puede saltarse las formas conceptuales de la *economía política* históricamente existentes, del mismo modo que en su práctica materialista no puede ignorar la existencia del moderno modo de producción capitalista. Lo único que puede hacer es superar, a lo largo de una duradera crítica práctica y teórica que recorrerá varias fases, junto con la transformación de las relaciones materiales de producción, también las correspondientes formas sociales de la conciencia.

Mucho antes de aplicar esa consecuencia de su principio materialista a la ciencia *económica* en *El capital*, el joven Marx la había aplicado a la ciencia *filosófica* en la discusión desarrollada durante los años cuarenta entre

las varias tendencias neohegelianas acerca de la importancia de la filosofía (hegeliana) para la revolución práctica. Del mismo modo que ya entonces el crítico de la filosofía contrapuso su actitud materialista a las diferentes escuelas o diferentes partidos filosóficos, el uno de los cuales pretendía deducir directamente la revolución de los principios de la filosofía (sin ruptura teórica con ésta) mientras el otro se apartaba con la misma inmediatez de la filosofía (sin discusión teórica con ella), así también ahora el crítico materialista de la economía parece decir a uno de los partidos (el de los ricardianos socialistas, etc., que quieren deducir el socialismo como consecuencia inmediata de la economía burguesa): *No podéis realizar (prácticamente) la economía sin superarla* (teóricamente), y al otro partido (el de los «historiadores puros», «sociólogos puros», «teóricos revolucionarios de la violencia pura», etc.): *No podéis superar (prácticamente) la economía sin realizarla* (teóricamente).¹¹

11. Marx, «Einleitung zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie», MEGA, I, 1, 1, p. 613 (MEW, vol. I, p. 384, y el comentario más detallado en mi libro *Marxismus und Philosophie*, Leipzig, 1930, p. 93. Hay una idea análoga ya en la tesis doctoral de Marx de 1841, MEGA, I, 1, 1, pp. 64-67.

2. DESARROLLO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

En su desarrollo tardío entre los «economistas vulgares» del siglo XIX y de modo completo ya con los representantes actuales de la economía ni siquiera «política» o «social», sino «pura», la economía se ha anquilosado hasta convertirse en una disciplina especial que no contiene ya ningún interés social general. Pero la economía política nació como parte de la nueva ciencia de la sociedad burguesa, creada por la burguesía en su lucha revolucionaria por imponer la nueva formación social económica. Constituye el complemento realista de la gran «Ilustración» filosófica, moral, estética, psicológica, jurídica y política en la que los representantes ideológicos de la clase burguesa en ascenso formularon por vez primera la cambiada realidad de la nueva vida burguesa y la nueva conciencia burguesa correspondiente a esa transformación real. También desde el punto de vista teórico la nueva ciencia de la economía política se encontraba en aquel período inicial, y todavía en los grandes sistemas de los fisiócratas,¹ vinculada en una unidad sin prejuicios con el resto de la nueva ciencia burguesa de la sociedad. En la obra de Adam Smith, pese a haber éste separado ya formalmente la económica *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* de la filosófico-moral *Theory of Moral Sentiments*, la economía

1. Véase, por ejemplo, la obra de Quesnay, *Le droit naturel* (E. Daire, *Physiocrates...*, París, 1846), resumida por Marx desde este punto de vista, *MEGA*, I, 6, pp. 612-613.

sigue abarcando materialmente la totalidad de las relaciones del nuevo orden de vida burgués nacido del intercambio de mercancías y de la nueva división del trabajo. También en el sistema de Ricardo, que, como verdadera «anatomía» de la sociedad burguesa, se dedica sólo a descomponer agudamente el fundamento material de la organización burguesa, como el esqueleto del cuerpo social, se preserva aún la vinculación orgánica de la economía con el todo de la vida social, al menos de un modo abstracto. Pero ya en la obra de este último clásico de la economía burguesa, a comienzos del siglo XIX, se manifiestan los primeros síntomas de un incipiente estrechamiento del horizonte. Y ya en el anquilosamiento teórico de la economía burguesa después de Ricardo se manifiestan del todo las inevitables consecuencias ideológicas de la real transformación por la cual en aquella misma época las relaciones de producción burguesas fueron perdiendo crecientemente su originaria función de desencadenadoras y promotoras de las fuerzas productivas sociales y convirtiéndose a su vez en trabas no ya del desarrollo, sino de las mismas fuerzas productivas existentes.

Esta transformación real de la función social de las relaciones burguesas de producción destaca cada vez más desde entonces a pesar de pasajeras interrupciones. Tiene su expresión económica en las *conmociones críticas* periódicas de todas las proporciones existentes en un momento dado en la producción capitalista. Desde su primera aparición característica en la primera crisis económica moderna, la del año 1825, esas conmociones, pese a temporales debilitamientos, han ido cobrando formas cada vez más agudas y dimensiones mayores en el siglo transcurrido desde entonces, y en sus puntos culminantes comprometen ya la existencia de la sociedad burguesa. La transformación se manifiesta de un modo socialmente inmediato en la *lucha proletaria de clase*, que durante todo ese período histórico se ha movido según una línea as-

cedente que, aunque no en todo punto, sí de un modo general es paralela del decurso del proceso económico (de tal modo que las fases transitorias de ímpetu y prosperidad del ciclo capitalista se corresponden en la curva de la lucha de la clase proletaria con los períodos de depresión y retroceso). La historia de los últimos cien años muestra que esta lucha de los trabajadores contra el capital, siempre rechazada, pero constantemente reanudada de nuevo, sobrevive a los períodos más cortos o más largos de represión férrea subsiguientes a cada derrota, pese a que en esos períodos se aplasten materialmente todas las organizaciones obreras existentes. Esa historia muestra que en esas luchas y derrotas las acciones de resistencia de los trabajadores, al principio aisladas y más o menos elementales, crecen paulatinamente hasta constituirse en una forma masiva, más eficaz y amenazadora de movimiento, hasta una verdadera guerra entre la clase opresora y la clase oprimida, que no es posible ya distraer de sus propios objetivos ni siquiera con las guerras nacionales e imperialistas entre los estados y bloques capitalistas. La primera guerra mundial, la primera oleada de la revolución proletaria mundial provocada por ella y, tras la aparente restauración, el siguiente hundimiento del equilibrio capitalista en la crisis presente de todo el sistema de producción, que renueva y rebasa todos los horrores anteriores, son hechos que destruyen definitivamente todas las ilusiones que se han hecho los economistas burgueses (y, en su estela, los socialistas «moderados») sobre la «refutación» del pronóstico marxista por un desarrollo ya «sin crisis» del *capitalismo «organizado»* y una final «superación» de las contraposiciones de clase en el estado *democrático* o, últimamente, en el estado *totalitario* fascista y nacionalsocialista. Hasta cosas en otro tiempo buenas y útiles sin limitación para la clase poseedora y dominante, como la *maquinaria* y el *dinero*, degeneran y pasan de ser fuerzas productivas de la riqueza social a ser fuerzas destructivas de la vida social. La

sobreestructura política e intelectual corresponde a la cambiada situación material. Las formas estatales democráticas, las ideas liberales de la fase ascendente del desarrollo de la producción capitalista de mercancías, vacilan por todas partes. «Estados de urgencia» y «estados de excepción» se han convertido en normalidad, y las guerras y las guerras civiles pertenecen ya también a la forma de existencia «normal» del presente orden de la vida.

Con la destrucción de la función social positiva de las relaciones burguesas de producción se perdió también el rasgo enciclopédico de la primera fase del desarrollo de la economía política, que abarcaba la totalidad del progreso social. El sistema económico de Ricardo, que, con extremo rigor y extrema consecuencia, reconduce toda la coherencia interna del modo de producción burgués a la determinación del valor por el tiempo de trabajo y así presenta todo el sistema burgués de la economía como sometido a *un* único principio, representa sólo formalmente un progreso respecto de Adam Smith, que en su *Wealth of Nations* había desarrollado, con holgura épica, la economía política, sin preocuparse por contradicciones lógicas, hasta conseguir una gran totalidad. La satisfacción del espíritu teórico que procuran sobre todo los dos primeros capítulos de los *Principles* de Ricardo (que, como ha probado Marx, contienen ya la obra entera), por su originalidad, su unidad de concepción básica, su sencillez, su condensación, profundidad, novedad y rico laconismo,² se paga con la pérdida de dimensiones y con un comienzo de rigidez formalista. El sistema de Ricardo aspira sólo a la universalidad de la forma científica. No tiene ya tarea social general que cumplir, como la tenía el «sistema industrial» de Smith. La particular función histórica que le corresponde consiste sólo en reunir los grandes logros productivos del

2. *Theorien über den Mehrwert*, II, 1, p. 8.

período clásico de la economía burguesa y en concluir así incluso formalmente un desarrollo de hecho ya terminado.

La tendencia formal tiene en la obra de Ricardo en cierto sentido fundamento histórico y, con ello, justificación teórica, por el cumplimiento de dicha tarea. En cambio, en la evolución posterior el progresivo vaciamiento formalista de la economía burguesa no ha aportado ya consigo aquellas grandes excelencias teóricas de las cuales los escépticos y cínicos de la moderna economía «pura» se sienten tan orgullosos que, a cambio de ellas, aceptan sin discusión que su ciencia teóricamente exenta de toda posible aplicación carece totalmente de importancia práctica. (Siguiendo el mal ejemplo de más de un matemático, logístico y físico moderno, pero sin acercarse siquiera a los logros formales de esas ciencias, estos especialistas quieren cultivar su ciencia, en un terreno que no suele destacar por su limpieza, sin finalidad práctica alguna, sino como un juego o «para mayor gloria de Dios».) Marx ha probado para su época —y los economistas marxistas han podido completar esa demostración para el presente sin demasiada necesidad de erudición—³ que por la misma época en que, con el cambio de función social de las relaciones burguesas de producción, la economía burguesa perdió su tendencia totalizadora y social, se quedó también sin su anterior carácter científico, perdió su falta de prejuicios, su consecuencia y su fecundidad, sin posibilidad de retorno. «*El año 1830 se produjo la crisis definitiva de una vez para siempre.*»⁴ A partir de ese momento el desarrollo histórico real de la sociedad burguesa impedía toda continuación importante de la economía como ciencia social.

El marxismo ha restablecido en un plano superior y conscientemente la vinculación de la economía política

3. Por ejemplo, John Strachey.

4. «Epílogo 1873» (MEW, vol. 23, p. 20).

con la ciencia general de la sociedad que los clásicos burgueses, en un estadio más temprano del desarrollo de la sociedad, habían establecido espontáneamente. En eso exclusivamente estriba el interés, eso exclusivamente explica la particular posición que ocupa en la doctrina social marxiana la teoría económica. Por eso resulta ridículo el que tanta gente se devane los sesos preguntándose por qué Marx no ha prestado la menor atención visible (aunque, por ejemplo, sin duda conoció a Jevons) a los supuestos comienzos enteramente nuevos que desde la mitad del siglo XIX se dirigían hacia la formación de una nueva ciencia económica sobre la base de la doctrina subjetiva del valor y de la teoría de la utilidad marginal. Marx ha registrado incluso los epígonos de menor importancia de la economía clásica, con sólo que aportaran la menor palabra nueva —verdadera o falsa— a alguna cuestión económico-social. También ha prestado toda su atención, como veremos, en el último período de su vida a la otra tendencia que, junto con los teóricos de la utilidad marginal y antes que ellos, tomando también como base el «valor de uso», intentaba dar un nuevo punto de partida a la ciencia económica (se trata de la llamada escuela histórica y de su continuación por los «socialistas de cátedra» desde Rodbertus hasta Adolf Wagner). Pero cuando se ha tratado de gentes que, aunque siguieran llamando a su ciencia «economía», no querían tener ya la menor relación con la investigación empírica de los fundamentos materiales de la vida *social*, Marx no ha tenido por ellos, y por razón de principio, más interés que el que pudiera sentir por alguna otra «disciplina auxiliar» de las que trabajan en terrenos no particularmente importantes para la transformación y el desarrollo histórico de la sociedad. Una doctrina económica así no cobraba interés para la *teoría económica de la sociedad*, propia del marxismo, más que cuando infería aplicaciones prácticas de su teoría «pura» y de este modo, como en el caso de la doctrina «socialista» de

Dürring, conseguía partidarios dentro del movimiento obrero. Pero en tiempos de Marx esta situación no se había presentado aún por lo que hace a la teoría de la utilidad marginal. Sólo cuando, ya muerto Marx, el socialista inglés G. B. Shaw y sus seguidores construyeron un «socialismo vulgar plausible» sobre la base de las teorías del valor de uso y de la utilidad marginal de Jevons y Menger, para «levantar sobre ese fundamento la iglesia fabiana del futuro», Engels registró brevemente y sin aprecio esta tendencia teórica al editar el tercer volumen del *Capital*.⁵

5. Prólogo a *Kapital*, III, 1894, p. XII (MEW, vol. 25, p. 17).

3. CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Así como la burguesía revolucionaria puso en claro los principios de su nuevo modo de producción burgués, liberado de los vínculos feudales, en su nueva ciencia de la *economía política*, la clase proletaria que camina a la subversión de ese modo de producción desarrolla su conciencia revolucionaria de clase en la *crítica de la economía política*. Esta crítica de la economía política no es una crítica de resultados sueltos de esa ciencia y desde su mismo punto de vista. En sus puntos decisivos es una crítica de «los presupuestos de la economía política» desde el nuevo punto de vista de una *clase* social que rebasa teórica y prácticamente la economía burguesa. Esa crítica estudia las tendencias contenidas desde el primer momento en la producción capitalista de mercancías y que en el curso de su desarrollo hacen objetivamente posibles y subjetivamente necesarias la subversión de ese modo de producción burgués y la transición a las nuevas y superiores relaciones de producción socialistas y comunistas. Ya en el anterior desarrollo de la economía política cada fase había sido «criticada» por la siguiente. Y tampoco en estos casos había tenido la crítica un sentido puramente teórico, sino al mismo tiempo el de una contraposición real histórica. Así el mercantilismo fue «criticado» por los fisiócratas, los fisiócratas lo fueron por Adam Smith, Adam Smith por Ricardo. Cada fase de esa crítica teórica había correspondido a una fase del desarrollo histórico real del modo de producción capita-

lista. Pero en todas ellas el *sujeto* de la ciencia económica había seguido siendo el mismo. La clase burguesa pudo identificar, en su lucha revolucionaria contra las formas anticuadas de producción feudal, su particular interés por su propia liberación y su despliegue con el progreso social general. También luego de la victoria de la revolución burguesa se ha podido considerar con toda sinceridad representante científica del interés colectivo de toda la sociedad, mientras la nueva contraposición de clases se mantuvo latente. En esta fase en que la nueva lucha de clases está por desarrollar, la economía política ha podido trabajar con objetividad científica por la solución de los nuevos problemas surgidos para la investigación económica con la aparición de la clase obrera. La nueva situación que impide ya una investigación objetiva sin prejuicios de las conexiones económicas de la sociedad burguesa desde un punto de vista burgués se produce en la fase siguiente del desarrollo, la que empieza con la crisis económica de 1825 y las grandes transformaciones políticas de 1830. A partir de entonces la investigación científica rigurosa del desarrollo social no era posible más que desde el punto de vista de la clase cuya misión histórica es el derrocamiento del modo de producción capitalista y la final abolición de las clases.¹

El punto de inflexión es el sistema de Ricardo. La inocencia del auténtico investigador científico se ha conservado en este último representante de la economía política burguesa hasta un punto de verdad sorprendente si se piensa en el posterior desarrollo de la economía burguesa, pero notable incluso para sus contemporáneos. «Mr. Ricardo seemed as if he had dropped from another planet» * (Lord Brougham). Este banquero inglés de comienzos del siglo XIX, que no rebasa en ningún punto los límites burgueses,² ha expuesto con una claridad que no

1. «Epílogo 1873», p. 817 (MEW, vol. 23, p. 22).

* «El señor Ricardo parecía haber caído de otro planeta.»

2. «Los 'paralelogramos del señor Owen' parecen ser la única forma

pasa nada por alto no sólo los aspectos armoniosamente progresivos del modo de producción burgués, sino también las disonancias contenidas en él, particularmente la contraposición entre las clases.

Ricardo ha descrito como «tarea capital de la economía política»³ la determinación de la participación de las tres clases sociales —los terratenientes, los propietarios del capital y los trabajadores sin propiedad— en el producto social total, y con ello, como dice Marx, ha convertido «conscientemente en *punctum saltans* de sus investigaciones la contraposición de los intereses de clase, del salario del trabajo y el beneficio, del beneficio y la renta de la tierra».⁴ En esto el sistema económico de Ricardo, que históricamente se encuentra en el límite entre la fase revolucionaria y la fase de defensa apologética del desarrollo burgués, se parece al sistema filosófico de Hegel (directamente influido por él), del mismo modo que en una fase anterior del desarrollo el sistema de Kant había correspondido al de Adam Smith. Por un instante histórico la ciencia burguesa consigue aquí la peculiar capacidad de criticarse a sí misma, antes de verse abandonada por todo un período histórico de toda «filosofía» y también de toda auténtica teoría económica. No sólo por la generalidad de su forma y por la multiplicidad de su contenido supera la autocrítica científica a que ha llegado la economía clásica en el sistema de Ricardo la crítica que ocasionalmente ya sus predecesores habían ejercido sobre los aspectos sombríos de la nueva situación burguesa. También se diferencia de esa crítica anterior por el hecho de que ya no descansa en la fe ingenua en la perfectibilidad ilimitada del nuevo orden del mundo.

de sociedad que conocía aparte de la burguesa», cf. K. Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, p. 39 (MEW, vol. 13, p. 46).

3. D. Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation. The Works...*, ed. McCulloch, Londres, 1846, p. 5.

4. «Epílogo 1873», p. 815 (MEW, vol. 23, p. 20), y también la carta de Marx a Weydemeyer del 5-III-1852 (MEW, vol. 28, p. 507).

La economía política burguesa ha sido en sus comienzos optimista y segura del progreso hasta el punto de permitirse confesar el precio pagado por las bendiciones de la nueva forma de producción burguesa. «No se engañó en ningún momento en cuanto a lo doloroso del parto de la riqueza. Pero, ¿para qué sirve llorar sobre la necesidad histórica?»⁵ También para Adam Smith había sido relativamente fácil, en su investigación sobre las posibilidades de aumentar la riqueza social, inequívocamente orientada al estudio de las posibilidades de mejorar la situación social de las clases populares, representar, junto con el interés de la clase burguesa, el de la clase trabajadora, que en la lucha contra la renta de la tierra presentaba en sustancia la misma orientación. En los casos, excepcionales en su época, en que la burguesía encumbrada monopolizaba para sí el progreso conseguido en la lucha común, Adam Smith había defendido, frente a los intereses de los dos «superior orders» (renta de la tierra y beneficio), el del oprimido «inferior order». Eso no era aún suficiente para abrir una contraposición peligrosa para la burguesía entre las dos clases hasta entonces unidas. Las cosas se presentan de manera muy diferente en el caso de Ricardo. Léase el capítulo 31 de los *Principles*, sobre la «influencia de la maquinaria en los intereses de las diferentes clases sociales». En ese lugar abandona abiertamente su anterior error, probado como tal por Sismondi, sobre el beneficio general aportado por las máquinas («these mute agents are always the produce of much less than that which they displace»)⁶ y, como resultado de una estimación cuidadosa de los diferentes intereses de clase, enuncia la tesis de que «that the opinion entertained by the labouring class, that the employment of machinery is frequently detrimental to their interests,

5. *Kapital*, I, p. 558 (MEW, vol. 23, p. 621).

6. D. Ricardo, *The Works...*, ed. McCulloch, Londres, 1846, p. 27 [«estos agentes mudos son siempre producto de mucho menos que lo que ellos desplazan»].

is not founded on prejudice and error, but is conformable to the correct principles of political economy». ⁷ No puede sorprender que los posteriores apolo-gistas pseudocientíficos del capitalismo le denuncien por eso como padre del comunismo:

El sistema del señor Ricardo es el sistema de la discordia ... tiene la tendencia a engendrar hostilidad entre clases y naciones ... Su libro es el verdadero manual del demagogo, que aspira al poder por los medios de la agitación agraria, la guerra y el saqueo. ⁸

En todos los desarrollos de la *economía política posterior a Ricardo* se revela directa e indirectamente el hecho de que en lugar de la lucha de la clase burguesa contra el feudalismo ahora se trata, dentro de la sociedad burguesa, del conflicto abierto entre la burguesía dominante y la clase proletaria oprimida e indignada:

La primera de las varias tendencias que en este período han enlazado con los resultados de la economía clásica está representada por la polémica (olvidada durante mucho tiempo y redescubierta por Marx, en su mayor parte en artículos de revistas, escritos ocasionales y folletos) en la cual, inmediatamente después de la muerte de Ricardo, su teoría celebró en brillantes torneos su victoria sobre todas las corrientes prerricardianas y que, según la expresión de Marx, «recuerda el período de

7. *Ibid.*, p. 239 [«la opinión alimentada por la clase trabajadora de que el uso de maquinaria es frecuentemente perjudicial para sus intereses no se basa en el prejuicio y el error, sino que se compadece con los principios correctos de la economía política»].

8. H. Carey, *The Past, the Present and the Future*, Londres, 1848 pp. 74-75. («Mr. Ricardo's system is one of discords ... its whole tends to the production of hostility among classes and nations ... His book is the true manual of the demagogue, who seeks power by the means of agrarianism, war, and plunder.») Cf. los muy análogos insultos contra el «marxista judío Ricardo» pronunciados por el ministro de Propaganda alemán Goebbels en el congreso del partido nacionalsocialista de Nuremberg, septiembre de 1936 (*Der Parteitag der Ebre...*, Munich, 1936, p. 105).

Sturm-und-Drang económico habido en Francia a la muerte del doctor Quesnay, aunque sólo como el veranillo de san Martín recuerda a la primavera». ⁹ Durante esta polémica, que ocupa aproximadamente la década de 1820 a 1830 y aún dura, en forma debilitada, hasta las leyes librecambistas de Robert Peel de 1846 y la revolución continental de 1848-1849, la teoría ricardiana sirve incluso, excepcionalmente (en manos de los ricardianos socialistas, antes aludidos, que pretendían inferir consecuencias antiburguesas de los principios de la economía burguesa), como arma de ataque contra la economía capitalista. ¹⁰ La segunda tendencia es la ciencia de epígonos a la que Marx llama «economía vulgar», en la cual los resultados teóricos alcanzados por la economía clásica se han diluido, trivializado y, al final, disipado enteramente: en cabeza de los economistas vulgares figura el editor de las obras de Ricardo, «el increíble chapucero» McCulloch. Mientras que la economía clásica hasta Ricardo había rastreado en sus análisis científicos las conexiones internas del moderno modo de producción burgués y había suministrado así los presupuestos necesarios para su exposición genética, en este posterior período «el elemento suyo que es mera reproducción de la apariencia como representación del todo, su *elemento vulgar*, se segrega de ella como exposición particular de la economía». La economía vulgar se va haciendo conscientemente apologética en la medida en que, con el desarrollo de las contraposiciones reales en la vida económica de la sociedad, también la ciencia económica empieza a presentar contraposiciones y, además, con Sismondi, Owen, Fourier, Saint-Simon, ofrece ya su propio contrario en forma más o menos económica, utópica, crítica o revolucionaria. A cada avance de las con-

9. «Epílogo 1873», p. 816 (*MEW*, vol. 23, p. 20).

10. *Ibid.*, y, con más detalle, en las secciones correspondientes del volumen III de las *Theorien über den Mehrwert*.

traposiciones sociales y de las luchas de clase en el desarrollo real de la producción capitalista, la economía vulgar se esfuerza cada vez más convulsamente por eliminar esas contraposiciones de su exposición de la realidad y por extirparlas *a posteriori* mediante interpretaciones falseadoras de los lugares en que se encuentran ya teóricamente formuladas en los conceptos de la misma economía clásica. Al mismo tiempo se va haciendo cada vez más pobre el contenido de la economía vulgar. En su primer estadio (por ejemplo, en la obra de Say, como vulgarización de la Adam Smith) se encuentra con material todavía no totalmente elaborado, y así puede ella misma trabajar más o menos en la solución de los problemas económicos desde el punto de vista de la economía; pero en el período posterior, con McCulloch, Bastiat y los demás vulgarizadores de Ricardo, la economía vulgar se limita a plagiar las ideas de los clásicos y a eliminar sus aspectos desagradables.¹¹

La tercera tendencia, que ha enlazado con la obra de Ricardo a una distancia de cincuenta años exactamente, es la que explicita las *consecuencias de la economía política clásica*, buscadas con medios insuficientes por los ricardianos socialistas y convulsamente negadas por la economía vulgar. En *El capital* de Marx se encuentra la verdadera continuación y crítica de la economía clásica, de la que ya no han sido capaces los economistas burgueses del período posricardiano. Esta crítica marxiana de la economía política no es ya la contraposición entre una fase ulterior de desarrollo de la economía burguesa y una fase previa de esa misma economía burguesa, sino que estriba en un *cambio de sujeto* de la ciencia económica desde el punto de vista histórico y desde el teórico. Al mismo tiempo, no se trata ya de un ulterior «desarrollo» del modo de producción burgués, sino de su total sub-

11. *Theorien über den Mehrwert*, III, pp. 571 ss.

versión.¹² Principalmente por esta razón llama Marx a su principal obra económica *Crítica de la economía política*.¹³

No sólo Marx y Engels, sino también todos los revolucionarios salidos de la escuela hegeliana durante los años treinta y cuarenta del siglo pasado han utilizado la palabra «crítica» en este gran sentido histórico.¹⁴ Hasta el triste período de decadencia que sigue al hundimiento del movimiento cartista, a la derrota del proletariado de París en junio de 1848 y al subsiguiente triunfo de la contrarrevolución en toda Europa, no se suma en el olvido esta tendencia «crítica» revolucionaria de la teoría burguesa, junto con los últimos restos de la tendencia práctica revolucionaria de la burguesía. Marx y Engels han sido los únicos que, tras el final definitivo de la esperanza de que la revolución burguesa tendría ya entonces su continuación «inmediata» en una revolución proletaria,

12. Cf. Rosa Luxemburg en *Neue Zeit*, XVIII, n.º 2, p. 182: «La economía política clásica había llevado al final por todas partes, con insuperable lógica, a una autocrítica, a la crítica del orden burgués. En Inglaterra Ricardo es el punto de partida inmediato de toda una escuela de socialistas ingleses (Thompson, Gray, Bray y otros); en Francia Sismondi sigue inmediatamente al primer trivializador de la economía clásica, Say; en Alemania hallamos resonancias socialistas en Rau, al que siguen Thünen y Rodbertus; con Marx se consuma la mutación de la economía política en su contrario, en el análisis socialista del capitalismo».

13. Recuérdese: *Aportación a la CRÍTICA de la economía política*, 1859, y *El Capital. CRÍTICA de la economía política*, 1867.

14. Cf. los escritos de Ruge, Bruno Bauer, Feuerbach y otros hegelianos de izquierda, que presentan generalmente ya en sus títulos la palabra «crítica» en variantes cada vez nuevas y más radicales. Citaremos de entre los escritos de Marx y Engels pertenecientes al mismo período: «Introducción a la CRÍTICA de la filosofía hegeliana del derecho» (Marx), «Esbozo de una CRÍTICA de la economía nacional» (Engels), ambos aparecidos en el primer y único número de los *Anales franco-alemanes* dirigidos por Ruge y Marx, París, 1844; *Aportación a la CRÍTICA de la economía nacional* (manuscrito de Marx de 1844, publicado en MEGA, I, 3, pp. 31 ss.); *La Sagrada Familia, o CRÍTICA DE LA CRÍTICA CRÍTICA* (obra polémica «contra Bruno Bauer y consortes», de Marx y Engels, Frankfurt, 1845); *La ideología alemana. CRÍTICA de la filosofía alemana reciente en sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en sus varios profetas* (manuscrito de Marx y Engels de 1845-1846, publicado en MEGA, I, 5).

esperanza compartida también por ellos durante algún tiempo, han «salvado» en su teoría materialista de la revolución proletaria, junto con tantos otros resultados del quebrado movimiento revolucionario burgués, también esta «crítica» revolucionaria (la cosa misma y su nombre).

4. CRÍTICA FILOSÓFICA Y CRÍTICA CIENTÍFICA

En su crítica de la economía política Marx ha partido de un punto de vista revolucionario. Pero ha sido necesario un largo desarrollo antes de que, tras revelársele en la crítica de la filosofía hegeliana del derecho la importancia de la economía política como «anatomía de la sociedad burguesa», ese punto de vista pasara de ser un punto de vista revolucionario *en general* a serlo específicamente *proletario* y *socialista*, y de ser un punto de vista *filosófico idealista* a serlo *materialista científico*.

En la «Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho», en la que ha expresado por vez primera la vocación del *proletariado* a la revolución social,¹ Marx consideraba la *economía política de los ingleses y franceses* todavía como un progreso revolucionario en sí. Contraponen esa forma, a la altura de los tiempos, de relacionar «la industria, y en general el mundo de la riqueza» con el «mundo político» a la forma mísera y reaccionaria en que ese «problema capital de los tiempos modernos» empezaba entonces a ocupar a los alemanes: «Mientras que en Francia y en Inglaterra el problema se llama 'economía política', o dominio de la sociedad sobre la riqueza, en Alemania se llama 'economía nacional', o dominio de la propiedad privada sobre la nacionalidad».²

1. MEGA, I, 1, 1, pp. 619-621 (MEW, vol. I, pp. 389 ss.).

2. MEGA, I, 1, 1, pp. 611-612 (MEW, vol. I, p. 382). Mucho

Pero ya poco tiempo después critica al socialista francés Proudhon (al que, por lo demás, estima todavía en esa época como revolucionario proletario radical) por no haber criticado en su escrito *Qu'est-ce que la propriété?* la economía nacional más que «desde el punto de vista de la economía nacional». La obra de Proudhon ha de ser científicamente superada por «la crítica de la economía nacional, también tal como aparece en la versión proudhoniana».³ Marx mismo se encuentra ahora en una posición que trasciende radicalmente la ciencia económica. Los *Manuscritos económico-filosóficos* que proceden de este período⁴ anticipan ya desde el punto de vista del contenido casi todos los conocimientos crítico-revolucionarios del *Capital*. Pero el rebasamiento de la economía por Marx tiene en esta época principalmente una forma filosófica. Marx confronta en 1844 los conceptos de la economía con los conceptos de la filosofía hegeliana, y afirma, por ejemplo: «Hegel adopta el punto de vista de la moderna economía nacional».⁵ La marxiana «crítica de la economía nacional» aparece aún como una continuación (en forma materialista) de la vieja lucha filosófica idealista por la «abolición de la autoalienación humana».⁶ Y así resume su crítica a Proudhon en esta época en la frase de que Proudhon practica la abolición de «la alienación económico-nacional sólo dentro de la alienación económico-nacional».⁷ Aún tenía Marx que recorrer un largo camino desde esta forma filosófica de rebasamiento de la economía política para llegar al punto

más crítica era ya la actitud de Engels respecto de toda la economía política de la época en su «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie», *MEGA*, I, 2, pp. 379-404 (*MEW*, vol. I, pp. 499-524).

3. Cf. *Die heilige Familie*, 1845, *MEGA*, I, 3, p. 201 (*MEW*, vol. 2, p. 32).

4. *Zur Kritik der Nationalökonomie. Mit einem Schlusskapitel über die Hegelsche Philosophie*, 1844, *MEGA*, I, 3, pp. 33-172.

5. *Ibid.*, p. 157.

6. *Ibid.*, pp. 152 ss.

7. *MEGA*, I, 3, p. 213 (*MEW*, vol. 2, p. 44).

de vista materialista *científico* desde el cual ha rebasado realmente en sus obras posteriores los límites de la economía política.

Marx llegó a la superación completa de esos restos de su idealismo filosófico en su fase siguiente, por medio de una amplia crítica de la filosofía poshegeliana. El primer resultado de la colaboración que ahora empieza con Engels es una amplia discusión de sus anteriores amigos de la izquierda hegeliana (Feuerbach, Bruno Bauer, Stirner) y de la tendencia filosófica y literaria del «socialismo verdadero» o «socialismo alemán».⁸ En esa obra [*La ideología alemana*] Marx y Engels han explicitado su propia actitud materialista científica contra la posición ideológica de la filosofía alemana, y con ello, al mismo tiempo, han echado las cuentas definitivamente con su propia «anterior consciencia filosófica».⁹ En una obra polémica contra la principal obra de Proudhon, aparecida por entonces, Marx ha criticado el *método filosófico* general de la economía de Proudhon ya de un modo plenamente materialista, desde el punto de vista de su nueva concepción de la historia.¹⁰ Marx muestra allí que Proudhon, al no tratar las categorías económicas como «expresiones teóricas de relaciones de producción históricas», sino como «ideas eternas preexistentes», llega por este rodeo «de nuevo al punto de vista de la economía burguesa».¹¹ En cambio, por lo que hace a la crítica del particular *contenido económico* de la obra de Proudhon,

8. K. Marx-F. Engels, *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5 (MEW, vol. 3).

9. «Prólogo 1859», p. vi (MEW, vol. 13, p. 10).

10. *Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon*, 1847, cap. 2: «La métaphysique de l'économie politique», MEGA, I, 6, pp. 175-228 (MEW, vol. 4, pp. 125-175), y la carta de Marx a Annenkov sobre los mismos temas del 28-XII-1846 (*Mouvement Socialiste*, XV, n.º 249-250, 1913, pp. 141 ss. (MEW, vol. 27, pp. 451 ss.)).

11. Carta a J. B. v. Schweitzer del 24-I-1865, en la que Marx repite su anterior crítica a Proudhon. Publicada en el *Social-Demokrat*, n.º 16-18, 1865 (MEW, vol. 16, p. 28).

Marx se ha contentado sustancialmente con oponer a los teoremas críticos que Proudhon deriva de una forma caricaturizada de la economía burguesa la forma consumada de esta teoría, a saber, la teoría ricardiana del valor.¹² Lo que ahora reprocha a Proudhon no es, pues, como en la fase anterior, que no haya rebasado aún (filosóficamente) la economía política. Le reprocha precisamente el «compartir las ilusiones de la filosofía especulativa» y no pisar el suelo real (científico) de la economía. La formación independiente, que ahora empieza, de una propia teoría crítica de la economía política como fundamento de la teoría materialista de la acción revolucionaria de la clase proletaria tiene su primera expresión positiva en las conferencias que dio Marx en la Unión obrera alemana de Bruselas, en 1847, sobre «Trabajo asalariado y capital».¹³ La estructura y el contenido de este trabajo permiten ver sin dificultad que se trata de la primera ejecución de aquella *amplia exposición de las relaciones económicas que subyacen a todas las presentes luchas de clases y luchas nacionales* que ha aparecido más tarde, tras varias reelaboraciones completas, con el título de *El capital*.¹⁴ Con la única diferencia de que la exposición procede aquí no desde el punto de vista general de la «mercancía», sino desde el punto de vista particular de la «mercancía trabajo asalariado» y de la contraposición inmediatamente dimanante de ese arranque entre clase de los trabajadores asalariados y clase de los capitalistas.

12. Véase la observación previa de Riazánov a la traducción alemana de la carta de Marx a Annenkov, en *Neue Zeit*, XXXI, n.º 1, p. 822.

13. Véase MEGA, I, 6, pp. 451-472 (MEW, vol. 6, pp. 535-556) y el texto revisado por Marx de esas mismas conferencias para su reimpresión en la *Neue Rheinische Zeitung*, 5 y 11 abril 1849, MEGA, I, 6, pp. 473-499 (MEW, vol. 6, pp. 397-423).

14. Cf. también el esbozo del plan de la obra entonces planeada, editorial de la *Neue Rheinische Zeitung*, 4 abril 1849. Este artículo, que por razones formales no se editó en MEGA, I, 6, ha sido publicado por vez primera por Engels como introducción a su reimpresión de las conferencias de Marx en forma de folleto, 1891 (MEW, vol. 6, pp. 397 s.).

Ya en esta exposición se encuentra la espléndida caracterización del capital, nunca superada en cuando a filo y profundidad por las posteriores formulaciones marxianas, como *relación social* no entre el hombre y la naturaleza, sino entre hombre y hombre sobre la base de la relación del hombre con la naturaleza.¹⁵ La continuación de ese primer análisis crítico del capital se vio «perturbada» (exactamente igual que, en el siguiente período de la historia universal, la exposición leniniana de «La doctrina del marxismo sobre el estado y la tarea del proletariado en la revolución») por el estallido de la revolución de febrero.¹⁶ Sólo a partir de los años cincuenta ha elaborado Marx —que, tras la participación en la revolución de 1848-1849 había vuelto a «empezar desde el principio»¹⁷ su estudio de los fundamentos económicos del presente desarrollo social— la forma plenamente desarrollada de su teoría materialista. Esta forma es al mismo tiempo economía política y crítica de la economía política. Reúne en sí la plena realización del sistema clásico de la economía burguesa con el rebasamiento crítico de todas las fases y formas de la economía burguesa. Desenmascara todos los conceptos y principios de la economía, incluso los más generales, como expresión «fetichizada» de las relaciones sociales existentes y como leyes de validez meramente histórica de una determinada época de la formación social económica. Muestra el proceso histórico a lo largo del cual las relaciones de producción burguesas, presentadas por la economía política como formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se han convertido en trabas de éstas, y proclama la

15. MEGA, I, 6, pp. 482 ss., y MEGA, I, 5, p. 19 (MEW, vol. 6, pp. 407 ss., y vol. 3, pp. 29 s.).

16. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, p. 10) y el epílogo de Lenin a *El estado y la revolución*, 1917, con la frase final, característica de la concepción de ambos autores, de que es «más agradable y más útil hacer las 'experiencias de la revolución' que escribir sobre ellas».

17. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, pp. 10 s.).

transformación de estas relaciones de producción por la revolución social de la clase proletaria. Entendido en este sentido, *El capital* de Marx no es sólo la última gran obra de la economía clásica (burguesa). Como unión de la teoría de la economía burguesa, pensada consecuentemente hasta el final, con la crítica revolucionaria proletaria de la economía burguesa, es al mismo tiempo la primera gran obra de la ciencia revolucionaria proletaria de la sociedad.

5. DOS FASES DE LA ECONOMÍA MARXISTA

En el anterior esbozo de la historia de la crítica marxiana de la economía política es posible percibir, junto a la línea principal del desarrollo progresivo del punto de vista crítico revolucionario, una segunda línea de desarrollo que en cierto sentido parece inversa de la primera. Junto con la maduración *materialista* de la teoría revolucionaria marxiana de la sociedad procede una acentuación creciente de la teoría *económica* en el sentido estricto de la palabra. Parece como si en sus decenios de profundización en el imponente material de la época clásica de la investigación económica, descuidado por los epígonos, se hubiera ido convenciendo Marx cada vez más de la importancia de la teoría económica, ya en su forma tradicional, tal como ha sido desarrollada por los grandes clásicos burgueses, particularmente por los fisiócratas, Adam Smith y Ricardo, para una teoría materialista de la sociedad burguesa y del camino del derrocamiento de esa sociedad. La tremenda depresión y el estancamiento que se producen en lugar del antes creciente desarrollo revolucionario tras la derrota de los trabajadores de París en 1848 imponen al investigador materialista, ya por causas puramente externas, un dilatado ocio para sus estudios económicos, cada vez más amplios y profundos.¹

1. Cf. el recuerdo de aquel período de calma, en el que no hubo más movimiento que el eco de la insurrección de Taiping, en una nota a pie de página del *Kapital*: «Se recordará que empezaron a bailar la China y las mesas, cuando el resto del mundo parecía en calma:

La consecuente represión violenta de tantas energías revolucionarias que pugnaban por actuar ha dejado sus huellas en el sesgo ahora objetivista de la teoría económica marxiana. La revolución social del proletariado se presenta ahora como un desarrollo económico necesario, impuesto por leyes inflexibles y en el cual «la producción capitalista [produce] su propia negación con la necesidad de un proceso natural».² Desde luego que no se trata de la supuesta tendencia fatalista del marxismo que constantemente «descubren» los críticos burgueses de Marx y su séquito reformista. Como en todas las demás fases de su desarrollo, también en ésta, la más oscura desde el punto de vista revolucionario,³ Marx ha estado muy lejos de todo fatalismo. Lo que sí hay es una *determinada transformación del tipo de acción revolucionaria* que en esta nueva fase de desarrollo prescribe al movimiento socialista obrero la teoría marxista. La cuestión de si esa transformación significa una intensificación o una debilitación de la práctica revolucionaria no se puede resolver, desde el punto de vista materialista, más que de acuerdo con las circunstancias históricas de cada momento (y «momento» puede querer decir en este caso una entera época histórica). Aquí nos limitaremos a indicar que esta forma posterior de la teoría materialista marxiana de la revolución y el lugar que en esa teoría empieza ahora a ocupar la economía son fruto de una particular situación histórica⁴ y se corresponden práctica-

pour encourager les autres» (vol. I, p. 37, nota 25, MEW, vol. 23, p. 85).

2. *Kapital*, I, cap. 24, sección 7: «Tendencia histórica de la acumulación capitalista», p. 728 (MEW, vol. 23, p. 791).

3. Véase la gráfica descripción de esa situación en el discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, redactado por Marx (*Address and Provisional Rules of the Working Men's International Association*, impreso en los talleres del periódico *Bee-Hive*, Londres, 1864).

4. Cf. la observación de Engels en su reseña del *Zur Kritik der politischen Ökonomie* de Marx para el periodo de emigrados *Das Volk*, Londres, n.º 14, 6 agosto 1859: «Toda ... la existencia teórica [del

mente con el tipo de actividad adecuado a esa situación. La teoría económica sobria, materialista, parece mostrar un cambio nuevo a los obreros ya salidos de su primer estado de ánimo de ofensiva, entusiasta, utópico, voluntarista; un camino nuevo por el cual, más despacio y también con numerosos rodeos —mas, en compensación, con una probabilidad de éxito que, comparada con las posibilidades del primer asalto, raya en la certeza— pueden preparar, organizar y librar la decisiva batalla de clase que apunta en el futuro. No era la primera vez que en el desarrollo del movimiento revolucionario global, primero de la burguesía contra el feudalismo y luego de la clase proletaria contra la burguesía, seguía a una primera fase entusiasta e ilusionaria una «segunda» fase sobria de la revolución. Además de la particular situación producida por la derrota de 1848, han hallado expresión en la nueva forma de la teoría materialista que Marx formula en esta época todas las anteriores experiencias de la revolución europea de la era moderna. En la revolución francesa sigue al primer período desbordante de 1789 un segundo período, más sobrio, que Marx, Engels y Lenin han estimado siempre mucho como modelo de suma inteligencia y energía políticas, el período de la convención; en una perspectiva más amplia, la sucesión histórica del movimiento revolucionario burgués y proletario en su totalidad se puede entender como una tal transición a la segunda fase, más realista, de un movimiento revolucionario «permanente». Así lo ha expuesto Marx mismo cuando, todavía bajo la impresión de una derrota aparentemente aniquiladora de los trabajadores, ha celebrado esa derrota misma como necesaria transición hacia acciones futuras cada vez más radicales, y en este sentido ha comparado la «revolución proletaria del siglo XIX» a la «revolución burguesa del siglo XVIII» como un movimiento

partido proletario alemán] arranca del estudio de la economía política ...» (MEW, vol. 13, p. 469).

ya no embriagado ni hecho de ilusiones, sino despierto para una duradera vigilia.⁵ Así ha entrado en la teoría materialista marxiana del moderno movimiento obrero, junto con las experiencias prácticas de la propia derrota («los ejércitos derrotados aprenden») y junto con las enseñanzas de la segunda fase, la fase jacobina, de la revolución francesa, tratada por los marxistas casi como experiencia propia, también una parte de aquella «resaca» general que tras la gran embriaguez de la revolución francesa fue proclamada primero por los teóricos franceses de la contrarrevolución, luego por los románticos alemanes y que a través de Hegel había tenido una considerable influencia en Marx. Por todas esas razones la teoría materialista y «economicista» de la revolución construida por Marx tiene, en comparación con otras teorías revolucionarias, el carácter particular de ser una *teoría de la segunda fase de la revolución proletaria*, y realmente ha hallado acogida en todos los países cuyo movimiento obrero se inspira en ella en circunstancias características de dicha fase. Hasta en Rusia, donde el marxismo revolucionario iba a realizar su primera gran acción histórico-universal, su primera recepción ocurre en circunstancias históricas de ese tipo. El folleto de Plejánov de 1883 *El socialismo y la lucha política*, que ha empezado la difusión en Rusia del principio socialdemócrata revolucionario, ha mostrado también allí, según un historiador tan competente como Riazánov, «un nuevo camino al movimiento revolucionario derrotado [el de los narodniki], camino en el cual se anuncia una victoria no inminente, pero segura; mostraba en la realidad rusa misma el proceso de desarrollo económico-social que lenta, pero inevitablemente, estaba minando el antiguo régimen; pro-

5. Véase los primeros párrafos del escrito de Marx: *Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte*, que apareció como número primero y único de la revista *Die Revolution*, editada por Weydemeyer, Nueva York, 1852; y reimpresso como libro en Hamburgo, 1869 (MEW, vol. 8, pp. 115 ss.).

fetizaba que la clase obrera rusa, que se desarrollaba tan inevitablemente como el capitalismo, inferiría el golpe de muerte al absolutismo ruso e ingresaría como miembro de pleno derecho en las filas del ejército internacional del proletariado». ⁶ Análogamente y ya antes Marx mismo y, sobre todo, Engels, habían hablado en las últimas décadas de sus vidas de la relación que existe entre la «madurez» del movimiento obrero de los varios países capitalistas para recibir su teoría económica materialista y las experiencias habidas ya por ese movimiento en una fase anterior de ilusiones utópicas y luchas revolucionarias inmediatas. Engels ha definido incluso la transición de la fase premarxista a la fase marxista del moderno movimiento obrero con la frase, característica de esta concepción, de «desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia». ⁷ Pero cualesquiera que sean los motivos, está fuera de duda que en su posterior desarrollo Marx ha enlazado cada vez más resueltamente con los resultados científicos de la economía clásica burguesa, no sólo críticamente, sino también en un sentido económico positivo. Particularmente en los libros II y III del *Capital* (editados por Engels ya muerto Marx) y en los manuscritos editados, como un cuarto libro del *Capital*, con el título de *Teorías sobre la plusvalía*, pero también en largos pasos del libro I, preparado por Marx mismo, se expone el desarrollo real del modo de producción burgués con las mismas categorías económicas que los clásicos habían puesto en la base de sus exposiciones. Es frecuente que estos desarrollos produzcan la

6. Prólogo del editor a la nueva edición alemana de Plejánov, *Die Grundprobleme des Marxismus*, Viena-Berlín, 1929, p. 5.

7. Cf. el escrito programático difundido desde 1880 por todo el mundo en grandes ediciones y que ha conseguido para el marxismo del movimiento socialdemócrata revolucionario la misma importancia que tuvo para fases anteriores del movimiento marxista el *Manifiesto comunista* de 1848 y el discurso inaugural y los estatutos de la Internacional de 1864.

falsa impresión de que la crítica de Marx no se dirige ya contra los conceptos científicos de los clásicos, sino sólo contra los conceptos involutivos, superficiales y apologeticamente nebulosos de la «economía vulgar» posclásica.⁸

8. *Kapital*, III, 2, cap. 48, p. 366 (MEW, vol. 25, pp. 838 s.); *Theorien über den Mehrwert*, III, sec. VII-7, pp. 571 s., y, para corregir esa falsa impresión, las tres detalladas notas en las que Marx precisa la relación de su teoría con la economía clásica, *Kapital*, I, pp. 46 ss., notas 31-33 (MEW, vol. 23, pp. 94 ss.).

6. SOBRE LA TEORÍA ECONÓMICA DEL CAPITAL

En la exposición de la teoría económica del capital nos limitamos a unos pocos resultados del trabajo de Marx, aparentemente muy abstractos y que hasta el día de hoy no han sido accesibles a la consciencia común más que con un esfuerzo extremo, pero que contienen el núcleo revolucionario de la teoría marxista y, con ello, su importancia fundamental, lo que hace época, lo que desde pronto hará cien años ha conquistado para esta doctrina la adhesión práctica de millones de trabajadores revolucionarios de todos los continentes y todavía hoy arranca incluso a los enemigos más encarnizados del movimiento de la clase obrera el involuntario tributo de que como objetivo de sus esfuerzos reaccionarios y contrarrevolucionarios aparezca siempre la «lucha contra el marxismo».

Marx mismo, en una carta a Engels escrita muy poco después de la aparición del *Capital*, ha indicado como los «tres elementos radicalmente nuevos» de su libro los siguientes:

1.º que a diferencia de *toda* economía anterior, que desde el primer momento trata como dados los fragmentos particulares de la plusvalía con sus formas fijas de renta de la tierra, beneficio, interés ..., primero se trata la forma general de la plusvalía, en la cual todo eso se encuentra aún sin separar, disuelto, por así decirlo.

2.º que los economistas sin excepción han pasado

por alto el simple hecho de que si la mercancía posee la duplicidad del valor de uso y el valor de cambio, el trabajo representado en la mercancía tiene que poseer también carácter dúplice, mientras que el mero análisis del trabajo sin más, como en Smith, Ricardo, etc., tiene que tropezar por todas partes con cosas inexplicables. *Éste es, efectivamente, todo el secreto de la concepción crítica.*

3.º que por primera vez el salario del trabajo es representado como forma irracional de manifestación de una relación oculta tras él ...¹

Todas esas innovaciones fundamentales son de importancia decisiva para lo que hemos llamado núcleo revolucionario de la teoría marxiana: la superación crítica de la economía en una ciencia directamente histórica y social del desarrollo de la producción material y de la lucha de clases. Pero en ninguna de las tres hay una ruptura de la forma de la ciencia económica, sino sólo un desarrollo de las categorías y los principios económicos que pone de relieve la contradicción entre esa forma y el contenido por ella conceptualizado. Éste es en realidad el «secreto» crítico de la teoría económica marxiana. Incluso cuando formalmente se limita a continuar el trabajo de los grandes economistas burgueses mediante ulterior afinamiento, generalización, profundización y realización consecuente de las categorías económicas, sus exposiciones contienen siempre una tendencia crítica. Esas mismas exposiciones sirven para llevar los conceptos y las proposiciones de la economía hasta el límite junto al cual se puede hacer visible y atacable la realidad práctica histórico-social que se esconde tras la ciencia económica clásica. Esto ocurre de diversas maneras: trasladando el punto de vista desde el cual se consideran los hechos del producto terminado del trabajo al *trabajo* que ha

1. Carta de Marx a Engels del 8-I-1868, MEGA, III, 4, p. 6 (MEW, vol. 32, p. 11).

servido para su producción, o de la esfera del intercambio de mercancías a la esfera de la *producción* y de las *relaciones sociales entre hombres* que allí imperan, o precisando la noción económica tradicional que define el salario como «precio del trabajo», mediante un cambio aparentemente sólo terminológico, en el sentido de que lo que se vende al empresario a cambio del salario es la «*fuerza de trabajo*» del asalariado.²

La continuación teórica de las categorías de la economía clásica por Marx enlaza directamente con las dos determinaciones científicas en que había terminado el desarrollo de aquélla: el análisis del «valor» mediante la distinción entre «*valor de uso*» y «*valor de cambio*» y la reducción del *valor* al «*trabajo*». Marx ha desarrollado teóricamente esas dos determinaciones —la primera de las cuales, en la forma en que la expone la economía burguesa, tenía que ser completamente estéril para la ciencia, mientras que la segunda no dio de sí más que un desarrollo formalista de su sistema conceptual— y ha conseguido así el *punctum saltans* de la comprensión de la economía política.³ También los otros dos desarrollos de la economía clásica indicados en la enumeración de los elementos básicamente nuevos del *Capital* —la unificación y consiguiente realización de la *doctrina de la «plusvalía»*, materialmente anticipada ya en su mayor parte por los economistas clásicos burgueses y sus primeros antípodas socialistas, y la reducción económica del «libre contrato de trabajo» de los asalariados modernos a la compraventa de la «*mercancía fuerza de trabajo*»— consiguen toda su fuerza gracias al desplazamiento desde el terreno del intercambio de mercancías y las ideas jurídicas y morales, originadas en ese terreno, de «justo»

2. Véase sobre la importancia material de este punto las observaciones particularmente clarificadoras de Engels en su nueva edición de las conferencias de Marx sobre *Lohnarbeit und Kapital*, 1891 (MEW, vol. 6, pp. 593 ss.).

3. *Kapital*, I, p. 8 (MEW, vol. 23, p. 56).

e «injusto» al terreno de la producción material visto según toda su importancia social, o sea, por el paso de la «plusvalía» ya dada en la forma de mercancía y dinero y disputada por sus varios pretendientes al «plus-trabajo» realizado por los obreros reales en la empresa capitalista y bajo las relaciones sociales allí imperantes de dominio y opresión.

La distinción entre valor de uso y valor de cambio, en la forma abstracta en que se encuentra entre los economistas burgueses (y en la que ya Aristóteles la había aplicado a la antigua producción de mercancías), no contiene ningún punto de partida útil para la comprensión de la producción de mercancías burguesa como una forma social particular de la producción. Y es, además, insatisfactoria teóricamente. El valor de uso se pone sólo formalmente como presupuesto del valor de cambio, y luego se hace completa abstracción de él y se trata como categoría económica sólo el valor de cambio.⁴ Según Marx, en la economía no se trata del valor de uso en general, sino del valor de uso de la *mercancía*. Pero el valor de uso de la «mercancía» no es sólo presupuesto (extraeconómico) de su «valor». Es un elemento del valor y es él mismo una categoría económica (y, por lo tanto, como la mercancía y el valor de cambio, al mismo tiempo una categoría histórica y social). El mero hecho de que una cosa tenga utilidad para alguien, por ejemplo, para su propio productor, no da aún la definición económica del valor de uso. Lo que da la definición económica del valor de uso como propiedad de la mercancía es el hecho de que la cosa tenga utilidad general (utilidad «para otros».)⁵

4. Cf. los tres primeros párrafos de los *Principles* de Ricardo, en el primero de los cuales, con una cita de Smith, se introduce la distinción entre valor de uso y valor de cambio, en el segundo se dice que el valor de uso es presupuesto «absolutamente esencial» del valor de cambio y en el tercero se hace definitivamente abstracción de ese presupuesto (pp. 1 ss.).

5. Véase *Kapital*, I, p. 7, y la detallada exposición de la opinión

Una vez determinado económicamente el valor de uso de la mercancía como valor de uso social (valor de uso «para otros»), queda también determinado económicamente como trabajo social (trabajo «para otros») el trabajo específicamente útil que produce ese valor de uso. *El trabajo productor de mercancías* aparece, pues, como trabajo social en dos sentidos.⁶ Tiene (en común con el trabajo de otros estadios históricos del desarrollo de la producción) *carácter social general* como «trabajo específicamente útil» que produce una determinada clase de «valor de uso» social. Y tiene un *carácter específicamente histórico* como «trabajo social general» que produce una determinada cantidad de «valor de cambio». La capacidad que tiene el trabajo social de producir cosas determinadas, humanamente útiles (condición general del intercambio del hombre con la naturaleza) aparece en el *valor de uso*, y su capacidad de producir valor y plusvalía para el capitalista (propiedad que nace de la particular forma de persociación del trabajo bajo las condiciones del modo de producción capitalista en la presente época histórica) aparece en el *valor de cambio* del producto del trabajo. La unificación del trabajo productor de ambos caracteres sociales de las mercancías aparece en la «*formavalor del producto del trabajo*» o «*forma de la mercancía*».

Sólo en esta forma críticamente desarrollada es la *teoría del valor-trabajo* punto de partida adecuado para una teoría económica en la cual el trabajo se considere no sólo formalmente y unilateralmente, sino en su plena realidad material y como objeto principal de la inves-

de Marx sobre este punto en su polémica con Rodbertus y Adolf Wagner en el cuaderno de extractos de 1881-1882 «Ökonomisches en général (X)». Este manuscrito, último trabajo económico de Marx, ha sido publicado por el Instituto Marx-Engels-Lenin como apéndice a su edición popular del *Kapital* de 1932, pp. 841 ss., en particular pp. 846-853 (*MEW*, vol. 19, pp. 355 ss., en particular 368-376).

6. Véase la segunda subsección del capítulo primero del vol. I del *Kapital*: «Doble carácter del trabajo representado en la mercancía».

tigación. Es cierto que los economistas burgueses, en su reducción del valor al trabajo en una época temprana en que las categorías abstractas de la economía política estaban todavía en su proceso de separación de su contenido material y eran, por lo tanto, fluidas y oscilantes, habían pensado también en las diversas formas del trabajo real. Y así unos tras otros, los mercantilistas, los fisiócratas, etc. habían proclamado como verdadera fuente de la riqueza el trabajo aplicado a la industria de exportación, al comercio y a la navegación, o el trabajo aplicado en la agricultura, etc. Todavía en la obra de Adam Smith —el cual pasa definitivamente de las diversas ramas del trabajo a la forma general del trabajo productor de mercancías— se tiene, junto con la determinación formalista, que comparte con Ricardo, del «trabajo» como entidad abstracta que no aparece más que en el «valor» (valor de cambio), otra determinación paralela. Smith ha proclamado inconsecuentemente fuente única de la riqueza material, de los valores de uso, el mismo trabajo que había definido como trabajo productor de valor de cambio.

Esta doctrina, que sigue persistiendo hoy día inextirpablemente en el socialismo vulgar y es imputada injustamente por sus contrincantes también al socialismo científico de Marx, es económicamente falsa. El trabajo *no* es la única fuente de la riqueza si se le considera en su determinación específica como trabajo útil, o si se contempla la riqueza en su forma material, como objeto de uso. (Sería entonces inexplicable el hecho de que en la actual sociedad capitalista son precisamente los pobres los que disponen de esa fuente de riqueza, y aun menos lo sería el que siguen quedándose «sin trabajo y pobres en vez de producirse riqueza con su trabajo».) Pero precisamente por esa inconsecuencia vive aún en la obra de Adam Smith un recuerdo de la realidad del trabajo humano. En su elogio de la fuerza productiva del «trabajo» Smith no tiene tan presente el trabajo servil del moderno

asalariado que aparece en el valor de la mercancía y produce el beneficio capitalista cuanto la *necesidad general natural del trabajo humano*, del mismo modo que su acrítica magnificación de la «división del trabajo» en aquellas «grandes manufacturas» —con lo que se refiere a la totalidad de la economía moderna— no apunta tanto a la forma de división del trabajo de la presente sociedad capitalista (mediada por la producción mercantil), que es sumamente imperfecta, cuanto a la *forma social general del trabajo humano* que se trasluce a través de ella.⁷ «Las contradicciones de Adam Smith —ha dicho Marx más tarde— son importantes porque contienen problemas que él, ciertamente, no resuelve, pero que enuncia al contradecirse.»⁸

En su desarrollo por Ricardo la teoría económica se hace más consecuente y más unilateral. Tampoco ahora niega las dos propiedades del valor de uso y el valor de cambio contenidas en la «mercancía», el elemento de la riqueza burguesa. Pero ya sólo cuenta con el valor de cambio como «valor» propiamente económico. Y ya no recuerda siquiera, sumida en su determinación «económica» del «valor» por el «trabajo», el otro aspecto de éste, aún percibido, al menos, aunque fuera inconscientemente, por los economistas anteriores, el aspecto en que es trabajo específicamente útil que produce un determinado objeto útil, un valor de uso. Mucho menos, por tanto, ha podido definir económicamente, tras separarlas con clara consciencia metódica, esas dos determinaciones del trabajo productor de mercancías que se entrecruzan confusamente en la teoría anterior. «La economía política clásica», dice Marx, no distingue «nunca explícitamente y con clara consciencia el trabajo tal como se presenta

7. *Misère de la philosophie*, cap. 2, § 2, MEGA, I, 6, pp. 193 ss. (MEW, vol. 4, pp. 144 ss.) y *Kapital*, I, pp. 315-334, particularmente notas 57 y 70 y los pasos de Smith y Ferguson citados en ellas (MEW, vol. 23, pp. 371 ss.).

8. *Theorien über den Mehrwert*, I, p. 171 (MEW, vol. 26-1, p. 121).

en el valor de ese mismo trabajo tal como se presenta en el valor de uso de su producto».⁹

Marx ha vuelto a introducir el trabajo real concreto en la economía política. Pero ya no en la forma indeterminada, equívoca e incoherente de la vieja economía burguesa, como «trabajo del productor de mercancías», esto es, como trabajo material y formalmente libre del artesano independiente que dispone de medios materiales propios de producción y cambia el producto de su trabajo como mercancía, según su pleno valor, por los productos de otros trabajos de la misma naturaleza. En la obra de Marx aparece en su forma presente, determinada e inequívoca, como *trabajo productor de la «mercancía de otro»*, es decir como trabajo pagado formalmente por su pleno valor, pero, en realidad, explotado; como trabajo formalmente «libre», y en realidad sojuzgado; como trabajo formalmente aislado, en realidad trabajo social de los *asalariados* proletarios separados de sus medios materiales de producción y frente a los cuales se yerguen en forma de *capital* sus propios medios materiales de trabajo y, con ellos, el mismo carácter social de su trabajo y la fuerza productiva de éste, centuplicada por la división social del trabajo.¹⁰ La economía política no es ya, así, una ciencia de la *mercancía* y, consiguientemente, sólo de modo indirecto una ciencia del «trabajo», entendido éste, además, abstracta y unilateralmente. Se convierte en una ciencia directa del trabajo social, de las fuerzas productivas de ese trabajo, de su desarrollo y su encadenamiento por las relaciones sociales de producción de la presente época burguesa y de su ruptura revolucionaria por la lucha de clase del proletariado. Basta un vistazo al primer volumen del *Capital* para convencerse del completo cambio de carácter de la ciencia económica. Ya el primer análisis minucioso de las

9. *Kapital*, I, p. 46, nota 31 (MEW, vol. 23, p. 361).

10. *Theorien über den Mehrwert*, III, p. 308.

categorías económicas más generales, la «mercancía» y el «dinero» y la «transformación del dinero en capital», se mantiene sólo aparentemente en el «ruidoso territorio del intercambio de mercancías o circulación, instalado en la superficie y accesible a todas las miradas». En realidad, desde la primera hasta la última palabra sirven para hacer críticamente transparentes esas categorías económicas generales, para revelar su apariencia «fetichista» y mostrar, oculto tras ella, el particular carácter social de la producción burguesa de mercancías. En su última sección, en el tratamiento de una «mercancía» de naturaleza muy particular, en el tratamiento de la *compraventa de la mercancía fuerza de trabajo*, el análisis se hace del todo transparente y pasa por completo del terreno del intercambio de mercancías a una esfera distinta, «el oculto lugar de la producción, en cuyo umbral se lee: 'Prohibida la entrada a los no autorizados'». ¹¹ Como objeto de la teoría económica del *Capital* aparece desde ahora —y no sólo en los capítulos 5, 8, 11, 12, 13, etc. reservados al tema y que constituyen la mitad del volumen primero, sino, si bien se atiende, en toda la obra— ¹² el *proceso de trabajo* mismo o, cosa equivalente, la *producción material* en su desarrollo natural e histórico, lo que quiere decir, al mismo tiempo, en su desarrollo económico y social. «El capital» es sólo nominalmente el objeto de la nueva teoría económica de Marx (del mismo modo que el «Leviatán» da sólo título a la obra política de Hobbes). Su verdadero objeto es «el trabajo» en su presente forma directamente social y socialista, liberada por la lucha revolucionaria del proletariado.

11. *Kapital*, I, pp. 138-139 (MEW, vol. 23, pp. 189 s.).

12. *Kapital*, III, 2, pp. 366-367 (MEW, vol. 25, pp. 838 s.).

7. EL CARÁCTER DE FETICHE DE LA MERCANCÍA

La continuación teórica de las categorías de la economía política parte del concepto del valor de la mercancía; lo que hemos llamado en sentido estricto «crítica de la economía política» —o sea, el paso de las categorías económicas a las conexiones históricas y sociales ocultas tras ellas— gira también en torno de la «mercancía»: la economía política que consideraba la producción burguesa de mercancías como el orden económico racional y natural, finalmente alcanzado y válido para todos los tiempos, había reducido, al cerrar su sistema teórico, todos los conceptos económicos al *valor* y todas las leyes económicas a la *ley del valor*. Había definido el «valor de cambio» de las mercancías que aparece en el tráfico (compraventa) de los productos del trabajo como una magnitud independiente de su determinada utilidad (valor de uso) y dependiente sólo del tiempo de trabajo utilizado para la producción de la mercancía. Ha mantenido básicamente esta determinación conceptual sin tener en cuenta lo frecuentemente que la contradice la apariencia. Pero no ha pasado de ahí. Precisamente sus representantes mejores y más consecuentes, los que tuvieron claro el contenido económico del valor y de la magnitud del valor (y vieron en el valor no, como ya entonces hicieron algunas cabezas superficiales, una mera forma social arbitraria), han admitido como un hecho obvio e indiferente que el trabajo se represente en el valor, y las distintas cantidades relativas de trabajo, me-

didadas por su duración, en la relación de valor entre los productos del trabajo.

Sólo para una consideración que rebasara teóricamente —y, por la tendencia, también en la práctica— el horizonte burgués era posible generalizar un escalón más las categorías consideradas por los economistas burgueses ya como generalizaciones últimas, y abolirlas así al mismo tiempo como categorías económicas. En la teoría crítica de Marx no aparece como categoría económica más general el «valor» o la «magnitud del valor» medida por el tiempo de trabajo, sino la *forma* del trabajo productor de mercancías, la *forma-valor del producto del trabajo* o la *forma de la mercancía misma*. Esta forma básica máximamente abstracta del modo de producción capitalista, que en el seno de la economía política representa realmente el *límite último de la generalización*, es, a la inversa, para la crítica marxiana de la economía política el *rasgo específico* por el cual se caracteriza históricamente y también desde el punto de vista de las clases el modo de producción burgués como un tipo particular de producción social. El paso de uno a otro modo de consideración, que subyace implícitamente a toda la obra económica de Marx, se realiza explícitamente en la sección del primer volumen del *Kapital*, de importancia decisiva para entender la posición de Marx respecto de la economía, que se titula ella misma un poco enigmáticamente «El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto».¹ Reducido a su expresión más sencilla, el

1. *Kapital*, I, cap. 1, subsección 4. Los otros dos lugares principales pertinentes del texto editado del *Kapital* (vol. III, parte 2, cap. 48, particularmente pp. 362-367, MEW, vol. 25, pp. 835 ss.) y de las *Theorien über den Mehrwert* (vol. III, sección VII, 1, con el rótulo «Der Kapitalfetisch» introducido por el editor, Karl Kautsky) expresan imperfectamente el punto de vista de Marx. En este como en muchos otros casos vale la pena tratar como exposición plenamente auténtica de la posición de Marx sólo el vol. I del *Kapital*, totalmente compuesto por Marx, y los complementos de manuscritos posteriores de Marx dados por Engels en el vol. II por él editado, y las demás obras que figuran como continuación del *Kapital* (o sea, el vol. III, editado por

carácter de fetiche de la mercancía consiste en que los productos de la mano humana —no, como creían los economistas clásicos, «por naturaleza», pero sí en las particulares condiciones sociales del modo de producción burgués— adquieren una peculiar propiedad que influye básicamente en todo el comportamiento de los hombres. Esa particular propiedad que se encuentra en los productos del trabajo en cuanto que no se producen inmediatamente para el uso, sino para la venta, como «mercancías», y a la que los economistas llaman «valor», no nace del material de esos productos, ni de su utilidad específica, ni de las particulares cualidades del trabajo utilizado para su producción. Las relaciones de valor que aparecen en el intercambio de los productos del trabajo como mercancías no expresan propiedades ni relaciones de cosas, sino relaciones sociales entre los hombres que intervienen en su producción. La sociedad burguesa es la particular forma

Engels, y las *Theorien über den Merhwert*, editadas por Kautsky) como lo que realmente son, a saber, formulaciones más antiguas, de manuscritos anteriores, en parte caducadas por las formulaciones últimas de *Kapital*, I. Aquellos manuscritos más antiguos utilizados por Engels y por Kautsky, como borradores que son, no contienen a menudo todavía lo que Marx solía reservarse para la redacción final como expresión más propia de sus ideas (cf. la noticia dada al respecto por Engels en el Prólogo a *Kapital*, III, pp. ix-x, *MEW*, vol. 25, pp. 14 s.). Las rectificaciones hechas por Marx en el último momento tienen una importancia particularmente grande para el tema tratado en el texto porque precisamente a su respecto el desarrollo del pensamiento de Marx se ha mantenido siempre fluido. Ya en la preparación para la imprenta del manuscrito del *Zur Kritik der politischen Ökonomie* Marx había añadido en el último momento el capítulo 1 sobre «La mercancía», que luego serviría de base para el tratamiento del mismo tema en *Das Kapital*: el proyecto inicial del *Zur Kritik*... no preveía sobre este tema más que unas pocas frases acerca de los puntos principales en una última sección sobre el «valor» (*MEGA*, III, 2, pp. 349 y 308-312; *MEW*, vol. 29, pp. 372 y 312-318). Y, del mismo modo las pocas frases con las que en ese capítulo 1 del *Zur Kritik*... se alude al nuevo tema de la «mistificación de la mercancía» que aparece en el valor de cambio no se han convertido hasta la última redacción en la investigación independiente sobre el «carácter de fetiche de la mercancía y su secreto» que constituye ahora la sección final del capítulo 1 del vol. I del *Kapital*.

social en la que precisamente las relaciones básicas que traban los *hombres* en la producción social de su vida se les hacen conscientes *a posteriori* y en esa forma falseada, como relaciones entre *cosas*. En la medida en que ponen sus actos conscientes en dependencia de esas nociones, quedan realmente dominados los hombres por la obra de sus propias manos, como el salvaje por su fetiche. La mercancía y, de forma todavía más llamativa, la particular mercancía que sirve de medio general de intercambio, el *dinero*, y todas las demás formas derivadas de la producción capitalista de mercancías, el *capital*, el *trabajo asalariado*, etc., aparecen como tales formas fetichistas de las relaciones sociales de producción de la presente época.

Lo que aquí llama Marx «fetichismo del mundo de las mercancías» es la expresión científica de lo mismo que antes, en su período hegeliano-feuerbachiano, había llamado «autoalienación humana»² y que efectivamente ya

2. La primera aplicación inequívoca del concepto filosófico de «alienación» a los fenómenos económicos del dinero, del valor, el crédito, etc. se encuentra en los cuadernos de extractos de Marx del año 1844, en la glosa de una obra de Mill el mayor (*MEGA*, I, 3, pp. 531 ss.) y en *Zur Kritik der Nationalökonomie* de la misma época. Es particularmente notable aquí la exposición de que la alienación, la enajenación del trabajador, no subsiste sólo en su relación con los productos de su trabajo, sino también en el acto de la producción, dentro de la actividad productiva misma (pp. 85 ss.); y, por otro lado, la acentuación del hecho de que formas aparentemente más elevadas de la organización económica capitalista, como *el crédito y la banca* —que los saintsimonistas y otros socialistas utópicos ya entonces idealizaban como una «abolición gradual de la separación del hombre y la cosa, del capital y el trabajo, de la propiedad privada y el dinero, y del dinero y el hombre»— representan en realidad «una autoalienación más infame y extrema, porque su elemento no es ya la mercancía, el metal o el papel, sino que la existencia moral, la existencia social, lo íntimo del pecho humano, bajo la apariencia de la confianza del hombre en el hombre, es la suprema desconfianza y la plena alienación» (pp. 533-535). Por la misma época se anota Marx (p. 62) la expresión del socialista utópico Pecqueur de la «vertu magique» de fecundidad que comunica a la materia inerte el trabajo, el hombre; esa expresión es de especial importancia para la posterior doctrina marxiana de la plusvalía, esto es, de la forma particularmente «retorcida» que toma el fetichismo de la mercancía en el caso de la «mercancía fuerza de trabajo».

en la filosofía hegeliana había constituido el fundamento de la particular calamidad que afecta a la «Idea» filosófica en un determinado estadio de su desarrollo.³ Pero ya entonces ha visto Marx (con mucha mayor claridad que Feuerbach y los demás hegelianos de izquierda que filosofaban sobre la «autoalienación») que las distintas formas en que aparece en la sociedad actual esa «categoría» filosófica —«propiedad, capital, dinero, trabajo asalariado, etc.»— no son «ideales fantasmas del cerebro», sino cosas «muy prácticas, muy objetivas».⁴ Así, por ejemplo, cuando una consecuencia de esa autoalienación «del hombre» en la presente sociedad burguesa aparece como contraposición entre *tener* y *no tener*, no se trata sólo, en absoluto, de categorías mentales. «Ese no tener es el *espiritualismo* más desesperado, una completa irrealidad del hombre, una plena realidad de lo inhumano, un tener muy positivo, tener hambre, frío, enfermedades, crímenes, humillación, estupidez, y toda inhumanidad contra naturaleza.»⁵ Y en contraposición con la dialéctica «idealista» de Hegel, que sólo abolía y superaba esa alienación mediante una mental «abolición de su objetividad», o sea, sólo para la consciencia del pensador filosófico,⁶ el dialéctico materialista Marx decía ya entonces que el mero pensamiento no basta para abolir esta autoalienación real que existe en el presente orden social burgués y se expresa en los conceptos «alienados» de la economía burguesa, sino que es necesario ante todo la abolición práctica, objetiva de la situación subyacente mediante una acción social.⁷ Y ha designado incluso por su nombre al

3. Hegel, *Phänomenologie*, p. 594. Véase análisis crítico de ese paso por Marx (MEGA, I, 3, pp. 153-172, 317 ss.).

4. *Die heilige Familie*, MEGA, I, 3, p. 224 (MEW, vol. 2, pp. 55 s.).

5. *Ibid.*, p. 212 (MEW, vol. 2, p. 44).

6. MEGA, I, 3, pp. 156 ss., particularmente 162.

7. *Ibid.*, pp. 163 ss. Los dos textos de 1844 recién citados anticipan, por lo que hace a la aplicación económica del concepto de «autoalienación», la crítica que Marx y Engels harán dos años después, de un

sujeto que tendría que realizar la acción subvertidora: «los obreros comunistas de los talleres de Manchester y Lyon» y «las asociaciones» fundadas por ellos.⁸

La principal diferencia de contenido entre esta crítica filosófica de la «autoalienación» económica y la posterior exposición científica del mismo problema consiste en que en *El capital* (y ya en la *Aportación a la crítica de la economía política*, de 1859) Marx da a su crítica económica una significación más profunda y general mediante la reducción de todas las demás categorías alienadas de la economía al carácter de fetiche de la *mercancía*. Es verdad que la punta del ataque crítico a los fundamentos del existente orden social burgués sigue siendo el desenmascaramiento de la forma más destacada que toma la autoalienación humana como directa autoenajenación del hombre en la relación entre «trabajo asalariado y capital». Pero este particular fetichismo de la *mercancía fuerza de trabajo*, tras el que se esconde todo el carácter de clase del modo de producción burgués, no aparece en esta última versión de la teoría económica de Marx sino como forma derivada del fetichismo más general contenido ya en la forma de la *mercancía* en general. El ataque de Marx se amplía así y pasa de ser una acción particular a ser un ataque general al vicio de la producción capitalista de mercancías que aparece en la forma fetichista de todas las categorías económicas, ataque, esto es, al vicio de todo el presente modo de producción capitalista y de la formación social que descansa en él. Marx ha rebasado realmente en su nueva teoría todas las formas y fases de la economía y de la teoría social burguesas precisamente

modo más general, en su discusión de la ideología alemana (*MEGA*, I, 5; *MEW*, vol. 3), a todas las interpretaciones ideológicas con las que los hegelianos de izquierda han vaciado el núcleo realista que aún tenía en Hegel mismo el concepto filosófico de «autoalienación».

8. *MEGA*, I, 3, pp. 211 ss., 223 ss. (*MEW*, vol. 2, pp. 42 ss., 55 ss.).

porque ha revelado que *todas* las categorías económicas sin excepción forman un único y gran fetiche. Ya la misma economía burguesa en sus desarrollos finales había superado ideas fetichistas sueltas, como la del primitivo *sistema monetario*, que no veía «en el oro y la plata el hecho de que, en cuanto dinero, representan una relación social de producción», o la ilusión fisiócrata de que «la renta de la tierra nace de ésta y no de la sociedad». La economía burguesa había llegado a una idea más crítica de esos hechos. En el punto más alto de su desarrollo (con Ricardo) había reducido ya el *interés* a una parte del beneficio, y la *renta de la tierra* al exceso respecto del beneficio medio, «de modo que uno y otro caen dentro de la plusvalía». A pesar de ello, incluso sus mejores representantes quedan presos en el mundo de la apariencia burguesa que ellos mismos disipan, o vuelven a caer en él, porque nunca han llegado a resolver críticamente, junto con las formas derivadas, la forma básica y más *general* del fetichismo económico, que aparece en la forma-valor del producto del trabajo como «mercancía» y en las relaciones de valor de las mercancías.⁹ Aquí tropezó con su límite histórico el gran arte teórico de la economía política clásica.

La forma-valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también más general, del modo de producción burgués, que por ella queda caracterizado históricamente, como un tipo particular de producción social. Por eso cuando se la confunde con la forma natural eterna de la producción social se pasa necesariamente por alto lo específico de la forma-valor, por lo tanto, de la forma de la mercancía, y de la del dinero, y de la del capital, etc.¹⁰

9. *Kapital*, III, 2, p. 366 (MEW, vol. 25, pp. 838 s.) y *Theorien über den Mehrwert*, III, pp. 571-572.

10. *Kapital*, I, p. 47, nota 32 (MEW, vol. 23, p. 95).

La crítica marxiana de la economía política ha sido la primera que ha expuesto también esta forma básica del modo de producción burgués como una forma particular de las relaciones sociales que aparece en un determinado estadio histórico del desarrollo de la producción material y se refleja deformadamente, fetichísticamente, para la consciencia burguesa —y, por tanto, también para la forma científica de esa consciencia, la economía política— en las aparentes relaciones de valor de las mercancías. La investigación sobre el «carácter de fetiche de la mercancía y su secreto» contiene así no sólo el núcleo de la crítica marxiana de la economía política, sino también el núcleo de toda la teoría contenida en *El capital* y la formulación más explícita y más exacta del punto de vista teórico e histórico de toda la doctrina materialista de la sociedad.

8. LA LEY DEL VALOR

La efectiva socialización del trabajo que aparece en el valor de las mercancías ocurre en el modo de producción capitalista con independencia de la voluntad y del conocimiento de los productores individuales de mercancías. Por eso la producción burguesa de mercancías es una producción a la vez privada y social, regulada y sin regular. Es como si estuviera fijado por una decisión desconocida e incognoscible del destino (de la «suerte» o de la «coyuntura») qué y cuánto se tiene que producir de cosas socialmente útiles en cada rama de la economía, pero el empresario capitalista individual no se enterara sino después —por la venta o la imposibilidad de vender su mercancía, por las oscilaciones de los precios en el mercado, en la bancarrota o en la crisis, para su bien o para su mal— de la medida en que ha actuado de acuerdo con aquella regla desconocida, con el «plan» económico de la razón capitalista. La economía burguesa habla siempre con metáforas análogas de esas conexiones que nunca ha desintrincado. Habla del «juego» de la libre concurrencia, del «automatismo» del mercado o de una «ley del valor» que sería decisiva para los movimientos de la producción y circulación de las mercancías como lo es la ley de la gravedad para la caída libre de los graves. Efectivamente rige en la producción burguesa de mercancías una ley no escrita del valor, la ley del *intercambio de mercancías del mismo valor*, pero no como ley natural eterna e inmutable, sino como *ley natural so-*

cial», válida sólo en determinadas condiciones sociales, para una determinada época histórica. Al tratar la «llamada acumulación originaria del capital» Marx ha mostrado el coste imponente que ha tenido la implantación de esa ley económica fundamental y de las demás «leyes naturales eternas» del moderno modo de producción burgués derivadas de ella, es decir, lo que ha costado producir los fundamentos de hecho de su vigencia mediante una serie de actos más o menos violentos. (El fundamento de todo el proceso es la expropiación de los trabajadores de sus medios materiales de trabajo.) También ha mostrado Marx detalladamente que la «ley del valor» no se realiza, ni siquiera en la producción de mercancías plenamente desarrollada, sino en medio de constantes roces, oscilaciones, pérdidas, crisis y ruinas:

en las relaciones de intercambio casuales y siempre oscilantes ... de los productos del trabajo, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción se impone violentamente como ley natural reguladora, *más o menos como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima.*¹

También es sólo una ilusión (tan antigua, desde luego, como el capitalismo, y capaz de sobrevivir tenazmente a todas las refutaciones teóricas y a todas las bancarrotas prácticas) el intento de los socialistas utópicos primero, luego particularmente de las varias corrientes reformistas burguesas y socialistas, y hoy —bajo la impresión del estado crítico de todo el sistema capitalista— de los mismos economistas y políticos burgueses, de corregir la defectuosa organización del trabajo social en la forma originaria de la «libre» producción capitalista de mercancías mediante una mejor «organización del capitalismo».

El creciente número de regulaciones más o menos

1. *Kapital*, I, p. 41 (MEW, vol. 23, p. 89).

conscientes de la economía mediante las cuales se «complementa», «corrige», «dirige» en la actual fase crítica de desarrollo del modo de producción capitalista, igual en los países viejos que en los «nuevos», igual en los totalitarios que en los todavía gobernados democráticamente, aquella forma sólo objetiva, sólo mediada por el intercambio de las mercancías, de la colaboración de los aislados productores de mercancías (la forma que tenían presente los clásicos y todavía Marx como ideal-típica, pero tampoco entonces realizada en la vida común), no puede servir, en el mejor de los casos, más que para mitigar transitoriamente algunas consecuencias agudas de la anarquía capitalista de la producción. La falta de plan dada con la forma fetichista de producción de mercancías en la economía capitalista no es alterada por ello. Más bien queda así abolida la única forma en que en el capitalismo estaba hasta ahora «socializada» la producción en su conjunto, la única «organización del trabajo» posible en el capitalismo.

Esta creciente *destrucción* de la única forma posible de organización de la economía social dentro de los límites de la producción de mercancías capitalista le es impuesta al capitalismo de la época actual por su mismo desarrollo ineludible. No es en modo alguno una paulatina superación de la bestial lucha por la existencia de los productores aislados de mercancías de la sociedad burguesa por la creciente razón colectiva del capitalista total organizado en el «estado» y en la «opinión pública». Se produce por la creciente acumulación y concentración del capital, las crecientes tendencias monopolistas de los grandes complejos industriales y financieros, por la apelación, cada vez más obvia, al estado para el saneamiento de las empresas que se hunden en la crisis económica y por las crecientes subvenciones demandadas por la producción bélica directa e indirecta, cada vez más reforzada respecto de la producción de paz. En su huida de la crisis, que cada vez ponen más en tela de juicio la existencia de to-

da la sociedad burguesa, y en el convulso intento de superar la aguda crisis existente en todo el sistema capitalista, la burguesía se ve cada vez más obligada —mediante «intervenciones» cada vez más profundas en las leyes internas de su propio modo de producción y mediante alteraciones cada vez más intensas de su propia organización social y política— a preparar crisis cada vez más generales y grandes, al mismo tiempo que disminuye los medios antiguamente disponibles para la superación temporal de las crisis. Con su organización de la «paz», la burguesía organiza la guerra. Pese a todo eso, mientras los productos del trabajo se sigan produciendo como *mercancía*, siguen en pie teórica y prácticamente, también para la actual economía capitalista «planificada», todas las categorías fetichistas de la economía —mercancía, dinero, capital, trabajo asalariado, suma creciente y decreciente de la producción y la exportación, rentabilidad de las empresas, créditos, etc.—, en suma, todo lo que Marx llamó en su fase filosófica la «autoalienación humana» y en su fase crítico-científica «fetichismo de la mercancía», y por lo tanto también la fetichista «ley natural social» del valor, sin cambio fundamental alguno. La significación positiva de todos los intentos de configurar el «capitalismo organizado» (*lucus a non lucendo*) consiste sólo en que en ellos se revela más claramente el carácter de traba o cadena de las presentes relaciones de producción capitalistas: en que con la creciente organización interna de las singulares empresas y *trusts* capitalistas destaca más acusadamente la inorganicidad de la producción capitalista en su conjunto, y, por último, en que en algunos de esos desarrollos se elaboran ya algunos elementos formales que se pueden utilizar en la construcción de una organización realmente social de la producción y del trabajo tras la total subversión del presente modo de producción capitalista por el proletariado revolucionario y tras limpiarlos de los rasgos fetichistas que hoy les afectan inevitablemente.

Pero por ahora queda en pie, junto con la imperfecta organización de la producción material en la realidad de la presente sociedad burguesa, también la forma «invertida» como se reflejan las relaciones sociales de los hombres en la consciencia de ellos mismos por el rodeo de las «relaciones de valor», las «mercancías», el «valor» del «dinero», etc., y se repiten en forma más o menos desarrollada en las categorías de la ciencia económica. La apariencia fetichista de la mercancía no desaparece sino con la abolición total de la producción mercantil mediante la socialización directa del trabajo. «La figura del proceso social de la vida, esto es, del proceso material de producción, se despoja de su místico velo de niebla en cuanto que se pone como producto de hombres libremente socializados y bajo su control consciente planificado. Pero para eso hace falta un fundamento material de la sociedad, o una serie de condiciones materiales de existencia que son a su vez producto espontáneo de un desarrollo largo y torturado.»²

2. *Kapital*, I, p. 46 (MEW, vol. 23, p. 94).

9. VALOR Y PLUSVALÍA

La crítica de la economía política revela, junto con el carácter general de fetiche de la mercancía, la forma más desarrollada que cobra ese fetichismo por la transformación del hombre trabajador en una mercancía. Con el carácter histórico y social del modo de producción burgués revela sobre todo su *carácter de clase*.

En cuanto que la producción de mercancías, que ya existió esporádicamente en estadios históricos anteriores (por ejemplo, en la producción antigua, en tiempos de Aristóteles), se amplía hasta ser *producción general de mercancías*, es decir, hasta ser un estado social en el cual los productos en general toman la forma de mercancías, aparece, entre las cosas producidas, vendidas y usadas como mercancías, una mercancía de naturaleza especial: la fuerza de trabajo humana de los productores directos, que se venden a trozos por un salario. La producción *general* o generalizada de mercancías coincide cronológica y materialmente con la *producción capitalista de mercancías*. Empieza históricamente con la separación de los productores de mercancías, campesinos y artesanos, de sus medios materiales de trabajo y con la transformación de los medios de producción de los trabajadores en «capital» de los no trabajadores. Dada esta situación de hecho, es una simple ilusión jurídica la de que el trabajador, sólo o en el cártel de los poseedores de la mercancía fuerza de trabajo (el sindicato), pueda disponer «libremente» de la suya propia. El regateo individual y colectivo por las

condiciones de venta de la mercancía fuerza de trabajo pertenece plenamente al mundo de la apariencia fetichista. Desde el punto de vista social, los trabajadores asalariados que venden individualmente y por tiempo limitado su fuerza de trabajo, mediante el «libre contrato de trabajo», al empresario capitalista son como clase, desde el primer momento y para siempre, junto con los medios materiales de producción, propiedad de la clase propietaria que dispone de los medios materiales de producción.

Así, pues, no era aún toda la verdad lo que proclamó Marx en el *Manifiesto comunista* de 1848.¹ Al «disolver la dignidad personal en el valor de cambio» la burguesía no ha puesto todavía, en lugar de las formas encubiertas de explotación de la Edad Media piadosa y caballeresca, la «*explotación abierta*» sin encubrimientos. Ha puesto en el lugar de la explotación encubierta por ilusiones religiosas y políticas otra forma de *explotación encubierta* más refinada y más difícil de desenmascarar. En otras épocas las relaciones de dominio y servidumbre, abiertamente proclamadas, aparecían como los motores inmediatos de la producción; a la inversa, en la era burguesa de la «libertad mercantil» la producción de los productos del trabajo es pretexto y encubrimiento de las relaciones de opresión y explotación que subsisten con otra forma.² *La economía política es la forma científica de encubrimiento de ese hecho.*

Sólo con eso queda clara la particular importancia que tiene la revelación teórica de la apariencia fetichista de la producción de mercancías para la lucha política de la clase oprimida en la presente sociedad y que se rebela contra esa opresión. El mero enunciado del abismo insalvable entre la situación, constantemente reproducida

1. MEGA, I, 6, p. 528 (MEW, vol. 4, pp. 464 s.).

2. *Kapital*, I, p. 681, y *Kapital*, III, p. 367 (MEW, vol. 23, p. 743, y vol. 25, p. 839).

en la realidad, de que *el trabajador es una mera mercancía* y las buenas intenciones y declaraciones sobre el papel según las cuales el trabajador no debe ser considerado como mera mercancía³ se convierte en rebelión contra la clase dominante, contra su interés práctico en mantener ese abismo y contra su interés teórico en la conservación de la apariencia fetichista que desplaza la responsabilidad por las trabas al desarrollo y las destrucciones de vida que se producen ya en el actual nivel de las fuerzas productivas (y son catastróficamente visibles en las grandes crisis económicas) de la esfera de la acción humana a la esfera de las relaciones naturales inmutables de las cosas. Por estas causas la crítica científico-social de las categorías económicas y la tendencia práctica a transformar la situación social expresada por ellas encuentran poderosos enemigos en las clases privilegiadas por el presente orden social e interesadas en su mantenimiento. La superación del fetichismo de la mercancía y la organización directamente social del trabajo se convierte en tarea de la lucha de clase revolucionaria proletaria, y como expresión teórica de esa lucha de clases y al mismo tiempo como uno de sus instrumentos aparece la crítica marxista revolucionaria de la economía política. Esto permite apreciar todo el sentido histórico y social de *la doctrina del valor y de la plusvalía*. La «igualdad» de los trabajos cualitativamente diversos como partes sólo cuantitativamente diferenciadas de una masa total de «trabajo en general» no es una condición *natural* de la producción de mercancías: a la inversa, es un producto del intercambio general y de la producción de los bienes de uso como mercancías, y efectivamente *no aparece más que en el «va-*

3. Cf. el Décret du Gouvernement provisoire (n.º 56) del 2-III-1848 que decretaba «l'exploitation des ouvriers par ... marchandage est abolie», y el tratado de la Sociedad de Naciones de 1919 (Tratado de Versalles, art. 427) que como primero de los nueve principios de la regulación de las relaciones de trabajo afirma que «el trabajo no puede ser considerado simplemente como una mercancía o artículo de tráfico».

lor» de las mercancías. Ya para los economistas clásicos la reducción del «valor» de las mercancías a las cantidades de «trabajo» materializadas en ellas se basaba no en un presupuesto científico-natural, sino en el presupuesto histórico y político dicho (desde luego no conocido explícitamente por los economistas). La teoría económica del «valor-trabajo» corresponde a un nivel de desarrollo de la producción social en el cual el trabajo humano, no sólo como categoría sino también en la realidad, ha dejado de identificarse orgánicamente, por así decirlo, con el individuo o con grupos reducidos, un nivel en el cual, tras la eliminación de los obstáculos gremiales y bajo el signo de la burguesa «libertad mercantil» el derecho dispone que todo trabajo particular *valga lo mismo* que cualquier otro trabajo particular.

Así, pues, aunque en el caso de los economistas anteriores se puedan encontrar ciertas representaciones ideológicas (nacidas del mismo intercambio de mercancías) sobre la igualdad «natural», en todo caso, no tiene valor contra el desarrollo crítico de la teoría clásica del valor-trabajo por Marx la ingenua objeción con la que desde hace casi cien años los críticos burgueses muestran la «incorrección» de los «presupuestos» de la teoría objetiva del valor, indicando la efectiva desigualdad de los distintos trabajos. Algunos bienintencionados defensores del marxismo intentaron corregir ese supuesto defecto de la doctrina marxiana del valor-trabajo presentando el trabajo útil contenido en cada particular producto del trabajo como una magnitud medible en algún sentido científico-natural; con eso ofrecen, como en tantos debates sobre el marxismo, el mero lamentable espectáculo en que «el uno ordeña al macho cabrío y el otro sostiene debajo un cedazo» (Kant). Ciertamente, según la doctrina crítica de Marx una parte considerable de las sedicentes diferencias de rango del trabajo en la presente sociedad burguesa descansa «en meras ilusiones o, por lo menos, en diferencias que han dejado de ser reales hace

mucho tiempo y sólo sobreviven en la convención tradicional».⁴ Pero, prescindiendo de eso, los trabajos realizados para la producción de los diferentes bienes de uso son en realidad diferentes también bajo la ley del valor. Esta diversidad de los trabajos útiles es un presupuesto necesario del intercambio de mercancías y de la división social del trabajo mediada por él. Sólo sobre la base del sistema «espontáneo» de división del trabajo que se origina en la sociedad productora de mercancías por la diversidad de las necesidades sociales y del trabajo útil realizado para su satisfacción, en el intercambio de los productos del trabajo como mercancías puede retroceder normalmente la diferencia cualitativa de los trabajos útiles por detrás de su diferencia meramente cuantitativa como cantidades parciales de la masa total del trabajo social aplicado a la producción de todos los productos usados, y originarse así aquella situación que ha encontrado expresión teórica en la «ley del valor» de la economía clásica.⁵ Así, pues, cuando en los tiempos posteriores los epígonos, ya no acostumbrados a esa audacia del pensamiento científico, lamentan tan vivamente la «violenta abstracción» por la cual los economistas clásicos y el marxismo igualan lo desigual en la reducción de las relaciones de valor de las mercancías a las cantidades de trabajo incorporadas en ellas, hay que responder que esa «violenta abstracción» no nace inicial ni principalmente de las definiciones de la ciencia económica, sino del carácter factual de la producción capitalista de mercancías. *La mercancía es el «leveller» nato.* Al lado de eso no pasa de ser un defecto de construcción relativamente nimio de la presente sociedad capitalista el que el principio teórico del intercambio de iguales cantidades de trabajo no se produzca en su práctica en cada caso, sino sólo en un aproximado promedio.

4. *Kapital*, I, p. 160, nota 18 (MEW, vol. 23, p. 212).

5. *Ibid.*, pp. 39-40 (MEW, vol. 23, pp. 87 s.).

Contra la opinión difundida en uno y otro campo, nunca ha sido la finalidad de la obra de Marx el derivar del concepto general de valor establecido en el volumen primero del *Capital*, mediante la introducción sucesiva de ulteriores precisiones, la determinación inmediata de los *precios de las mercancías* para la cual más tarde los Walras y Pareto han construido sus ilusorios sistemas de millones de ecuaciones en las que «basta» con introducir los necesarios millones de constantes para calcular con exactitud matemática el precio de una determinada mercancía. Fue un equívoco catastrófico sobre la teoría económica de Marx el que, tras la aparición de los volúmenes II y III del *Capital*, toda la disputa dogmática entre los críticos burgueses de Marx y los marxistas ortodoxos girara durante algunas décadas en torno de la cuestión de si y en qué sentido lo que dice el tercer volumen sobre la formación de la misma tasa media de beneficio y la correspondiente transformación de los valores en «precios de producción» de las mercancías coincide o no con la determinación general del «valor» en el volumen primero. Ya antes de la aparición del primer volumen del *Capital* ha dicho Marx que en los «precios de producción» de las mercancías producidas por capitales de diferente composición orgánica no se expresan ya directamente los «valores» determinados por la ley del valor, ni en el caso particular ni en el término medio, sino sólo como un momento determinante junto con una serie de otros momentos.⁶ La significación de la ley del valor en la teoría de Marx no consiste pues en absoluto en una determinación inmediata de los precios de las mercancías por el valor. Tampoco se puede resolver el problema remitiendo a la función de la ley del valor *en el desarrollo gene-*

6. Carta de Marx a Engels del 27-VI-1867, MEGA, III, 3, páginas 403-404 (MEW, vol. 31, pp. 312 s.). Así, pues, Marx había explicado por escrito treinta años antes la aparente contradicción «descubierta» por los críticos burgueses al aparecer el vol. III (1894).

ral de los precios de las mercancías, el factor decisivo para los cuales es la creciente productividad del trabajo social por la creciente acumulación del capital y la consiguiente constante disminución del valor de las mercancías. Hay que partir, por el contrario, de que el presupuesto real de la vigencia de la marxiana «ley del valor» no quedaría tampoco suprimido si por la creciente tendencia a la determinación monopolística y administrativa de los precios, en vez de por el mercado, disminuyera también esta función mediata del valor y al final quedara completamente abolida. La significación real, histórica y social de la ley del valor aparece cuando se elimina totalmente la apariencia fetichista que presenta esta ley básica de la economía política ya en la exposición de sus primeros formuladores, en los siglos XVII y XVIII, y no tiene entonces nada que ver con las ideas de los posteriores economistas vulgares, completamente separadas del fundamento histórico y social de los fenómenos económicos; estos economistas han visto el sentido de la ley del valor meramente en el «cálculo del valor», esto es, en la consecución de algún fundamento teórico para el cálculo práctico del negociante que busca su beneficio privado en la existente sociedad capitalista o para las medidas de política económica del estadista burgués, preocupado por asegurar la consecución de beneficios capitalistas. Para Marx, por el contrario, el objetivo científico último de su doctrina del valor consiste en «*revelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna*»,⁷ lo que significa también la ley de su desarrollo histórico. Aún más claramente ha dicho luego el marxista Lenin que el «objetivo directo» de la investigación marxista consiste en «poner de manifiesto todas las formas de antagonismo y de explotación [existentes en la actual so-

7. Marx, Prólogo a la 1.^a ed. del *Kapital*, 1867 (MEW, vol. 23, pp. 15 s.).

ciudad capitalista.— K. K.] para ayudar al proletariado a romperlas».⁸

Tampoco la doctrina de la *plusvalía*, generalmente considerada como la parte propiamente socialista de la teoría económica de Marx, es, en la forma que éste le da, un simple ejemplo de cálculo económico que compute al capitalismo una estafa formal cometida contra los trabajadores, ni una aplicación moral de la economía que reclame al capital la parte sustraída del «producto íntegro del trabajo». Como teoría económica, parte, por el contrario, del hecho de que el empresario adquiere «normalmente» la fuerza de trabajo explotada por él en su empresa mediante un verdadero trueque por el cual el trabajador obtiene con el salario el pleno contravalor de la «mercancía» que vende. La ventaja del capitalista en ese trueque no nace de la economía, sino de su privilegiada posición social. Como poseedor monopolista de los bienes de producción materiales, puede utilizar la fuerza de trabajo comprada por su «valor» económico (valor de cambio) según su específico *valor de uso* para la producción de mercancías. Entre el valor de las mercancías obtenidas en la empresa capitalista por la explotación de la fuerza de trabajo y el precio pagado por esa fuerza de trabajo a sus vendedores no hay, según Marx, ninguna relación económica, ni en general, ninguna relación racionalmente determinable. La magnitud del exceso de valor producido por los trabajadores en los productos de su trabajo respecto de su salario, o la cantidad de «plustrabajo» prestado para la producción de esa «plusvalía», y la razón entre ese plustrabajo y el trabajo necesario (esto es, la «tasa de plusvalía» o «tasa de explotación» vigente en una determinada época y un determinado lugar) no son en el modo de producción capi-

8. Lenin, «Qué son los 'amigos del pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas», citado según la ed. alemana de *Ausgewählte Werke*, vol. XI, p. 341.

talista resultado de ningún cálculo económico. Son el resultado de una lucha de clases social que, precisamente por el hecho de que en el mecanismo económico de la producción capitalista no hay ninguna limitación objetiva al aumento de la tasa de plusvalía, va tomando en el curso del desarrollo formas cada vez más agudas con la creciente acumulación de capital en un polo y la creciente acumulación de miseria en el contrapolo de la sociedad, y finalmente desemboca en una revolución abierta.

10. EL «CONTRAT SOCIAL»

El concepto básico de «sociedad civil» o «sociedad burguesa», formulado por los portavoces ideológicos de la burguesía revolucionaria, cobra su plena significación al revelarse completamente la apariencia fetichista de la producción de mercancías y la resultante contraposición entre las clases. Los representantes del nuevo principio burgués tuvieron ya la idea de que la «*sociedad civil*», a diferencia del estado y del resto de la sobreestructura, abarcaba ante todo *las relaciones materiales de la vida de la nueva sociedad productora de mercancías*; pero con eso no bastaba para conocer con claridad el carácter histórico de esas relaciones «materiales». ¹ También desde otro punto de vista había imperado una considerable oscuridad en la investigación burguesa de la sociedad desde sus primeros comienzos (con el árabe Abenjaldún y el italiano Vico) hasta su clásica maduración (por «los ingleses y los franceses del siglo XVIII»). Sus representantes distinguen con suficiente claridad entre la «sociedad civil» por ellos descubierta y el viejo estado feudal, pero la identifican tranquilamente con el nuevo estado burgués.

1. Marx, *Die deutsche Ideologie*: «La sociedad civil como tal se desarrolla sólo con la burguesía; la organización social que se origina inmediatamente de la producción y del tráfico y que en todo tiempo forma la base del estado y del resto de la sobreestructura idealista ha sido siempre designada, sin embargo, con el mismo nombre» (MEGA, I, 3, p. 26; MEW, vol. 3, p. 36). [«Sociedad civil» y «sociedad burguesa» se dicen en alemán del mismo modo (N. del t.).]

Bajo la especie de sociedad o estado civil han imaginado un todo de relaciones sociales sobre cuya forma «negocian un contrato» los individuos humanos llegados a razón, ya armoniosamente y en plena libertad (como dicen los representantes superficiales de la teoría del contrato social), ya según el derecho del más fuerte (como enseñan los representantes más profundos de esta teoría iusnaturalista, Hobbes, Rousseau, Hegel).

En cambio, según la nueva teoría materialista de Marx (que tiene para el movimiento proletario de la época presente una importancia análoga a la que tuvo para la pasada época histórica la teoría del «contrato social» consumada por Rousseau), las relaciones «sociales» que constituyen el fundamento de la presente sociedad burguesa y se expresan «invertidas» o falseadas, con disfraz de cosas, en las categorías de la economía política, son relaciones sociales de un tipo muy diferente del que consideraban los teóricos burgueses del contrato social. La revelación del carácter de fetiche de la mercancía contiene la solución racional y empírica de un problema que los teóricos de la sociedad del siglo XVIII ni siquiera se habían planteado, y que la posterior doctrina burguesa de la historia y de la sociedad (los románticos, la escuela histórica, la teoría organicista del estado, Hegel) había, ciertamente, planteado, para resolverlo de formas más o menos místicas. El modo como Hegel había exacerbado, más que resuelto, dialécticamente, con la esperanza de que estallara por sí misma, la contradicción aparente entre el hecho de que los hombres hacen la historia universal y el de que en ésta se hace visible, a pesar de ello, una conexión general no planeada antes por ningún hombre, sirve todavía a Marx como uno de los medios con que expone el «secreto» contenido en la forma de la mercancía. Hegel había dicho que «en la historia universal, por las acciones de los hombres, se produce algo diferente de lo que ellos se proponen y consiguen, de lo que saben y quieren directamente; ellos realizan sus intereses,

pero con eso producen otra cosa, que estaba implícita en ellos, pero no se encontraba en su consciencia ni en su intención»; ² Marx habla de la contradicción que consiste en que los hombres, al intercambiar en general, y en constante repetición los productos de su trabajo como mercancías en determinadas relaciones de valor y producirlos sólo para ese intercambio, originan precisamente con eso esa división social cualitativa y cuantitativa del trabajo que luego les aparece, con disfraz de cosa, en la forma-valor de los productos del trabajo y en las determinadas relaciones de valor de las mercancías; «No lo saben, pero lo hacen». ³ Marx refuerza la paradoja contenida ya en esa frase con la declaración, varias veces repetida, de que la deformación que se expresa en las categorías fetichistas de la economía política no es sino una manifestación inevitable de la subyacente deformación real del modo de producción burgués mismo, y que, por lo tanto, en esas categorías económicas las relaciones sociales entre sus trabajos privados se aparecen a los productores aislados de mercancías «como lo que son». ⁴

Pero estas paradojas no son para Marx sino un medio con el que obligar al lector preso en las representaciones burguesas a ver en una cosa, a primera vista tan obvia y cotidiana como la mercancía y su forma, un «secreto». La resolución de ese misterio no es ya ninguna magia conceptual hegeliana, sino la determinación plenamente racional y empírica de un hecho históricamente dado. Para los profetas del siglo XVIII, sobre cuyos hombros se encuentran aún Smith y Ricardo, el *individuo* liberado de los vínculos feudales de la Edad Media parece el punto de partida natural de toda la vida social; el punto de partida de la nueva concepción social es una *conexión social* dada para el individuo con independencia de su co-

2. Hegel, *Philosophie der Weltgeschichte* [Filosofía de la historia universal], Introducción general, I, 2 a: «Die Individualität».

3. *Kapital*, I, p. 40 (MEW, vol. 23, p. 88).

4. *Ibid.*, p. 39 (MEW, vol. 23, p. 87).

nocimiento y de su voluntad. Para la concepción burguesa las cosas y las conexiones «económicas» se enfrentan al ciudadano individual externamente, como medios de sus fines privados y como constricción práctica de sus acciones; según la nueva concepción, los hombres y todas sus acciones se mueven desde el principio en las relaciones sociales determinadas que nacen del estadio de desarrollo de la *producción material* en cada caso.⁵ Pese a ser producidas por los hombres mismos mediante su acción combinada, estas relaciones sociales y su desarrollo histórico son inmutables para el hombre individual y, en este sentido, son «objetivamente» dadas, como para Hegel. Pero no se trata ya de la ejecución de la voluntad de ninguna instancia sobrehumana, como la razón absoluta de Hegel, que según su descripción «es tan astuta como poderosa» y realiza su voluntad haciendo que los hombres «se desgasten unos a otros» en la persecución de sus objetivos privados y «llevando a ejecución sólo su objetivo sin intervenir directamente». ⁶ Esta idea de Hegel no es en el fondo más que una magnificación filosófica de las más triviales ideas burguesas sobre las bendiciones de la libre competencia. Según la doctrina crítica de Marx ese supuesto misterio es simplemente un *defecto* del presente modo de producción capitalista, comparado con una forma superior de regulación de la producción social por la socialización directa del trabajo, que no es una forma meramente pensada, sino que se dibuja ya claramente como desarrollo objetivo y como real meta de la lucha de una clase. «Las fórmulas de la economía política llevan escrito en la frente ... que pertenecen a una formación social en la cual el proceso de producción domina a los hombres, y el hombre no domina

5. Marx da la mejor exposición de este punto en la «Introducción 1857», en *Neue Zeit*, XXI, n.º 1, 1903, pp. 710 ss. (MEW, vol. 13, pp. 615 ss.).

6. Hegel, *Encyclopädie*, I, § 209.

aún el proceso de producción.»⁷ Los supremos ideales de la sociedad burguesa —como el individuo libre autodeterminado y la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos políticos y la igualdad de todos ante la ley— aparecen ahora como las *representaciones correspondientes al fetichismo de la mercancía*, derivadas del intercambio mercantil. Junto con ese fetichismo constituyen la expresión de un determinado tipo de relaciones de producción que, de formas de desarrollo que eran, degeneran cada vez más perceptiblemente en trabas de las fuerzas productivas sociales; son, pues, la magnificación ideológica de una organización defectuosa de la producción social. Sólo mediante la represión en el inconsciente de las reales relaciones sociales básicas del presente estado social se puede mantener en la concepción burguesa del mundo la ilusión de que la presente sociedad burguesa es una forma de sociedad constituida por individuos libres autodeterminados. Sólo mediante la transformación fetichista de las relaciones sociales que se originan entre la clase de los capitalistas y la clase de los asalariados en la «libre» venta de la «mercancía fuerza de trabajo» al propietario del «capital» es posible hablar en esta sociedad de libertad e igualdad. La ley burguesa, dice Anatole France, «prohíbe con la misma majestad al rico que al pobre dormir debajo de los puentes».

7. *Kapital*, I, p. 48 (MEW, vol. 23, p. 95).

11. RESULTADOS, RECTIFICACIONES, PERSPECTIVAS

La crítica de Marx arrebató a la economía política sus pretensiones excesivas de vigencia y la redujo a sus límites históricos y sociales. La economía política pasa de ser una forma absoluta y atemporal de ciencia a ser una forma histórica y socialmente condicionada: en esto consiste la «revolución copernicana» de la *crítica de la economía política*. La economía política es, según Marx, una ciencia burguesa que nace de la particular forma histórica de producción burguesa y constituye su complemento ideológico. De esta concepción crítica de la economía política se desprende un nuevo modo de validez de las proposiciones por ella sentadas. Por una parte, y a consecuencia del carácter «fetichista» de todas las categorías de la economía política, empezando por las categorías básicas de la mercancía y el dinero, las proposiciones de la economía no se refieren directamente a un objeto real: los supuestos «objetos» del conocimiento económico son expresiones cómicamente disfrazadas de las subyacentes y determinadas relaciones en que entran los hombres en la producción social de su vida. Por otra parte, las categorías económicas, pese a su carácter «fetichista», o precisamente por él, representan la forma necesaria en que se expresa en la conciencia social de esta época la particular forma de *socialidad imperfecta*—forma histórica e históricamente precedida— característica de las relaciones de producción burguesas. Las categorías económicas son, pues, no, como han creído los

grandes clásicos burgueses, formas atemporalmente válidas del conocimiento de las cosas en sí económicas, pero sí «formas intelectuales socialmente válidas, o sea, objetivas, para las relaciones de producción de este modo de producción históricamente determinado, la producción de mercancías».¹ De acuerdo con los principios de la concepción materialista de la historia —que se exponen más detalladamente en la tercera parte de este libro—, aquellas categorías se encuentran en una relación indisoluble con el modo de producción burgués y con las «leyes naturales sociales» válidas para ese modo de producción. Mientras este fundamento material de la existente sociedad burguesa sea sólo atacado y sacudido, pero no derrocado, por la lucha revolucionaria práctica del proletariado, las formas intelectuales socialmente consolidadas de la época burguesa pueden ser sólo criticadas, pero no definitivamente rebasadas por la teoría revolucionaria del proletariado. La crítica teórica de la economía política que ha empezado Marx en *El capital* no puede ser terminada más que con la revolución proletaria, que junto con el modo de producción burgués cambia también las formas mentales correspondientes. Con el desarrollo de la sociedad comunista, que empezará tras la plena realización de esa revolución, la ciencia fetichista de la economía política se resolverá, junto con el fetichismo de la producción de mercancías, en una teoría y una práctica directamente sociales de los productores asociados.² Hasta ese momento los conceptos y las proposiciones con que la economía política ha enunciado los resultados científicos de su investigación de los fundamentos materiales de la presente formación social económica siguen siendo, pese a su forma fetichista, también para la doctrina social materialista del marxismo —que critica histórica y teóricamente el

1. *Kapital*, I, p. 42 (MEW, vol. 23, p. 90).

2. Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», 1875, en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, 1891, pp. 566 s. (MEW, vol. 23, pp. 20 s.).

punto de vista de la economía burguesa desde el punto de vista de una nueva clase revolucionaria— un medio auxiliar imprescindible de su conocimiento científico. Incluso como crítico de la economía política, Marx sigue siendo en su trabajo teórico ante todo un investigador económico. No ha disipado la economía en sociología, historia y utopía, sino que, a la inversa, ha adensado las formas generales e indeterminadas del estudio histórico y teórico de la sociedad en una investigación materialista de sus fundamentos económicos. A medida que progresaba en el desarrollo de su método científico materialista, estaba cada vez menos dispuesto a dejar sin utilizar el material de extraordinaria importancia que se encontraba ya preparado para un análisis exacto del modo de producción burgués en los resultados de la economía burguesa clásica, faltos sólo de consecuente desarrollo y de aprovechamiento crítico, o a permitir que abusen de él los herederos de la economía clásica para una apologética superficial del sistema capitalista. Pese a su crítica histórica de las «leyes naturales eternas» de la economía política clásica, Marx tiene con ésta una relación mucho más positiva que con la llamada «escuela histórica» de economía, la cual, con la disolución de todos los conceptos económicos, representó sólo la autoanulación y la abdicación de la economía como ciencia. Y del mismo modo que en su fase primera o filosófica había combatido el procedimiento ideológico de los Bruno Bauer, Stirner, Feuerbach, y había descubierto por detrás de la categoría intelectual de la «autoalienación humana» la real opresión y explotación de la clase obrera, así también en su posterior período, pese a toda la crítica de la forma «fetichista» del concepto de valor de la economía burguesa, ha combatido aun más radicalmente aquella superficial representación «sociológica» que, frente a la concepción clásica, no ve en el valor «más que la forma social, o, más bien, su apariencia sin sustancia».³

3. *Kapital*, I, p. 47, nota 32 (MEW, vol. 23, p. 95).

(Esta breve observación con la que hace setenta años Marx ha refutado la concepción, ya entonces defendida sólo por algunos *outsiders*, de un «sistema mercantilista restaurado», sigue siendo o vuelve a ser hoy actual como crítica anticipada de los proyectos prácticos y las concepciones teóricas difundidas por los teóricos monetarios y reformadores del sistema del crédito, que se reducen todos a tratar los precios de las mercancías y particularmente el «dinero» como una forma arbitraria, convencional, «manipulable» a voluntad.) Marx y Engels no han tenido nada que objetar a prácticos de la violencia revolucionaria como Blanqui. Pero en cambio no han perdido ocasión ⁴ de mostrar la falta de solidez científica de todas las teorías sociológicas de la «violencia» y del «poder» en las que de vez en cuando se manifiesta una tendencia de gentes completamente ignorantes de las reales fuerzas motoras del desarrollo histórico, genéricamente «progresistas» o semisocialistas, que ignoran la *economía* o en todo caso admiten algunas «leyes económicas naturales», pero reducen la génesis, el cambio y el desarrollo de las formas de la producción, de las relaciones de clase, etc. a la pura violencia, a la política, etc., para luego apelar por su parte, contra esos «groseros» poderes, a la fuerza organizadora de la razón, de la justicia, de la humanidad o de otras semejantes instancias inmatrimiales y sin contenido de clase. Frente a esos sociológicos despreciadores de la economía, Marx y Engels han sostenido siempre el conocimiento más profundo y de más contenido histórico y social de la sociedad burguesa contenido en el concepto económico de valor y en el análisis de los clásicos en él basado. En última instancia, el socialismo «materialista» y «científico» de Marx y Engels (nacido en contraposición directa al socialismo doctrinario y utópico de la fase anterior del movimiento obrero) ha sido siempre

4. Véase ante todo las tres fulminantes secciones del texto polémico de Engels contra Dühring, 1878 (*MEW*, vol. 20, pp. 147 ss.).

enemigo tan declarado de todas las *construcciones* puramente mentales que ya por esa razón los conocimientos de la ciencia económica, basados al menos en determinados hechos históricos y sociales, habían de tener para él una importancia mucho mayor que cualquier confrontación «crítica» entre la presente forma real de la producción y otra meramente imaginada.

No hay contradicción entre ese desprecio de todas las construcciones que son mera imaginación teórica y el modo como Marx utiliza ocasionalmente él mismo en el curso de su exposición el contraste entre la presente producción capitalista de mercancías y otras formas de producción social pasadas o pensables como futuras, con objeto de presentar más gráficamente su punto de vista teórico. Aquí hay que contar ante todo los cuatro breves párrafos de la sección sobre «El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto» en los que Marx, para disipar «todo el hechizo fantasmal que rodea de niebla los productos del trabajo sobre la base de la producción mercantil», hace «aparecerse» sucesivamente cuatro formas distintas de producción social: la «robinsonada», el modo de producción feudal de la Edad Media, la explotación rural patriarcal de una familia campesina y finalmente, «para variar», una «asociación de hombres libres ... que trabajan con medios de producción comunitarios y ejercen conscientemente sus muchas fuerzas individuales de trabajo como una fuerza de trabajo social».⁵

El mismo carácter tiene la detallada descripción del simple organismo productivo de una de aquellas «pequeñas comunidades indias muy arcaicas» en las que «el trabajo está socialmente dividido, sin que los productos se conviertan en mercancías».⁶ Esta descripción, que desde otro punto de vista es una aportación de suma importancia para la comprensión de toda la teoría de Marx,

5. *Kapital*, I, pp. 42-45 (MEW, vol. 23, pp. 89-93).

6. *Ibid.*, pp. 8, y 322-323 (MEW, vol. 23, pp. 56 s. y 378 s.).

sirve sólo, en el marco de la exposición teórica del *Capital*, para precisar una vez más la contraposición que existe ya dentro del presente modo de producción capitalista entre la *división del trabajo dentro del taller* y la *división del trabajo en la sociedad* (mediada por el intercambio de mercancías).⁷

Todas esas «comparaciones», que Marx, contra su normal precisión, suele realizar de un modo bastante general e indeterminado, como también la comparación, que usa frecuentemente, del «fetichismo» económico de la mercancía con el «reflejo religioso del mundo real»,⁸ tienden sólo a iluminar de nuevo crudamente la «inversión» o deformación propia en la presente sociedad burguesa no sólo de las categorías económicas, sino básicamente de las relaciones sociales de esta particular forma social histórica expresadas en ellas. Para resolver críticamente esa «inversión» hace falta según Marx, igual en la crítica religiosa que en la económica, un método científico que no se contente con «descubrir mediante el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas», sino que además, a la inversa, «desarrolle de las reales relaciones vitales de cada caso sus formas celestiales correspondientes». ⁹ En la base de la marxiana «crítica de la economía política» está un tal método que hace comprensible, junto con la forma fetichista de las categorías económicas, también su transitoria necesidad histórica y su racionalidad teórica, y utiliza para la investigación materialista del presente desarrollo social el material de conocimiento contenido en ellas.

Sólo en unos pocos lugares del *Capital*, breves, pero de mucha importancia de contenido, Marx, tras seguir hasta sus últimas consecuencias las proposiciones formuladas por la economía política en su período clásico, ha roto al final completamente el marco de la teoría econó-

7. *Ibid.*, pp. 315 ss. (MEW, vol. 23, pp. 371 ss.).

8. *Ibid.*, pp. 39, 45-46 (MEW, vol. 23, pp. 87, 93 s.).

9. *Ibid.*, pp. 335-336, nota 89 (MEW, vol. 23, pp. 392 s.).

mica y ha pasado de la exposición económica y crítico-económica a una exposición directamente histórica y social del modo burgués de producción y de la contraposición y la lucha reales de las dos clases sociales ocultas tras las dos categorías económicas de «capital» y «trabajo asalariado».¹⁰

Aquí hay que recordar, por ejemplo, los dos pasos del capítulo 8 del primer volumen en que Marx, tras mostrar que la duración de la jornada de trabajo está indeterminada y es indeterminable económicamente, expone la regulación de la misma en la historia de la producción capitalista como una lucha de las clases sociales,¹¹ y al final llama a los trabajadores a unirse en una acción de clase para defenderse de la larga cadena de sus sufrimientos.¹² También hay que citar aquí, sobre todo, el célebre penúltimo capítulo del primer volumen sobre la «llamada acumulación originaria».¹³ Cuando en el análisis económico del valor y el trabajo, de la plusvalía y el plustrabajo, de la reproducción y la acumulación de los capitales individuales y del capital total social se ha dicho todo lo que se puede decir desde el punto de vista económico, queda un resto sin resolver, expresable en la pregunta: ¿De dónde procedía, antes de toda producción capitalista, el primer capital y la primera relación capitalista entre los capitalistas explotadores y los trabajadores asalariados explotados? Esta cuestión no resuelta por los economistas burgueses e irresoluble desde el punto de vista de la teoría económica ha sido objeto ya de varias investigaciones de Marx en su desarrollo anterior.¹⁴ Pero al final de esta sección, que es el final de todo el volumen, Marx no la trata ya como una cuestión econó-

10. Sobre lo que sigue ver la introducción a mi edición del *Kapital*, I, Berlín, 1932, pp. 19 ss.

11. *Kapital*, I, p. 196 (MEW, vol. 23, p. 249).

12. *Ibid.*, p. 266 (MEW, vol. 23, p. 320).

13. *Ibid.*, cap. 24 (con el cap. 25 sobre «El moderno sistema colonial», que sólo formalmente es independiente del 24).

14. *Ibid.*, pp. 531-545, 588 (MEW, vol. 23, pp. 594, 608, 652).

mica. La cuestión se estudia con cruel detalle en una investigación propiamente histórica y al final no se resuelve teóricamente, sino prácticamente. La «*tendencia histórica de la acumulación capitalista*», inferida de la historia pasada y presente del ejemplo básico de la producción capitalista en Inglaterra, conduce a un resultado que, aunque brota del desarrollo objetivo del modo de producción capitalista «con la necesidad de un proceso natural», sin embargo, necesita para desencadenarse una acción social práctica. «*Suena la hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.*»¹⁵ Del mismo modo, como se puede apreciar por la correspondencia entre Marx y Engels, la completa exposición teórica y crítica del *Capital* en los tres volúmenes tenía que desembocar al final en la propagación de la lucha de clase revolucionaria.¹⁶

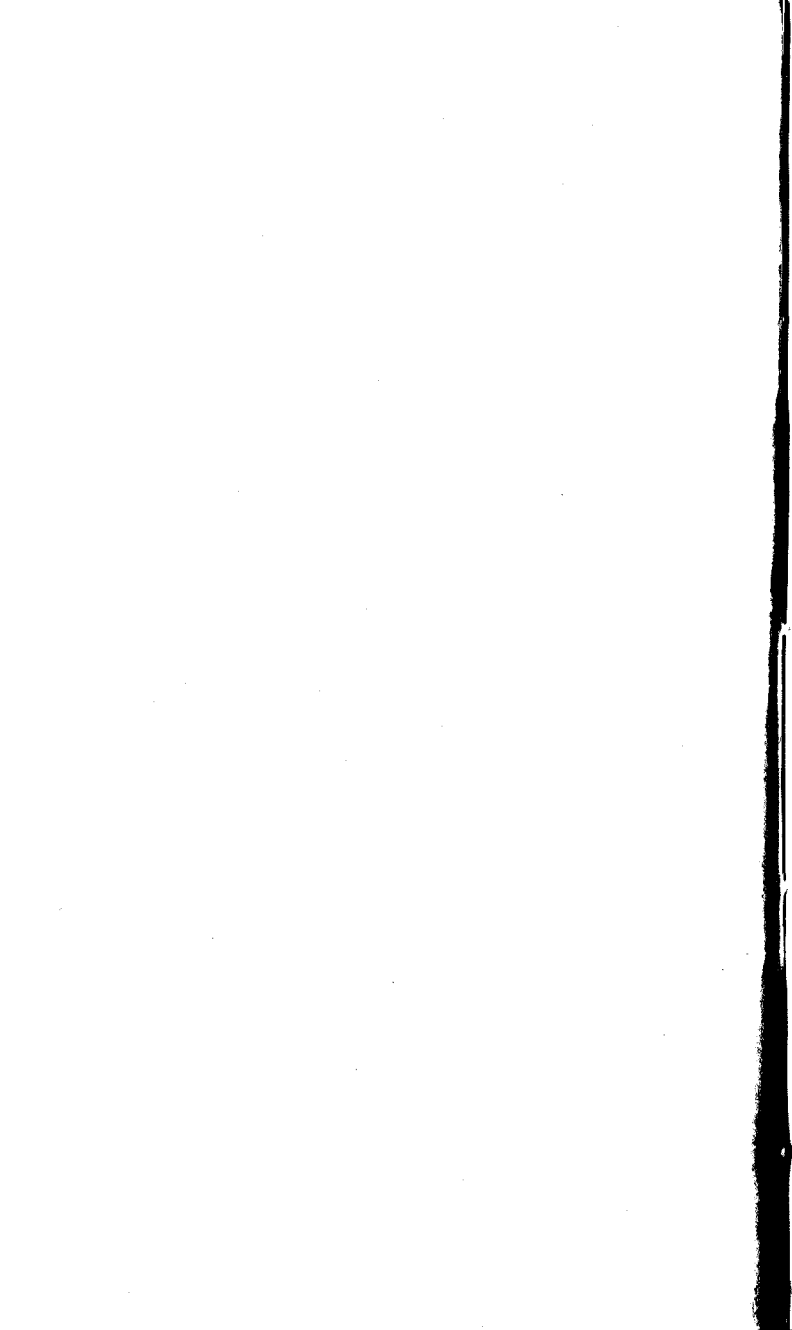
Pero, bien considerado, tampoco en esta extrema exacerbación del principio revolucionario de la teoría del *Capital* se trata de un pleno abandono de la teoría económica, sino sólo de una última acentuación de su aplicación crítica. La misma limitación histórica y social de la conciencia burguesa que impide un uso acríptico de las categorías fetichistas de la economía burguesa para la nueva ciencia social materialista del proletariado, se manifiesta al final también en el hecho de que determinados problemas *marginales* y *finales* de la economía no se pueden plantear con sentido —por no hablar ya de resolverlos— en esa forma «económica». Las categorías con las cuales los economistas clásicos burgueses han explicado el fundamento material de la naciente sociedad burguesa de un modo científicamente suficiente para su época y que

15. *Ibid.*, p. 728 (MEW, vol. 23, p. 791).

16. Véase la carta de Marx a Engels del 30-IV-1868, MEGA, III, 4, p. 49 (MEW, vol. 33, pp. 70 ss.) y los datos que da Engels en su Prólogo a *Kapital*, III, pp. IX s. (MEW, vol. 25, p. 15) sobre la continuación planeada por Marx para el capítulo final, 52, sobre «Las clases», que ha quedado en fragmento.

todavía hoy, para campos limitados, lapsos históricos breves y con algunas correcciones críticas, suministran un valioso medio para el análisis científico de determinados sectores del modo de producción capitalista, resultan inútiles para una investigación más amplia que abarque todo el desarrollo histórico de la producción burguesa de mercancías, incluidas su génesis y su caída y el paso revolucionario a una regulación social directa de la producción. Y, como lo han subrayado cada vez más acentuadamente Marx y Engels en su último período, son completamente inutilizables para una *historia materialista de la sociedad humana* que se extienda hacia atrás hasta la protohistoria y hacia adelante hasta la sociedad comunista desarrollada.

III. HISTORIA



1. NATURALEZA Y SOCIEDAD

Marx ha sometido al nuevo principio materialista de su investigación social teóricamente crítica y prácticamente revolucionaria todos los fenómenos de un amplio territorio empírico hasta entonces tratado por una serie de diferentes ciencias antiguas y modernas. Por un lado, no ha reconocido campos o fenómenos «superiores», de una supuesta vida «espiritual», sustraídos a la esfera histórica y social. Todas las representaciones jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, todo contenido de la llamada consciencia y todos los disfraces filosóficos de esa consciencia —como el Espíritu objetivo y absoluto, las ideas, la Razon de la especie, la consciencia en general y todas las «categorías» filosóficas y científicas, incluso las más generales— son para él «formas sociales de la consciencia», productos perecederos de un desarrollo ininterrumpido, adminículos pertenecientes a una determinada época histórica y a una particular formación social económica. A todas las relaciones jurídicas y formas de estado se aplica la doctrina materialista de que no son «comprensibles desde ellas mismas» (como creen los representantes de la dogmática jurídica, de la teoría positiva del estado, etc.) y aún menos (como lo había creído la filosofía) «por el llamado desarrollo general del espíritu humano»; sino que todas arraigan en las condiciones materiales de vida de la presente sociedad burguesa. Para todas las formas sociales de consciencia vale la tajante antítesis formulada por Marx en doble contraposición, por una parte

contra el idealismo filosófico de Kant, Fichte y Hegel, por otra parte contra el materialismo meramente naturalista de Feuerbach: que «no es la consciencia de los hombres la que determina su ser, sino, a la inversa, su ser social el que determina su consciencia».¹

Por el otro lado, Marx ha representado en su investigación social materialista todo el fundamento natural de los fenómenos históricos y sociales en categorías históricas y sociales, como industria, «economía», producción material. El fundamento último del que se derivan todos los desarrollos de la teoría materialista de la sociedad no consiste —pese al obvio reconocimiento de la «prioridad de la naturaleza exterior»—² en ningún momento natural extrahistórico y extrasocial, como el clima, la raza, la lucha por la existencia, las fuerzas humanas somáticas y psíquicas, sino en una «naturaleza históricamente modificada ya», o, por decirlo con más precisión, en los desarrollos histórica y socialmente caracterizados de la *producción material*. El filósofo materialista Plejánov, para sostener su opinión contraria, apela, entre otras cosas, a que «ya Hegel ... en su *Filosofía de la historia*, ha observado la importante función del 'fundamento geográfico de la historia universal'».³ Pero precisamente en esta diferencia está el progreso científico del materialismo histórico y social de Marx respecto del idealismo hegeliano y del materialismo feuerbachiano, los cuales, exactamente igual que el materialismo burgués temprano de los siglos XVII y XVIII, no conocen la «materia» más que como naturaleza muda, muerta o, a lo sumo, biológicamente animada.

1. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, p. 9). La fórmula de Feuerbach que aquí varía Marx, «El pensamiento viene del ser, pero el ser no viene del pensamiento», estaba contenida en sus «Vorläufigen Thesen zur Reform der Philosophie» [Tesis provisionales para la reforma de la filosofía], 1842 *Sämtliche Werke*, ed. de W. Bolin y F. Jodl, Berlín, 1904, vol. II, p. 239.

2. MEGA, I, 5, p. 23 (MEW, vol. 3, pp. 43 s.).

3. Plejánov, *Problemas fundamentales del marxismo*, citado por la ed. alemana de Stuttgart, 1910, p. 44.

Para Hegel, ciertamente, «la naturaleza física interviene también en la historia universal»; ⁴ Marx concibe la naturaleza desde el principio en categorías sociales. La naturaleza física no interviene directamente en la historia universal, sino mediatamente, como proceso de producción material que desde su origen mismo procede no sólo entre hombre y naturaleza, sino al mismo tiempo también entre hombre y hombre.⁵ Para decirlo de otro modo, que entiendan los filósofos: en lugar de la pura *naturaleza* presupuesta a toda actividad humana (*natura naturans* económica), en la ciencia rigurosamente social de Marx aparece siempre como «materia» social la naturaleza como *producción material*, mediada y transformada por actividad humana social, y, por lo tanto, también mudable y transformable presentemente y en el futuro (*natura naturata* económica).⁶

Esta «naturaleza social» tiene como tal en las diferentes épocas un carácter histórico específicamente distinto; y, ante todo, como naturaleza «social», tiene en cada caso también un carácter de clase. Así, por ejemplo, como dice Marx polémicamente contra Feuerbach, una cosa tan natural como el cerezo que crece ante la ventana del filósofo no es una planta puramente natural para el europeo moderno, en cuya zona este árbol no ha sido introducido sino hace unos pocos siglos por el comercio; ⁷ por las mismas razones la patata no es alimento «natural» para el moderno pobre europeo, o bien lo es en el mismo sentido en que puedan ser «producto natural» del moder-

4. Hegel, *Philosophie der Geschichte*, Introducción, *Werke*, vol. IX, Berlín, 1837, p. 19, y «Geographische Grundlage der Weltgeschichte», *ibid.*, pp. 75 ss.

5. *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5, p. 19 (MEW, vol. 3, pp. 29 ss.) y *Lohnarbeit und Kapital* [Trabajo asalariado y capital], MEGA, I, 6, pp. 482 ss. (MEW, vol. 6, pp. 407 ss.).

6. Véase particularmente la detallada exposición de este punto en *Zur Kritik der Nationalökonomie*, 1844, MEGA, I, 3, pp. 121-123, y en *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5, pp. 10-11, 32 ss. (MEW, vol. 3, pp. 20 s., 42 ss.).

7. MEGA, I, 5, pp. 32-33 (MEW, vol. 3, p. 43).

no modo de producción capitalista las modernas falsificaciones de los alimentos.⁸ Tampoco el agujero en que vive el pobre moderno es, como la caverna del animal o del troglodita primitivo, «su» caverna, un «elemento natural que se ofrece espontáneamente para protección y disfrute», en el que se sienta como pez en el agua, sino un lugar ajeno del que puede ser expulsado si no paga el alquiler.⁹ La frase «my house is my castle», procedente del mundo de la producción simple de mercancías, es tan inaplicable a las casas de pisos de las grandes ciudades como a las «cots» de los trabajadores rurales ingleses de hacia 1860 descritos en *El capital*.¹⁰ Y del mismo modo que el hambre moderna, que «se satisface con carne guisada comida con cuchillo y tenedor», es históricamente distinta de aquella otra hambre que «devora carne cruda con la mano, las uñas y los dientes»,¹¹ así también los períodos «normales» de hambre de las hordas primitivas y la subalimentación también «normal» de la «superpoblación relativa» producida en todos los países capitalistas y las hambres temporales de enteros países y continentes, recientemente institucionalizadas, son algo diferente del hambre, por intensa que sea, que provoca una sensación insólita al rico casual y transitoriamente privado de alimentos.

Ninguna de esas cosas, situaciones o relaciones es lo que es en la presente sociedad burguesa o en cualquier otra época anterior o posterior del desarrollo social «por naturaleza». Todas están en una determinada conexión con la forma histórica de la producción material en cada caso, y pueden ser transformadas prácticamente con ésta. Esto ocurre en un proceso histórico de desarrollo que requiere más o menos tiempo, pero en ningún momento

8. *Kapital*, I, pp. 137, 210-213, 565 (MEW, vol. 23, pp. 188 ss., 263 ss., 628).

9. MEGA, I, 3, pp. 135-136.

10. *Kapital*, I, pp. 648-658 (MEW, vol. 23, pp. 710 ss.).

11. «Introducción 1857», p. 717 (MEW, vol. 13, p. 624).

tropieza con una frontera absoluta: en un desarrollo objetivo que es al mismo tiempo una lucha real y terrenal de las clases sociales.

Este punto de vista estrictamente científico-social, o histórico y práctico (que es otra manera de decir lo mismo con el léxico de Marx), domina desde el principio todo el nuevo sistema conceptual construido por Marx y Engels en su discusión con las corrientes de pensamiento idealistas y materialistas de su época. La presupuesta existencia del hombre físico y del mundo externo que le rodea y la evolución objetiva geográfica y cosmológica de esas condiciones naturales, que a largo plazo es independiente de la acción humana, son, sin duda, presupuesto científico obvio de ese sistema, pero no su punto de partida.¹²

Esta afirmación no es refutada, sino confirmada, por conceptos-límite de la investigación social marxiana como el *concepto de lo «espontáneo»* o *«natural»*. Esta expresión [*naturwüchsig*], frecuentemente utilizada por Marx, tiene en su texto una significación muy diferente de la que le dan los historiadores, poetas y filósofos de la «escuela romántica» que, a diferencia de la «Ilustración» del siglo XVIII, glorificaban todo lo «espontáneo». En el léxico de Marx sirve para caracterizar *negativamente* todas las relaciones, situaciones y conexiones sociales que *aún no* son producidas y mantenidas («reproducidas») o más o menos alteradas o desarrolladas por acciones humanas. En este sentido habla Marx en su crítica de la ideología alemana, e igualmente veinte años después en *El capital*, por ejemplo, de las formas «espontáneas» de la división del trabajo,¹³ y también de una conexión «espontánea» histórico-universal de los indi-

12. MEGA, I, 5, pp. 10 ss. (MEW, vol. 3, pp. 20 ss.).

13. MEGA, I, 5, pp. 12, 20, 22, 41 s., 49 s., 55 ss., y *Kapital*, I, pp. 316, 321, 329, etc. (MEW, vol. 3, pp. 22, 31, 33, 52, 60, 65 ss. y vol. 23, pp. 372, 377 s., 385).

viduos,¹⁴ y de formas espontáneas estatales,¹⁵ jurídicas,¹⁶ lingüísticas,¹⁷ y de diferencias humanas específicas como la de las razas.¹⁸ En todos esos casos la forma «espontánea» de un contexto social se contraponen a las otras formas, más o menos conscientes y queridas, producidas por acciones humanas y que el mismo contexto ha tomado en el curso anterior del desarrollo o tomará en el futuro. Las formas llamadas espontáneas quedan así al mismo tiempo caracterizadas positivamente como puntos de partida ya históricos ellas mismas de un desarrollo histórico continuado en el cual, de un modo cada vez más consciente, son reproducidas sin cambio o bien pueden ser alteradas más o menos o, en algunos casos, completamente derrocadas. Se aprecia a primera vista el enorme alcance de esa idea no sólo para la ampliación del ámbito del conocimiento social, sino también para la tendencia práctica socialista y comunista enlazada en el caso de Marx con ese conocimiento.¹⁹ Desde este punto de vista cobra finalmente su significación propia el concepto de «ley natural social», discutido ya al tratar de la ley económica del valor. También aquí nos encontramos con un concepto determinado primero sólo negativamente.²⁰ Las conexiones necesarias del presente modo de pro-

14. MEGA, I, 5, pp. 26 s. (MEW, vol. 3, p. 37).

15. *Ibid.*, p. 325 (MEW, vol. 3, p. 329).

16. *Ibid.*, p. 342 (MEW, vol. 3, p. 346).

17. *Ibid.*, pp. 404 s. (MEW, vol. 3, pp. 411 s.).

18. *Ibid.*, p. 403 (MEW, vol. 3, p. 410).

19. *Ibid.*, p. 60: «El comunismo se diferencia de todos los movimientos anteriores porque ... por vez primera trata conscientemente todos los presupuestos espontáneos como criaturas de los hombres anteriores, los despoja de su carácter natural y los somete al poder de los individuos unidos» (MEW, vol. 3, p. 70).

20. Véase la definición de Engels citada aprobatoriamente por Marx en *Kapital*, I, pp. 41 s. (MEW, vol. 23, p. 89): «¿Qué pensar de una ley que sólo se puede imponer a través de revoluciones periódicas? Que es una ley natural basada en la inconsciencia de los afectados por ella» (Engels, «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie», en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844, MEGA, I, 2, p. 394 (MEW, vol. 1, p. 515)).

ducción capitalista tratadas por Marx con ese nombre no tienen en modo alguno la significación positiva y concluyente que tienen para el físico las auténticas leyes naturales, y que tuvieron para los antiguos economistas burgueses las leyes «naturales» por ellos descubiertas de la nueva vida burguesa liberada de las trabas «artificiales» del feudalismo. Pero en esta determinación negativa —a saber, que no son auténticas leyes naturales— yace al mismo tiempo la significación positiva del concepto de «ley natural social» para la ciencia crítica y revolucionaria de Marx. La demostración de que las «leyes» de la economía burguesa no son leyes naturales inalterables y definitivas, sino leyes transitoriamente válidas de una determinada época de la formación social económica, implica que en el posterior desarrollo esas supuestas leyes pueden ser eliminadas por la acción social consciente de la clase hoy oprimida por ellas y sustituidas por otra forma de vida social superior y más libre. Tampoco en este caso consiste el sentido del concepto introducido por Marx en ampliar el ámbito de las necesidades naturales presupuestas a la vida social, sino, a la inversa, en desplazar la frontera entre la sociedad y la naturaleza en favor de la sociedad, igual para la consideración teórica que para la práctica. Las reales necesidades naturales de toda vida social que también la ciencia social y la práctica marxianas reconocen como presupuestos naturales de todo desarrollo social se encuentran mucho más allá de esas supuestas «eternas necesidades naturales» con las que los economistas burgueses pretenden justificar la persistencia del *orden de producción capitalista*, cada vez más artificial a medida que pasa su transitoria necesidad histórica, cada vez más basado en la mera arbitrariedad y la violencia, cada vez más inhibitor del desarrollo y más destructor de la vida. También ese recono-

21. Carta de Marx a Kugelmann del 11-VII-1868 (MEW, vol. 32, pp. 552 ss.).

cimiento por parte de la ciencia y la práctica marxiana es siempre provisional. Para el materialismo científico-social no hay ninguna frontera absoluta y predeterminada para siempre, más allá de la cual un fundamento aparentemente «natural» de la vida social no puede ser teóricamente reconocido como una forma históricamente surgida e históricamente mudable, y también prácticamente trasformada o, en su caso, plenamente subvertida. «Hasta las diferencias naturales de la especie, como las diferencias raciales, etc., ... pueden y tienen que ser eliminadas históricamente.»²²

22. *MEGA*, I, 5, p. 403 (*MEW*, vol. 3, p. 410).

2. LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Marx ha visto claramente la posición clave de la economía política para toda la ciencia social en 1843, y en los años siguientes ha continuado su estudio en París y en Bruselas. La información retrospectiva que da el Prólogo a la *Aportación a la crítica de la economía política* de 1859 formula el resultado general obtenido:

En la producción social de su vida los hombres traban determinadas relaciones necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se levanta una sobreestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas sociales de consciencia. El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la consciencia del hombre la que determina su ser, sino, a la inversa, su ser social el que determina su consciencia. En un determinado estadio de su desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, por usar la equivalente expresión jurídica, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo que eran de las fuerzas productivas, esas relaciones mutan en trabas de las mismas. Empieza entonces una época de revolución social. Con la alteración del fundamento económico se

subvierte más rápida o más lentamente toda la gigantesca superestructura. En la consideración de estas conmociones hay que distinguir siempre entre la transformación material de las condiciones económicas de la producción, que se puede registrar con fidelidad científico-natural, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en suma, ideológicas, en las cuales los hombres toman consciencia de este conflicto y lo dirimen. Del mismo modo que no se puede juzgar a un individuo por lo que él se imagina ser, así tampoco es posible juzgar una tal época de transformación por su consciencia, sino que hay que explicar esa consciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Una formación social no sucumbe nunca antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales es suficientemente capaz, y nunca aparecen en su lugar nuevas relaciones de producción superiores antes de que sus condiciones materiales de existencia se hayan incubado en el seno de la vieja sociedad misma. Por eso la humanidad no se plantea nunca sino tareas que puede resolver, pues, bien considerado, se hallará siempre que la tarea misma no surge sino cuando las condiciones materiales de su solución están ya presentes o, al menos, en proceso de devenir. A grandes rasgos se puede decir que los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno son épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso de producción social, antagónica no en el sentido del antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de vida de los individuos; pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa producen al mismo tiempo las condiciones materiales de la solución de ese antagonismo. Por eso la prehistoria de la sociedad humana termina con esta formación social.¹

1. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, pp. 8 s.).

Esas proposiciones, en las que Marx, tras ponerlos a prueba durante quince años, da cuenta de los principios de su investigación materialista de la sociedad, dan la visión más clara de la conexión que el principio materialista de Marx afirma entre las condiciones sociales de vida, su desarrollo histórico y su derrocamiento práctico.

Esa conexión existe por de pronto como *conexión estática* entre las diversas capas como superpuestas de una formación social económica dada: es como un «consenso», una analogía estructural, una relación de «base» y «sobreestructura» o una «correspondencia» entre las formas de la organización económica de una determinada época histórica que brotan directamente de la producción material y las demás formas sociales, políticas e intelectuales.

Pero esta relación aparentemente estática es sólo un caso particular de la *conexión dinámica* por la cual están vinculados todos los ámbitos parciales de la vida social en su desarrollo. En las distintas fases de la génesis, el ascenso y la decadencia de una formación social económica dada y de su sustitución revolucionaria por las nuevas y superiores relaciones de producción de una formación social más desarrollada, la conexión que hemos llamado de modo genérico «consenso» de todas las circunstancias y relaciones sociales altera también su forma, y en un determinado momento pasa de ser un «consenso» básicamente armonioso a ser un «disenso». (Dicho hegelianamente: la correspondencia contenía ya en sí la «contradicción» de que en el curso ulterior del desarrollo las relaciones de producción y aun más las capas superpuestas de las relaciones jurídicas, las formas estatales y las ideologías pasan de ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas a ser trabas de las mismas.) Pero tampoco esta forma dinámica de la conexión del desarrollo social es la forma última y definitiva que importa a la investigación social materialista. Las proposiciones que hemos citado no pretenden indicar, se-

gún Marx, más que el «hilo conductor» del que se ha servido para su investigación de la economía política como «anatomía de la sociedad civil». ² Por eso exponen principalmente el desarrollo histórico de la sociedad como un *proceso objetivo*. Marx explica aquí la historia como un desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que primero les corresponden y luego las «contradicen», «mutan» de formas de desarrollo en obstáculos o trabas. En esa formulación no se nombra nunca al sujeto activo de ese desarrollo. Se llama «antagónicas» a las relaciones de producción de todas las formaciones sociales económicas que han existido hasta ahora, pero no se indica la determinación precisa de ese antagonismo como contraposición y lucha de clases. El derrocamiento violento del orden social existente por la clase oprimida aparece como una «época de revolución social» en la cual, con la transformación del fundamento económico, se «subvierte» también la sobreestructura de la sociedad. En esa época de transformación «los hombres» toman consciencia del conflicto que ha estallado y luchan en torno suyo. La «humanidad» se plantea tareas y hasta la «época de transformación» tiene su consciencia. ³ La meta de todo el desarrollo no se precisa concreta y prácticamente como transición a la sociedad socialista y comunista, sino sólo abstractamente como final de la «prehistoria de la sociedad humana».

No se obtiene el pleno sentido de la «investigación social» materialista más que cuando se completa esa formulación abstracta con las determinaciones más precisas

2. «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, p. 8).

3. Cf. la enérgica polémica de Marx y Engels contra ese modo metafórico de hablar en su anterior obra *Die heilige Familie*, MEGA, I, 5, p. 265: «La historia no hace nada, no 'posee' ninguna 'gigantesca riqueza', no 'libra' ninguna 'batalla'. Es el hombre, el hombre vivo real, el que hace todo eso, el que posee y el que combate; no es la historia la que utiliza al hombre como medio para abrir camino — como si fuera una persona — a sus fines, sino que la historia *no es más que* la actividad de los hombres en persecución de sus fines» (MEW, vol. 2, p. 98).

que Marx y Engels han dado a su principio materialista en otros momentos y en otros contextos temáticos, en oposición a las opiniones contrarias consideradas en cada caso.

A la fórmula objetiva del Prólogo a la *Aportación a la crítica de la economía política*,

La historia de la sociedad es la historia de su producción material y de las contradicciones, surgidas y resueltas en su desarrollo, de las fuerzas productivas con las relaciones de producción ...

corresponde la fórmula subjetiva del *Manifiesto comunista*:

La historia de toda sociedad existente hasta hoy es la historia de luchas de clases.

La fórmula subjetiva clarifica y completa el sentido de la fórmula objetiva. Indica por su nombre el real sujeto histórico que realiza con su acción práctica el desarrollo objetivo. Las mismas relaciones de producción que en un determinado estadio del desarrollo traban a las fuerzas productivas (el capital y el trabajo asalariado en el estadio presente) son también las cadenas de la clase oprimida. La clase oprimida, al romper sus propias cadenas en la lucha revolucionaria, libera la producción. El sujeto real de la historia es en el presente estadio del desarrollo el proletariado.

Las proposiciones teóricas de la investigación materialista de la sociedad sólo cobran toda su fecundidad si se tiene metódicamente en cuenta esta *conexión práctica* entre los distintos aspectos del proceso social de la vida y del desarrollo. El *hecho teórico* de que «las relaciones jurídicas y las formas estatales», según el principio materialista de Marx, no constituyen ya un objeto independiente o comprensible a partir de un superior principio espiritual, sino que se derivan de las condi-

ciones materiales de vida de la sociedad civil, está en conexión con el *hecho práctico* de que en la moderna sociedad burguesa, tras la abolición de todos los privilegios estamentales y feudales, la desigualdad abolida en la esfera estatal y jurídica subsiste como una contraposición de las clases sociales que brota de las relaciones materiales de vida. La clarificación radical de este hecho mediante la reconducción materialista de las formas jurídicas, políticas y aun más de las religiosas, artísticas o filosóficas, tan alejadas del fundamento económico, al ser social correspondiente tiene por objeto romper la niebla ideológica con la cual los representantes de la burguesía intentan apartar al proletariado del conocimiento de su situación real y de las medidas que debe tomar para cambiarla. Dentro de lo posible tiene que preservar también a la clase revolucionaria de las nuevas ilusiones con las que en épocas anteriores los partidos revolucionarios se han velado a sí mismos el contenido real de los conflictos en que combatían. Por esta razón insiste Marx en instruir al proletariado con la doctrina materialista de que no puede consumir su liberación de la particular forma de su presente opresión y explotación mediante una transformación meramente política, jurídica y cultural, sino sólo mediante una transformación social de todas las relaciones de la existente sociedad burguesa, que llegue hasta el fundamento económico.

3. APLICACIÓN ESPECÍFICA

Con la transformación del modo de producción material se altera también el sistema de mediaciones que existen entre la base material y su superestructura política y jurídica y las correspondientes formas de conciencia sociales. Por eso también las proposiciones generales de la teoría social materialista sobre conexiones tales como la existente entre *economía y política*, o *economía e ideología*, y conceptos generales como los de *clases y luchas de clase*¹ y hasta las *leyes de desarrollo*² que llevan de una formación social económica a otra tienen una significación diferente para las diferentes épocas, y en la forma determinada en que han sido enunciados por Marx no valen en sentido estricto tampoco más que para la determinada forma histórica de la presente sociedad (burguesa).

Sólo para la presente sociedad burguesa, en la cual las esferas de la *economía* y la *política* están formalmente separadas y los trabajadores, como ciudadanos, son li-

1. *Kapital*, I, p. 99, y también *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 526 (MEW, vol. 23, pp. 149 s., y vol. 4, pp. 462 s.).

2. Véase la carta de Marx de finales de 1877 al redactor de *Otečestvennye Zapiski*, que en respuesta a un artículo del sociólogo ruso Mijailovski discute y aclara el carácter específicamente histórico de la exposición, dada al final del libro primero del *Capital*, de la acumulación originaria en la Europa occidental y de la «tendencia histórica de la acumulación capitalista», inferida de aquella exposición histórica (MEW, vol. 19, pp. 107 ss.). Sobre el carácter histórico de las leyes sociales de desarrollo de la ciencia social materialista se puede consultar también mi *Auseinandersetzung mit Kautsky*, pp. 53 ss.

bres e iguales, la demostración científica de su efectiva ilibertad en la esfera económica tiene el carácter de un descubrimiento teórico. Esa demostración revela la conexión material que existe en la presente sociedad burguesa entre la «forma específica política» del organismo público y la relación de dominio y servidumbre que nace directamente de la producción y repercute determinantemente sobre aquélla».³ Indica a la clase de los asalariados en la acción a la vez económica y política el medio decisivo para eliminar la particular forma de ilibertad que nace de las actuales relaciones sociales de producción y, al mismo tiempo, los obstáculos y las perturbaciones que nacen de ellas para el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas. En cambio, la revelación de ese hecho, en la forma particular en que la da Marx en *El capital*, no tiene ninguna importancia para la *sociedad medieval*, en la cual la economía y la política están entretrejidas también formalmente, y la servidumbre y otras formas de ilibertad personal constituyen la base abiertamente reconocida de la producción social. En estas condiciones no se oculta una relación real de dominio y servidumbre entre hombres tras una sumisión de los productores a las condiciones de la producción aparentemente inmediata y supuestamente dimanante de la naturaleza misma del proceso de producción. Aquí se oculta, al revés, un real «dominio» de los productores por las condiciones materiales de la producción tras las relaciones personales de dominio y servidumbre que aparecen visiblemente como motores inmediatos del proceso de producción.⁴ Las ilusiones esclavizadoras y obstaculizadoras de la producción que había que desenmascarar en este caso lo han sido ya por la burguesía, que en su lucha revolucionaria contra el feudalismo ha clarificado radicalmente y destruido en todos los lugares en que ha

3. *Kapital*, III, 2, pp. 323-325 (MEW, vol. 25, pp. 798 ss.).

4. *Kapital*, III, 2, p. 367 (MEW, vol. 25, p. 839).

triunfado las idílicas relaciones patriarcales feudales. La burguesía ha «desgarrado despiadadamente los abigarrados lazos feudales que unían a los hombres con sus superiores naturales y no ha dejado más vínculo entre hombre y hombre que el interés desnudo, el 'pago al contado' sin sentimientos».⁵ Con esa disolución de todas las ideas y relaciones que en la época anterior obstaculizaban el desarrollo de la producción, la burguesía ha resuelto de un modo teórico y prácticamente suficiente para una época histórica el problema de la relación entre economía y política. Sólo en el posterior desarrollo histórico del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa basada en él se ha visto claro que con las supuestas libertad e igualdad burguesas «para todos» en el lugar de la vieja libertad para la gran masa del pueblo trabajador, encubierta con ilusiones religiosas y políticas, se tenía sólo una nueva forma de opresión y explotación con revestimiento objetivo en vez de personal. La tarea propia de la ciencia social materialista de Marx consiste en el descubrimiento teórico de ese mero «cambio de forma de la servidumbre»,⁶ del mismo modo que la tarea de la lucha de clase proletaria revolucionaria en la presente época consiste en la eliminación práctica de esa nueva forma de servidumbre y en la correspondiente liberación de las fuerzas productivas materiales de la sociedad de sus nuevas trabas burguesas.

Aún mayores diferencias respecto de la conexión entre política y economía enunciada por la teoría materialista de la sociedad se tienen en el caso de las formas más antiguas de organización social, en las que tal conexión existió sólo en forma muy laxa o en las que, como ocurre con las sociedades propiamente arcaicas, no se puede hablar de una organización política realmente compara-

5. *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 528 (MEW, vol. 4, pp. 46 s.).

6. *Kapital*, I, p. 681 (MEW, vol. 23, p. 743).

ble con el actual «estado». Así, por ejemplo, la estructura económica de la *sociedad asiática* —ilustrada por Marx en *El capital* con el sencillo organismo productivo de la pequeña y arcaica comunidad aldeana subsistente en la India —suministra, ciertamente, en un determinado sentido «la clave del enigma de la inmutabilidad de las sociedades asiáticas en contraste con la constante disolución y formación de estados asiáticos y el rápido cambio de dinastías». ⁷ Pero la conexión material de economía y política no explica ya aquí lo que propiamente importa para la concepción social marxiana: una transformación y un desarrollo históricos. La relativa inmutabilidad de la base económica explica sólo el carácter básicamente estacionario de la estructura social asiática y la resultante abstracta posibilidad del constante «movimiento sin objetivo en la superficie política». ⁸ Las alteraciones de la sobreestructura política no brotan en este caso de una alteración de la estructura económica, sino que el punto de vista ha de ser el inverso: «La estructura de los elementos económicos básicos de la sociedad no es afectada por las tormentas de la agitada región política». ⁹

También la proposición del *Manifiesto comunista* según la cual «la historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de luchas de clases» se aplica con pleno sentido sólo al desarrollo histórico que sigue a la disolución de la comunidad protohistórica. Como dice explícitamente Engels en un posterior añadido al *Manifiesto* compuesto por él junto con Marx, la tesis no vale para la organización de las sociedades protohistóricas anteriores al «origen de la familia, de la propiedad privada y del estado», anteriores, pues, a la división en clases. ¹⁰

7. *Kapital*, I, pp. 322-323 (MEW, vol. 23, p. 379).

8. Carta de Marx a Engels del 14-VI-1853, MEGA, III, 1, pp.486-487 (MEW, vol. 28, pp. 267 ss.).

9. *Kapital*, I, p. 323 (MEW, vol. 23, p. 379).

10. Nota a la edición inglesa del *Kommunistisches Manifest* de 1888, MEGA, I, 6, pp. 525-526 (MEW, vol. 4, p. 462).

Por último, al igual que en las formas anteriores a la sociedad burguesa, *también en las futuras formas de organización social* tomarán configuraciones nuevas y diferentes la conexión de economía y política, las contraposiciones y las luchas de clase. En la primera fase de la sociedad comunista que surge de la revolución proletaria subsisten, con una parte mayor o menor de la presente estructura económica basada en la producción de mercancías, la contraposición y la lucha de clases, la cual asume su forma política más drástica en la dictadura revolucionaria del proletariado; pero en la sociedad comunista desarrollada se terminarán, junto con los restos de la presente estructura económica de la sociedad burguesa, junto con la «mercancía», el «valor» y el «dinero», también el «estado», el «derecho» y todos los antagonismos que nacen de las condiciones sociales de vida de los individuos, o sea, todas las contraposiciones y todas las luchas de clases.¹¹ También en este estadio del desarrollo social de la humanidad la producción material seguirá siendo el fundamento de todas las relaciones sociales de los hombres que producirán en libre cooperación.

En este terreno la libertad no puede consistir más que en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente su metabolismo con la naturaleza, lo pongan bajo su control comunitario, en vez de ser dominados por él como por una fuerza ciega; en que lo realicen con el menor gasto de energía y en las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero éste sigue siendo un reino de la necesidad. Más allá de él empieza el despliegue de la energía humana que se toma como fin de sí mismo, el verdadero reino de la libertad, el cual no puede flo-

11. «Prólogo 1859» y el detallado tratamiento de todas estas cuestiones por Marx en las ya citadas «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», 1875, en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, pp. 566 ss. (MEW, vol. 13, pp. 7 ss., y vol. 19, pp. 19 ss.).

recer más que sobre aquel reino de la necesidad como base.¹²

Todas estas consideraciones arrojan el resultado de que el principio materialista de Marx no es válido para otras formas de sociedad anteriores y posteriores a la sociedad burguesa más que en sus determinaciones más generales y de un modo más o menos modificado según la distancia histórica. Para todas las épocas históricas de la formación social económica vale la concepción general de la investigación materialista de la sociedad según la cual el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. Marx ha rechazado con burla despectiva la opinión de que su concepción materialista de la conexión teórica y práctica de la economía, la política, el derecho, etc. es «ciertamente válida para el mundo de hoy, en el que dominan los intereses materiales, pero no para la Edad Media, en la que dominaba el catolicismo, ni para Atenas y Roma, donde dominaba la política».¹³ El que la iglesia en la Edad Media y el estado en la Antigüedad hayan tenido una función mayor y aparentemente más independiente son hechos que se explican también por la teoría materialista, por las formas de la producción material de aquellas épocas y por las relaciones básicas de la vida social que se desprendían inmediatamente de ellas.

Pero esta conexión material siempre dada tiene una forma específica diferente para cada época histórica. Las fórmulas obtenidas por Marx de la investigación de la sociedad burguesa pueden ser útiles, *mutatis mutandis*, también para la investigación científica de épocas remotamente pasadas y, con la cautela exigida por el principio materialista mismo, hostil a todo utopismo, también

12. *Kapital*, III, 2, p. 355 (MEW, vol. 25, p. 828).

13. *Kapital*, I, p. 48, nota 33 (MEW, vol. 23, p. 96).

para la predeterminación conceptual de algunos rasgos generales de formaciones sociales futuras nacidas de la presente forma. Pero, estrictamente tomadas, esas fórmulas enuncian sólo proposiciones sobre la relación entre la presente estructura económica de la sociedad y el proceso vital y de desarrollo condicionado por ella. El nuevo principio materialista introducido por Marx en la investigación social queda pues, pese a la generalidad de su contenido, formalmente vinculado a la presente forma de la formación social económica. Sólo en las condiciones de una época histórica en la cual, por una parte, la producción material estaba socializada objetivamente en una medida hasta entonces desconocida (la época histórica que ha engendrado como ideología el «individualismo» es en realidad la de «las relaciones ... sociales más desarrolladas»),¹⁴ y en que, por otra parte, el ámbito de la producción material estaba formalmente separado de todos los demás campos de la vida social, sólo en esas condiciones era posible convertir en objeto de una investigación críticamente materialista la conexión existente entre esas relaciones sociales de producción y las relaciones vitales jurídicas, políticas y del resto de la vida social. Sólo en esta reciente época histórica que se distingue de las anteriores por como ha «simplificado las contraposiciones de clase»¹⁵ podía la investigación social materialista identificar la opresión económica de la clase de los trabajadores asalariados sin propiedad por el capital como la forma radical de opresión social que penetra en todas las esferas de la vida social, y proclamar la eliminación de esa opresión económica del proletariado como el gran medio para la eliminación de *toda* opresión y explotación social.

14. «Introducción 1857», p. 711 (MEW, vol. 13, p. 616).

15. *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 526 (MEW, vol. 4, p. 463).

4. EL MATERIALISMO FILOSÓFICO

En el posterior desarrollo del marxismo el principio crítico materialista que Marx había obtenido de la determinada forma histórica de la sociedad burguesa se generalizó como un principio dogmático que tenía que ser aplicable del mismo modo a cualesquiera otras épocas históricas de la formación social económica y a la totalidad del desarrollo histórico de la sociedad humana, de un modo en sustancia apriorístico. No fue, ciertamente, ningún paso consciente en ese sentido el dado por Friedrich Engels, todavía en vida de Marx, cuando llamó por vez primera al nuevo principio del modo que luego se ha generalizado de «concepción materialista de la historia».¹ Lo que le interesaba era exclusivamente destacar la contraposición crítica entre el principio marxista de la investigación de las conexiones históricas y aquella «vieja concepción idealista de la historia» que no conocía «luchas de clases basadas en intereses materiales, ni intereses materiales en general», y en la cual «la producción, como todas las relaciones económicas», aparecía «sólo incidentalmente, como elemento secundario de la 'historia de la cultura'».²

Han sido los epígonos del marxismo los que han separado de esta aplicación especial y de cualquier aplicación histórica las fórmulas de la concepción materialis-

1. Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, 1878, Introducción I, «Generalidades».

2. *Ibid.*, p. 9 (MEW, vol. 20, p. 25).

ta de la sociedad y de la historia —aplicadas por Marx y Engels siempre en sentido estricto a la investigación empírica de la sociedad burguesa, y a otras épocas sólo con la correspondiente generalización— y los que han hecho del llamado «materialismo histórico» una teoría general socio-filosófica o sociológica. Desde ese falseamiento y esa trivialización del sentido rigurosamente empírico y crítico del principio materialista no había ya más que un paso hasta el intento de poner en la base de la ciencia histórica y económica de Marx no sólo una filosofía social en general, sino incluso una filosofía global materialista, que abarcara la naturaleza y la sociedad y una concepción del mundo materialista en general; el intento, dicho con palabras de Marx, de reconducir a «las frases filosóficas de las materialistas sobre la materia»³ las determinadas formas científicas a que finalmente habían llegado con la investigación marxiana el núcleo y el contenido reales del materialismo filosófico del siglo XVIII.³

Como investigación rigurosamente empírica que es de determinadas formas sociales históricas, la ciencia social materialista de Marx no necesita ninguna fundamentación filosófica semejante. Incluso los intérpretes «ortodoxos» de Marx que en los tiempos posteriores han rechazado y combatido todos los intentos revisionistas de «complementar» el marxismo con cualquier filosofía *diferente* de la materialista, por considerar esos intentos una trivialización del materialismo marxiano, han perdido de vista en sus esfuerzos por «restaurar» el auténtico materialismo marxiano que la investigación social de Marx ha rebasado no sólo la filosofía idealista, sino también todo modo filosófico de pensar. Estos intérpretes ortodoxos pretendían reforzar el carácter materialista de la ciencia social de Marx con una interpretación materialista filosófica. Pero con eso no han hecho más que rein-

3. MEGA, I, 5, p. 83 (MEW, vol. 3, p. 89).

roducir su propio atraso filosófico en la teoría de Marx, conscientemente progresada de la filosofía a la ciencia; y en su defensa contra la revisión idealista del marxismo han acabado por caer ellos mismos en todas las posiciones principales del contrincante. Este resultado, típico de la relación entre ortodoxia marxiana y revisionismo,⁴ aparece en forma casi grotesca cuando el más destacado autor de esta tendencia, el materialista filosófico y marxista ortodoxo Plejánov, en su celosa búsqueda de la «filosofía» subyacente al marxismo, acaba por tener la ocurrencia de presentar el marxismo como un «spinozismo liberado por Feuerbach de sus aditamentos teológicos».⁵

Aunque las dos interpretaciones filosóficas del marxismo han conducido a combinar la teoría materialista de Marx con un sistema filosófico, queda, de todos modos, entre ellas una diferencia histórica y teóricamente importante: la reconducción filosófica de Marx a Spinoza enlaza el marxismo con una filosofía burguesa temprana que no conoce aún la posterior contraposición entre burguesía y proletariado y que junto a la futura filosofía idealista contiene también las gérmenes del posterior pensamiento materialista. En cambio, los filósofos improvisadores modernos que quieren rellenar la laguna supuestamente presente en este punto del marxismo mediante cualquier filosofía no materialista (la de Kant, la de Mach, la de Dietzgen, etc.) yerran toda la situación histórica y teórica en que se encuentran.⁶ La única razón por la cual los filósofos materialistas Marx y Engels, a partir de un determinado punto de su desarrollo (y con más consecuencia que los que inicialmente les habían

4. Véase sobre esto mi *Auseinandersetzung mit Kautsky*, pp. 4 ss., 111 ss.

5. Plejánov, *Problemas fundamentales del marxismo* en la citada edición alemana y, para corregir esa visión, Marx, *Die heilige Familie*, MEGA, I, 3, pp. 308 ss., 313 ss., y *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5, pp. 76 ss. (MEW, vol. 2, pp. 139 ss., 144 ss., y vol. 3, pp. 82 ss.).

6. Véase mi libro *Marxismus und Philosophie*, 2.^a ed., 1930, y lo que en la p. 53 y nota 8 se repite de la 1.^a ed. de 1923.

precedido en ese sentido, Feuerbach y Moses Hess) se han vuelto de espaldas a toda filosofía, también a la materialista, consiste en que quisieron rebasar el materialismo de la filosofía mediante una ciencia y una práctica directamente materialistas.⁷ Pero también luego, cuando ya en su propio trabajo científico no se ocupaban de cuestiones filosóficas, han seguido siempre considerando como una tarea importante el combatir despiadadamente todo punto de vista *no materialista*, cualquiera que fuera su revestimiento. Entre estos puntos de vista no materialistas o no inequívocamente materialistas se contaban para ellos también el punto de vista del positivismo (comtiano o de otro tipo), aparentemente muy próximo de su materialismo antifilosófico, y los puntos de vista «agnósticos», derivados de la filosofía de Hume, que en tiempos de Marx representaba en Inglaterra, por ejemplo, Thomas Huxley,⁸ y que también más tarde han seguido siendo muy apreciados por los científicos naturales y filósofos «progresistas» como alternativa a una clara afirmación materialista.

Esta lucha marxista contra todas las formas abiertas y encubiertas de idealismo filosófico cobró nueva importancia cuando, poco después de la muerte de Marx, «la filosofía clásica alemana» experimentó «una especie de renacimiento en el extranjero —especialmente en Inglaterra y Escandinavia— y en la misma Alemania».⁹ Por estas particulares circunstancias de la época, y no por una recaída en un punto de vista teórico ya una vez rebasado,

7. Cf. Mar-Engels, *Die deutsche Ideologie*, 1845-1846, MEGA, I, 5, particularmente pp. 8 ss., 24, 76 ss., 215-216 (MEW, vol. 3, pp. 18 ss., 34 ss., 82 ss., 217 s.); y la información que da el «Prólogo 1859», según el cual Marx y Engels, en aquella obra juvenil, han «elaborado conjuntamente la contraposición de su actitud con la ideológica de la filosofía alemana y de hecho» han «hecho balance con» su «anterior consciencia filosófica». Sobre toda esta cuestión ver mi libro *Marxismus und Philosophie*, pp. 67 ss., y 8 ss.

8. Carta de Marx a Engels del 12-XII-1866, MEGA, III, 3, p. 368 (MEW, vol. 31, p. 229, fechada 12-XII-1868).

9. Engels, observación previa a *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, 1888 (MEW, vol. 21, p. 263).

se explica el que en ese momento un marxista de espíritu tan científico y tan empírico como Engels recordara de nuevo las viejas discusiones de su período juvenil filosófico-materialista y sobre esa base destacara, frente a las reaparecidas corrientes de la filosofía idealista, la conexión originaria del marxismo con una concepción general del mundo materialista, por tanto, filosófica en cierto sentido.¹⁰ La motivación política de época es todavía mayor en el caso de los enérgicos combates librados en un período histórico posterior por Lenin contra otra «desviación» filosófica de la concepción general materialista del mundo, en su opinión indisolublemente unida con el materialismo histórico.¹¹ Lo que aquí nos interesa de los argumentos¹² en aquel momento presentados por Lenin contra el «machismo», el «empiriocriticismo», etc. no es su particular contenido filosófico ni la progresividad o regresividad general del punto de vista representado por Lenin en la disputa metodológica de la época. Tampoco interesa para nuestra presente temática la cuestión de hasta qué punto esta tendencia (visible ya en Plejánov) a acentuar los rasgos comunes al viejo materialismo burgués y al nuevo materialismo proletario tiene que ver con una peculiaridad de la orientación representada en la práctica de la revolución rusa por esta línea «ortodoxa».¹³ Lo único que aquí nos interesa es que toda esa polémica formalmente filosófica de Lenin está desde el principio hasta el final al servicio de un objetivo político práctico. Con su polémica filosófica Lenin quería preservar la unidad y la energía revolucionaria de su partido bolchevique contra los peligros que le parecían amenazar-

10. *Ibid.*

11. Véase mi libro *Marxismus und Philosophie*, pp. 27 ss.

12. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, edición rusa, 1909.

13. Véase sobre esto el reciente libro de J. Harper [Anton Pannekoek], *Lenin als Philosoph. Kritische Betrachtungen der philosophischen Grundlagen des Leninismus*, Bibliothek der Rätekorrespondenz, n.º 1, ed. del grupo holandés de Comunistas Internacionales, Amsterdam, s. f. [1938].

las por parte de una oposición surgida en sus propias filas y que se apoyaba filosóficamente en las ideas de Mach y Avenarius. Y consideró terminada toda esta discusión filosófica en cuanto que estuvo conseguido el objetivo político.¹⁴ Del mismo modo que en Marx mismo y luego en Engels y en Lenin, también en la tradición marxista en general del movimiento obrero revolucionario ha quedado siempre viva, junto con los nuevos principios del materialismo histórico, la tendencia básica del viejo materialismo filosófico y científico-natural, al mismo tiempo que actitudes doctrinales en parte todavía más antiguas, como la Ilustración, el librepensamiento, el ateísmo, el darwinismo y una fe genérica en las ilimitadas bendiciones del progreso científico-natural y técnico. En este sentido han tenido una importancia duradera para el desarrollo de la consciencia de clase revolucionaria del moderno movimiento obrero, además de la teoría marxista, también el racionalismo, el naturalismo y el materialismo del siglo XVIII. Mientras que, según eso, no puede negarse razonablemente la conexión histórica general del marxismo con otras tendencias anteriores y posteriores de materialismo resuelto, la cosa cambia cuando se trata de la tesis de que el materialismo histórico de Marx procede directamente y depende de alguna forma anterior de materialismo como presupuesto, por ejemplo, del materialismo revolucionario burgués del siglo XVIII, o de la crítica materialista de la religión del hegeliano de izquierda Feuerbach.

14. Véase mi reseña del libro de Harper en la revista *Living Marxism*, Chicago, IV, n.º 5, noviembre 1938, particularmente p. 142 [«Lenin's Philosophy. Some additional remarks to J. Harper's recent criticism of Lenin's book *Materialism and Empiriocriticism*»].

5. FEUERBACH

De Engels, que en su casa paterna sufrió mucho bajo la presión de la beatería pietista del Wuppertal, se puede decir en cualquier caso que llegó al materialismo filosófico por el camino de la religión: de la crítica de los evangelios por el hegeliano David Friedrich Strauss a Hegel y de éste, pasando por Feuerbach, al materialismo filosófico;¹ para Marx, que procedía de un ambiente libre-pensador, el rodeo, todavía más largo, que le lleva por la filosofía de Demócrito y Epicuro, por los materialistas de los siglos XVII y XVIII y, finalmente, por su autónoma contrastación crítica con Hegel hasta su materialismo, es desde el primer momento y ante todo el camino hacia una política materialista revolucionaria.² En este sentido político era ya un materialista revolucionario cuando, todavía con el lenguaje del idealismo hegeliano, tronaba contra el «materialismo abyecto» de la *Gaceta* prusiana que durante los debates de la Dieta renana acerca de la ley sobre los hurtos de leña predicaba al legislador «que

1. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, 1888, y la detallada documentación presentada en la biografía de Engels por Gustav Mayer; también el estudio de Reinhart Seeger, *Friedrich Engels. Die religiöse Entwicklung des Spät-pietisten und Frühsozialisten*, aparecido en la Alemana de 1935 (*Christentum und Sozialismus. Quellen und Darstellungen*, ed. por Ernst Bar-nikol).

2. Véase la tesis doctoral de Marx sobre la *Differenz der demokr-tischen und epikureischen Naturphilosophie...*, 1841, y la información del joven Marx a su padre sobre la marcha de sus estudios filosóficos en carta del 10-XI-1837, *MEGA*, I, 1, pp. 1-144, y I, 1, 2, pp. 213-221.

en una ley sobre la leña no hay que pensar más que en la leña y en el bosque, y esta tarea particular material no se tiene que resolver políticamente, esto es, en relación con la razón y la eticidad del estado».³ Era ya un crítico materialista de todas las formas de realización de la idea del estado cuando reprochaba a Hegel el partir del estado y hacer del hombre un estado subjetivado, en vez de partir del hombre en el sentido de la «democracia» moderna y hacer del estado un hombre objetivado. Ya entonces añadía a la descripción de la democracia como forma general del estado en la que «el principio *formal* es al mismo tiempo el principio *material*»: «Los más recientes autores franceses han entendido esto en el sentido de que en la verdadera democracia el *estado político se extingue*».⁴

Estando así las cosas, la ruptura materialista conseguida por Feuerbach con *La esencia del cristianismo* en 1841 y las *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* en 1842 contra el idealismo teológico y, consiguientemente, contra el idealismo filosófico en el que se apoyaba aquél, no ha podido tener para Marx la importancia decisiva que ha tenido para Engels y aun más para Strauss, Bruno Bauer, etc., que no han salido en toda su vida de la fase de la crítica de la religión.⁵ La conocida frase de la «Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho» (1843) según la cual la crítica de la religión es el «*presupuesto de toda crítica*»⁶ tenía en el momento en que Marx la escribió, en las circunstancias subsiguientes al cambio del gobierno en Prusia, un preciso sentido político además de su sentido general teórico. Revelaba que el ataque de los libre-

3. Marx, en *Rheinische Zeitung*, n.º 307, 3 noviembre 1842, MEGA, I, 1, 1, p. 304 (MEW, vol. 1, p. 147).

4. MEGA, I, 1, 1, p. 435 (MEW, vol. 1, pp. 231 s.).

5. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, sección IV, párrafo 1 (MEW, vol. 21, p. 291).

6. MEGA, I, 1, 1, p. 607 (MEW, vol. 1, p. 378).

pensadores burgueses a la reaccionaria política religiosa del nuevo gobierno era la primera fase del «movimiento político que empezó el año 1840» y se concluyó con la revolución de 1848. El ataque limitado al terreno religioso perdió la importancia positiva que había tenido transitoriamente para Marx por esa razón en cuanto que se terminó esa fase con «la idea socialista que desde 1843 se difunde en Alemania», y el movimiento revolucionario, en rápido ascenso, de la primera parte de los años cuarenta alcanzó el punto en el cual según Marx hasta la lucha política se convirtió en una cobertura trasparente de la lucha social por ella cubierta.⁷ Ya aquel mismo año de 1843 —un año después de la aparición de las *Tesis provisionales* de Feuerbach— y literalmente en la misma frase en que declaraba que la crítica de la religión es el presupuesto de toda crítica, Marx afirmaba que la crítica de la religión estaba «en lo esencial terminada para Alemania».⁸ El que pese a eso un año más tarde, en *La Sagrada Familia*, Marx afirma junto con Engels profesar el «humanismo real» de Feuerbach⁹ se debe sobre todo a la consideración de un aliado juzgado todavía imprescindible por Marx y particularmente por Engels. En sus opiniones reales Marx había rebasado en esta época ya ampliamente a Feuerbach, como lo muestran las observaciones de *La Sagrada Familia* dirigidas formalmente contra Bruno Bauer, pero objetivamente lo mismo contra Feuerbach, sobre el *carácter insuficiente de un materialismo meramente naturalista, no histórico y económico*.¹⁰ Ya al año siguiente, en la polémica general contra los hegelianos que se mantienen en el terreno filosófico,

7. MEGA, I, 3, p. 287 (MEW, vol. 2, p. 119).

8. MEGA, I, 1, 1, p. 607 (MEW, vol. 1, p. 378).

9. MEGA, I, 3, pp. 179, 316 (MEW, vol. 2, pp. 7 s., 147). Añádase a eso las demás declaraciones, no tan incondicionales, de adhesión a Feuerbach en el prólogo y en el texto de *Zur Kritik der Nationalökonomie*, redactada por la misma época pero no publicada por entonces, MEGA, I, 3, pp. 34-35, 151 ss.

10. MEGA, I, 3, p. 327 (MEW, vol. 2, p. 128).

habla de «la crítica de la religión martirizada ya hasta el hastío *como esfera sustantiva*». ¹¹ Eso quiere decir que él, por su parte, ha rebasado hace tiempo la esfera de la crítica de la religión y ha pasado de los «presupuestos» a las consecuencias políticas y sociales, de la «crítica del cielo» a la «crítica de la tierra», de la «crítica de la religión» a la «crítica del derecho», de la «crítica de la teología» a la «crítica de la política», ¹² y de ahí, en una etapa posterior, a la crítica de las formas todavía más terrenales que toma el reflejo religioso del mundo real en el «carácter de fetiche del mundo de la mercancía» y las demás categorías de la *economía política* basadas en ello.

El materialismo predominantemente naturalista de Feuerbach no había desarrollado prácticamente ningún elemento para la investigación materialista de este *mundo práctico histórico y social del hombre*. ¹³ Había considerado la naturaleza humana unilateralmente como «un abstracto interior al individuo singular», y no, al modo de Marx, como «el conjunto de las relaciones sociales». ¹⁴ Había concebido la «cosa, la realidad, lo sensible sólo bajo la *forma del objeto*, de la *intuición sensible* o percepción». Para el materialismo histórico de Marx importa entender también como «actividad objetiva» la realidad social dada y en desarrollo, y, según su aspecto subjetivo, como «*actividad sensible humana, práctica*». ¹⁵ Por eso el materialismo naturalista de Feuerbach que «excluye el proce-

11. *Die deutsche Ideologie*, 1845-1846, MEGA, I, 5, p. 214 (MEW, vol. 3, p. 217).

12. MEGA, I, 1, 1, p. 608 (MEW, vol. 1, p. 379).

13. Véase la carta de Marx a Ruge del 13-III-1843: «Los aforismos de Feuerbach dejan de satisfacerme sólo en un punto, a saber que apuntan demasiado a la naturaleza y demasiado poco a la política», MEGA, I, 1, 2, p. 308 (MEW, vol. 27, p. 417).

14. Cf. las «Thesen über Feuerbach» de Marx (escritas en 1845 y publicadas póstumamente por Engels como apéndice a su libro *Ludwig Feuerbach...*, 1888), tesis VI, ahora en MEGA, I, 5, p. 535 (MEW, vol. 3, p. 534).

15. Tesis I, *ibid.*, p. 533 (MEW, vol. 3, p. 533).

so histórico», no consigue resolver su tarea ni siquiera en su estrecho y propio ámbito. Sólo el materialismo *histórico*, que partiendo de la base material de cada particular organización social hace comprensible «el comportamiento activo del hombre respecto de la naturaleza, el proceso inmediato o directo de producción de su vida, y por tanto también sus circunstancias generales de vida y las representaciones mentales que se originan de ellas», da una derivación materialista de las representaciones religiosas sobre esa base económico-histórica y social (y no sólo natural, biológica). «Incluso toda historia de la religión que haga abstracción de esa base material es acrítica. Efectivamente es mucho más fácil hallar analíticamente el núcleo terrenal de las nebulosas formaciones religiosas que desarrollar, a la inversa, de las relaciones vitales reales de cada caso sus correspondientes formas celestiales. Este último es el único método materialista y, por lo tanto, científico.»¹⁶

El *materialismo burgués temprano de los ingleses y franceses de los siglos XVII y XVIII* ha tenido más profunda importancia para el desarrollo del método materialista de la ciencia marxiana de la sociedad que el «culto a Feuerbach», que Marx no se tomaba en serio ya pocos años después.¹⁷ La posición adoptada por Marx y Engels respecto de las varias fases históricas del materialismo burgués corresponde a su posición respecto de

16. *Kapital*, I, pp. 335-336, nota 89 (MEW, vol. 23, pp. 392 s.).

17. *Die deutsche Ideologie*, MEGA, I, 5, p. 85. Carta de Marx a Engels del 24-IV-1867, MEGA, III, 3, p. 383. Cartas de Engels a Marx del 19-XI-1844, 19-VIII-1846 y de mediados del X-1846, MEGA, III, 1, pp. 7, 27-28, 44-47; y el juicio conclusivo de Marx sobre la importancia de Feuerbach en su carta a la redacción del *Social-Demokrat* del 24-I-1865: «Comparado con Hegel Feuerbach es muy pobre. Pero hizo época después de Hegel, porque acentuó ciertos puntos desagradables para la consciencia cristiana, pero importantes para el progreso de la crítica, que Hegel había dejado en un místico claroscuro» (MEW, vol. 3, p. 91; vol. 31, p. 290; vol. 27, pp. 11 s., 33 s., pp. 55 ss.; vol. 16, p. 25).

las distintas fases de la teoría social y de la economía burguesas. Han rechazado despectivamente la «forma superficial, vulgarizada en que el materialismo del siglo XVIII sobrevive hoy en la cabeza de investigadores naturales y médicos y tal como ha sido predicado en los años cincuenta por Büchner, Vogt y Moleschott».¹⁸ En cambio, han considerado su nuevo materialismo revolucionario proletario como una continuación positiva del materialismo clásico burgués que había constituido en la época revolucionaria de la burguesía el principio activo del avance y que ya entonces había desembocado directamente, entre sus tendencias, en el socialismo y en el comunismo.¹⁹ Pero se trata más de una sucesión histórica general que de un enlace concreto con determinados resultados de contenido y de método. Para su verdadero trabajo teórico Marx y Engels podían hacer muy poca cosa con aquel materialismo de una época pasada —muy estimado por ellos a causa de su combativa tendencia revolucionaria—, pues las condiciones históricas eran otras y el terreno que había que abrir ahora para la investigación materialista era *nuevo*.

El materialismo burgués temprano no había desarrollado puntos de partida útiles para la investigación histórica y social. Sin duda había proclamado básicamente su principio materialista para todos los terrenos del ser y del saber, y aún no conocía las medias tintas con las que más tarde filósofos materialistas como Feuerbach y toda la muchedumbre de investigadores de la naturaleza que en su propio terreno proceden como materialistas han resuelto la cuestión delicada para su uso personal, resolviendo ser (según una frase de Engels) «*materialistas de cintura para abajo e idealistas de cintura para arriba*», es decir, materialistas como investigadores de la naturale-

18. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie* (MEW, vol. 21, p. 278).

19. Marx, *Die heilige Familie*, MEGA, I, 3, pp. 300-310 (MEW, vol. 2, pp. 131 ss.).

za e «idealistas» para el terreno práctico histórico social. Pero desde el principio ese materialismo se había orientado principalmente al terreno de las ciencias de la naturaleza, de destacada importancia para la industria moderna, fundamento de la moderna sociedad burguesa, y había tratado la «sociedad» secundariamente, como un terreno parcial y no autónomo del mundo natural. En el posterior desarrollo de la sociedad burguesa, cuanto más claramente se fue haciendo perceptible su escisión, cuanto más claras y amenazadoras formas tomó el movimiento proletario de clase, tanto más se apartó el materialismo burgués —en la medida en que aún subsistía— del espinoso terreno de lo «social» para reducirse al terreno «neutral» de la investigación científico-natural. La ciencia social burguesa de los siglos XIX y XX ha olvidado, junto con el carácter revolucionario de su primera fase juvenil, su inicial carácter materialista, o sólo puede reproducirlo en la forma convulsamente contrarrevolucionaria con que aparece, por ejemplo, en la doctrina «materialista» de las ideologías de Pareto.

El materialismo burgués revolucionó las ciencias de la naturaleza. El materialismo proletario de Marx y Engels se plantea desde el primer momento la tarea de someter el mundo histórico y social del hombre al mismo principio materialista. El materialismo científico-natural cobró su forma característica en la contrastación crítica con los restos persistentes en la edad burguesa —y en parte restaurados en forma nueva— de la metafísica teológica de la Edad Media; análogamente el materialismo histórico y social cobra su forma teórica en la contrastación con la nueva metafísica que se ha instalado mientras tanto en el terreno de los fenómenos histórico-sociales, descuidado por el viejo materialismo, y que ha encontrado su conclusión provisional en la filosofía idealista alemana de Kant a Hegel.²⁰

20. Cf. «Thesen über Feuerbach», tesis I, *MEGA*, I, 5, p. 533 (*MEW*, vol. 3, p. 533).

6. DE HEGEL A MARX I: EL REINO DE LA SOCIEDAD

El joven Marx halló en la filosofía hegeliana del derecho, de la historia, de la estética, etc., y en sus aplicaciones más amplias, pero no menos «concretas», en la *Fenomenología*, la *Enciclopedia*, la *Lógica* y la *Historia de la filosofía*, en una forma especulativa idealista, lo que no podía encontrar en ningún otro rincón de la filosofía y de la ciencia contemporánea o del pasado, a saber: un punto de partida metódico para la investigación empíricamente materialista de la llamada «naturaleza espiritual». La primera significación de la filosofía hegeliana para la ciencia materialista de Marx consiste en que en aquélla se enfrentó por vez primera y a lo grande el ámbito y la historia de la «sociedad», como campo de investigación ampliamente articulado en sí mismo, con el ámbito y la historia de la «naturaleza», y unos y otros se sometieron en última instancia al mismo principio, aunque en formas correspondientes a sus particularidades. El filósofo idealista se había guiado en eso por la intención de recubrir la misma investigación de la naturaleza con un principio científico-espiritual; Marx, el investigador crítico del estado, de la sociedad y de la historia, parte del principio opuesto desde el comienzo, aun antes de que tome consciencia de esa diferencia y contraposición en su contrastación con el pensamiento de Hegel. Marx se ha aplicado a la investigación del mundo práctico histórico-social de los hombres con la firme determinación de investigar también esta «naturaleza espiritual», hasta en-

tonces tratada tan diferentemente de la naturaleza corporal y material, con la misma «fidelidad científico-natural» con la que los grandes investigadores de la naturaleza llevaban ya siglos investigando la naturaleza física. Así realizaba el programa que ya a los 19 años, cuando era un adolescente «alimentado con filosofía de Kant y de Fichte» había escrito a su padre al pasar a dedicarse a la filosofía hegeliana: volver a sumergirse en el mar, pero esta vez «con la determinada intención de encontrar la naturaleza espiritual tan necesaria, concreta y contundente como la corporal».¹ Lo que hizo que el joven Marx, pese a su sana resistencia, sucumbiera finalmente a la filosofía hegeliana para todo un importante período de su vida fue precisamente la circunstancia de que Hegel, pese a toda la mistificación especulativa, ha llevado a la investigación de la historia de la sociedad y del llamado «Espíritu» algo más de la actitud del investigador de la naturaleza —de la actitud empírica, orientada a la reproducción «del natural» de las conexiones reales— de lo que en aquel período era corriente encontrar (entre los demás filósofos idealistas, entre los teóricos «organicistas» del estado y en «toda la escuela histórica»). En el fondo, Marx no ha seguido nunca más que al *investigador natural de la sociedad* Hegel, al que ha creído descubrir bajo el disfraz mistificador del filósofo idealista. Ha abandonado a Hegel inmediatamente, en cuanto que ha creído poder representar de modo directo las conexiones materiales de los hombres y las cosas, que ya en el período hegeliano habían constituido el verdadero contenido oculto por el contexto aparentemente especulativo de los conceptos. El trabajo previo para la investigación materialista de la sociedad que ha suministrado Hegel consiste en haber visto por vez primera, en forma idealista, aquellas conexiones generales materiales y en haberlas convertido en tema de una exposición filosófico-científica.

1. Carta de Marx a su padre del 10-XI-1837, *MEGA*, I, 1, 2, pp. 218-219.

El sistema filosófico de Hegel, última y consumada ejecución del sistema «natural» de las ciencias del espíritu² instaurado a lo largo de las luchas históricas teóricas y prácticas de los siglos anteriores en el lugar del anterior sistema teológico-metafísico del orden social medieval, eclesiástico-feudal, es rastreado por todas partes en el *esquema materialista de la sociedad*. En un sentido no menos amplio, aunque idealista y no materialista, había ya distinguido Hegel el «mundo espiritual o historia» como uno de los dos reinos de la realidad, frente a la «naturaleza», que es el otro: tal es el sentido de su retorcida y «profunda» traducción de los descubrimientos empíricos de los ingleses y los franceses de los siglos XVII y XVIII a la jerga filosófica. También para Hegel ese mundo histórico o «espiritual» estaba articulado en determinados estratos superpuestos. Sobre el mundo del «Espíritu objetivo» (familia, sociedad civil, estado) se levantaba el mundo del «Espíritu absoluto» (religión, arte, filosofía).³ También para él el mundo así articulado se encuentra en desarrollo o proceso. Con la sola y característica diferencia de que Hegel recubre el real desarrollo temporal y el real condicionamiento material de las capas superiores por las inferiores con un imaginario desarrollo atemporal y una no menos imaginaria determinación ideal de arriba a abajo. También Hegel había expuesto ese desarrollo «dialécticamente», como un proceso por contradicciones, en el cual la fuerza motora es la negación que se opone a toda posición, mientras el conflicto surgido por esa pugna es superado en una síntesis superior por la negación de la negación. Con su *inversión materialista* del idealismo hegeliano Marx ha vuelto a poner sobre los pies esa articulación del mundo histórico-social «filosóficamente» presentado del revés por Hegel.

2. La expresión es de Dilthey (*Einleitung in die Geisteswissenschaften, Gesammelte Schriften*, vol. I, pp. 379 ss.)

3. Hegel, *Encyclopädie*, III, seccs. 2 y 3.



Marx eliminó del esquema de Hegel la *idea del estado* que en el pensamiento de Hegel es la coronación y totalización del Espíritu que se encuentra en el mundo y se realiza en el mismo con consciencia. Cuando se trata de la idea del estado no se debe, según Hegel, pensar en la corriente realidad terrenal que es sólo el «estado como sociedad civil».⁴ Ni hay que «tener presentes estados particulares, ni instituciones particulares, sino que hay que considerar la Idea, en sí misma, ese Dios real».⁵ Al destronar ese Dios real se derrumbó todo su imperio. Al igual que el «estado» y el «derecho», también todas las formas «superiores» del Espíritu, como la religión, el arte y la filosofía, perdieron su posición supraterrrenal y quedaron degradadas a simples «formas sociales de consciencia» que dependen de las condiciones materiales de vida. Marx había ejercido una crítica sin contemplaciones de esas formaciones ideológicas superiores de la consciencia social ya al principio, aun antes de llegar con su crítica materialista al estado y al derecho. Había introducido su ataque al orden existente en el mundo con una crítica materialista de las ideologías religiosas, artísticas, filosóficas, empezando por criticar la religión filosóficamente, y luego la religión y la filosofía políticamente.⁶ Era plenamente natural que ahora que, en el ulterior desarrollo de su principio materialista, encontraba la base real del derecho y del estado en la economía política, redujera también a esa misma base real aquellas ideologías «superiores» que antes había reducido al derecho y a la política. La misma «inversión» experimenta en el pensamiento de Marx el concepto hegeliano de «desarrollo». En lugar del desarrollo atemporal de la «Idea» aparece el desarrollo histórico real

4. *Encyclopädie*, III, § 523.

5. *Rechtsphilosophie*, acotación al § 258.

6. Cf. mi libro *Marxismus und Philosophie*, 2.^a ed., pp. 102 ss., especialmente las detalladas argumentaciones de la nota 67 (pp. 104 s.).

de la sociedad sobre la base del desarrollo de su modo de producción material (fuerzas productivas y relaciones de producción). La «contradicción» hegeliana se sustituye por la lucha de las clases sociales, la «negación» dialéctica se sustituye por el proletariado, y la «síntesis» dialéctica por la revolución proletaria y el paso a un estadio histórico superior de desarrollo de la sociedad.

7. DE HEGEL A MARX

II: EL DESARROLLO SOCIAL

Mientras que la diferencia y la contraposición entre Hegel y Marx aparece y destaca inequívocamente¹ en el cambio de la estructura de las capas de la realidad en el esquema materialista, en cambio parece subsistir un gran parecido entre el desarrollo real de las fuerzas productivas materiales según Marx y el desarrollo «conceptual» de la Idea hegeliana incluso después de la inversión materialista del esquema hegeliano. Las fuerzas materiales de producción que en cada estadio de ésta se desarrollan primero en determinadas formas (relaciones de producción) y luego, tras romper esas formas, pasan a un nuevo estadio superior de la producción, se diferencian, formalmente consideradas, poco de la «Idea» hegeliana que se «aliena» en determinadas formas para luego, en el estadio inmediatamente superior, retrocaptar en sí la forma de su «ser-otra» de cada caso. Así se produce la impresión de que Marx haya introducido mágicamente en la realidad terrenal del desarrollo histórico de la sociedad burguesa un resto de mística filosófica hegeliana. Parece como si hubiera conservado arbitrariamente, al pasar del místico autodesarrollo de la Idea hegeliana al desarrollo histórico de la sociedad, realizado por

1. Cf. la acertada rectificación de una interpretación ya demasiado «materialista» del esquema idealista de Hegel por obra de Nicolai Hartmann y otros representantes modernos de la filosofía del Espíritu en la crítica de un hegeliano estricto (G. Günther, *Grundzüge einer neuen Theorie des Denkens in Hegels Logik*, Leipzig, 1933, pp. VIII ss.).

los hombres reales, la forma de desarrollo adecuada para el anterior sujeto místico, adaptándola al nuevo sujeto material del desarrollo histórico. Pero la analogía formal se explica por el hecho de que ya en el esquema hegeliano del desarrollo se enuncia en forma filosóficamente mistificada el desarrollo real de un proceso revolucionario de la sociedad.

El mismo esquema se encuentra, con uno u otro revestimiento mistificador, en la obra de casi todos los filósofos de esta generación cuya experiencia decisiva ha sido la gran revolución francesa. Se encuentra en la obra de Kant, cuya *Idea de una historia general en sentido cosmopolita* culmina en la noción de «exponer por lo menos en líneas generales como un sistema» el «agregado por lo demás sin plan» de las acciones humanas por el procedimiento de «atender sólo en todas partes a la constitución civil y a sus leyes y a la relación del estado, en la medida en que todo ello, por lo bueno que contenía, sirvió durante algún tiempo para levantar a las naciones (y con ellas a las artes y las ciencias) y magnificarlas, mas por lo defectuoso que también contenían contribuyó a derrocarlas de nuevo, pero de tal modo que siempre quedó un germen de la ilustración que, desarrollado progresivamente por cada revolución, preparó un estadio aún superior de perfeccionamiento».²

En formas análogas aparece la idea del desarrollo histórico en el glorificador de la Convención francesa, el filósofo Fichte, en el pensamiento de los poetas-filósofos románticos Hölderlin y Novalis y en el de Schleiermacher. Todas estas aparentes creaciones del libre pensamiento filosófico son reflejos más o menos pasivos e inconscientes del real proceso revolucionario en las cabezas de los filósofos, e incluso en esta forma mistificada en que se expresan reales conocimientos revolucionarios

2. Véase la novena y última proposición de la obra de Kant citada en el texto, *Berlinische Monatsschrift*, IV, 1784, pp. 385-411.

en los esquemas filosóficos del desarrollo estarían hoy olvidados, fuera de un reducido grupo de especialistas, si no hubieran sido preservados por la teoría marxista del desarrollo y elaborados sobre una nueva base materialista para cobrar una nueva forma racional y científicamente utilizable.

Más importante que la analogía formal entre los esquemas revolucionarios de los filósofos burgueses y el nuevo esquema marxiano del desarrollo revolucionario es la diferencia de contenido entre unos y otro. Del mismo modo que el desarrollo «dialéctico» de la «Idea» hegeliana tiene su final último y definitivo en el «estado», así en el esquema de Kant la dúplice función de las relaciones sociales como formas de desarrollo y como trabas del mismo para romper las cuales hace falta una revolución se proclama explícitamente sólo «para la constitución civil y sus leyes y la relación del estado». En cambio, en el esquema materialista de Marx esta escisión se profundiza un escalón más, hasta la *producción material*.

También para esta inflexión materialista en sentido estricto de la teoría revolucionaria del desarrollo de Marx es posible encontrar, si no en la filosofía, sí en la literatura profana, entre los economistas e historiadores y, en general, en la consciencia de la época, suficientes barbruntos, lo cual no es sorprendente en una época que tenía un recuerdo reciente del proceso de desarrollo gigantesco y en absoluto reducido a la esfera del estado en sus efectos objetivos, sino abarcante también de todas las esferas sociales, que había culminado con la gran revolución francesa.³

3. Cf. el intenso eco de esa impresión en las lecciones de Hegel sobre filosofía de la historia de la época contemporánea (1830-1831): «La idea, el concepto del derecho se impuso repentinamente, y contra eso no pudo ofrecer resistencia la vieja armazón de la injusticia. En la idea del derecho se ha erigido pues ahora una constitución, y sobre ese fundamento iba a basarse desde ahora todo. Desde que estaba el sol en el firmamento y los planetas giraban en torno suyo no se había

Marx declara que la *contradicción entre las fuerzas productivas materiales y las relaciones de producción que primero les corresponden y luego les contradicen* es el motor del desarrollo histórico de la sociedad, y esa declaración sin paliativos del primado del progreso económico rebasa con mucho lo que la burguesía puede aceptar hoy tranquilamente en esta fase de su saturación material y cultural. Pero con eso Marx no rebasa formalmente los principios enunciados por los primeros portavoces de la burguesa libertad comercial en su lucha contra las limitaciones gremiales de la Edad Media y demás trabas feudales de las fuerzas productivas que entonces desperataban, y que habían encontrado su forma válida para toda una época con la exclamación con la que los comerciantes de Lyon contestaron a la pregunta del ministro real Colbert sobre el tipo de ayuda estatal que deseaban. *«Laissez faire, laissez aller, le monde va de lui-même.»*

También la formulación del viejo Engels, más cercana del centro de la nueva concepción revolucionaria, según la cual «la nueva tendencia» descubrió «en la *historia de la evolución del trabajo* la clave ... de la comprensión de toda la historia de la sociedad»,⁴ coincide en realidad todavía con la concepción originaria de los moralistas, economistas y teóricos burgueses de la sociedad sobre la bendición, la energía y la fuerza creadora inagotable del trabajo entendido en su moderna forma como

visto cosa semejante, que el hombre se asentara sobre su cabeza, esto es, sobre el pensamiento, y construyera según éste la realidad. Fue en suma una aurora espléndida. Todos los seres racionales han celebrado aquella época. Dominó en aquel tiempo una sublime emoción, un entusiasmo del espíritu atravesó el mundo, como si finalmente se hubiera llegado a la reconciliación de lo divino con el mundo». Más pruebas de esta circunstancia en mi libro *Marxismus und Philosophie*, 2.^a ed., pp. 60 ss.

4. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, 1888. Marx: «La sociedad no encontrará su equilibrio hasta que gire en torno del sol del trabajo» («Épílogo 1875» a las *Enthüllungen über den Kommunisten-Prozess zu Köln*, 1853) (MEW, vol. 21, p. 307, vol. 18, p. 570).

«industria». La tesis defendida por Engels en una aportación especial a la concepción materialista de la historia sobre la «Participación del trabajo en la hominización del mono»⁵ no se diferencia en nada de la conocida definición de Franklin, tan característica de la mentalidad de los héroes y las vanguardias de la época burguesa temprana, que hace del hombre un «toolmaking animal». En este punto hay que tener en cuenta que incluso adelantados del socialismo moderno como Saint-Simon han llamado todavía «travailleur» al empresario industrial.⁶ Es la nueva y cambiada significación que experimenta el concepto de «trabajo social» en la aplicación a las relaciones concretas de la presente sociedad burguesa y de la lucha de clase proletaria lo que fundamenta la extrema contraposición entre la concepción del trabajo burguesa y la proletaria que ha encontrado su expresión madura en *El capital* de Marx y que ya, en los escritos filosóficos materialistas del primer período marxiano, se expresó en la frase paradójica de que el verdadero origen de la opresión y la explotación del trabajador no está en la propiedad privada, sino ya en la forma «alienada» y «extrañada» que tiene presentemente el trabajo.⁷

Lo mismo se puede decir incluso de la formulación más penosa para la presente consciencia burguesa que Marx y Engels han dado de su nuevo principio materialista: «*La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de luchas de clases*». Ni siquiera esta frase, la que más directamente y sin contemplaciones ataca las sagradas reglas de la ciencia burguesa «sin presupuestos y sin valores», la frase del *Manifiesto comunista*, contiene, según repetida y acentuadamente declaran Marx y Engels, nada que los «señores demócratas» no puedan encontrar en la literatura burguesa misma, en

5. *Neue Zeit*, XIV, n.º 2, pp. 545 ss. (MEW, vol. 20, pp. 444 ss.).

6. *Religion Saint-Simonienne, économie politique et politique*, p. 104, citado en *Kapital*, III, 2, p. 144 (MEW, vol. 25, p. 618).

7. *MEGA*, I, 3, pp. 85 ss.

las obras históricas de Thierry, Guizot, John Wade, etc. y en las obras económicas de Smith, Ricardo, etc., enunciado como un hecho elemental. «Por lo que a mí hace —escribe Marx a su amigo Weydemeyer el 5 de marzo de 1852—, no me corresponde el mérito de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Historiadores burgueses habían descrito mucho antes que yo el desarrollo histórico de esa lucha de clases, y economistas burgueses la anatomía económica de las mismas.»⁸ Marx cita en el mismo lugar, como ulterior testimonio de la claridad con que la burguesía inglesa, en la época de las luchas sobre las tarifas aduaneras del trigo, ha hablado de «lucha de clases» y hasta a veces de una «escisión de clases que no permite ya conciliación alguna» un llamamiento electoral del canciller inglés Disraeli del 1 de marzo de 1852 y la correspondiente glosa del *Times* del día siguiente. Engels ha expresado más crasamente todavía el mismo hecho algunas décadas más tarde:

Desde la realización de la gran industria, o sea, lo más tarde desde la paz europea de 1815, no era ya para nadie un secreto en Inglaterra que toda la lucha política giraba en torno de las pretensiones de dominio de dos clases, la aristocracia terrateniente (*landed aristocracy*) y la burguesía (*middle class*). El mismo hecho llegó a consciencia en Francia al regreso de los Borbones: los historiadores del período de la restauración, desde Thierry hasta Guizot, Mignet y Thiers, lo indican todos como clave de la comprensión de la historia francesa desde la Edad Media. Y desde 1830 se reconoce en ambos países como tercer combatiente por el poder a la clase obrera, el proletariado. La situación se había simplificado tanto que era necesario cerrar intencionalmente los ojos para no ver en la lucha de esas tres grandes clases y en la pugna entre sus in-

8. *MEW*, vol. 28, pp. 507 s.

tereses la fuerza motora de la historia moderna, por lo menos en los dos países más adelantados.⁹

No menos «claro y tangible» estaba para Engels en esta época que «en la lucha entre los terratenientes y la burguesía, no menos que en la lucha entre la burguesía y el proletariado ... se trataba ante todo de intereses económicos, para cuya realización el poder político no sirve más que como medio», y que especialmente la nueva contraposición surgida dentro de la sociedad burguesa entre la burguesía y el proletariado nacía y se desarrollaba «por causas puramente económicas».¹⁰

9. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, IV (MEW, vol. 21, p. 299).

10. *Ibid.*

8. FUERZAS PRODUCTIVAS MATERIALES I: CONCEPTO

El concepto fundamental de la nueva teoría revolucionaria del desarrollo construida por Marx es el concepto de «*fuerzas productivas*». También él está para Marx determinado socialmente. No se trata ni de una simple inversión «materialista» de la «Idea» absoluta de Hegel ni de una base natural subyacente a la estructura económica de la sociedad en cada caso (las «relaciones de producción») que fundamentara todo el desarrollo social. Las fuerzas productivas materiales constituyen, junto con las relaciones de producción en las cuales actúan y se desarrollan, el todo real de lo que en cada modo de producción material se puede «registrar» con la «fidelidad» de la ciencia natural. Este concepto marxiano no tiene nada de místico ni de metafísico. «Fuerza productiva» no es por de pronto nada más que la capacidad de trabajar real de los hombres vivos: la capacidad de producir mediante su trabajo y con la utilización de determinados medios materiales de producción y en una forma de cooperación determinada por ellos los medios materiales para la satisfacción de las necesidades sociales de la vida, lo que quiere decir, en condiciones capitalistas, la capacidad de producir «mercancías». *Todo lo que aumenta ese efecto útil de la capacidad humana de trabajar* (y por lo tanto, en condiciones capitalistas, inevitablemente también el beneficio de sus explotadores) *es una nueva «fuerza productiva» social*. Hay que contar entre las fuerzas productivas materiales, junto a la naturaleza, la técnica, la

ciencia, ante todo también la organización social misma y las fuerzas creadas en ella por cooperación y división industrial del trabajo, las cuales son desde el principio energías sociales. Ya Adam Smith había hablado en su obra económica del «relativo aumento de la capacidad productiva del trabajo», y se puede decir sin exageración que precisamente en esa idea, enormemente ampliada y críticamente desarrollada por Marx, tiene su verdadero origen el nuevo concepto básico materialista de las fuerzas productivas materiales.¹ El dúplice carácter de la producción material como relación (técnico-natural) entre el hombre y la naturaleza y, por otra parte, como relación (histórico-social) entre los hombres es el principal punto de partida para la continuación y la crítica de los conceptos fundamentales de la economía burguesa en *El capital*, y es también el principal arranque de la teoría marxiana del desarrollo histórico de la sociedad. «La producción de la vida —declara ya en la primera fundamentación de su nuevo principio— aparece en seguida como una relación dúplice, por una parte como relación natural, por otra como relación social, social en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de varios individuos, independientemente de las condiciones, el modo y el fin de la cooperación. De eso se desprende que un determinado modo de producción o estadio industrial va siempre acompañado de un determinado modo de cooperación, o estadio social, y *este modo de cooperación es él mismo una 'fuerza productiva'.*»² La punta revolucionaria del concepto marxiano de fuerzas productivas sigue estando después en la remisión a esa «*nueva potencia energética*» en constante aumento por la fusión, en el curso del desarrollo de la sociedad humana, de muchas fuerzas en una fuerza colectiva, o sea, en condiciones capitalistas, aparentemente por la

1. Cf. el extracto de Marx en su primera lectura de la obra de Smith (1844), *MEGA*, I, 3, p. 457.

2. *Die deutsche Ideologie*, 1845-1846, *MEGA*, I, 5, p. 19 (*MEW*, vol. 3, pp. 29 s.).

productividad del capital, pero en realidad por el aumento de la productividad del trabajo social.³ En este sentido es incluso posible considerar como una fuerza productiva material a la misma *clase revolucionaria* de los trabajadores, que rompen las trabas puestas por el presente modo de producción mercantil capitalista a las fuerzas productivas, sustituyen la imperfecta forma de la actual división burguesa del trabajo por una socialización directamente socialista del trabajo y así realizan las nuevas potencias energéticas ya presentes dinámicamente en el trabajo social. «De tous les instruments de production, le plus grand pouvoir productif, c'est la classe révolutionnaire elle-même.»⁴

La «contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción» como motor oculto de todo el desarrollo histórico de la producción material y de la formación social económica basada en ella no es pues sino la expresión objetiva de lo mismo que Marx en el *Manifiesto comunista* y en muchos otros lugares de su obra expone como contraposición y lucha de las clases sociales. Por eso se equivocan completamente los recientes intérpretes de Marx que, invirtiendo literalmente la relación admitida por Marx mismo y por marxistas como Lenin, pretenden deducir la contraposición de las clases como mera forma de manifestación de una atemporal «dialéctica» de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Con esa interpretación no sólo quedan por detrás del materialismo histórico de Marx, sino que recaen, por detrás aun del idealismo histórico de Hegel, en un punto de vista metafísico y pura y simplemente místico.⁵

3. Cf. *Lohnarbeit und Kapital*, MEGA, I, 6, pp. 482 ss. (MEW, vol. 6, pp. 407 ss.) y la exposición exhaustiva y precisa de las fuerzas nuevas y desde el principio sociales originadas en la «cooperación», cap. 11 de *Kapital*, I.

4. *Misère de la philosophie*, MEGA, I, 6, p. 227 (MEW, vol. 4, p. 181).

5. Véase mi artículo «Why I am a Marxist?», *Modern Monthly*, IX, n.º 2, abril 1935, pp. 89 ss.

La precisa relación del concepto marxiano de fuerzas productivas sociales con la presente forma de sociedad burguesa se expresa plena y originariamente en la obra en la que Marx y Engels han elaborado su concepción materialista contra la ideológica de la filosofía alemana y, al hacerlo, han construido y fundado detalladamente todas aquellas nuevas nociones que subyacen con toda naturalidad de modo obvio a sus posteriores investigaciones: el desarrollo de las fuerzas productivas como fundamento de la historia de la sociedad; la contradicción entre las fuerzas productivas y el modo de su realización o ejecución en cada caso; la mutación de las «formas del tráfico» de cada caso (o sea, según el posterior léxico de Marx, la mutación de las «relaciones de producción» de cada caso) de formas de desarrollo en trabas de las fuerzas productivas; y la revolución que estalla al final con necesidad de esa contradicción básica y sus «diferentes fenómenos de acompañamiento, como colisiones entre diversas clases, contradicción de la conciencia, lucha de ideas, etc., lucha política, etc.». «En ningún período anterior —se dice en este texto sobre el nuevo concepto básico materialista— habían tomado las fuerzas productivas esta forma indiferente al tráfico de los individuos *como* individuos» con la que aparecen en la presente época histórica «como entidades completamente independientes y separadas de los individuos, como un mundo aparte junto al de los individuos ... cuyas energías son». Sólo en esta época se ha producido una situación en la cual «por un lado se tiene una totalidad de fuerzas productivas», mientras, al mismo tiempo, «por el otro lado ... se enfrenta con esas fuerzas productivas la mayoría de los individuos, de los cuales esas fuerzas han sido separadas y que, por lo tanto, despojados de todo real contenido vital, se han convertido en individuos abstractos, pero por eso mismo se encuentran en situación de entrar en relación unos con otros *como individuos*». Sólo ahora, pues, en el presente estadio de desarro-

llo de la sociedad, «se ha llegado al momento en que los individuos han de apropiarse la presente totalidad de las fuerzas productivas no sólo para poder autoactuarse, sino ya para asegurar simplemente su existencia»; y «la apropiación de esas fuerzas no es, por su parte, nada más que el desarrollo de las capacidades individuales correspondientes a los instrumentos materiales de la producción».⁶

Con la determinación rigurosamente histórica y social del concepto de fuerzas productivas se destruye la noción demasiado simplista de que la marxiana «contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción» no sea más que el tan lamentado «defecto de equilibrio entre los *resultados técnicos y su aplicación social*». El concepto marxiano de fuerzas productivas no tiene nada que ver con las abstracciones idealistas de los «tecnócratas», que se imaginan poder registrar y medir las fuerzas productivas de la sociedad separadas de toda determinación social, de un modo puramente científico-natural y tecnológico. Desde luego que también para Marx se cuenta entre las fuerzas productivas, junto al carácter social del trabajo y las determinadas formas de división social del trabajo, «el desarrollo del trabajo intelectual, principalmente de la ciencia de la naturaleza».⁷ El *carácter de traba* de las presentes relaciones de producción capitalistas se expresa hoy también en el desperdicio de una parte creciente de los resultados de ese trabajo intelectual por una clase burguesa no interesada en el progreso técnico más que mediatamente, bajo la condición del beneficio. Pero esa represión de posibilidades técnicas de progreso por el sistema capitalista no es más que una de las formas en que se manifiesta el conflicto entre la tendencia progresiva de las fuerzas productivas materiales y la tendencia fijista de las relaciones sociales de

6. MEGA, I, 5, pp. 56-58 (MEW, vol. 3, pp. 67 ss).

7. Marx, *Kapital*, III, 1, pp. 55-56, y *Kapital*, I, pp. 350-351 (MEW, vol. 25, p. 91 s., y vol. 23, pp. 407 s.).

producción. Está fuera de duda para el materialismo social de Marx que el mero conocimiento tecnológico y la mentalidad «tecnocrática» no bastan para eliminar los obstáculos materiales, no superables con medios puramente intelectuales, que oponen a toda alteración radical de la situación presente el poder de las relaciones económicas y el poder, organizado en el estado, de las clases interesadas en el mantenimiento de esta situación. La «tecnocracia», ha dicho Trotski en un audaz cuadro del futuro socialista de Norteamérica, «no se puede realizar más que bajo un régimen soviético, una vez derribados los tabiques de la propiedad privada».⁸

8. *Die Sammlung*, año II, n.º 10, junio 1935, p. 522.

9. FUERZAS PRODUCTIVAS MATERIALES II: LA LEY DEL PROGRESO

Con la ejecución radical, omnilateral y consecuente de la idea del desarrollo o evolución Marx no ha expresado por de pronto más que la forma de existencia del modo de producción burgués. La acumulación del capital es una condición de existencia necesaria de la producción capitalista. Por eso el progreso constante es para este modo de producción no sólo un resultado grato, sino el presupuesto imprescindible de su existencia. Marx ha expuesto en el *Manifiesto comunista* esta peculiar ley y la dimanante función revolucionaria de la burguesía:

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y, por lo tanto, las relaciones de producción y todas las relaciones sociales. En cambio, la conservación del anterior modo de producción era la primera condición de existencia de todas las anteriores clases industriales.

La constante transformación de la producción, la ininterrumpida conmoción de todas las situaciones sociales, la constante inseguridad y el movimiento constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Se disuelven todas las relaciones firmes, cristalizadas, con su séquito de ideas y concepciones venerables, y todas las nuevamente formadas quedan anticuadas antes de poder cristalizar. Se disipa todo lo fijo y permanente, se seculariza todo lo santo y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar desnuda su posición en la vida, sus relaciones recíprocas.¹

1. MEGA, I, 6, pp. 528 s. (MEW, vol. 4, p. 465).

Esta peculiar ley del modo de producción capitalista fue ingenua y sinceramente formulada por sus representantes ideológicos en la fase primera, ascendente, bajo la forma de *ley del progreso*.² Aunque más tarde, particularmente desde Darwin, el simple concepto de progreso fue sustituido por el de evolución, eso no significó por de pronto más que una aplicación más general del principio del progreso. El concepto de una constante *evolución progresiva* se erigió en principio básico de la ciencia sociológica. Herbert Spencer ha pretendido en este sentido presentar la investigación social como «the study of Evolution in its most complex form».³ La posterior sociología burguesa sonríe burlescamente desde el punto de vista de su superior cultura ante la ingenuidad del primitivo concepto burgués de progreso. Ya Spencer ponía, junto a la idea, por él imperturbablemente mantenida, de un progreso general que incluía como consecuencia obvia el progreso moral, una definición mucho más neutral de la evolución como progreso de formas simples a formas más compuestas.⁴ En su discurso sobre *Evolution and Ethics* Huxley subrayó la indiferencia ética del concepto de evolución, la falta de conexión y parcial contraposición entre progreso económico-social y progreso ético.⁵ Esta teoría «pluralista» del progreso presentada por

2. Ch. Perrault, *Parallèle des anciens et des modernes*, París, 1688-1697, y el replanteamiento de la cuestión del progreso por G. Sorel en su libro *Les illusions du progrès*, París, 1908.

3. Spencer, *The Study of Sociology*, 2.^a ed., Londres, 1874, pp. 384 s.; véase también J. B. Bury, *The Idea of Progress*, Londres, 1920, y M. Ginsberg, «The Concept of Evolution in Sociology», en *Studies in Sociology*, Londres, 1932, así como la exposición de conjunto de la historia de las ideas de progreso y evolución en la sociología burguesa por J. Rumney, *Herbert Spencer's Sociology*, Londres, 1934, caps. X y XI.

4. Véase la documentación de Rumney, *op. cit.*, particularmente pp. 242 ss. (citas de *First Principles*, 1862, p. 396, y de *Principles of Sociology*, I, 1876, p. 585), p. 269 (citas de *Social Statics*, 1855, p. 30 y de *Progress, Its Law and Cause*, 1857, reimpresso en *Essays*, I, p. 60) y pp. 272 ss.

5. T. H. Huxley, *Evolution and Ethics*, The Romanes Lecture, Londres, 1893, pp. 31 ss.

Huxley se convirtió, en el posterior desarrollo de la sociología burguesa, en un completo escepticismo en la cuestión y al final en pesimismo social, en glorificación del retroceso y teoría de la «decadencia de Occidente».

En la idea primitiva de progreso se expresa la fase ascendente de la producción capitalista, y en su posterior transformación en la idea neutral y «axiológicamente desvinculada» de la evolución propia de la moderna teoría burguesa de la sociedad se expresa la fase descendente de la producción capitalista. La necesidad económica de la acumulación ininterrumpida e ininterrumpidamente intensificada del capital que se expresó en la consciencia de la época como fanatismo del progreso, constituyó, como lo ha mostrado Marx en *El capital*, precisamente el valor (histórico) y la necesidad (transitoria) del modo de producción capitalista. Con el posterior desarrollo de la producción capitalista, con el aumento de la masa de capital y riqueza acumulados, el capitalista dejó de ser la mera encarnación de la tendencia acumulativa del capital.⁶ En la misma medida se desarrolló el estado de ánimo de «resaca» de la actual burguesía en comparación con su anterior embriaguez progresista.

La idea de progreso abandonada por la ciencia burguesa es recogida por la clase que representa la tendencia del progreso también en el desarrollo real de la sociedad presente. La crítica de la vieja fe burguesa en el progreso ejercida por el socialismo y el comunismo, por el optimista y utópico de Saint-Simon y Fourier y por el científico y materialista de Owen y de Marx, es *en parte* una restauración del núcleo racional de la idea. El socialismo repite de otra forma y con dimensiones gigantescamente aumentadas el desencadenamiento de la producción que el capitalismo consiguió, a trancas y barrancas, a su forma y para su época. La burguesía tomó consciencia en forma mistificada de la ley económica de su propio desa-

6. *Kapital*, I, pp. 555 ss. (MEW, vol. 23, pp. 617 ss.).

rollo al hinchar la acumulación del capital en una ley cósmica de progreso. En lugar de esa mistificación ideológica aparece en el caso del proletariado la clara orientación científica de su propia teoría y práctica hacia un nuevo desarrollo progresivo de las fuerzas productivas en la sociedad socialista. La clase obrera tiene que conservar el principio del progreso, originariamente burguesa, durante todas las fases de la larga lucha en las que se ocupa de su propia liberación y, con ella, de preparar la forma superior de vida de la sociedad. Sólo en una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido el sometimiento de los individuos a la división del trabajo y, por tanto, la contraposición entre trabajo intelectual y trabajo físico; cuando el trabajo no sea sólo medio de vida, sino que se haya convertido en la primera necesidad vital de los individuos; cuando con el desarrollo omnilateral de los individuos también hayan aumentado las fuerzas productivas y fluyan plenamente todas las fuentes de la riqueza comunista; sólo entonces se hará superfluo el inhumano sacrificio del presente para el futuro de la sociedad y el unilateral principio del «progreso» desembocará en el *omnilateral desarrollo de los individuos libres en la sociedad libre*.⁷ La moderna clase obrera realizará este viejo sueño de las clases oprimidas de todos los tiempos, que ya en Aristóteles había sido una expresión en clave mística del objetivo real de la autoliberación revolucionaria de la clase trabajadora de los hitos;⁸ y lo hará mediante su acción consciente.

Hasta ese momento, el proletariado reprocha a la burguesía mucho menos el que realice las fuerzas productivas sólo de forma capitalista, cargando sobre el prole-

7. Cf. Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», 1875, en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, 1891, pp. 565-568 (MEW, vol. 19, pp. 18 ss.) y la frase final de la segunda parte del *Kommunistischen Manifest* sobre la «asociación en la cual el libre desarrollo de cada cual es condición del desarrollo de todos» (MEGA, I, 6, p. 546; MEW, vol. 4, p. 482).

8. Aristóteles, *Política*, I, 4.

tariado los gigantescos costes sociales y sufrimientos de ese progreso capitalista, cuanto el que cada vez represente menos ese mismo progreso capitalista en su ulterior proceso, sino que cada vez se atenga más a la persecución utópica de sus intereses de clase, progresivamente incompatibles con el desarrollo de las fuerzas progresivas sociales, y que así al final sabotee directa y conscientemente todo progreso social. El primer triunfo de la lucha de clase proletaria consiste en imponer a la burguesía, contra su propia voluntad, la continuación de su (transitoria) misión histórica. El proletariado no llega a la realización de su propia tarea progresiva más que destruyendo en una revolución social las trabas más fuertes de las fuerzas productivas, que son el mismo modo de producción capitalista. «*La verdadera limitación de la producción capitalista es el capital mismo.*»⁹

Ya mucho antes de derrocar en un levantamiento revolucionario a la clase burguesa dominante y hacerse, como nueva clase dominante, explícito portador del desarrollo social, el proletariado anticipa este gran *cambio histórico de sujeto* en el desarrollo de su conciencia de clase, en su lucha de clase y en sus organizaciones de clase. El progreso que impone a la burguesía en la lucha de clase no es ya para el proletariado un progreso burgués, sino cosa propia. El desarrollo progresivo de las fuerzas productivas sociales se convierte en *acción del proletariado*, en una acción que incluye como fase normal y necesaria la total subversión de la sociedad existente en una revolución social.¹⁰

9. *Kapital*, III, 1, p. 231 (MEW, vol. 25, p. 260).

10. *Misère de la philosophie*, cap. 2, § 5, MEGA, I, 6, pp. 221-228 (MEW, vol. 4, pp. 175 ss.) y *Kommunistisches Manifest*, I, MEGA, I, 6, pp. 533-537 (MEW, vol. 4, pp. 470 ss.). Cf. mi libro *Arbeitsrecht für Betriebsräte*, Berlín, 1922, pp. 35 ss.

10. LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN

También la revolución burguesa de la época anterior, que sus representantes ideológicos interpretaron unilateralmente sólo como subversión de la constitución del estado, de la legislación y de las ideas generales, en suma, como *revolución política*, fue en realidad una transformación de todo el proceso económico-social de la vida. La limitación histórica de los revolucionarios burgueses, que sobrevive hoy día en las concepciones de los teóricos burgueses de la revolución, consiste en que no consideran la transformación de las condiciones económicas de la vida como una tarea directa que hay que llevar a cabo mediante una actividad humana consciente, sino, a lo sumo, como una consecuencia «natural» que resulta por sí misma de la transformación política conscientemente desarrollada.

El punto de partida de la nueva teoría marxiana de la *revolución social*, que es al mismo tiempo el eje de toda la crítica proletaria de los conceptos burgueses tradicionales de progreso, evolución y de revolución puramente política, es el descubrimiento materialista de que las relaciones económicas básicas de la sociedad, esto es, las «*relaciones de producción*» correspondientes a cada estadio de las fuerzas productivas materiales, no se desarrollan por sí mismas, ni por medio de una paulatina evolución social ni como consecuencia natural de una revolución puramente política. Tienen que ser transformadas por los hombres, exactamente igual que la «sobrestructu-

ra», erigida sobre ellas, de relaciones jurídicas, formas de estado, formas sociales de consciencia o «ideas». Y para realizar esa transformación hace falta una revolución social radical, que llegue hasta las raíces del orden social existente, hasta la producción material.

La única «evolución» posible en el marco de unas relaciones de producción sin alterar (sin alterar en su conjunto, en lo principal) de una época histórica consiste en el desarrollo de las «fuerzas productivas» sociales. Las condiciones materiales de existencia de las nuevas relaciones de producción que una revolución social ha de poner en el lugar de las antes existentes se incuban ya en el seno de la misma vieja sociedad. Las relaciones de producción, que no pueden desarrollarse por sí mismas, cumplen de todos modos, durante un tiempo determinado y hasta cierto punto, una función positiva en el desarrollo de la producción material. Bajo su dominio se produce el desarrollo de las viejas fuerzas productivas y el nacimiento de las nuevas.

El desarrollo latente, potencial, dinámico de la producción material con las mismas formas de relaciones de producción (o con relaciones de producción poco alteradas, no en lo fundamental) constituye la primera fase del desarrollo de cada época histórica. Llegada a un cierto punto, la evolución «armoniosa» (que sólo lo es en la superficie, pues contiene ya germinalmente los futuros conflictos) pierde incluso superficialmente su carácter armonioso.

En un determinado estadio de su desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes ..., dentro de las cuales se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo que eran de las fuerzas productivas esas relaciones de producción mutan en trabas de las mismas. Empieza entonces una época de revolución social. Con la transformación de los fun-

damentos económicos se subvierte también más o menos rápidamente toda la gigantesca sobreestructura.¹

Con esta concepción dinámica de la producción material la teoría de la evolución de Marx, teoría revolucionaria, entra en contraposición con cualquier otra. Pese a su mucho hablar de dinámica y evolución, los sociólogos burgueses siguen siendo en el fondo «estáticos sociales», porque no han superado la consideración estática por lo que hace al fundamento de la sociedad. El modo de producción material de la sociedad es para ellos en cada época un todo determinado: la producción se realiza en determinadas formas. En esas formas actúa toda la fuerza productiva existente de la sociedad. En este tipo de consideración no cabe la posibilidad de atender a otras «fuerzas productivas» que se añaden como fondo excedentario sin aprovechar. «Sin beneficio no hay chimenea que eche humo» (August Bebel). Las relaciones capitalistas de producción, junto con las relaciones de distribución correspondientes, son para la realización de la producción en la presente época burguesa tan imprescindibles como la tierra, las materias primas, las máquinas y las «manos» trabajadoras. Si se respeta rigurosamente este punto de vista, al final tiene que resultar un milagro el que la producción haya podido desarrollarse hasta su presente situación. Este milagro se explica en parte pseudocientíficamente mediante la disolución intelectual de la real transformación en los pasos menores y mínimos de una evolución imperceptiblemente paulatina.² Por otra o en otra parte se liquida mediante la apelación a la fuerza creadora sobrenatural de la gran revolución burguesa

1. «Prólogo 1859» (*MEW*, vol. 13, p. 9).

2. El escamoteo implícito en este modo de proceder fue ya críticamente desenmascarado por Hegel en la *Wissenschaft der Logik*, I, citada por la ed. de *Werke*, vol. III, 2.^a ed., Berlín, 1841, pp. 434-435. Una crítica más drástica todavía de la doctrina pseudodinámica de las transformaciones «infinitamente pequeñas» se ha tenido más tarde en las discusiones sobre el reformismo.

del pasado, la cual habría destruido la organización social feudal, incapaz de evolución ulterior, y habría producido con el actual modo capitalista de producción de la sociedad burguesa una forma de producción ilimitadamente capaz de evolucionar.

Mediante la división de la producción material en relaciones de producción cristalizadas, fijadas, y fuerzas productivas elásticas, se elimina de un golpe esa aparente determinación, inmovilidad e inmutabilidad que caracterizaba el fundamento económico de una sociedad dada (su «modo de producción») considerada en su conjunto. Ahora ya no se pregunta a las relaciones de producción sólo si en ellas puede realizarse la *producción*. Se les pregunta también y ante todo si en ellas puede tener lugar el *desarrollo de la producción*, su evolución. Las relaciones de producción son las formas por las cuales las fuerzas productivas pueden ser promovidas aún o ya obstaculizadas. A la inversa, pese a todos los cálculos técnicos, no se puede decir nada preciso y definitivo sobre la existencia y la medida de las «fuerzas productivas» obstaculizadas por las presentes relaciones de producción mientras la ruptura revolucionaria de las presentes limitaciones capitalistas de la producción no abra el camino para la real aplicación y puesta a prueba de aquellas fuerzas. Al igual que la transformación de las especies en la biología moderna, ya no evolucionista en sentido literal, tampoco las *transformaciones sociales* del modo de producción material son plenamente determinadas y determinables por anticipado. Del mismo modo que la «mutación»³ es un «salto» de la naturaleza a pesar de Aristóteles, así también la revolución social, pese a toda la determina-

3. El concepto de «mutación» se aplicó primero a transformaciones sociales, y sólo luego pasó a aplicarse en la ciencia de la naturaleza. Con ese término se designó hasta la edad moderna el proceso que hoy suele llamarse «revolución». La expresión «revolución» se utilizó por vez primera en este sentido a finales del siglo XVII, y no cobró plenamente la significación que hoy tiene hasta la revolución francesa de 1789.

ción materialista de sus presupuestos y de sus formas, es en su ejecución un «salto», no, desde luego, desde un reino absoluto de la necesidad hasta un reino absoluto de la libertad, pero sí desde un sistema de determinaciones fijadas hace mucho tiempo y convertidas en trabas a un sistema de formas sociales de vida que se tiene que formar en el proceso de la revolución misma, formas de vida más plásticas, que den lugar a un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas y liberen nuevas formas de actividad humana.⁴

4. Cf. Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, 1878, 3.^a sección: «Teoría», pp. 234 ss. (*MEW*, vol. 20, pp. 262 ss.) y las frases citadas de *Kapital*, III; también *Kommunistisches Manifest*, *MEGA*, I, 6, p. 537 (*MEW*, vol. 4, pp. 473 s.) y «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei», 1875, en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, 1891, p. 567 (*MEW*, vol. 19, p. 21).

11. DOS FASES DE LA TEORÍA MARXIANA DE LA REVOLUCIÓN

De la determinación precisa del concepto de fuerzas productivas materiales se obtiene la resolución de una cierta ambigüedad o escisión que hasta el momento parecía afectar a la concepción marxiana de la revolución. Esa ambigüedad consiste en que por una parte la revolución se presenta como derivada totalmente del desarrollo de las fuerzas productivas materiales, y, por otra y no menos resueltamente, como una acción práctica real de los hombres reunidos en una determinada clase social contra otras clases sociales, con todos los azares y todos los riesgos de semejante acción práctica. Como ya lo hemos mostrado al discutir el cambio de posición de la economía en el ulterior desarrollo del sistema marxiano, las diferencias entre la exposición de la teoría revolucionaria dada por Marx en su fase temprana y en su fase tardía (más exactamente: antes y después del año crítico de 1850) tienen una importancia puramente formal.

Esas diferencias contienen el reconocimiento teórico de un cambio producido hacia esa época en la situación histórica real y un cambio de acentos, correspondiente a ese cambio objetivo, desde la acción revolucionaria inmediata hacia una forma del movimiento de la clase obrera basado en el desarrollo económico objetivo y sólo mediatemente dirigido al objetivo revolucionario. Pero sería completamente erróneo rastrear detrás de esa más intensa acentuación de los presupuestos materiales de una acción victoriosa, a la manera psicologizante de algunos

intérpretes de Marx, algo así como una ruptura total del pensador, ya «madurado» hasta hacerse puro científico objetivo, con su anterior tendencia revolucionaria. La falta de fundamento de semejante «explicación» se aprecia, si se consideran bien las cosas, incluso para casos tan extremos como el conocido (y máximamente aprovechado por los críticos burgueses de Marx para sus fines) del Prólogo a la *Aportación a la crítica de la economía política* (1859) según el cual «una formación social 'no sucumbe nunca' antes de que hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las que es suficientemente capaz, y nuevas relaciones de producción 'no aparecen nunca' antes de que sus condiciones materiales de existencia hayan sido incubadas en el seno de la misma sociedad anterior».¹ Es verdad que esta formulación, llamativa por sus ilimitadas generalizaciones —los nunca y los todas— de una ley aparentemente independiente de toda acción humana se diferencia bastante, y para mal suyo, de la forma mucho más sencilla en que Marx había expresado el mismo pensamiento algunos años antes al declarar contra Proudhon que la «*organisation des éléments révolutionnaires comme classe suppose l'existence de toutes les forces productives qui pouvaient s'engendrer dans le sein de la société ancienne*».² Pero pese a eso queda claro también en este caso que en la declaración tardía y voluntariamente abstracta no falta sino un elemento necesario de la argumentación marxiana completa, y que la verdadera significación de la maduración de las condiciones materiales de la producción sigue consistiendo, como antes, en que posibilite la «organización de los elementos revolucionarios como clase» y el derrocamiento de la vieja sociedad por la acción de esta clase.

El característico desplazamiento de acentos desde la rebelión subjetiva de los trabajadores a la objetiva «re-

1. MEW, vol. 13, p. 9.

2. *Misère de la philosophie*, 1847, MEGA, I, 6, p. 227 (MEW, vol. 4, p. 181).

belión de las fuerzas productivas» aparece por vez primera en el documento en el que Marx y Engels, en el otoño de 1850, reconocen abiertamente el restablecimiento de la prosperidad y el final provisional, por él condicionado, el movimiento revolucionario:

Con esta prosperidad general en la cual las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan todo lo exuberantemente que es posible dentro de las relaciones burguesas no se puede hablar siquiera de ninguna revolución real. Una tal revolución no es posible más que en los períodos en los cuales entran en contradicción esos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas de producción burguesas.³

La forma cortante como Marx y Engels contraponen ahora a toda esperanza subjetiva y emocional de una aceleración arbitraria del proceso revolucionario los resultados de su análisis materialista de la situación económica objetiva y la sobria perspectiva resultante corresponde exactamente a la posición que en esa época han adoptado en la práctica frente a todos los esfuerzos subjetivistas. Con esa sobria comprobación materialista de la situación real se han separado de una vez para siempre de las ilusiones de la «democracia vulgar agrupada en torno a los futuros gobiernos provisionales *in partibus*»⁴ de la emigración revolucionaria de 1848. Con ello consumaron al mismo tiempo, en una violenta lucha de fracciones que no se terminó sino con la escisión y el final de toda la organización, la ruptura con el voluntarista y activista «partido de la acción» en la reconstituida Liga de los Comunistas de 1850.⁵ Pero también en esta forma se trasfor-

3. Marx, en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*, Hamburgo, n.º doble 5-6, 1850, p. 153 (MEW, vol. 7, p. 440).

4. Engels, en la introducción a la edición en forma de libro de los artículos de Marx y de la revista recién citada: *Die Klassenkämpfe in Frankreich*, 1895 (MEW, vol. 22, p. 512).

5. Motivación de la propuesta de escisión de Marx en la última

mó el materialismo práctico de Marx y Engels (como efectivamente les ha ocurrido luego a algunos de sus discípulos más «ortodoxos») en la adhesión a un ciego mecanismo de las fuerzas económicas del que resultara sin más la ruina de la vieja formación y la transición revolucionaria a la formación nueva. Se mantiene, por el contrario, la relación con la acción de la clase obrera. La nueva forma de la teoría materialista corresponde a la nueva forma de la lucha de clases, que en este período se desarrollaba sobre una base más amplia como un movimiento ya no inmediatamente orientado a la revolución social, sino en su resultado final, y realizado por una clase obrera unida en organizaciones sindicales y políticas.

La acentuación de los presupuestos objetivos de una revolución victoriosa del proletariado, que no pueden ser sustituidos por la mera buena voluntad, ni por la teoría acertada, ni por la organización eficaz de los revolucionarios —acentuación que es característica de la forma posterior de la teoría marxiana—, aparece simplemente, desde este punto de vista, como una mera reorientación teórica y práctica en la que Marx resume las enseñanzas objetivas de la revolución y la contrarrevolución europeas de 1848 para la nueva fase del movimiento revolucionario obrero que empieza con el año 1850. Esa reorientación tenía en este sentido para la situación del movimiento obrero de la época la misma significación que la formulación aparentemente teórica de la «ley fundamental de toda revolución» por el marxista revolucionario Lenin en un período histórico posterior: Lenin contrapone, en los primeros años de la posguerra, a los estados de ánimo activistas que subsisten en una situación cambiada las experiencias prácticas de las

sesión de la oficina central de Londres de la Liga, 15 septiembre 1850, en *Entbüllungen über den Kommunisten-Prozess zu Köln*, 1853, sec. I (MEW, vol. 8, pp. 412 s.).

tres revoluciones rusas del siglo xx sobre las condiciones previas de una «lucha directa, abierta, realmente revolucionaria de los trabajadores».⁶ Al poner así en guardia a la vanguardia activista de los trabajadores contra la perpetuación, en realidad conservadora, de una táctica directamente revolucionaria ya no justificada por la situación objetiva, ni Marx ni Lenin han pensado en sustituir la real acción revolucionaria de la clase obrera por una fe fatalista en un proceso evolutivo económico que, tras la debida espera, se vaya a realizar con necesidad absoluta y en última instancia sin riesgo. La clase que se encuentra con su acción en medio del flujo del desarrollo histórico y que determina prácticamente ese desarrollo ha de demostrar con la acción misma que, en la medida en que las relaciones de producción existentes se convierten en trabas de las fuerzas productivas, ya maduran bajo su recubrimiento las nuevas fuerzas productivas que posibilitan el paso revolucionario a las superiores relaciones de producción de una nueva época progresiva de la formación social económica.

6. Lenin, *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*, escrito entre el 27 abril y el 12 mayo 1920; ed. alemana en *Sämtliche Werke*, vol. XXV, Viena-Berlín, 1930, pp. 201 ss.

12. BASE Y SOBREESTRUCTURA I: ECONOMICISMO

¿De qué tipo son las relaciones entre la «estructura económica de la sociedad» y su «sobreestructura» política, jurídica, etc., entre el «ser social» y la «consciencia»? ¿En qué formas determinadas se realiza la conexión material entre las diversas esferas de la vida social? ¿Qué consecuencias tiene todo ello para la investigación materialista de las distintas esferas de una formación social económica dada? En los tiempos sucesivos se ha entendido cada vez menos la profundidad y la finura con que el pensador revolucionario Marx, pasado por la escuela de Hegel, adapta del modo más preciso la forma de conocimiento aplicada al campo temático tratado en cada caso, gracias a un modo de pensar que abarca toda la escala que va desde el conocimiento teórico hasta el conocimiento práctico inmediato. Los unos cayeron en la confusión de pensar que según la teoría materialista sólo tienen realidad «en el fondo» los hechos económicos, mientras que todos los demás fenómenos sociales —el estado, el derecho, las formas sociales de consciencia— tienen, en determinada gradación, cada vez menos «realidad» y al final se disipan en pura «ideología».¹ La consecuencia práctica de este estrechamiento «economicista» de la doctrina social revolucionaria de Marx consiste en que no se reconoce como acción revolucionaria proletaria más que la lucha económica de los trabajadores y las

1. La refutación de este error es uno de los temas principales de mi libro *Marxismus und Philosophie*.

formas directamente dimanantes de ella de lucha social (la llamada «acción directa»), mientras que todas las demás formas de lucha sólo mediatamente ligadas con la económico-social, entre ellas la política, se toman por mera desviación de los trabajadores de sus metas revolucionarias. Esta tendencia economicista fue ya representada en tiempos de Marx, dentro de la Asociación Internacional de Trabajadores por él dirigida (la *Primera Internacional*), por los proudhonistas, los bakuninistas y otras orientaciones «antiautoritarias», «antipolíticas» y «antipartidistas» del movimiento obrero revolucionario de la época. La enconada lucha de fracciones desarrollada entre esas tendencias y la marxista no terminó sino con la exclusión formal de aquéllas y la práctica disolución de toda la organización. Heredera directa de esta vieja tendencia antipolítica y economicista es la corriente, subsistente en el período posterior en varios países y a escala internacional como segundo y más débil tronco, junto al marxista, del moderno movimiento obrero, del sindicalismo y anarcosindicalismo revolucionarios, la misma corriente que entre 1931 y 1938 ha sido la fuerza motora del movimiento revolucionario en España, la primera agitación autónoma de la revolución proletaria desde la revolución rusa de octubre de 1917.²

En cambio, dentro del movimiento propiamente marxista, en cuya práctica desde los años setenta del pasado siglo cada vez han cobrado mayor importancia la lucha política y, subsiguientemente, el parlamentarismo, la corriente *economicista revolucionaria* ha desempeñado una función secundaria. De todos modos persistió siempre también en esta época (la llamada *Segunda Internacional*), nunca reconocida por la doctrina oficial del partido y del sindicato y explícitamente excluida de representación oficial. No nos referimos con esto a la tendencia

2. Véase mi artículo «Die spanische Revolution», en *Die Neue Rundschau*, Berlín, 1931.

pseudoeconomicista existente dentro de la socialdemocracia tardía, sobre todo en su movimiento sindical, que rechazaba por principio toda acción política del movimiento obrero que rebasara la mera lucha económica salarial, incluso cuando los fines de esa acción no rebasaban las reformas burguesas, como, por ejemplo, en Alemania la lucha por la abolición del derecho electoral prusiano sobre la base de las tres clases, o la lucha inspirada por Liebknecht contra el militarismo, etc., o en Francia la llamada «révolution dreyfusienne». Los meros medios «revolucionarios» (huelga general, manifestaciones, etc.) bastan para que el economicismo socialdemócrata rechace esas campañas. En cambio, esta tendencia sindical no tenía nada que objetar, pese a su ideología «economicista», contra la forma de acción política representada por el ala reformista de la dirección del partido, que se limitaba también en sus medios a los corrientes métodos parlamentarios y burgueses en general. Contra ese «economicismo» reformista, que hacia finales y principios de siglo apareció internacionalmente como «bersteinismo» y «revisionismo», y en Rusia como «economicismo» y abierto «liquidacionismo», surgió a escala internacional y a escala nacional rusa la tendencia representada del modo más acusado por Lenin, la cual sostiene la subordinación incondicional de todos los movimientos económicos, culturales e ideológicos del proletariado al movimiento político dirigido por el partido revolucionario. Esta tendencia primordialmente «política» del marxismo era la que iba a experimentar el triunfo histórico-universal de su principio en la inminente revolución bolchevique de 1917; desde entonces esa tendencia ha determinado toda la estructura y el desarrollo del estado soviético con el totalitarismo dimanante de su principio político. La única tendencia que en el período anterior a la primera guerra mundial elaboró en la socialdemocracia alemana e internacional la significación revolucionaria de la *lucha económica* que crece de las inmediatas reivindicaciones

obreras hasta hacerse lucha directa por el poder social —tendencia que así ha representado una orientación economicista *revolucionaria* contra el pseudoeconomicismo reformista y contra el radicalismo meramente político, o sea, puramente burgués, de la dirección del partido— ha sido el ala radical marxista reunida en torno a Rosa Luxemburg. Esta tendencia proletaria radical del movimiento socialdemócrata alemán e internacional se transformó durante la guerra y en la primera fase de posguerra en el radicalismo izquierdista comunista, directamente antiparlamentario y antisindical, que junto con algunas corrientes abiertamente anarquistas y sindicalistas revolucionarias, intervino primero intensamente en la fundación de la nueva organización internacional de combate de la clase obrera revolucionaria y luego, con la creciente estabilización de las viejas relaciones capitalistas, retrocedió en todas partes y fue excluida de la *Tercera Internacional* en una enconada lucha de fracciones dirigida todavía hasta el final por Lenin mismo.³

Como lo muestra ese breve esquema histórico, la *tendencia «economicista» revolucionaria*, pese a su reducción teórica de la lucha de clase proletaria desarrollada en todos los frentes a una sola forma básica de esa lucha, ha tenido una función importante en conjunto en el desarrollo del movimiento obrero revolucionario. Esto ha sido reconocido indirectamente incluso por un marxista tan político como Lenin, cuando en su lucha contra la «izquierda radical» recuerda, sin embargo, que la degeneración reformista de la socialdemocracia alemana es mucho más dañina: «No pocas veces ha sido el anarquismo una especie de castigo por los pecados oportunistas del movimiento obrero».⁴ La tendencia ha mantenido siempre su vinculación con la totalidad del movi-

3. En este contexto está escrito *El «izquierdismo», enfermedad infantil del comunismo*; ed. alemana en *Sämtliche Werke*, vol. XXV. Viena-Berlín, 1930, pp. 201 ss.

4. *Ibid.*, p. 215.

miento revolucionario proletario, aunque sea en la insuficiente y casi mística forma de una identificación inmediata del desarrollo económico objetivo con la lucha de clase proletaria.

13. BASE Y SOBREESTRUCTURA II: LAS LLAMADAS INTERACCIONES

Frente a este primer extremo del estrechamiento economicista del materialismo marxiano, la otra tendencia, más «sociológica», del marxismo se orientó a sustituir la «unilateral» reducción de todas las relaciones y todos los desarrollos sociales a la producción material por una coordinación de las «interacciones» ejercidas por las distintas esferas, o por una «interdependencia» omnilateral de las mismas. Esta tendencia abandona con esta negación de la importancia particular de la economía el carácter específico del nuevo principio materialista. La concepción materialista de la historia no aparece ya como el principio de una ciencia materialista que estudia todos los hechos de la historia en su conexión con la producción material. Aparece en el mejor de los casos como un método empírico positivista que expone todos los hechos en su propia conexión, sin ponerlos en dependencia de ninguna «idea» externa a ellos. La crítica de la economía política deja de constituir el fundamento de toda la investigación materialista de la sociedad y pasa a ser una aplicación a una región parcial de los principios que la concepción materialista de la historia formula de forma general para todo el ámbito de la vida social. Junto al sistema de la economía materialista, que se encuentra realizado en *El capital* de Marx, se encuentran entonces como elementos no realizados, pero teóricamente no menos justificados, del sistema total materialista los sistemas de la

política materialista, de la teoría del derecho, de la teoría de la cultura, etc.¹

Con esta disolución del materialismo económico de Marx en una serie de ciencias particulares sociológicas coordinadas no sólo se sustrae todo contenido determinado teórico a la teoría marxiana de la sociedad, sino que también se destruye al mismo tiempo el fundamento de su carácter práctico revolucionario. En lugar del ataque radical al todo del presente modo de producción capitalista y a la formación social económica basada en él aparece una crítica teórica a aspectos aislados del sistema capitalista existente, crítica del orden económico burgués, del estado, de la educación burguesa, de la religión, el arte, la ciencia y el resto de la cultura, una crítica que no tiene ya por qué desembocar necesariamente en práctica revolucionaria, sino que puede también disiparse (como he hecho ha ocurrido en la realidad) en todo tipo de esfuerzos reformistas que no rebasan en principio el terreno de la sociedad burguesa y de su estado.²

El punto de partida para el restablecimiento de la plena significación del principio crítico materialista de Marx es la percepción de que con la introducción de las llamadas «interacciones» no se añade absolutamente nada al conocimiento, ya contenido en aquel principio, de la conexión de todos los fenómenos económicos, sociales, políticos y espirituales, como suele decirse, en el todo del proceso vital. Sólo si se practica una reducción injustificada del pleno sentido de la tesis de Marx (sentido que se desprende de su aplicación en el conjunto de la obra de Marx y Engels) a la afirmación básica, única acentuada en la formulación abstracta, de la importancia primaria de la producción material se produce la falsa apariencia de que la tesis necesite, para su validez y plenitud,

1. Véase sobre esto mi escrito *Kernpunkte der materialistischen Geschichtsauffassung*, Berlín, 1922, particularmente pp. 11 ss., luego reimpresso en apéndice a *Marxismus und Philosophie*, 2.^a ed., pp. 125 ss.

2. *Marxismus und Philosophie*, 2.^a ed., p. 83.

esa posterior generalización y «complementación» representada por la noción de las «interrelaciones». Pero al formular su principio materialista Marx y Engels han partido desde el principio, como de cosa obvia, del hecho de que «una misma base económica —misma en cuanto a las condiciones principales— puede mostrar por innumerables circunstancias empíricas diversas, condiciones naturales, condiciones raciales, influencias externas, etc., infinitas variaciones y gradaciones en su manifestación, las cuales sólo se pueden entender por el análisis de esas condiciones empíricamente dadas».³

En este contexto han representado, junto a los efectos de la base económica en la sobreestructura (únicos aparentemente considerados por el esquema materialista), y del ser social sobre la consciencia, *como cosa obvia* también las formas en las que la relación de dominio y servidumbre inmediatamente nacidas de la producción misma «reacciona por su parte sobre ella». Tampoco han considerado la llamada «producción intelectual» como simple reflejo de la producción material, sino que con la concepción específica de la forma histórica de la producción material en cada caso han representado también «lo determinado de la producción intelectual que le corresponde y la interacción entre ambas».⁴

Ya dentro de la misma esfera económica Marx y Engels han considerado la «repercusión» de las relaciones de distribución, intercambio y consumo sobre la producción, y, en general, la «intervención de circunstancias históricas generales en la producción».⁵ Ya por la enseñanza de Hegel, antes de que hubieran elaborado su propia concepción materialista, estaban igualmente alejados de las dos concepciones hasta entonces dominantes en la filosofía, la política, la economía, etc. burgue-

3. *Kapital*, III, 2, p. 325 (MEW, vol. 25, p. 800).

4. *Theorien über den Mehrwert*, I, pp. 381 ss. (MEW, vol. 26, 1, pp. 255 ss., pp. 256 s.).

5. «Introducción 1857», p. 743 (MEW, vol. 13, p. 629).

sas: por un lado, el procedimiento de abstracción «grosero y no conceptuante», con el que los economistas burgueses desgarran la conexión de la producción con la distribución, la circulación y el consumo, y aún más con esferas como el derecho, la política, las formas de conciencia, para luego cubrir el corte por ellos mismos producido «relacionando ... arbitrariamente lo que va junto orgánicamente, poniéndolo ... en una mera conexión de la reflexión»;⁶ por otra parte, la forma igualmente insatisfactoria como los filósofos, los «socialistas literatos», y también muchos economistas, tratan como idénticas todas esas distintas esferas.⁷

El punto de vista de Marx y Engels sobre la relación entre la base económica y los distintos ámbitos de la superestructura, que componen juntos el todo de una determinada formación social económica, corresponde exactamente a lo que ha dicho Marx en uno de los pocos lugares en que se ha manifestado a propósito de cuestiones tan generales, en este caso sobre la relación de los distintos momentos de la producción material misma:

El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que son todos miembros de una totalidad, diferencias dentro de una unidad. La *producción trasciende* tanto de sí misma sobre su determinación contrapuesta cuanto de los demás momentos. En ella empieza siempre de nuevo el proceso ... Una determinada forma de producción determina, pues, determinadas formas de consumo, intercambio, y determinadas relaciones de esos momentos entre sí. Ciertamente que también *la producción, considerada unilateralmente* está a su vez determinada por otros momentos; por ejemplo, cuando se amplía el mercado, esto es, la esfera del intercambio, la producción aumenta cuantitativamente y se divide más profundamente. Al al-

6. «Introducción 1857», p. 714 (MEW, vol. 13, p. 620).

7. *Ibid.*, p. 718 (MEW, vol. 13, pp. 625 s.).

terarse la distribución se altera la producción, por ejemplo, con concentración del capital, distinta distribución de la población en la ciudad y en el campo, etc. Hay interacción entre los diferentes momentos. Esto es lo que ocurre en cualquier todo orgánico.⁸

Todas estas consecuencias de su principio materialista eran tan evidentes para los investigadores Marx y Engels, salidos de la escuela de Hegel, que por de pronto y durante un largo período ni siquiera se les ocurrió que su «inversión» materialista de la deducción hegeliana de todos los fenómenos económicos, sociales, históricos y mentales a partir de la «Idea» (que ya para Hegel no tiene nada que ver con la afirmación de una conexión causal unilateral) se pudieran entender erróneamente en el sentido de que los fenómenos políticos se pueden derivar de los económicos, las formas de la distribución de las formas de la producción, pero que la política no tiene ninguna importancia para el desarrollo de la economía, ni la distribución para la configuración de la producción, y que, por lo tanto, es necesario para la plenitud de la teoría completarla mediante la introducción posterior de las llamadas repercusiones e interacciones. Aparte de cualquier otra consideración, semejante concepción erróneamente atribuida a Marx y Engels habría significado que también en el desarrollo histórico real de la sociedad sólo el desarrollo político depende de la economía, mientras que ni las mayores transformaciones en el terreno de la política y el derecho tendrían la menor importancia para el desarrollo de la economía. Pero entonces su propio trabajo que se extiende a todas las esferas de la vida social, y el correspondiente trabajo político por ellos realizado para la consecución que buscaban de una total transformación del modo de producción capitalista quedarían como actividades sin sentido.

8. *Ibid.*, pp. 744-745 (MEW, vol. 13, pp. 630 s.).

Tampoco, pues, estaba justificada la autocrítica del modo como Marx y él mismo habían aplicado el principio materialista en sus obras teóricas y en su práctica política, autocrítica contenida en las cartas de vejez de Engels que, desde que las publicó Bernstein,⁹ han sido la fuente principal de todos los «rectificadores» revisionistas y burgueses del principio materialista de Marx. Aquí como en otras cuestiones ya tratadas por nosotros (por ejemplo, en la cuestión de la supuesta necesidad de una fundamentación «filosófica» del materialismo histórico), Friedrich Engels no ha mantenido en todos sus puntos, durante la última época de su vida, el gran progreso científico que había conseguido respecto del materialismo y del idealismo de la época anterior la concepción materialista de la historia elaborada por él con Marx. En su amistosa crítica de la concepción demasiado abstracta y dogmática que ya por entonces aparecía en algunos jóvenes partidarios del materialismo histórico —por ejemplo, en *La leyenda de Lessing* de Franz Mehring—,¹⁰ ha cargado sobre sus espaldas y sobre las de Marx una parte demasiado grande de la culpa al decir que «todos nosotros hemos despreciado al principio demasiado el aspecto formal en beneficio del contenido».¹¹ Con eso ha favorecido involuntariamente a la otra tendencia de la generación joven que, pretextando una lucha contra una concepción demasiado simplista y «vulgar» del materialismo marxiano, se esforzaba en realidad, como lo ha mostrado luego su posterior evolución, por romper las puntas revolucionarias a la nueva doctrina para hacerla científicamente presentable en sociedad. Engels no se ha dado cuenta oportunamente de que precisamente en la lucha de esa tendencia contra la de Mehring, a veces demasiado

9. *Dokumente des Sozialismus*, II, Stuttgart, 1903, pp. 65 ss.

10. *Neue Zeit*, X, 1892, pp. 540 ss.

11. Véase el párrafo de una carta de Engels a él, de fecha 14-VII-1893, comunicado por Mehring en su *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, 1.ª ed., Stuttgart, 1897, pp. 556 s.

primitiva, pero en conjunto fiel al núcleo revolucionario del materialismo de Marx, se dibujaba ya claramente en el terreno teórico el «revisionismo» socialdemócrata que luego predominaría también en el movimiento político práctico y sindical del partido marxista alemán, y que, por las etapas de 1914 y 1918, le conduciría a su catástrofe completa en el año 1933.¹²

La supuesta unilateralidad de la concepción materialista de la historia de Marx y Engels consiste en realidad sólo en su formulación demasiado filosófica, ya no del todo comprensible para sus contemporáneos, y todavía menos para generaciones posteriores que no sabían nada de Hegel. Como todas las proposiciones teoréticas, también las proposiciones sobre la conexión de la estructura económica, política, jurídica, intelectual de la sociedad en cada época y sobre el desarrollo histórico de esas conexiones estructurales, proposiciones que la concepción materialista de la historia puso como «hilos conductores» para el estudio empírico de la sociedad burguesa y para la acción de la clase proletaria, contienen inevitablemente una generalización de los hechos y sucesiones de hechos históricos de los que están inferidas y a los que se aplican por la investigación científica y por la política práctica. En este sentido, comparadas con una «plenitud» más o menos místicamente pensada de la «vivencia» histórica

12. Los destinatarios de las aludidas cartas de Engels de los años 1890-1894 son gentes que o bien no tenían ya desde el principio ninguna actitud clara respecto de la teoría revolucionaria de Marx, como el discípulo de Sombart Walter Borgius [Heinz Starkenburg] o que, como Conrad Schmidt y J. Bloch, han pasado en poquísimo tiempo de ser discípulos aparentemente muy esperanzadores del marxismo a convertirse en representantes destacados del ala revisionista de la socialdemocracia alemana. La publicación de estas cartas, que ocurrió en el año 1903 (bajo el característico título de *Über den Geltungsbereich der materialistischen Geschichtsauffassung* [Sobre el ámbito de validez de la concepción materialista de la historia], en medio del debate sobre el revisionismo empezado algunos años antes significó para su editor, Eduard Bernstein, una parte de su lucha política contra los rasgos materialistas y revolucionarios presentes en el programa del Partido Socialdemócrata en aquella época.

real, o con los procedimientos todo lo imitativos posible de la pura descripción histórica o de la exposición artística, se trata de proposiciones efectivamente «unilaterales». Pero esa unilateralidad no es en el fondo más que un nombre de la generalidad de la forma científica. El que se queja de la «unilateralidad» de la concepción materialista de la historia tendría que quejarse igualmente de la «unilateralidad» de los físicos, que subsumen bajo la ley de caída libre (ley de gravitación) los múltiples movimientos reales de los cuerpos animados e inanimados sin tener en cuenta todas las modificaciones provocadas por circunstancias concomitantes, incluyéndolas en la fórmula. Exactamente igual que en el caso de las leyes de la física aplicadas por la técnica, en el de las conexiones «legaliformes» entre los distintos campos de la vida social que proclama la concepción materialista de la historia y pone como principio heurístico en la base de su investigación rigurosamente empírica —o sea, en este caso histórica— de los hechos sociales, la supuesta «unilateralidad» de la ley es la base de su utilidad teórica y práctica.

Por lo tanto, la ampliación del esquema materialista practicada por los «sociólogos» marxistas no elimina, en realidad, una unilateralidad padecida por ese esquema, sino que perjudica simplemente su utilidad científica. La doctrina de las «interacciones» o de la «interdependencia» general de las esferas sociales, en la forma en que ha sido desarrollada por los posteriores críticos o complementadores reformistas y burgueses de Marx, no suministra ningún criterio para decidir si la causa de una alteración producida en cualquier terreno de la vida social —consiguientemente, el medio para producir esa alteración— se encuentra en el «efecto» de la base sobre la superestructura o en la «reacción» de la superestructura sobre la base. Esta falta de determinación no se compensa por el hecho de que en un lenguaje impreciso se diga que la base económica, con los efectos que irradian de ella, es el factor «primario» del desarrollo histórico, mientras

que la sobreestructura y sus efectos reactivos sobre la base son el factor «secundario», ni tampoco diciendo que las relaciones económicas son «el momento determinante en última instancia», o que entre las relaciones reales que constituyen el medio dado y condicionante de las actividades humanas «las relaciones económicas, por mucho que puedan ser influidas por las demás, las políticas y las ideológicas, constituyen en última instancia las decisivas y el hilo rojo que las atraviesa a todas en su desarrollo y permite su comprensión».¹³

13. Carta de Engels a Starkenburg del 25-I-1894, *Dokumente des Sozialismus*, II, p. 74.

14. BASE Y SOBREESTRUCTURA III: RECTIFICACIONES

Todas esas maneras de hablar de las citadas cartas del viejo Engels son intentos inadecuados de preservar la unificación «dialéctica» de sustancialidad, causalidad e interacción del «concepto» hegeliano¹ frente al cambiado modo de pensar científico de la segunda mitad del siglo XIX. Cuando se formulaba a los teóricos marxistas de viejo tipo, pasados por la escuela de Hegel (Engels, Plejánov, Antonio Labriola) o se formula a la nueva generación de hegelianos marxistas rusos la pregunta siguiente, que viene de otra concepción del mundo y tradición intelectual: «¿En qué medida actúan *causalmente* las relaciones económicas ... (son causa suficiente, ocasión, condición permanente, etc. del desarrollo)?»,² su primera reacción es un torrente de protestas contra esta nueva generación que ha caído tan bajo que no entiende ya nada de la *ars magna* de la dialéctica:

Lo que les falta a todos estos caballeros es dialéctica. No ven nunca más que aquí la causa y allí el efecto. No ven que esto es una abstracción vacía, que en el mundo real esas contraposiciones polares metafísicas no existen más que en crisis, que todo el gran proceso avanza en la forma de la interacción

1. Hegel, *Encyclopädie*, I, §§ 142-159.

2. Tenor literal de la primera de las dos preguntas dirigidas por Borgius [Starkenbug] a Engels y contestadas por éste el 21-I-1894 (*Dokumente des Sozialismus*, II, p. 73).

—aunque de fuerzas muy diversas, la más fuerte, originaria y decisiva de las cuales es la económica— y que aquí nada es absoluto y todo es relativo. Para ellos Hegel no ha existido.³

Pero lo que con esa semidefensa de la filosofía hegeliana —cuya mistificación idealista combatían al mismo tiempo del modo más enérgico desde su punto de vista materialista— podían salvar del «concepto» dialéctico de Hegel frente al nuevo modo de pensar (positivísticamente científico, orientado por el modelo de las ciencias de la naturaleza) dominante en otra generación no era ya la categoría dialéctica de interacción tal como se presenta en Hegel, filosóficamente vinculada con otras categorías dialécticas, sino sólo una complementación abstracta del concepto científico abstracto de causalidad con una «interacción» no menos abstracta.⁴ Pero contemplada en esta abstracción, ya Hegel había rechazado la «interacción» como un mero «refugio de la reflexión», como una categoría insuficiente ya para la «consideración de la naturaleza y del organismo viviente», y mucho más para las «consideraciones históricas». En este sentido ha hecho ya Hegel ironía sobre el modo como utilizaban la categoría los historiadores burgueses de su época:

Si consideramos las costumbres del pueblo espartano como efecto de su constitución, y a la inversa, ésta como efecto de sus costumbres, es posible que esta consideración sea correcta, pero la concepción no

3. Carta de Engels a Conrad Schmidt del 27-X-1890 (*ibid.*, p. 70). Cf. el tono muy análogo del aforismo de Lenin del año 1914: «No se puede entender completamente *El capital* de Marx y particularmente el primer capítulo si no se ha estudiado y entendido *toda* la *Lógica* de Hegel. Por lo tanto, al cabo de medio siglo ningún marxista ha entendido a Marx» (W. I. Lenin, *Aus dem philosophischen Nachlass* [Cuadernos filosóficos], extractos y glosas marginales editadas y presentadas por V. Adoratski, edición alemana, Viena-Berlín, 1932, p. 99. [Los extractos y las acotaciones a la *Wissenschaft der Logik* de Hegel. — K. K.]).

4. Cf. mi libro *Marxismus und Philosophie*, 2.ª ed., p. 98, nota 56.

satisface definitivamente porque por ella no se entienden en realidad ni la constitución ni las costumbres de ese pueblo ...⁵

Así estas «interrelaciones» o «interacciones» con cuya inclusión en el esquema materialista se trataba de conservar inmutada la dialéctica filosófica en el marco del pensamiento causal científico-natural no son ni carne ni pescado, ni filosofía hegeliana, mística, pero cargada de contenido, ni determinación conceptual moderna, con la exactitud típica de la ciencia de la naturaleza. Sin una determinación cuantitativa suficiente del «cuánto» de la acción y de la reacción y sin una indicación exacta de las condiciones en las cuales se produce en cada caso la una o la otra, la introducción de las «interacciones», que se ponen a la vez en el mismo plano que la causalidad y subordinadas a ésta, convierte la doctrina de la importancia decisiva de la base económica para el proceso de desarrollo de la sociedad en mera palabrería científicamente inutilizable.

Estas «unilateralidades» de las grandes teorías revolucionarias que hacen época son toda una cuestión, por su parte. Ya la teoría del «medio» («milieu»), formulada por el materialismo burgués en un época anterior y que luego, consecuentemente desarrollada por Robert Owen, le llevó a la fundamentación de su comunismo, tenía su sentido progresivo precisamente por la unilateralidad con la cual acentuaba, de entre los muchos factores del desarrollo histórico, uno hasta entonces no considerado. Esa teoría pierde toda su significación —y hasta toda apariencia de originalidad y profundidad, que todavía le da cierta punta inteligente e interesante en la forma caricaturesca en la que un reaccionario como Taine la ha utilizado posteriormente contra la misma revolución burguesa— si se la «complementa» diciendo que es verdad que el hombre es el producto de las circunstancias, pero

5. *Encyclopädie*, I, acotación 2 al § 156.

que por otra parte esas circunstancias son también co-determinadas por él, y en este sentido, a la inversa, el hombre es también la causa, el productor de sus circunstancias. Aún más superfluas y perjudiciales son esas «complementaciones» para la forma más desarrollada y llena de contenido determinado que tiene la teoría del medio del materialismo burgués temprano en el materialismo histórico y social de Marx. La proposición de Marx de que las relaciones de propiedad «son sólo una expresión jurídica de las relaciones de producción existentes» deja de ser un descubrimiento teóricamente nuevo y prácticamente importante para convertirse en una trivialidad cursi cuando se la complementa, en el espíritu sin «presupuestos» de la nueva filosofía del derecho alemana, con la observación de que sin duda el derecho es una forma del contenido económico, pero que, por otra parte, las relaciones económicas son «manifestaciones masivas de relaciones jurídicas», por lo que en realidad se trata de explicar recíprocamente el uno por el otro los dos campos de fenómenos.⁶

Para la determinación del tipo particular de relaciones y conexiones que existen entre la «base» económica y la «sobreestructura» jurídica y política, junto con las «correspondientes» formas de consciencia, no bastan en esta forma general ni la determinación conceptual filosófica de la causalidad «dialéctica» ni la «causalidad» científico-natural complementada por «interacciones». La ciencia natural del siglo xx ha aprendido que las relaciones «causales», en cuyo descubrimiento para un determinado campo trabaja el investigador especialista en él, no se pueden definir en la forma de un concepto de causalidad o una ley de causalidad generales, sino «específicamente» para cada campo particular.⁷ El principal tra-

6. Cf. R. Stammler, *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung*, Leipzig, 1896.

7. Cf. Philipp Frank, *Das Kausalgesetz und seine Grenzen*, Viena, 1932.

bajo preparatorio de esa resultante determinación moderna respecto de las particulares conexiones que dominan la vida práctica histórico-social del hombre se debe, en forma filosófica propia de la época, a la dialéctica hegeliana, y luego, en forma ya no filosófica, pero tampoco enteramente desprendida de la filosofía hegeliana, al materialismo «dialéctico» de Marx y Engels. La parte principal de los resultados conseguidos por Marx y Engels en este terreno no se encuentra en las formulaciones teóricas del nuevo principio, sino en su aplicación específica a una serie de cuestiones en parte prácticamente importantes y en parte teóricamente difíciles que hasta entonces no estaban resueltas ni conativamente.⁸ La precisa determinación científica de las conexiones aquí presentes sigue siendo hoy aún una tarea del futuro para la investigación de fundamentos científico-social, tarea cuyo centro de gravedad no está en la formulación teórica, sino en la continuada aplicación y puesta a prueba de los principios implícitamente contenidos en la obra marxiana. Ante todo es necesario no aferrarse demasiado tímidamente a los modos de decir, a menudo sólo metafóricos, con los que Marx ha descrito las conexiones aquí existentes como relación de «base» y «sobreestructura», «correspondencia», etc.

En sus propias formulaciones Marx ha utilizado con libertad tanto esas expresiones cuanto los contenidos que

8. Entre éstas hay que contar, por ejemplo, las cuestiones del «desarrollo desigual» aludidas por Marx al final de la «Introducción 1857» (MEW, vol. 13, pp. 639 ss.); se trata de desarrollo desigual en los diferentes terrenos de la vida social: desigual desarrollo de la producción material respecto de la artística (y de las distintas artes entre ellas), relación cultural entre los Estados Unidos y Europa, desigual desarrollo de las relaciones de producción respecto de las relaciones jurídicas, etc. Piénsese también en la ley leniniana del «desarrollo desigual del capitalismo en los diferentes países»; también la «ley del desarrollo combinado» utilizada por Trotski en el primer capítulo de su *Historia de la revolución rusa* (de febrero), Berlín, 1931; y la «ley», utilizada por Varga y por otros, que afirma el retraso (*lag*) del desarrollo ideológico respecto del material.

las llenan. Por ejemplo, ha presentado el desarrollo histórico de la sociedad unas veces como desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, otras como historia de luchas de clase. La imagen de la base y la superestructura la ha utilizado unas veces para la relación entre las relaciones de producción y formaciones institucionales como el «estado» y el «derecho», otras veces, directamente, para la relación entre el proletariado y las capas de la sociedad oficial soportadas por aquella clase más baja y rotas por su levantamiento.⁹ Es una inútil chapucería el limar esas aparentes contradicciones de las tesis marxianas con el argumento de que la «articulación social en clases» se reconduce a la economía y que, a la inversa, la lucha de clases «reacciona» o repercute sobre el desarrollo de las relaciones económicas. En realidad se trata de dos formas conceptuales igualmente originarias y no deducibles la una de la otra, que Marx ha elaborado en su doctrina materialista a la vez objetiva y subjetiva sobre las conexiones de la sociedad burguesa y sobre los medios de su derrocamiento, y tanto para el uso teórico cuanto para el práctico, por lo que la clase proletaria, según la situación, tiene que utilizar la una o la otra o ambas a la vez para conseguir la solución más exacta posible de la tarea considerada en cada caso. En todos estos casos, los conceptos marxistas, como lo han entendido del modo más claro entre los marxistas posteriores Sorel y Lenin,¹⁰ no están pensados como nuevas ataduras dogmáticas, ni como condiciones puestas *a prio-*

9. Por una parte «Prólogo 1859» (MEW, vol. 13, pp. 7 ss.), por otra *Kommunistisches Manifest*, MEGA, I, 6, p. 536 (MEW, vol. 4, pp. 472 s.).

10. Véase G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne*, 3.^a ed., 1919, pp. 386 ss.; y de los escritos de Lenin particularmente la discusión con el marxismo «objetivista», que es de su primera época, «El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve» (1895), en el vol. I, de la edición de Moscú de 1932 de las *Obras escogidas*; y los apuntes de su última época «Sobre nuestra revolución», escritos con ocasión de unas notas de N. Sujanov (1923), citado por la edición alemana de *Ausgewählte Werke*, vol. 6, Zurich, 1934, pp. 521 ss.

ri que tengan que ser cumplidas en determinado orden por la investigación que quiera presentarse como materialista, sino como una orientación enteramente no dogmática para la investigación y para la acción. «The proof of the pudding is in the eating.»

15. RESULTADOS

Las principales aportaciones de Marx a la investigación social consisten en:

1.º haber reconducido a la economía todos los fenómenos del proceso de la vida social;

2.º haber concebido también la economía socialmente;

3.º haber determinado históricamente todos los fenómenos sociales, y precisamente como un desarrollo revolucionario cuyo fundamento objetivo está en el desarrollo de las fuerzas materiales productivas de los hombres y cuyos portadores subjetivos son las clases sociales.

En esos tres resultados generales están ya contenidos resultados parciales tan importantes teórica y prácticamente como (4.º) la determinación exacta de la relación entre la economía y la política, y (5.º) la reducción de todos los fenómenos llamados «espirituales» a «formas de consciencia sociales» en parte distorsionadas («ideológicas») y en parte objetivamente válidas para una determinada época. El análisis detallado de estas circunstancias y relaciones ha de ser objeto de una exposición propia.

Para conseguir esos resultados Marx se ha servido de un aparato conceptual en parte tomado de Hegel y en parte desarrollado por él mismo previa asimilación de todos los elementos culturales presentes en su época, aparato que en consciente oposición al idealismo hegeliano llama su *materialismo*, y que frente a todas las demás posiciones posibles del materialismo anterior caracteriza

siempre con más detalle mediante uno o varios adjetivos, llamándolo materialismo histórico, dialéctico, crítico, revolucionario, científico, proletario.

En su tendencia principal el materialismo histórico no es ya un método «filosófico», sino científico empírico. Contiene el punto de partida para una solución real de la tarea que el materialismo naturalista y el positivismo resuelven aparentemente con su ecléctica trasposición de los métodos científico-naturales a la ciencia de la sociedad. En vez de trasponer a la investigación de la sociedad, tomándolos ya listos, los métodos desarrollados por los investigadores de la naturaleza en un trabajo de siglos, exactamente adaptados a su terreno de investigación y progresivamente diferenciados en su especialización, el nuevo materialismo de Marx ve su tarea en la formación de *métodos específicos* de la investigación histórico-social, en la elaboración de un *novum organum* que permita al investigador de la sociedad atravesar con la mirada también en su terreno los *idola* que se oponen al avance por el camino real de una investigación sin prejuicios y «*registrar con la fidelidad de la ciencia natural*» la situación real escondida tras una infinita confusión de revestimientos «ideológicos». En esto consiste el núcleo del materialismo marxiano.

Pero en su aspecto formal el método de Marx ha sido muy poco desarrollado hasta el día de hoy. Así como el positivismo científico-social queda preso en la esclavitud de los conceptos específicamente científico-naturales, en los métodos y procedimientos correspondientes, el materialismo de Marx no se ha desprendido completamente del método filosófico de Hegel que en el momento de su nacimiento lo dominaba todo. El materialismo de Marx es una investigación materialista de la sociedad no tal como se habría desarrollado desde su propio fundamento, sino, al contrario, tal como ha nacido de la filosofía idealista, y está pues, en todos los respectos, en el contenido, en el método y en el léxico, afectado aún por

los rasgos maternos de la vieja filosofía hegeliana de cuyo seno salió. Todos esos defectos eran inevitables en las condiciones de época en que ha nacido la investigación social marxiana. Pese a tales defectos era con mucho superior a todas las demás tendencias contemporáneas de la investigación social, y lo sigue siendo hoy pese a los progresos relativamente escasos que han hecho los marxistas desde entonces en el desarrollo formal del método fundado por Marx y Engels. Su forma en parte todavía filosófica no le ha impedido conseguir una serie de importantes resultados científicos que siguen siendo válidos hoy día.

Mediante el enlace con Hegel, la teoría materialista de Marx conectó con la suma del pensamiento social de toda la época anterior, del mismo modo contradictorio en que también prácticamente la acción social del proletariado continúa el anterior movimiento social de la clase burguesa.

La filosofía hegeliana contenía, pese a su carácter idealista de conjunto, más elementos útiles y más desarrollados para el nuevo materialismo histórico que el viejo materialismo, ya por el hecho de corresponder a un estadio más avanzado del desarrollo social.¹ Con el ejemplo de la doctrina hegeliana de la sociedad civil hemos visto lo laxamente que estaba unida con el todo de esta filosofía «idealista» una parte del material incluido por Hegel en su sistema. Análogamente otros elementos del sistema hegeliano podían leerse sin más de un modo materialista en vez de idealista.

Esta recepción de resultados metodológicos y materiales de la filosofía hegeliana no tenía en absoluto un ca-

1. En este sentido anota Lenin en 1914-1915, durante la lectura de la *Filosofía de la historia* de Hegel: «El idealismo inteligente está más cerca del materialismo inteligente que el materialismo tonto». El materialismo «tonto» es para Lenin el materialismo burgués temprano, sin desarrollar, a diferencia del idealismo «inteligente» de Hegel y del materialismo «inteligente» de Marx.

rácter imperativo para la nueva teoría proletaria. Marx y Engels han arrancado del todo del sistema idealista hegeliano determinados elementos y los han unido con otros de otra procedencia en el nuevo todo de una ciencia materialista. Hegel fue para su época una cabeza enciclopédica, un genio de la anexión, un «filósofo» hambriento de teoría y de realidad, que ha abarcado en su sistema un territorio incomparablemente mayor que el de ningún otro autor desde Aristóteles. Pero el material intelectual acumulado por Hegel es sólo una de las corrientes que Marx y Engels han hecho desembocar en el ancho río de su nueva teoría materialista de la sociedad. Tomaron de los historiadores burgueses del período de la restauración el concepto de clase social y el de lucha de clases, de Ricardo la fundamentación económica de las contraposiciones de clase, de Proudhon la proclamación del proletariado moderno como única clase realmente revolucionaria, de los acusadores feudales y cristianos opuestos al nuevo orden económico nacido de la revolución del siglo XVIII el desenmascaramiento sin contemplaciones de los ideales liberales burgueses, la invectiva llena de odio que da en el blanco; del socialismo pequeño-burgués de Sismondi la aguda descomposición de las contradicciones irresolubles del moderno modo de producción; de los iniciales compañeros de viaje de la izquierda hegeliana, particularmente de Feuerbach, el humanismo y la filosofía de la acción; de los partidos políticos obreros contemporáneos —los reformistas franceses y los cartistas ingleses— la importancia de la lucha política para la clase obrera; de la Convención francesa, de Blanqui y de los blanquistas la doctrina de la dictadura revolucionaria;²

2. Véase el primer artículo del documento fundacional de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires, publicado por Riazánov en el boletín ruso del Instituto Marx-Engels de Moscú. Ese documento, firmado por los blanquistas J. Vidil y Adam y por Willich, Marx, Engels y G. Julian Harney, obliga a los grupos que se unen, entre ellos

de Saint-Simon, Fourier y Owen todo el contenido de sus metas socialistas y comunistas: la subversión total de los fundamentos de la existente sociedad capitalista, la eliminación de las clases y de las contraposiciones de clase y la transformación del estado en una mera administración de la producción. A esas asimilaciones realizadas ya al principio se sumaron otras más en el ulterior desarrollo de su teoría, por ejemplo, los resultados de toda la época de descubrimientos de prehistoria que cierra en el siglo XIX la obra de Morgan.

Por ser según su forma teórica ante todo investigación estrictamente empírica de la sociedad, la nueva ciencia de Marx —investigación natural de la sociedad— es por su contenido ante todo economía. El investigador materialista Marx, que ha empezado como crítico revolucionario de la religión, de la filosofía, de la política y del derecho, ha concentrado luego progresivamente su investigación social a la economía. Pero con ello no ha estrechado en absoluto el ámbito de su ciencia social materialista. La crítica materialista de la economía política en *El capital*, que sólo en breves alusiones explicita las consecuencias del nuevo principio materialista para el estado, el derecho, la filosofía, el arte, la religión, etc., parte metódicamente del hecho de que con la investigación del modo de producción capitalista y de sus alteraciones históricas queda investigado ya todo lo que puede constituir un objeto de *ciencia social* de «fidelidad científico-

el marxiano Bund der Kommunisten [Liga de los comunistas] a asumir programáticamente las consignas blanquistas de la revolución permanente y de la dictadura del proletariado (*Bulleten' instituta K. Marksa i F. Engel'sa...*, n.º 1, Moscú-Leningrado, 1926, facsímil del manuscrito francés, p. 8; en alemán en *MEW*, vol. 7, pp. 553 s.). Sobre la posición de Marx respecto de Blanqui véase también el artículo del n.º 3 de la *Revue der Neuen Rheinischen Zeitung*, verano 1850, pp. 31 s. (*MEW*, vol. 7, pp. 89 s.) y el segundo informe de la oficina central a la Liga de los Comunistas de junio de 1850 (reimpreso como apéndice a las *Enthüllungen über den Kommunisten-Prozess zu Köln*, 1853, nueva edición Zurich, 1885 (*MEW*, vol. 17, pp. 306 ss.).

natural» en la estructura y el desarrollo de la presente formación social económica, con los criterios de una ciencia estrictamente empírica. Aquella totalidad de las relaciones sociales tratada por los sociólogos burgueses como campo de una ciencia social general es para Marx un campo de conocimiento científico objetivo sólo en la medida en la cual es investigada y representada por la ciencia histórica y social de la economía. En este sentido podemos completar nuestras anteriores exposiciones sobre la relación entre el marxismo y la «sociología» moderna mediante la afirmación aparentemente paradójica, pero objetivamente verdadera para la forma última y madura de la ciencia marxiana: *la ciencia social materialista de Marx no es sociología, sino economía.*

Para las demás ramas de la doctrina social materialista queda un territorio cada vez menos accesible a la investigación rigurosamente científica a medida que nos alejamos del fundamento económico, un territorio cada vez menos «material», cada vez más «ideológico», que al final no se puede tratar ya de un modo positivo y teórico, sino sólo crítico, en íntima relación con las tareas prácticas de la lucha de clase revolucionaria.

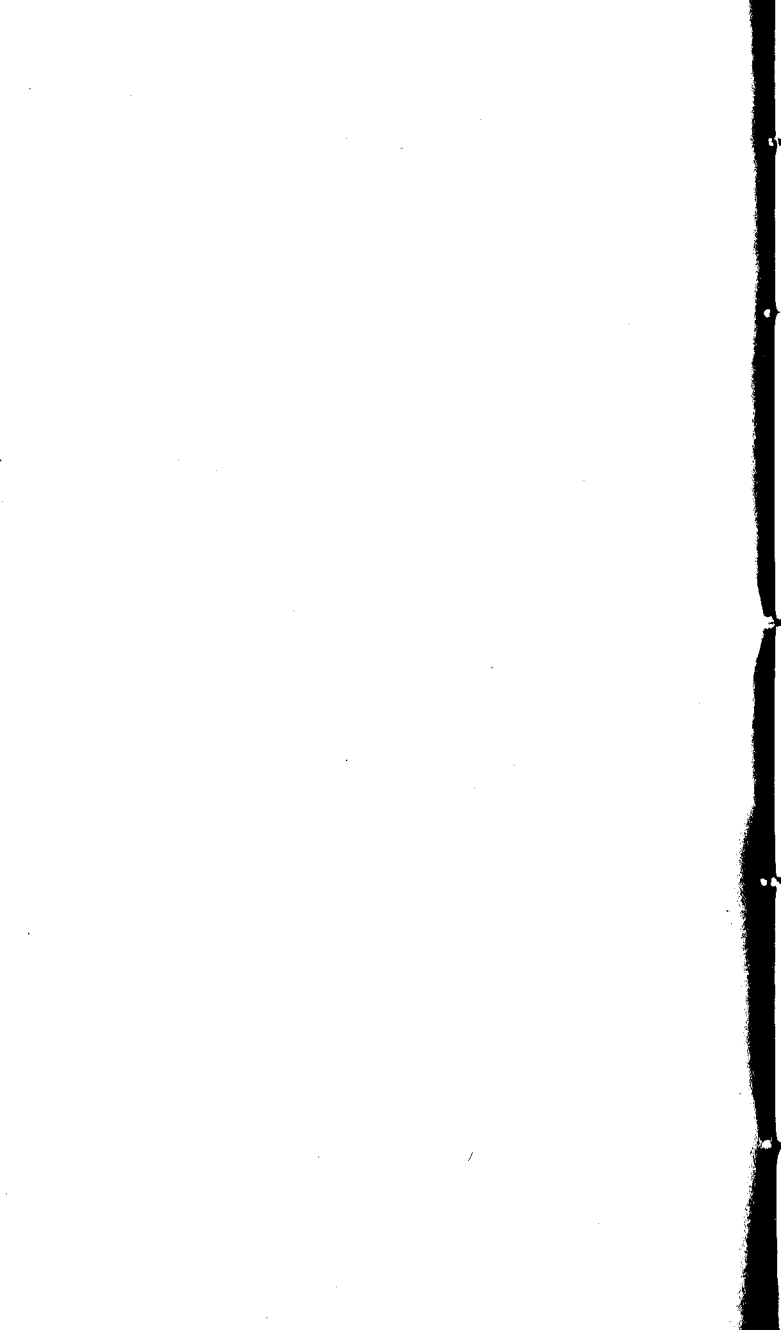
El fundamento último de la nueva ciencia marxiana no está ni en Hegel ni en Ricardo, ni en la filosofía burguesa ni en la economía burguesa. La investigación materialista de la sociedad y la teoría proletaria de la revolución marxianas tienen su arranque e impulso decisivo en la realidad del desarrollo histórico: en las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII y en el nuevo movimiento revolucionario de la clase proletaria en el siglo XIX. Una exposición genética mostraría la exactitud y la fuerza con las cuales en cada inflexión del desarrollo teórico de la doctrina marxiana se refleja una nueva fase de la historia real de la sociedad y de las nuevas experiencias de la lucha de clase proletaria. Pero esta estrecha relación entre la historia real de la sociedad y la teoría marxiana materialista no es simplemente un me-

to reflejo pasivo de la realidad en la teoría. Lo que Marx y Engels han obtenido de la historia real del movimiento proletario en forma de percepciones y conceptos teóricos lo han devuelto en seguida en forma de participación directa en las luchas de la época y en impulsos históricamente eficaces hasta el día de hoy para la ampliación y la intensificación de esas luchas.

El gran objetivo al que sirve toda formulación teórica del marxismo es la intervención práctica en el movimiento histórico. Este principio revolucionario que da forma a toda su obra teórica, hasta los últimos escritos de su vida, ha sido expresado por Marx ya en su temprana juventud, cuando concluyó su tajante crítica del materialismo insuficientemente político de Feuerbach, con el siguiente potente martillazo: «Los filósofos se han limitado a *interpretar* variamente el mundo; pero lo que importa es *transformarlo*».



APÉNDICES



APÉNDICE I

Original y copia mecanográfica al papel carbón, con correcciones a mano. Cinco páginas. Se reproduce a continuación la versión corregida.

180 Sutherland Avenue, 28 de septiembre de 1934.
Londres W. 9

Querido Doctor Rumney,

Propongo tratar principalmente en el libro *Karl Marx* de su colección sociológica los siguientes puntos de vista:

Parte primera

El concepto marxiano de sociedad («La sociedad civil» o burguesa).

I. Precursores.

1. «Los ingleses y franceses de los siglos xvii y xviii».
2. Kant, Fichte, Schelling, Scheleiermacher, Hegel. Los hegelianos de izquierda (Gans; Strauss, Feuerbach, Ruge; Bruno Bauer; Stirner; Moses Hess; Friedrich Engels).
3. Proudhon.

II. Dos fases del desarrollo del concepto de sociedad de Marx.

1. Hasta las tesis sobre Feuerbach y la crítica de la ideología alemana.
2. En la *Aportación a la crítica de la economía política* y en *El capital*.

III. Posterior desarrollo marxiano del concepto de sociedad.

1. Ampliación a la prehistoria (Morgan).

2. Inserción final de la historia de la sociedad en la historia general de la naturaleza.

Excurso: Diferencia específica de los conceptos de sociedad de Marx y de Engels.

- IV. Visión de conjunto de las pérdidas y restauraciones de los momentos específicos del concepto de sociedad de Marx.

1. Entre los marxistas (Kautsky, Plejánov, Antonio Labriola; Bernstein; Lenin).
2. Entre los sindicalistas (Sorel y otros).
3. Entre los fascistas y nacionalsocialistas.

Parte segunda

Momentos particulares del concepto marxiano de sociedad.

I. La orientación materialista.

II. La base económica.

Fuerzas productivas y relaciones de producción. «Estructuras» sociales. Sucesión histórica de las «formaciones sociales económicas».

III. Sobreestructura.

1. «Relaciones jurídicas y formas de estado».
2. «Formas sociales de consciencia».¹

Excurso sobre la doctrina marxiana de las ideologías y la doctrina de las ideologías en general (desde Destutt de Tracy hasta Pareto y Mussolini).

Teoría e ideología.

Ideología y mito.

Excurso sobre la «psicología social».

- IV. Sociedad y clases. Sociedad y estado. (Fundamentos generales de la teoría marxiana de las clases y del estado.) Aplicaciones estricta y amplia de los conceptos de clase y estado:

1. A la época de la «sociedad civil» o burguesa.
2. A la «historia escrita de la humanidad».

1. Esta subsección se convertirá probablemente en una parte por sí misma.

V. Consciencia social y práctica social.

Clases y contraposiciones de clase, consciencia de clase y lucha de clases.

Parte tercera

Teoría del desarrollo social.

I. La teoría marxiana de la revolución social.

1. Revolución burguesa y revolución proletaria.
 - a) Determinación conceptual.
 - b) Tradiciones jacobinas en Marx-Engels, en el marxismo alemán y en el marxismo ruso.
 - c) La táctica del partido obrero en la política internacional europea.
 - d) El problema de la cultura proletaria.
2. Dos fases de desarrollo del concepto marxiano de «revolución social».
 - a) Revolución política = revolución parcial; revolución social = revolución total.
Excurso sobre «Reforma y revolución» en Marx y Engels, en la pugna entre revisionistas y ortodoxia hacia 1900, en Luxemburg y Lenin.
 - b) Revolución social = revolución económica.
Excurso sobre la posición de Marx respecto de los sindicatos y sobre la relación entre acción económica y acción política.
3. La significación de la teoría marxiana de la revolución.
 - a) Para la teoría económica del *Capital*.
 - b) Para la «imagen del mundo» marxiana.

II. Revolución y contrarrevolución.

El ciclo revolucionario y sus fases.

La revolución como proceso objetivo y como acción subjetiva.

El conflicto entre el contenido objetivo del proceso revolucionario y las «ilusiones necesarias de los revolucionarios»; solución de ese conflicto en la teoría materialista de la acción revolucionaria.

III. La teoría marxiana de la dictadura revolucionaria.

1. Orígenes históricos de la doctrina marxiana de la dictadura.
2. Núcleo de la doctrina marxiana de la dictadura.
3. Primeros conatos de la posterior fetichización de la teoría de la dictadura en Marx y Engels.
Excurso sobre la posición de Marx y Engels respecto de la Comuna de París.
Excurso sobre la posición del marxismo y el anarquismo sobre las cuestiones de la dictadura y la «abolición del estado».
4. «Restauración» teórica de la teoría marxiana del estado y de la dictadura por Lenin en 1917. La Rusia soviética.
5. La doctrina de Marx, de Engels, de Lenin sobre la dictadura burguesa. Italia, Alemania.
6. Superación de la fetichización de la teoría marxiana de la dictadura.

Parte cuarta

La teoría marxiana del conocimiento social.

- I. Campo: «El mundo de la experiencia práctica histórico-social».

Excurso sobre la separación y la unificación por Marx de naturaleza y sociedad, ciencias de la naturaleza y ciencias de la sociedad.

II. Método.

1. Concepción materialista de la historia.
Excurso sobre momentos idealistas en la teoría marxiana de la historia pasada como «prehistoria de la sociedad humana», en la concepción de la sociedad protohistórica y en la «teoría de las dos fases» de la sociedad comunista.
2. Dialéctica materialista.
Excurso sobre la importancia de la vuelta de Marx y Engels a la dialéctica hegeliana en 1850-1860. Posición de Marx, de Engels y de Lenin sobre la «abolición de la filosofía».

3. Comparación del método marxiano con el empirismo, el positivismo, el pragmatismo y el método empírico-axiomático de las modernas ciencias de la naturaleza.
4. Materialismo del sujeto. Vinculación de teoría y práctica en el conocimiento científico-social.
Excursus sobre el carácter de clase de la filosofía y de la ciencia.

III. Presente significación del marxismo para la ciencia social.

Con cordiales saludos.

Suyo,

KARL KORSCH

APÉNDICE II

Original con tres copias mecanográficas al papel carbón, de 5 páginas a máquina. El original tiene anotaciones taquigráficas; las copias no están corregidas.

Una de las copias tiene una anotación taquigráfica destinada a Paul Partos: «1934 o 1935. Parte I de un proyecto anterior. Borrador sin corregir, ni siquiera las erratas de máquina. Luego corregido con tinta. Mandaré ejemplar bueno para ti y para B[ert] B[recht]». Es de presumir que la nota fechadora se añadió más tarde.

TESIS SOBRE ECONOMÍA Y POLÍTICA

(Problema de la sociología)

1. La teoría marxiana conserva, incluso en su forma plenamente desarrollada de crítica materialista de la economía política, la forma de una teoría económica.
 - 1.1. Crítica *históricamente* el modo de producción burgués como un determinado estadio de desarrollo de la producción material, y la «economía política» como una ciencia históricamente condicionada que en este preciso estadio de desarrollo nace del modo de producción burgués y constituye su complemento ideológico.
 - 1.2. Crítica *sociológicamente* el modo de producción burgués (y la correspondiente ciencia de la «economía política») reduciendo las relaciones aparentemente objetivas que existen entre los productos del trabajo en las condiciones de la producción mercantil burguesa (esto es, las relaciones de valor de las mercancías analizadas por la economía política) a las relaciones sociales que entablan los hombres en su producción.

- 1.3. Proclama la abolición *práctica* de esta forma particular histórica de la producción y la transición de la producción burguesa de mercancías —sólo indirectamente y *a posteriori* en armonía con las necesidades sociales, y de un modo cada vez más imperfecto en el curso del desarrollo— a una regulación directamente social de la producción.
2. Pero en todo eso, incluso como crítica histórico-social práctica de la economía política, sigue siendo una teoría económica y no se transforma directamente en una ciencia y una práctica histórica y social.
- 2.1. La economía de Marx se contrapone mucho más drásticamente a la llamada «escuela histórica» que a la economía teórica, tanto en su forma clásica como en su forma posclásica vulgar.
- 2.2.1. Marx critica tan categóricamente como el fetichismo de la mercancía en los economistas clásicos el pensamiento, nacido «en contraposición» a ese fetichismo en las cabezas superficiales tanto de entonces como de ahora, que no ve «en el valor más que la forma social, o más bien sólo su apariencia sin sustancia». El mismo error corrige en Galiani, que no es una cabeza de esa naturaleza superficial, ni por su profundidad ni por su posición histórica: «Cuando Galiani dice 'La ricchezza è una ragione tra due persone', habría tenido que añadir: una relación escondida bajo un recubrimiento cósmico». Marx elogia en los clásicos burgueses que no han rebasado la idea fetichista del valor y de la magnitud del valor de las mercancías el que, aunque imperfectamente, hayan analizado esas formas y el contenido oculto en ellas.
- 2.2.2. Aún más enérgicamente combate Marx (y también Engels en las tres secciones del *Anti-Dühring* contra la teoría de la violencia) a los sociólogos burgueses que, ignorando la economía o reconociendo a lo sumo algunas «leyes naturales» económicas inmutables, reconducen la verdadera transformación y el desarrollo de las formas de producción, de las relaciones de clase, etc. a la pura violencia y al poder, a la política, etc.

- 2.3. La teoría y la práctica del marxismo, como teoría materialista y socialismo «científico», han nacido directamente en contraposición al socialismo doctrinario y utópico, que sin tener en cuenta las leyes del desarrollo material, quiere pasar directamente de la economía y la política burguesas al modo de producción social consumado del socialismo y el comunismo plenamente desarrollados.
3. En esta forma económica consiste por una parte la excelencia de la teoría «materialista» de Marx respecto de las demás teorías del desarrollo social, y por otra parte su limitación.
- 3.1. «Limitación» no en el sentido de la limitación teórica que se hubiera podido superar mediante un pensamiento más agudo, audaz, amplio, profundo, consecuente, sino en el sentido de una limitación histórica.
- 3.1.1. Semejante limitación histórica existe desde el punto de vista materialista igual para la ciencia, como elemento de la consciencia social, que para la acción práctica que transforma la sociedad.
- 3.2. Como cualquier forma, tampoco la forma económica de la teoría social es en sí ni positiva ni negativa, sino que en el curso del proceso histórico muta de forma de desarrollo en traba del conocimiento.
- 3.2.1. (Así es también cada lenguaje, y cada forma sucesiva de un lenguaje, primero un instrumento necesario del pensamiento y de la acción, una forma de desarrollo del pensamiento que sólo en sus fijaciones inevitables muta en una traba.)
- 3.3. Por lo tanto, desde el punto de vista materialista carece de sentido la pregunta de si la conservación de la forma económica en la teoría es buena o mala.
- 3.3.1. Lo que importa es saber qué es lo que desarrolla esa forma y qué (en ese mismo momento o en un tiempo posterior) lo que es obstaculizado por ella en su desarrollo.
4. Así como (según el § 2 de mi libro) la teoría social proletaria de Marx en su conjunto no se ocupa de la sociedad socialista o comunista, sino de la for-

ma única real, hoy y aquí, de sociedad burguesa, así también el objeto de la parte especial de esa teoría económica de la sociedad que, en la forma de la economía, se ocupa de la producción material no es el modo de producción socialista o comunista, sino el modo de producción capitalista: la producción capitalista de mercancías.

- 4.1. Pero la teoría económica de Marx no se ocupa sólo del existente modo de producción burgués. Se ocupa del desarrollo (origen, evolución, ruina) y de la lucha revolucionaria del proletariado por su transformación en el modo de producción proletario (socialista y comunista).
- 4.2. La parcial coincidencia del objeto de la investigación funda para la teoría marxiana la necesidad de utilizar el contenido del modo de producción capitalista descubierto por la «economía política» burguesa, pero no una necesidad de utilizar ese contenido en la forma tradicional burguesa, ni de utilizar esa misma forma en la ulterior investigación del modo de producción burgués.
5. El fundamento decisivo del hecho de que la teoría proletaria pueda, ciertamente, criticar las categorías (fetichizadas) de la economía política, pero no sustituirlas directa y totalmente por otras consiste en que también la lucha de clases práctica del proletariado en el estadio evolutivo en que se encontraba en tiempos de Marx y acaso hoy todavía puede, ciertamente, atacar la forma de la producción burguesa de mercancías en la realidad, pero no derrocarla completamente y sustituirla por la forma socialista de la producción social.
- 5.1. Ya en un estadio no desarrollado, todavía filosófico, de su pensamiento, Marx había proclamado que la tarea de rebasar el punto de vista de la economía política no es puramente teórico, sino sólo resoluble por la práctica revolucionaria.
- 5.1.1. En este estadio Marx ha anticipado filosóficamente todos los resultados y conocimientos principales que luego ha incorporado, en forma cambiada, a su obra científica económica *El capital*.

- 5.1.1.1. Esos pasos constituyen la parte «crítica» en sentido estricto de la teoría del *Capital*. En estos puntos Marx, tras seguir hasta sus últimas consecuencias la teoría económica de los clásicos burgueses, ha roto al final también el marco mismo de la teoría económica. (Cf. la Introducción a mi edición del *Kapital*, Berlín, 1932, pp. 19 ss.)
- 5.1.2. Lo que Marx llama más tarde el «fetichismo de la mercancía» (caracterizándolo, si así quiere decirse, «sociológicamente») lo designa en este estadio anterior con la categoría filosófica hegeliana de «autoalienación humana».
- 5.1.2.1. Una tal aplicación «materialista» de la categoría hegeliana a las categorías de la economía burguesa no estaba en absoluto fuera del marco de la filosofía «idealista» hegeliana. Las mismas formas del modo de producción burgués descritas por la economía política que Marx presenta ahora como «autoalienación humana» habían constituido ya en la filosofía hegeliana el fundamento real de esa particular calamidad de la alienación que en un determinado estadio de su desarrollo afecta a la «Idea».
- 5.1.2.2. La primera aplicación precisa del concepto filosófico de «alienación» a los fenómenos económicos del dinero, el valor y el crédito se encuentra en los cuadernos de extractos de Marx del año 1844, al comentar una obra de Mill el mayor. Impresiona particularmente en este punto la exposición de por qué el sistema crediticio y bancario, que ya entonces (como de nuevo en nuestro tiempo) los saint-simonistas y otros socialistas utópicos y charlatanes burgueses saludaban como «una abolición gradual de la separación entre el hombre y la cosa, entre el capital y el trabajo, entre la propiedad privada y el dinero y entre el dinero y el hombre» en realidad «es una autoalienación tanto más infame y extrema por cuanto su elemento no es ya la mercancía, el metal, el papel, sino la existencia moral, la existencia social, la interioridad del pecho humano, y, bajo la apariencia de la confianza del hombre en el hom-

bre, la suma desconfianza y la suma alienación». Por esa misma época se anota Marx (en los *Manuscritos económico-filosóficos*) una proposición del socialista utópico Pecqueur sobre la «vertu magique» de la fecundidad comunicada al elemento muerto de la materia por el trabajo, esto es, por el hombre.

- 5.2. Ya en este estadio filosófico de su crítica de la economía política Marx había reconocido y dicho claramente que para abolir la alienación real que existe en el presente y real orden de la sociedad y se expresa simplemente en las representaciones «alienadas» de la economía burguesa no basta con el conocimiento puramente teórico, sino que hace falta ante todo la subversión de la situación real subyacente por una acción social.
- 5.2.1. Marx había incluso indicado ya por su nombre el sujeto social que suprime las «alienaciones» reales: los trabajadores.

APÉNDICE III

Original de 3 páginas a máquina con correcciones a mano. Finales de octubre—principios de noviembre de 1935 (Carta de Korsch a Partos del 2-XI-1935). Se imprime el texto corregido.

§ 10

Toda la teoría crítica del *Capital* está dominada por el punto de vista de la crítica revolucionaria incluso cuando parece proceder de forma puramente descriptiva y analítica. Lo que pasa es que esa crítica presente en todo punto aparece en formas distintas, más o menos desarrolladas. Utilizando por vía de analogía una distinción conocida en filosofía, se puede hablar de crítica trascendente y crítica trascendental de la economía en *El capital* de Marx. La crítica de Marx es trascendente, rebasa realmente los límites de la economía, en los numerosos pasos —que destacan poco por su extensión, pero son sumamente importantes por su contenido— en que Marx, tras seguir hasta sus últimas consecuencias las proposiciones formuladas por la economía política en su fase clásica, rompe al final el marco de la teoría económica misma y pasa de la exposición económica a una exposición directamente histórica y social del desarrollo del modo de producción burgués y de la contraposición real y la lucha de las clases sociales ocultas tras las dos categorías económicas del «capital» y el «trabajo asalariado».

Pero también en los pasos en los que Marx no parece proponerse más que continuar el trabajo de los grandes clásicos burgueses mediante un ulterior afinamiento, generalización, profundización y realización más consecuente de las categorías económicas, sus exposiciones tienen en todo caso una tendencia crítica. Sirven para llevar los conceptos y las

proposiciones económicas hasta el límite en el cual se hace visible y atacable la realidad histórico-social práctica que se esconde tras ellas. Esto ocurre de maneras diferentes, ya trasladando el punto de vista de la consideración desde el producto terminado del trabajo al trabajo exigido para su producción o desde la esfera del intercambio de mercancías hasta la esfera de la producción y de las relaciones en ella imperantes, ya sea, mediante una alteración de apariencias puramente terminológica, precisando la noción tradicional económica que define el salario como «precio del trabajo» con la tesis de que por el salario lo que se vende al empresario capitalista es la «fuerza de trabajo» del trabajador asalariado.

Pero la forma normal y típica de la «crítica» en *El capital* no es ni la primera (trascendente) ni la segunda (inmanente), sino la tercera o «trascendental». En esta crítica la forma del conocimiento económico no se rompe en principio, sino que sólo se remite a sus determinados límites históricos y sociales. La economía política se trata como una forma particular de la consciencia social que pertenece a una particular forma de producción, el modo de producción burgués, y constituye su complemento ideológico. Esto ocurre, por una parte, mostrando el carácter «fetichista» propio de todas las categorías de la economía política, empezando por las categorías básicas de la mercancía y del valor, carácter que consiste en que en ellas las relaciones determinadas que traban los *hombres* en la producción social de su vida toman la forma trucada de una relación entre cosas (las relaciones de «valor» de las mercancías, etc.). Y ocurre, por otra parte, mediante la demostración de que las categorías económicas, pese a su carácter «fetichista» o precisamente por él, representan la forma necesaria en la cual se expresa esta particular forma, histórica e históricamente precedera, de *socialidad imperfecta* característica del modo de producción burgués (cuyo carácter general se expresa del mejor modo con la frase, acuñada por Kant, de la «socialidad asocial»); ésta es la expresión necesaria de esa forma en la consciencia social de la época. Por tanto, las categorías económicas no son, ciertamente, como lo han creído los grandes clásicos burgueses de la economía política, formas atemporalmente válidas del conocimiento de las cosas económicas en sí, pero sí «formas intelectuales so-

cialmente válidas, y por tanto objetivas, para el conocimiento de las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado, la producción de mercancías». Como tales se encuentran, según el principio de la concepción materialista de la historia y la crítica de las ideologías (§ 11), en una relación indisoluble con la realidad material de este modo de producción mismo. Mientras este modo de producción sea sólo atacado y resquebrajado por la lucha revolucionaria práctica del proletariado, pero no derrocado, estas formas intelectuales consolidadas socialmente de la época burguesa no pueden ser más que criticadas por la teoría revolucionaria del proletariado, pero no definitivamente rebasadas. La crítica teórica de la economía política empezada por Marx en *El capital* no puede, pues, ser conducida hasta su final más que por la revolución proletaria, la cual, junto con la realidad del modo de producción burgués, transforma también las formas de consciencia correspondientes. Sólo cuando la forma del proceso vital social, esto es, del proceso material de producción, se encuentre, como producto de hombres libremente socializados, bajo el consciente y planificado control de éstos, se disipará, junto con el fetichismo de la producción mercantil, también la ciencia fetichista de la economía política en una teoría y una práctica directamente sociales de los productores asociados.

APÉNDICE IV

Original con una copia, de 3 páginas a máquina. La copia al papel carbón. Es fragmento. El original está trabajado a mano y taquigráficamente. La copia está sin corregir. De mediados de diciembre de 1935. (Carta de Korsch a Partos del 16 y 17-XII-1935). Se reproduce el texto de la copia.

§ 10. ECONOMÍA Y POLÍTICA (PROBLEMA DE LA SOCIOLOGÍA)

Aunque por su forma sigue siendo economía y crítica de la economía, la teoría marxiana es en su pleno desarrollo en realidad una ciencia ya no económica, sino histórica y social, y revolucionaria en su tendencia práctica. Como ciencia *histórica* investiga el modo de producción burgués como un determinado estadio histórico del desarrollo de la producción material. Con eso determina al mismo tiempo la economía política misma como una forma histórica particular de la consciencia social. La economía política es una ciencia burguesa que en un determinado estadio del desarrollo social nace del modo de producción burgués y constituye su complemento ideológico. Todas las categorías de la economía política, incluida la que les subyace a todas y es la más general, la categoría del «valor», son, pues, tan históricas como los hechos reales mentados y representados (imperfectamente, desde el punto de vista históricamente más desarrollado de la teoría proletaria) del modo de producción burgués y de su desarrollo.

Desde este punto de vista se abre para la teoría marxiana el camino del conocimiento de la particular forma *social* del modo de producción burgués. Como todas las formas anteriores, también el presente modo de producción burgués

es una forma social de la producción. Sin duda es una forma socialmente imperfecta, desde el punto de vista, más desarrollado, de la teoría proletaria, pero al mismo tiempo y en comparación con otras épocas —a pesar de que en ella haya nacido el culto al «individuo»— es la forma social más desarrollada. Pero este carácter real social del modo de producción burgués se presenta en la consciencia social de la época —tanto en la consciencia «precientífica» de los portadores prácticos de ese modo de producción cuanto en la consciencia «científica» de la economía burguesa— no directamente, sino sólo «deformado» o invertido. La crítica marxista de la economía política reconduce como ciencia *social* las relaciones aparentemente cósmicas que existen entre los productos del trabajo en las condiciones de la «producción burguesa de mercancías» a las relaciones sociales que traban los hombres en su producción. Con eso caracteriza al mismo tiempo las categorías, básicas en la economía política, del valor de la mercancía y todas las demás derivadas de ella, como capital, trabajo asalariado, dinero, papel moneda, crédito, beneficio, renta de la tierra, salario del trabajo, etc. como representaciones «fetichistas». La forma-valor del producto del trabajo y las relaciones de valor que se manifiestan en el intercambio (compraventa) de los productos del trabajo como mercancías y que en la producción mercantil desarrollada deciden sobre su producción o no-producción no expresan relaciones o propiedades de cosas, sino relaciones sociales, ocultas bajo una cubierta cósmica, de los hombres que cooperan de modos determinados en su producción. La sociedad burguesa es la particular forma histórica en la cual las relaciones básicas que los *hombres* traban en la producción social de su vida aparecen a los interesados *a posteriori* y en esta forma deformada de relaciones de *cosas*. El modo de producción burgués se caracteriza, en cuanto particular forma histórica de la producción material, por una forma particular de aquella cooperación, realizada para los que intervienen en ella primero de un modo inconsciente y que luego, *a posteriori* y deformadamente o de forma invertida, les llega a consciencia —igual que a su ciencia, la economía política— en la forma-valor del producto del trabajo y en las relaciones de valor de las mercancías. El hecho

de que en la producción de un producto se realiza trabajo social (trabajo para otros) se expresa en las condiciones de la producción mercantil burguesa en el hecho de que el producto del trabajo tiene en el intercambio como mercancía un «valor» (valor de cambio). Esto está condicionado por el hecho de que el producto posee un valor de uso para otros (valor de uso social). En cambio, en las condiciones de la producción mercantil burguesa no se tiene en cuenta la diferencia cualitativa de los trabajos útiles que producen el particular «valor de uso» de los distintos productos en el articulado sistema de la división social del trabajo mediada por el intercambio de mercancías. Este particular valor de uso, esta diferencia cualitativa entre los trabajos útiles, pasa a segundo término tras la diferencia meramente cuantitativa como distintas cantidades parciales de la cantidad total del trabajo «social», esto es, socialmente útil, productor de cualesquiera valores de uso. Esta diferencia cuantitativa es la única que aparece en el intercambio de los productos del trabajo como «valor» mercantil. Dicho sea de paso, en la producción de cosas útiles (valores de uso sociales) por el trabajo útil de los trabajadores asalariados por ellos comprados, lo único que importa a los capitalistas es este «valor», o dicho más exactamente, la diferencia entre el valor gastado por ellos en la producción de mercancías y el valor conseguido en la venta de las mercancías, o, más precisamente todavía, la diferencia entre el valor por ellos gastado para la compra de una determinada mercancía (fuerza de trabajo humana) en la forma del salario del trabajo y el nuevo valor producido por el trabajo vivo de los trabajadores asalariados, o sea, la «plusvalía» o «beneficio».

La economía política, que contemplaba la producción burguesa de mercancías como el orden económico racional y natural, finalmente alcanzado, había analizado, ciertamente, la relación de valor de las mercancías y había reducido la magnitud del valor al tiempo de trabajo utilizado para la producción de cada mercancía. Pero nunca se había preguntado por qué este contenido toma aquella forma. Precisamente sus representantes mejores y más consecuentes, los que vieron claramente el contenido económico del valor y de la magnitud del valor (en vez de ver en el «valor», como ya entonces

hicieron muchas cabezas superficiales, una forma social arbitraria, convencional, manipulable a voluntad), habían aceptado como hecho obvio e indiferente el que el trabajo se represente en valor y las cantidades de trabajo, medidas en tiempos de trabajo, se representen en la relación de valor entre los productos del trabajo. Habían distinguido, ciertamente, entre el valor de uso y el valor de cambio de las mercancías terminadas. Pero con esta distinción (ya practicada por Aristóteles para la producción mercantil antigua) no habían conseguido ningún punto de partida útil para el conocimiento de la producción burguesa de mercancías como una particular forma *social* de la producción. Los clásicos burgueses no han descubierto «la dúplice naturaleza del trabajo contenido en la mercancía» tras la dúplice naturaleza del valor como valor de uso y valor de cambio. La economía política «no ha distinguido nunca explícitamente y con clara consciencia entre el trabajo tal como se representa en el valor y el mismo trabajo tal como se representa en el valor de uso de su producto». Marx, que ha convertido este punto en el *punctum saltans* (pivot) para la comprensión de la economía política, ha puesto con ello al mismo tiempo en claro la naturaleza social de la producción burguesa y la forma particular de esta producción social...

APÉNDICE V

Original con dos copias al papel carbón, de 3 páginas a máquina.

Original y una copia al papel carbón, con correcciones y añadidos taquigráficos. No fechado.

Se reproduce el texto corregido del original.

§ 10. ECONOMÍA Y SOCIOLOGÍA

La economía política es una ciencia burguesa que en un determinado estadio de desarrollo histórico de la sociedad nace del modo de producción burgués mismo y constituye su complemento ideológico. No es pues, con todas sus categorías, incluida la categoría económica más general del valor, más que una forma particular e históricamente condicionada de consciencia social. No sólo son históricas las manifestaciones derivadas del valor en el modo de producción capitalista desarrollado —el capital, el trabajo asalariado, el dinero, el papel moneda, el crédito, el beneficio, la renta de la tierra, el salario, etc.— sino que es también histórica la *forma-valor del producto del trabajo*, que subyace a todas esas otras manifestaciones. El modo de producción burgués, como tipo particular de producción social, se caracteriza por el hecho de que en él los productos del trabajo se producen como «*mercancías*». La diferencia cualitativa entre los trabajos útiles por los cuales se produce el diverso «valor de uso» de los productos del trabajo en el articulado sistema de la división social del trabajo pasa a segundo término, en las condiciones de la producción mercantil burguesa, tras su diferencia meramente cuantitativa como cantidades parciales diferentes de la cantidad total del trabajo social. Sólo este último aparece en el intercambio (compra-venta) de los

productos del trabajo como «valor» (valor de cambio) de las mercancías. La economía política, que consideraba la producción mercantil burguesa como el orden económico racional y natural, finalmente alcanzado, valedero para todos los tiempos, había analizado la relación de valor de las mercancías y había reducido la magnitud del valor al tiempo de trabajo utilizado para la producción de cada mercancía. Pero nunca se había preguntado por qué este contenido toma aquella forma. Precisamente sus representantes mejores y más consecuentes, los que habían visto claro el contenido económico del valor y de la magnitud del valor (y no habían visto en el «valor», como ya entonces hicieron cabezas superficiales, una forma social arbitraria, convencional, manipulable a voluntad), habían aceptado como hecho obvio e indiferente que el trabajo se represente en el *valor* y que las cantidades relativas de trabajo, medidas por su duración, se representen en la *relación de valor* entre los productos del trabajo. Habían distinguido entre el *valor de uso* y el *valor de cambio* de las mercancías terminadas. Pero con esa distinción (ya aplicada por Aristóteles a la producción mercantil antigua) no habían conseguido ningún punto de partida útil para el conocimiento del particular carácter de la forma del valor, o sea, de la forma de la mercancía, o sea, de la producción mercantil burguesa como un estadio histórico particular de la producción social. No han descubierto la «dúplice naturaleza del trabajo contenido en la mercancía», convertida por Marx en *punctum saltans* para la comprensión de la economía política. La economía política «no ha distinguido nunca explícitamente y con consciencia clara entre el *trabajo* tal como se presenta en el valor y ese mismo trabajo tal como se presenta en el valor de uso de su producto».

En su crítica materialista de la economía política en *El capital* Karl Marx ha tratado el modo de producción burgués como forma histórica e históricamente percedera de la producción social. Mediante el desenmascaramiento del «carácter de fetiche» de la mercancía ha puesto de manifiesto las relaciones sociales del modo de producción burgués, ocultas tras la forma-valor de los productos del trabajo. La realización de esos dos puntos de vista críticos no sólo añade a los

hechos económicos y a los conceptos económicos una ulterior determinación histórica y social, sino que disuelve ya tendencialmente la economía política de los clásicos en una *ciencia directamente social*.

Las relaciones de valor que aparecen en el intercambio de los productos del trabajo como mercancías y que en la economía mercantil desarrollada deciden ya de su producción o no producción no expresan propiedades o relaciones de cosas, sino relaciones sociales de los hombres que cooperan en su producción. La sociedad burguesa es la particular forma histórica en la cual las relaciones básicas que traban los hombres en la producción social de su vida se hacen conscientes a los interesados sólo *a posteriori* y en esa forma deformada o invertida, como relaciones entre *cosas*. La *mercancía* y, en forma aun más llamativa, la mercancía particular que sirve de medio de cambio general, el *dinero*, y todas las formas derivadas de la producción mercantil capitalista —*el capital, el trabajo asalariado, el crédito*, etc.— aparecen como tales formas deshumanizadas del tráfico humano. Ésta es la circunstancia que en su período hegeliano-feuerbachiano Marx llamó la «autoalienación humana» y que efectivamente ya en la filosofía hegeliana constituía el fundamento real de la particular calamidad (*extremity*) que afecta a la «Idea» filosófica en un determinado estadio de su desarrollo. Ya en este período se había dado cuenta Marx de que para abolir la alienación real que existe en el presente orden social burgués y se expresa en las representaciones «alienadas» de la economía burguesa no basta con el mero conocimiento teórico, sino que es necesario ante todo la transformación de la situación real subyacente por una *acción social*.

Lo que en esta primera fase, o fase filosófica, de su crítica económica Marx llama *autoalienación humana* lo caracteriza más tarde en *El capital* y en otros escritos de su período científico materialista de un modo sociológico, como «fetichismo del mundo de la mercancía». Marx había mostrado que si bien no «por naturaleza» (como creyeron los economistas clásicos), sí dadas determinadas condiciones históricas —en cuanto que los productores del trabajo no se producen inmediatamente para el uso, sino para su venta

como «mercancía»— las mercancías en general adquieren una peculiar cualidad. Esa peculiar cualidad no nace del material de las mercancías, ni de su específica utilidad, ni de la particular cualidad del trabajo aplicado a cada una. Depende —con sólo que el producto tenga algún valor de uso social, o sea, con sólo que el trabajo utilizado en él haya sido un trabajo socialmente útil— exclusivamente de la cantidad de trabajo utilizado para la producción de cada mercancía. En esto se ponen de manifiesto dos cosas: por una parte el hecho de que en las particulares condiciones históricas de la producción mercantil burguesa los trabajos aparentemente independientes, aplicados en lugares diferentes a la producción de mercancías diferentes, son identificados luego violentamente, pese a su diversidad cualitativa, y tratados como partidas meramente cuantitativas de la cantidad total, nacida de su adición, de trabajo socialmente necesario. Pero en la producción mercantil burguesa ese carácter efectivamente social del trabajo no aparece desde el primer momento en una forma trasparente y racional. Se realiza sólo *a posteriori*, indirectamente, y en una forma opaca y deformada.

APÉNDICE VI

Original y una copia al papel carbón, 3 páginas a máquina.

El original y la copia trabajados a mano y taquigráficamente.

El original lleva una nota destinada a Paul Partos y escrita en taquigrafía: «Primeros pequeños apuntes sobre algunas ideas para el parágrafo. Del todo insuficiente. [Una frase ilegible]. 15-XII-1935» (Carta de Korsch a Partos del 16 y 17-XII-1935).

Se reproduce el texto trabajado del original

§ 11. ECONOMÍA, POLÍTICA, FORMAS SOCIALES DE CONSCIENCIA (IDEOLOGÍAS)

El tratamiento de los conceptos económicos en la crítica materialista de Marx contiene la clave para la comprensión de la teoría materialista de la consciencia, es decir, de la teoría marxista de las ideologías, o, como llaman a este dominio recientes imitadores del marxismo, la «sociología del saber» (Mannheim).

Desde el punto de vista metafísico del «sano sentido común» y de la filosofía parece una inconsecuencia, o hasta una contradicción, el que en la crítica de la economía política Marx desenmascare, por una parte, los conceptos económicos como representaciones «fetichistas» que representan las relaciones sociales de los hombres en la forma «invertida» de relaciones entre cosas, pero, por otra parte, mantenga esas mismas nociones y hasta las llame explícitamente «formas intelectuales válidas, objetivas». Con eso se produce la situación, insoportable para el metafísico, de que en una teoría se enfrentan dos grupos de conceptos y proposiciones que se excluyen recíprocamente, exactamente igual que en la sociedad capitalista real se enfrentan distintas clases sociales con intereses contrapuestos, contradictorios y recíprocamente excluyentes.

Para el metafísico no representa tampoco ninguna so-

lución el que Marx declare explícitamente que los conceptos económicos están condicionados social e históricamente (los llama «formas intelectuales *socialmente* válidas, por lo tanto objetivas para las relaciones de producción de este modo de producción social *históricamente* determinado que es la producción de mercancías») y el que añade que es una limitación de la consciencia burguesa el que para ella «tales fórmulas, que llevan escrito en la frente que pertenecen a una formación social en la que el proceso de producción domina a los hombres y el hombre no domina aún el proceso de producción, sean necesidades naturales tan obvias como el trabajo productivo mismo».

Al declarar Marx que en estos conceptos económicos aparecen a los productores (y lo mismo a la ciencia, que traduce simplemente a forma científica las nociones precientíficas de los productores) sus relaciones sociales «*tales como son*» («esto es, no como relaciones sociales inmediatas entre las personas mismas, sino como relaciones cósicas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas»), resulta impensable para el metafísico que, con el modo burgués de producción, cuya caducidad histórica y particularidad social puede estar dispuesto a admitir (aunque al hacerlo excluirá inconscientemente de la caducidad precisamente las determinaciones formales más generales), puedan llegar a ser falsas (o sin sentido) las proposiciones que han sido en algún momento verdaderas de ese modo de producción. Para el metafísico, una proposición que designa una cosa «tal como es» es una verdad atemporalmente válida, y sigue siéndolo aunque el objeto desaparezca.

En cambio, para el materialista es contradictorio (y carece de sentido) hablar de validez atemporal de proposiciones sobre cosas sociales e históricas, porque él define esas proposiciones mismas como cosas sociales (y, por lo tanto, históricamente mudables). El principio de que «no es la consciencia de los hombres la que determina el ser, sino a la inversa, el ser social el que determina la consciencia» no significa para Marx —que por esta época ya había abandonado hacía tiempo las cuestiones filosófico-epistemológicas, como todas las demás cuestiones filosóficas— lo mismo que para el metafísico.

No se trata de una respuesta a la cuestión metafísica de la relación entre una *consciencia en sí* y el *ser en sí* que se le enfrenta como objeto de consciencia. Está claro desde el primer momento que el ser-consciente no es más que una parte del territorio del *ser social* (y por tanto histórico) en parte consciente y en parte no consciente. La cuestión es la de la determinación activa o pasiva entre las distintas formas del ser (el derecho y la economía, las formas de estado y la economía) y lo mismo entre la *consciencia* y el ser no consciente. A esa cuestión responde Marx dentro del estrecho ámbito del «ser social» al que pertenece como elemento particular la consciencia (la cual es según esto siempre «social») hay una *dependencia* de la consciencia respecto del ser que es *de naturaleza completamente distinta* de la que existe entre el objeto pensado y el pensamiento del objeto, por la cual el pensamiento se distingue objetivamente (por así decirlo), como forma de la realidad, del ser pensado como otra forma de la realidad (una dependencia más bien del tipo de la dependencia de las relaciones jurídicas respecto de las relaciones de producción): relaciones estructurales, relaciones de desarrollo; relaciones «unilaterales» en las cuales la alteración en un ámbito tiene como consecuencia transformaciones cuantitativa y cualitativamente *importantes* en el otro, pero no recíprocamente; o la alteración en un campo produce efectos duraderos en el otro, mientras que en el sentido inverso sólo se produce un efecto instantáneo, breve, transitorio, etc.; relativa importancia de las transformaciones en los distintos terrenos para la situación general; más exactamente: repercusión de las transformaciones de un terreno en otros muchos y diferentes terrenos, mientras que, a la inversa, las transformaciones producidas en uno de estos otros terrenos repercuten en relativamente pocos campos; imposibilidad de *transformar* algo en un campo sin una transformación previa, simultánea o suficientemente inmediata de otro terreno (o la misma imposibilidad del intento de mantener un campo *inalterado*, pese a transformación de otro).

En este sentido se puede entonces decir que las formas de consciencia de la economía política no se pueden transformar antes de la transformación del modo de producción

burgués. Los conceptos económicos no pueden ser destruidos ni sustancialmente cambiados por la crítica teórica no, como creería el metafísico, porque tienen por objeto el modo de producción burgués, sino porque ellos mismos, como objetos reales, pertenecen al mismo mundo burgués que las reales relaciones de producción burguesas, y en su estructura, etcétera están realmente determinados, influidos, contenidos y consolidados por aquéllas. La incompreensión del metafísico se manifiesta también, entre otras cosas, en el hecho de que la consciencia burguesa no puede representarse más que en forma burguesa otras relaciones de producción temporalmente previas (o prehistóricas), o presentes en regiones muy alejadas y sin relaciones con las europeas, o bien relaciones de producción no burguesas pensadas como futuras (Robinson, el cazador y el pescador primitivos de Ricardo), y ni siquiera los críticos socialistas tendencialmente antiburgueses rebasan vagas y abstractas nociones.

[*Añadido taquigráfico:*] También en el hecho de que la misma dependencia respecto de las relaciones de producción, y hasta en medida mayor, se vuelven a encontrar en las nociones de la [¿burguesía?] que no tienen por «objeto» las relaciones «económicas», sino el derecho, la política y las ideologías «superiores», esto es, todavía más alejadas de su fundamento económico material.

APÉNDICE VII

Entre los papeles póstumos se han encontrado sólo trabajos previos sin terminar para la preparación de una bibliografía alemana. La lista, aquí reproducida, de las fuentes básicas, del libro de Korsch coincide en lo esencial con la bibliografía dada en la versión inglesa, pp. 237 ss.*

BIBLIOGRAFÍA

Los escritos de Marx y Engels de hasta 1848 y toda la correspondencia entre ambos, 1844-1883, se citan por la edición completa publicada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú: *Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, sección I, vols. I-II, y sección III, vols. I-III, editados por D. Riazánov, Berlín, 1927-1930; sección I, vols. III-VI, y sección III, vol. IV, editados por V. Adoratski, Berlín, 1931-1932. Sobre sus escritos posteriores informan del modo más completo y fidedigno, para Marx, el volumen *Karl Marx. Chronik seines Lebens in Einzeldaten*, editado por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, Moscú, 1934; para Engels, la lista de fuentes y citas del libro de Gustav Mayer, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, 2.ª ed. corregida, La Haya, 1934, vol. I, pp. 373 ss., vol. II, pp. 533 ss. Todos los escritos de Marx y Engels no publicados en *MEGA* se citan por su primera edición. Manuscritos [ms.], documentos, etc. no publicados en vida de Marx y Engels se citan en la forma en que fueron publicados por vez primera.

* Reproduzco este último apéndice de la edición Langkau, pese a tratarse de una bibliografía alemana, por lo que tiene de informativo sobre la selección de textos marxianos o marxistas realizada por Korsch. (N. del t.)

*Escritos de Marx*¹

MEGA, I, 1,1:

1. *Differenz der demokritischen und epikureischen Naturphilosophie...* [Diferencia entre la filosofía natural de Demócrito y la de Epicuro...] (tesis doctoral, 1841).
2. «Das philosophische Manifest des historischen Rechtsschule» [El manifiesto filosófico de la escuela histórica del derecho], en *Rheinische Zeitung* [Gaceta renana], suplemento n.º 221, 1842.
3. «Die Verhandlungen des 6. rheinischen Landtags. Debatten über das Holzsdiebstahlggesetz» [Los trabajos de la 6.ª dieta territorial renana. Debates acerca de la ley sobre el robo de leña], en *Rheinische Zeitung*, suplementos n.ºs 298 y 307, 1842.
4. *Aus der Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* [De la crítica de la filosofía hegeliana del derecho] (ms. 1843).
5. «Ein Briefwechsel von 1843» [Un epistolario de 1843], en *Deutsch-Französische Jahrbücher* [Anales franco-alemanes], 1844.
6. «Einleitung zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie» [Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho], en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, 1844.

MEGA, I, 1,2:

7. Carta a su padre del 10-XI-1837.
8. Carta a Ruge del 25-I-1843.
9. Carta a Ruge del 13-III-1843.

MEGA, I, 3:

10. «Kritische Randglossen zu dem Artikel: 'Der König von Preussen und die Sozialreform. Von einem Preussen'» [Acotaciones críticas al artículo «El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano»], en

1. Los escritos compuestos por Marx y Engels se citan con el título precedido de un asterisco.

Vorwärts. Pariser Deutsche Zeitschrift [Adelante. Revista alemana de París], n.ºs 63-64, 1844.

11. De los cuadernos de extractos: sobre Smith; sobre Mill (ms. 1844).
12. *Zur Kritik der Nationalökonomie. Mit einem Schlußkapitel über die Hegelsche Philosophie* [Manuscritos económico-filosóficos], 1844.
13. * *Die heilige Familie oder Kritik der kritischen Kritik. Gegen Bruno Bauer und Consorten* [La Sagrada Familia, o crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes], Frankfurt, 1845.

MEGA, I, 5:

14. * *Die deutsche Ideologie. Kritik der neuesten deutschen Philosophie, in ihren Repräsentanten Feuerbach, B. Bauer und Stirner und des deutschen Sozialismus in seinen verschiedenen Propheten* [La ideología alemana. Crítica de la filosofía alemana reciente en sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en sus varios profetas], mss. 1845-1846.
15. «Thesen über Feuerbach» [Tesis sobre Feuerbach] (ms. 1845; publicado por vez primera por Engels como apéndice al título n.º 50).

MEGA, I, 6:

16. *Misère de la philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon*, París-Bruselas, 1847.
17. *Arbeitslohn* [Salario del trabajo] (ms. 1847; luego reelaborado y publicado con otro título, véase n.º 18).
18. «Lohnarbeit und Kapital» [Trabajo asalariado y capital], en *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva gaceta renana], n.ºs 246 ss., 5-11 abril 1849.
19. De los cuadernos de extractos: sobre Quesnay; sobre Brissot (mss. 1845-1846).
20. * *Manifest der kommunistischen Partei*, Londres, 1848.
21. Editorial de la *Neue Rheinische Zeitung* del 4 abril 1849. (Los títulos n.ºs 18 y 21 fueron reeditados por Engels en 1891, con una introducción, bajo el título de *Lohnarbeit und Kapital* [Trabajo asalariado y capital].)

22. «Ansprache der Zentralbehörde des Bundes der Kommunisten» [Alocución de la oficina central de la Liga de los Comunistas], junio 1850 (reimpresión en 1885 como apéndice a la edición por Engels del título número 26).
23. *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue* [Nueva gaceta renana. Revista político-económica], Hamburgo, n.º 3, marzo 1850.
24. *NRbZ, n.º doble 5-6, noviembre 1850. (Los n.ºs 23 y 24 fueron reeditados por Engels en 1895 con una introducción y bajo el título de *Die Klassenkämpfe in Frankreich, 1848-1850* [Las luchas de clases en Francia, 1848-1850]).
25. «Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte» [El 18 Brumario de Luis Bonaparte], en *Die Revolution. Eine Zeitschrift in zwanglosen Heften* [La revolución. Revista no periódica], Nueva York, n.º 1, 1852 (reimpreso en Hamburgo como libro en 1869).
26. *Enthüllungen über den Kommunisten-Prozess zu Köln* [Revelaciones sobre el proceso de Colonia contra los comunistas], Basilea, 1853 (reeditado por Engels con introducción y apéndice, Hottingen-Zurich, 1885).
27. «Einleitung zur Kritik der politischen Ökonomie» [Introducción a la crítica de la economía política], ms. 1857, impreso en *Neue Zeit* [Tiempo nuevo], XXI, n.º 1, 1903; citado como «Introducción 1857».
28. Prólogo a *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, 1859; citado como «Prólogo 1859».
29. *Zur Kritik der politischen Ökonomie* [Aportación a la crítica de la economía política], Entrega I, Berlín, 1859.
30. Prólogo a la primera edición de *Das Kapital*, 1867.
31. Epílogo a la 2.ª edición de *Das Kapital*, 1872; citado por «Epílogo 1873».
32. *Das Kapital* [El capital], libro I: *Der Produktionsprozess des Kapitals* [El proceso de producción del capital]; 1.ª ed., 1867; 2.ª ed., 1872; 3.ª ed., publicada por Engels, 1883; citado por la 4.ª ed., publicada por Engels, Hamburgo, 1890, como *Kapital*, I.
33. *Das Kapital*, edición completa según la 2.ª ed. de 1872,

- editada con una introducción por Karl Korsch, Berlín, 1932; citado por *Kapital*, I (ed. Korsch).
34. * *Das Kapital*, libro II: *Der Zirkulationsprozess des Kapitals* [El proceso de circulación del capital], editado por Engels, Hamburgo, 1885; citado por la 2.^a ed., Hamburgo, 1893, como *Kapital*, II.
 35. * *Das Kapital*, libro III: *Der Gesamtprozess der kapitalistischen Produktion* [El proceso conjunto de la producción capitalista], editado por Engels, Hamburgo, 1894; citado por la 4.^a ed., Hamburgo, 1919, como *Kapital*, III.
 36. Trabajos preparatorios para la crítica de la economía política, entregas 6-15 (mss. 1861-1863), editados por Karl Kautsky con el título de *Theorien über den Mehrwert* [Teorías sobre la plusvalía], vols. I-III, Stuttgart, 1905-1910.
 37. *Address and Provisional Rules of the Working Men's International Association*, Londres, 1864.
 38. Escrito del 24 enero 1865 sobre P. J. Proudhon, en *Social-Demokrat*, Berlín, n.ºs 16-18, 1865.
 39. «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei» [Acotaciones al programa del partido alemán], ms. 1875, impreso en *Neue Zeit*, IX, n.º 1, 1891.
 40. Borrador de respuesta al artículo de N. K. Mijailovski en *Otčestvennye Zapiski*, n.º 10, 1877 (ms. 1877), publicado por vez primera, en ruso, en *Vestnik Narodnoi Voli*, n.º 5, 1886; publicado en alemán en el *Social-Demokrat* del 3 junio 1887.
 41. «Ökonomisches en général» (mss. 1881-1882), publicados como apéndice a la edición de *Das Kapital* del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú de 1932.

Escritos de Engels

42. «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie» [Esbozo de una crítica de la economía nacional], en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844 (*MEGA*, I, 2).
43. Reseña del título n.º 29, en *Das Volk* [El pueblo], Londres, n.º 14, 6 agosto 1859.
44. «Dell'Autorità», en *Almanacco Repubblicano per l'anno*

- 1874, Lodi, 1873; en alemán en *Neue Zeit*, XXXII, n.º 1, pp. 37 ss.
45. *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* [La evolución del socialismo desde la utopía a la ciencia], Hottingen-Zurich, 1882.
 46. *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft* [La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring], Leipzig, 1878 (publicado primero en el *Vorwärts* enero 1877-julio 1878).
 47. *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* [El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado], Hottingen-Zurich, 1884.
 48. Prólogo a la edición alemana del título n.º 16, 1884.
 49. Prólogo al n.º 34, 1885.
 50. *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie* [Ludwig Feuerbach y el final de la filosofía clásica alemana], Stuttgart, 1888.
 51. Introducción a los n.ºs 18 y 21, 1891.
 52. Prólogo al n.º 35, 1894.

De la correspondencia

53. Introducción a la edición de los n.ºs 23-24 en forma de libro, 1895.
54. «Briefe über materialistische Geschichtsauffassung» [Cartas sobre la concepción materialista de la historia], en *Dokumente des Sozialismus*, II, 1903.
55. Carta de Marx a Engels del 14-VI-1853 MEGA, III, 1
56. Carta de Marx a Engels del 2-IV-1858 MEGA, III, 2
57. Carta de Marx a Engels del 29-XI-1858 MEGA, III, 2
58. Carta de Marx a Engels del 7-VII-1866 MEGA, III, 3
59. Carta de Marx a Engels del 12-XII-1866 MEGA, III, 3
60. Carta de Marx a Engels del 24-IV-1867 MEGA, III, 3
61. Carta de Marx a Engels del 27-VI-1867 MEGA, III, 3
62. Carta de Marx a Engels del 24-VIII-1867 MEGA, III, 3
63. Carta de Marx a Engels del 8-I-1868 MEGA, III, 4
64. Carta de Marx a Engels del 25-III-1868 MEGA, III, 4
65. Carta de Marx a Engels del 30-IV-1868 MEGA, III, 4
66. Carta de Marx a Engels del 23-V-1868 MEGA, III, 4
67. Carta de Engels a Marx del 19-XI-1844 MEGA, III, 1
68. Carta de Engels a Marx del 19-VIII-1846 MEGA, III, 1

69. Carta de Engels a Marx de mediados del X-1846, *MEGA*, III, 1
70. Carta de Marx a Annenkov del 28-XII-1846 (*Mouvement Socialiste*, XV, n.ºs 249-250, 1913).
71. Carta de Marx a Weydemeyer del 5-III-1852
72. Carta de Marx a Kugelman del 11-VII-1868
73. Carta de Marx a Kugelman del 27-VI-1870
74. Carta de Marx a Beesly del 12-VI-1871
75. Carta de Engels a F. A. Lange del 29-III-1865
76. Carta de Engels a Bernstein del 23-V-1884
77. Carta de Engels a Tönnies del 24-I-1895

Escritos del autor citados en este libro

78. *Kernpunkte der materialistischen Geschichtsauffassung* [Puntos nucleares de la concepción materialista de la historia], Berlín, 1922.
79. *Arbeitsrecht für Betriebsräte* [Derecho laboral para consejos de empresa], Berlín, 1922.
80. *Marxismus und Philosophie* [Marxismo y filosofía], 1.ª ed., Leipzig, 1923; 2.ª ed., Leipzig, 1930.
81. *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky* [La concepción materialista de la historia. Discusión con Karl Kautsky], Leipzig, 1929; citado como *Auseinandersetzung mit Kautsky*.
82. «Die spanische Revolution» [La revolución española], en *Die Neue Rundschau* [La nueva revista], Berlín, 1931.
83. «Hegel und die Revolution» [Hegel y la revolución], en *Gegner* [El contrincante], n.º 3, 1932.
84. Introducción al n.º 33.
85. «Sombarts 'verstehende Nationalökonomie'» [La «economía comprensiva» de Sombart], en *Grünberg Archiv*, XV, 1931.
86. «Why I am a Marxist», en *Modern Monthly*, IX, n.º 2, 1935.
87. «Lenin's Philosophy. Some additional remarks to J. Harper's recent criticism of Lenin's book *Materialism and Empirio-Criticism*», en *Living Marxism*, IV, n.º 5, noviembre 1938.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abenjaldún, 148
 Adam (le Cambreur), 256 n.
 Adoratski, V., 247 n., 289
 Annenkov, P. V., 107 n., 108
 nota, 295
 Aristóteles, 120, 139, 220 y
 nota, 225, 256, 280, 282
 Avenarius, R., 191
- Bacon, F., 77
 Bahne, S., 6 n., 11 n.
 Barnikol, E., 192 n.
 Bastiat, F., 102
 Bauer, B., 103 n., 107, 155, 193,
 194, 263, 291
 Bebel, A., 224
 Beesly, E. S., 19 n., 295
 Bernstein, E., 242, 243 n., 264,
 295
 Blanqui, L. A., 156, 256, 257
 nota
 Bloch, J., 243 n.
 Boisguillebert, P., 22
 Borgius, W., 243 n., 246 n.
 Borkenau, F., 8 n.
 Bray, J. F., 86, 103 n.
 Brecht, B., 6 n., 9, 11 y n.,
 12 y n., 13 n., 14 y n., 268
 Brissot de Warville, J. P., 40
 nota, 291
 Brougham, H., 97
 Büchner, L., 197
 Bury, J. B., 218 n.
- Carey, H., 100 n.
 Colbert, J.-B., 207
 Comte, A., 8 n., 19 y n., 20,
 22, 24, 76, 189
- Daire, E., 89 n.
 Darwin, Ch., 53 y n., 54, 218
 Demócrito, 192, 290
 Destutt de Tracy, A., 56 y n.,
 264
 Dietzgen, J., 188
 Dilthey, W., 201
 Disraeli, B., 209
 Dühring, E., 95, 156, 226 n.,
 269, 294
- Epicuro, 192 y n., 290
- Farquharson, A., 8
 Ferguson, A., 21 n., 57, 123 n.
 Feuerbach, L., 23 n., 103 n.,
 107, 130, 155, 166 y n., 167,
 188, 189 y n., 191, 192-198,
 207 n., 210 n., 256, 259, 263,
 291, 294
 Fichte, J. G., 166, 200, 205, 263
 Fourier, Ch., 64 y n., 101, 219,
 257
 France, A., 152
 Frank, Ph., 249 n.
 Franklin, B., 208

Freud, S., 66

Galiani, F., 269

Gans, E., 263

Gerlach, E., 6 y n.

Ginsberg, M., 8, 13 n., 218 n.

Goebbels, J., 100 n.

Goncourt, E. y J., 39 n.

Gray, J., 103 n.

Grimm, J., 63

Guizot, F. P. G., 209

Günther, G., 204 n.

Harney, G. J., 256 n.

Harper, J., véase Pannekoek

Harstick, H. P., 16

Hartmann, N., 204 n.

Hegel, G. W. F., 11, 20, 21 y
nota, 22 y n., 23, 34, 42,
49 y n., 50 y n., 54 y n., 57,
58, 59 y n., 60 y n., 61, 62,
67, 68, 69 n., 71, 72, 88 y
nota, 98, 105, 106 y n., 114,
130 y n., 149, 150 y n.,
151 y n., 166, 167 y n., 192,
193, 196 n., 198, 199, 200,
201 y n., 202, 204 y n.,
206 n., 211, 213, 224 n.,
232, 239, 241, 243, 246 y
nota, 247 y n., 250, 253, 254,
255 y n., 256, 258, 263, 272,
290, 291, 295

Herder, J. G., 43

Hess, M., 189, 263

Hilferding, R., 29 n.

Hilgendorf, F., 16

Hobbes, T., 53 y n., 125, 149

Hobson, J. A., 8 n.

Hölderlin, F., 205

Horner, K., 12 y n., 13

Hoselitz, B. F., 11 n.

Hume, D., 39 n., 189

Huxley, T. H., 189, 218 y n.,
219

Jevons, W. S., 94, 95

Kant, I., 42, 53 y n., 57, 98,
142, 166, 188, 198, 200, 205
y nota, 206, 263

Kaufmann, I. I., 74 n.

Kautsky, K., 46 y n., 55 n.,
85 n., 127 n., 128 n., 179 n.,
188 n., 264, 295

Korsch, H., 5, 11 n.

Korsch, S., 10 n.

Kropotkin, P. A., 54

Kugelmann, L., 55 n., 171 n.,
295

Labriola, Antonio, 246, 264

Lange, F. A., 54 n., 295

Langkau, G., 16, 289 n.

Langkau-Alex, U., 16

Lassalle, F., 60, 79, 85

Lenin, V. I., 26, 29 n., 71 n.,
109 y n., 113, 145, 146 n.,
190 y n., 191 y n., 213, 230,
231 y n., 234, 235 y n.,
247 n., 250 n., 251 y n.,
255 n., 264, 265, 266, 295

Liebknecht, K., 234

Luxemburg, R., 103 n., 235,
265

Mach, E., 188, 191

Malthus, T. R., 53 y n.

Mandeville, B. de, 53 y n., 57

Mannheim, K., 285

Marett, R. R., 8 n.

Marvin, F. S., 8 n.

Mattick, P., 6 n., 8 n., 9 n.,
10 n.

Mayer, G., 19 n., 192 n., 289

McCulloch, J. R., 101, 102

Mehring, F., 242 y n.

Menger, A., 95

Mijailovski, N. K., 179 n., 293

Mignet, A., 209

- Mill, J., 129 n., 272, 291
 Mill, J. S., 19
 Moleschott, J., 197
 Morgan, L. H., 257, 263
 Mussolini, B., 264
- Novalis, 205
 Nouvertné, F., 16
- Oertzen, P. von, 6 n.
 Owen, R., 85, 97, 101, 219, 248, 257
- Pannekoek, A., 190 n., 191 n., 295
 Pareto, V., 8 n., 144, 198, 264
 Partos, P., 10 y n., 11 y n., 12 n., 13 y n., 268, 274, 277, 285
 Pecqueur, C., 129 n.
 Peel, R., 101
 Perrault, Ch., 218 n.
 Petty, W., 22
 Plejánov, G. V., 114, 115 n., 166 y n., 188 y n., 190, 246, 264
 Proudhon, P. J., 40 n., 55, 59 nota, 60, 63, 85, 106, 107 y nota, 108, 228, 256, 263, 291, 293
- Quesnay, F., 22, 85, 89 n., 101, 291
- Rasch, W., 6 n.
 Rau, K. H., 103 n.
 Riazánov, D. B., 108 n., 114, 256 n., 289
 Ricardo, D., 22, 25, 32, 57, 59, 61, 62, 85, 90, 92, 93, 96, 97, 98 y n., 99 y n., 100 y n., 101, 102, 103 n., 108, 111, 118, 120 n., 122, 123, 132, 150, 209, 256, 258, 288
 Rodbertus, K. J., 85, 94, 103 n., 121 n.
 Rousseau, J. J., 55, 149
 Ruge, A., 83, 103 n., 263, 290
 Rumney, J., 8 n., 218 n., 263
- Saint-Simon, H. C., 20, 101, 208, 219, 257
 Say, J. B., 102, 103 n.
 Schelling, F., 263
 Schleiermacher, F., 205, 263
 Schmidt, C., 243 n., 247 n.
 Schweitzer, J. B. von, 107 n.
 Seeger, R., 192 n.
 Shaw, G. B., 95
 Sismondi, J. C. S. de, 57, 99, 101, 103 n., 256
 Smith, A., 22 y n., 57, 69 n., 85, 89, 92, 96, 98, 99, 102, 111, 118, 120 n., 122, 123 y nota, 150, 209, 212 y n., 291
 Sombart, W., 243 n.
 Sorel, G., 46 y n., 218 n., 251 y nota, 264
 Spencer, H., 19 y n., 20, 46, 218 y n.
 Spinoza, B., 188
 Stammler, R., 249 n.
 Starkenburg, H., 243, 245 n., 246 n.
 Stirner, M., 103 n., 107, 155, 263, 291
 Strachey, J., 93
 Strauss, D. F., 192, 193, 263
 Struve, P., 251 n.
 Sujánov, N., 251 n.
- Taine, H., 248
 Thierry, A., 209
 Thiers, L. A., 209
 Thompson, W., 103 n.
 Thünen, J. H., 103 n.

Tichelman, F., 16
Tönnies, F., 19 n., 295
Trotski, L. D., 216, 250 n.
Tylor, 8 n.

Varga, E., 250 n.
Veblen, Th., 8 n.
Vico, G. B., 148
Vidil, J., 256 n.

Vogt, K., 197
Volney, C. F., 43
Voltaire, 39 n.

Wade, J., 209
Wagner, A., 85 n., 94, 121 n.
Walras, L., 144
Weydemeyer, J., 98 n., 114,
209, 295
Willich, A., 256 n.

ÍNDICE

Sobre el texto de esta edición, por GÖTZ LANGKAU	5
---	---

I. SOCIEDAD BURGUESA

1. Marxismo y sociología	19
2. Especificación histórica	25
3. Especificación histórica (Continuación)	35
4. Teorías del desarrollo. I: Pseudodesarrollo	42
5. Teorías del desarrollo. II: Trasformación real	46
6. Crítica revolucionaria	52
7. Teoría revolucionaria	67
8. Práctica revolucionaria	76

II. ECONOMÍA POLÍTICA

1. Marxismo y economía política	83
2. Desarrollo de la economía política	89
3. Crítica de la economía política	96
4. Crítica filosófica y crítica científica	105
5. Dos fases de la economía marxista	111
6. Sobre la teoría económica del capital	117
7. El carácter de fetiche de la mercancía	126
8. La ley del valor	134

9. Valor y plusvalía	139
10. El «contrat social»	148
11. Resultados, rectificaciones, perspectivas	153

III. HISTORIA

1. Naturaleza y sociedad	165
2. La concepción materialista de la historia	173
3. Aplicación específica	179
4. El materialismo filosófico	186
5. Feuerbach	192
6. De Hegel a Marx. I: El reino de la sociedad	199
7. De Hegel a Marx. II: El desarrollo social	204
8. Fuerzas productivas materiales. I: Concepto	211
9. Fuerzas productivas materiales. II: La ley del progreso	217
10. Las relaciones sociales de producción	222
11. Dos fases de la teoría marxiana de la revolución	227
12. Base y superestructura. I: Economicismo	232
13. Base y superestructura. II: Las llamadas interacciones	237
14. Base y superestructura. III: Rectificaciones	246
15. Resultados	253

APÉNDICES

Apéndice I	263
Apéndice II	268
Apéndice III	274
Apéndice IV	277
Apéndice V	281
Apéndice VI	285
Apéndice VII (Bibliografía)	289
Índice onomástico	297